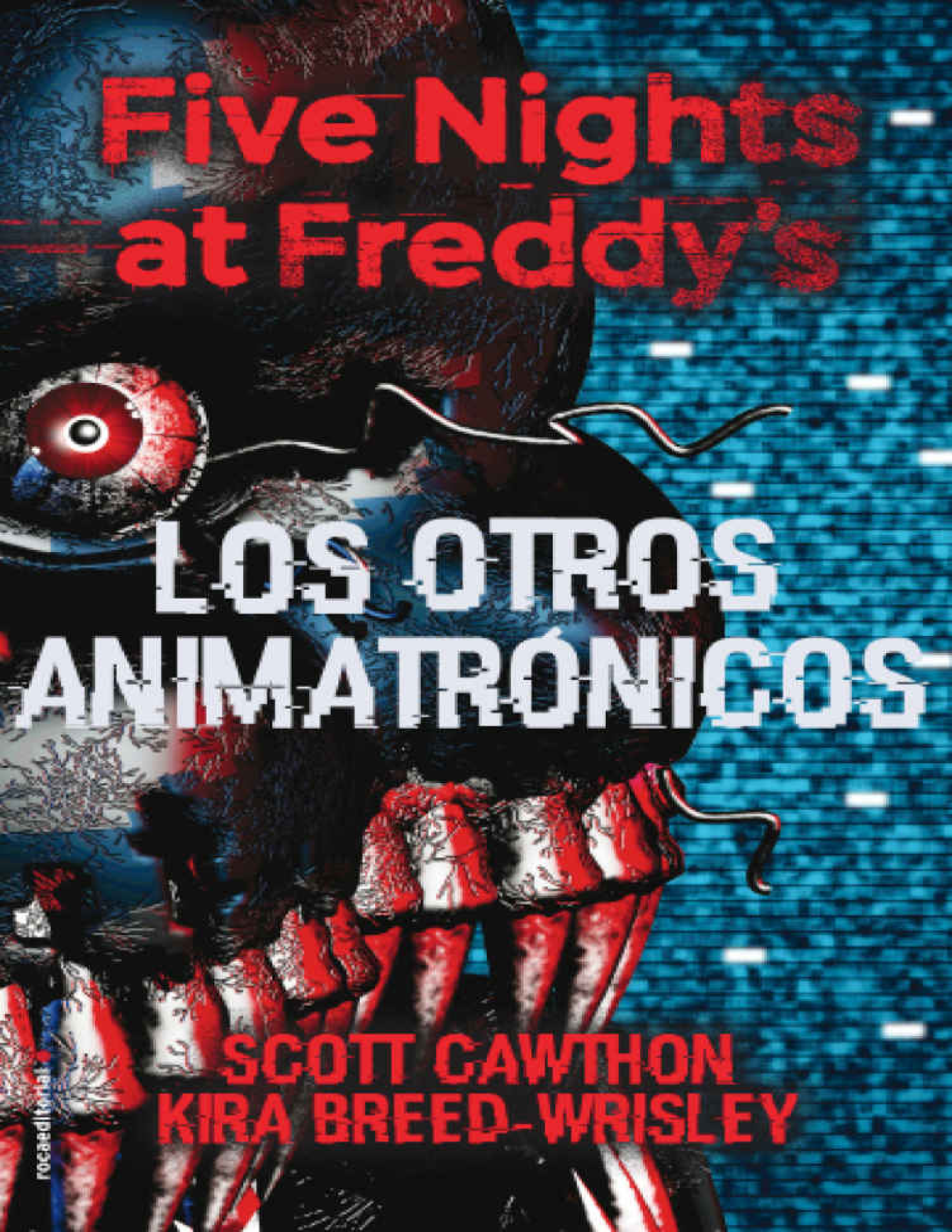
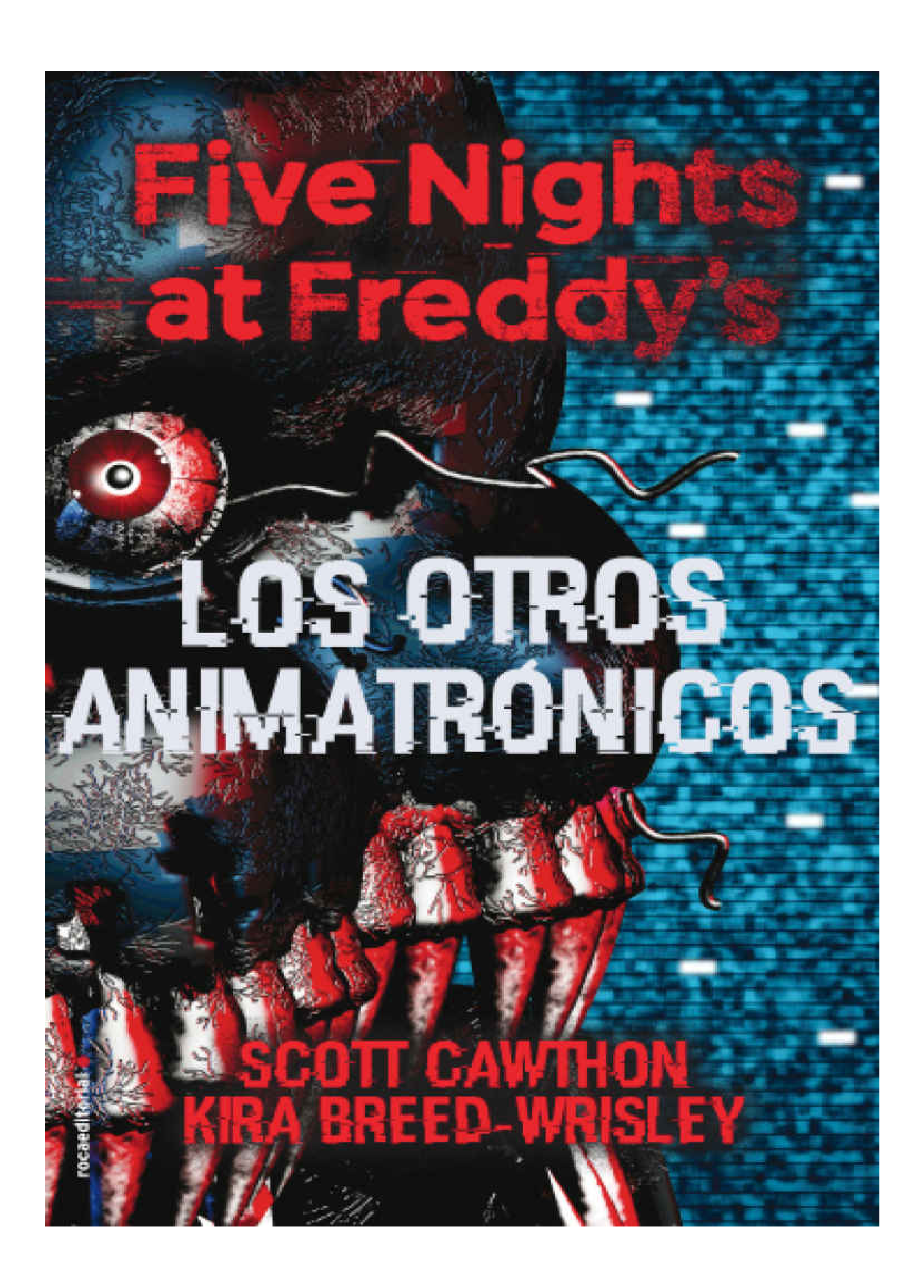

Five Nights
at Freddy's
LOS OTROS
ANIMATRÓNICOS
SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY
rocaeditorial


Five Nights at Freddy's
LOS OTROS ANIMATRÓNICOS
SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY
rocaeditorial



LOS OTROS ANIMATRÓNICOS

SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY

Traducción de Ana Flecha



FIVE NIGHTS AT FREDDY'S

LOS OTROS ANIMATRÓNICOS

Scott Cawthon y Kira Breed-Wrisley

SEGUNDA NOVELA OFICIAL DE LA SERIE
BASADA EN EL VIDEOJUEGO
QUE ARRASA EN EL MUNDO ENTERO

Ha pasado ya un año desde los terribles sucesos acontecidos en Freddy Fazbear's Pizza, y Charlie está haciendo todo lo posible por seguir adelante. Ni la emoción por empezar en una nueva escuela pueden hacerla olvidar lo sucedido; siguen persiguiéndola y atormentando las pesadillas de un asesino enmascarado y sus cuatro temibles animatrónicos. Charlie quiere creer que aquella experiencia ha acabado, pero cuando descubren una serie de cuerpos llenos de heridas cerca de la escuela que le resultan inquietantemente familiares, se verá arrastrada de nuevo al mundo de aquellos horribles seres creados por su padre.

Hay algo absolutamente retorcido que está a punto de atrapar a Charlie, y esta vez no la dejará escapar.

Segundo libro de la serie tras *Five Nights at Freddy's. Los ojos de plata*, también en Roca Editorial.

ACERCA DE LOS AUTORES

Scott Cawthon es el creador del videojuego superventas *Five Nights at Freddy's*. Además de su fascinación por el diseño de videojuegos, es un gran contador de historias. Graduado en The Art Institute of Houston, vive en Texas con su esposa y sus cuatro hijos.

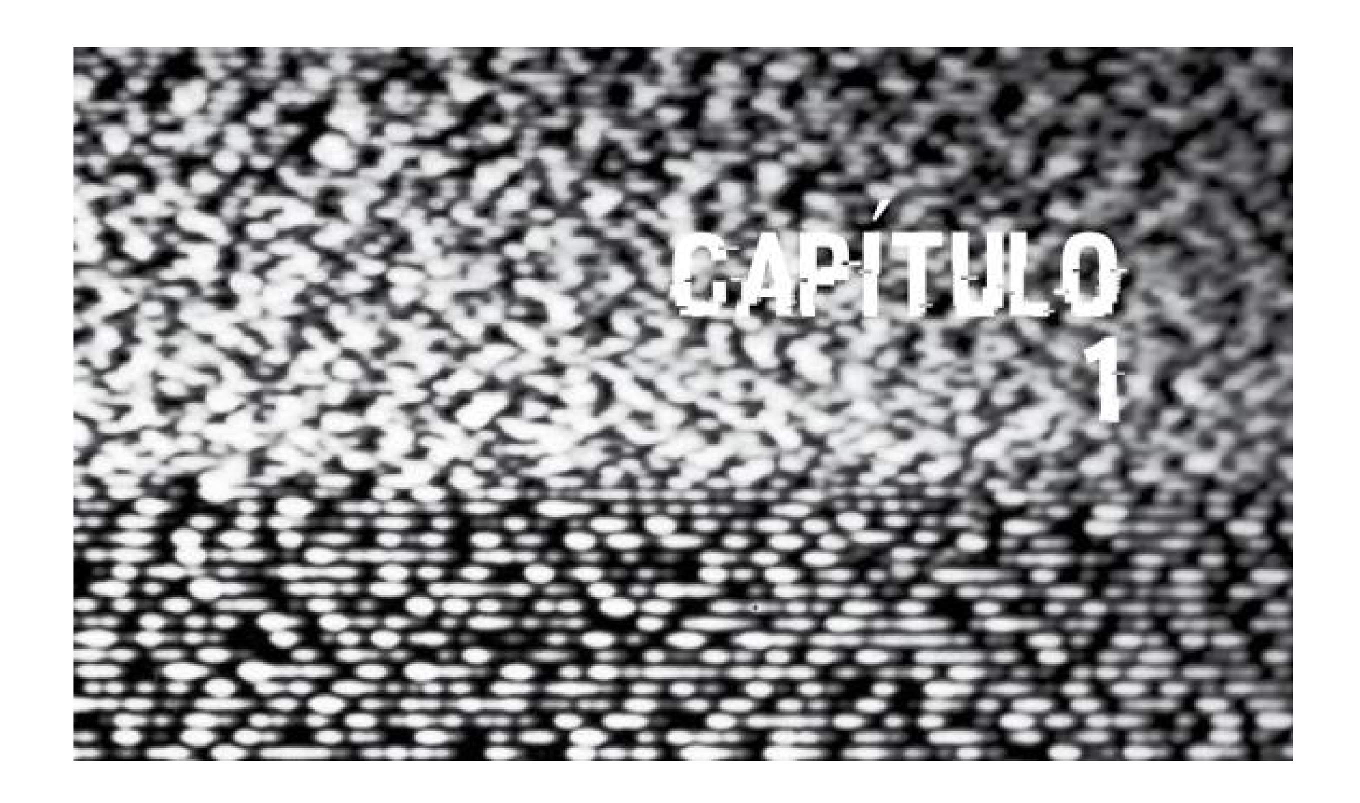
Kira Breed-Wrisley escribe historias desde su infancia y no tiene intención de dejar de hacerlo. Es autora de obras de teatro juvenil en Nueva York; además ha escrito varios libros para la agencia Kevin Anderson. Actualmente vive en Brooklyn, Nueva York.

ACERCA DE LA OBRA ANTERIOR, *LOS OJOS DE PLATA*

«Mi hijo de 12 años lo ha devorado y está ansioso por comprar el siguiente. Esto es un claro indicativo de que le ha encantado.»
DANIEL JOSÉ GONZÁLEZ, EN *AMAZON.COM*

«El libro esta genial y, aunque es una "historia alternativa", nos ayuda a entender el juego y su historia. Lo recomiendo.»
IAN O., EN *AMAZON.COM*

Índice



—No confiéis en lo que ven vuestros ojos.

La profesora Treadwell se paseaba de un lado a otro de la tarima del aula magna. Caminaba con pasos lentos y regulares, casi hipnóticos.

—Los ojos nos engañan continuamente, rellenan los espacios en blanco en un mundo saturado de estímulos.

Una imagen con un detalle geométrico mareante se proyectaba detrás de ella en la pantalla.

—Cuando digo que vivimos en un mundo saturado de estímulos, lo digo en serio. En todo momento, nuestros sentidos reciben mucha más información de la que pueden procesar de una sola vez, y nuestra mente se ve obligada a elegir en qué señales prefiere centrarse. Para ello, se basa en nuestras experiencias y en nuestra idea de lo que es normal. Así, las cosas que nos resultan familiares son las que, en general, podemos desechar. La

forma más fácil de entender este fenómeno es a través de la fatiga olfativa: el olfato deja de percibir ciertos olores cuando ha estado expuesto a ellos durante un rato. Es una suerte que exista este fenómeno, especialmente si vuestros compañeros de cuarto no cuidan mucho la higiene.

La clase respondió con una diligente risita nerviosa, y después volvió a quedarse en silencio, mientras un nuevo diseño multicolor aparecía en la pantalla.

La profesora dibujó un amago de sonrisa y continuó la explicación.

—La mente crea movimiento donde no lo hay. Rellena los colores y las trayectorias basándose en lo que hayamos visto antes, y calcula lo que debería estar viendo ahora. —En ese momento una nueva imagen se proyectó en la pantalla—. De no ser así, solo salir a la calle y ver un árbol consumiría toda nuestra energía mental, lo que nos volvería incapaces de hacer nada más. Para que seamos seres funcionales, la mente rellena los espacios del árbol con sus hojas y sus ramas.

Un centenar de lápices tomaban notas a la vez, inundando el aula con un sonido parecido al de un grupo de ratones frenéticos.

—Por eso, cuando entramos en una casa por primera vez, experimentamos un ligero mareo. La mente tiene que procesar más información de lo habitual: bosquejar el plano y la distribución, crear una paleta de colores y guardar un inventario de imágenes que poder utilizar más adelante, para no tener que volver a pasar por ese agotador proceso una y otra vez. La próxima vez que entremos en esa casa, ya sabremos dónde estamos.

—¡Charlie! —Una voz insistente susurró su nombre, a escasos centímetros de su oreja.

Charlie siguió escribiendo, con la mirada fija en la pantalla. A medida que avanzaba en el tema, la profesora Treadwell comenzó a caminar más deprisa, señalando de vez en cuando la pantalla con el brazo para ilustrar sus explicaciones. Parecía que las palabras le brotaran cada vez más despacio, mientras que su mente avanzaba a toda velocidad. El segundo día de clase, Charlie ya se había dado cuenta de que la profesora a veces dejaba una frase a medias y la completaba con otra totalmente distinta. Era como si estuviera haciendo una lectura en diagonal y entresacara solo algunas palabras de aquí y de allá. A la mayoría de los alumnos de robótica les ponía de los nervios, pero a Charlie le gustaba, porque convertía las clases

en una especie de rompecabezas.

La pantalla volvió a iluminarse, esta vez con la imagen de un surtido de piezas metálicas y el diagrama de un ojo.

—Esto es lo que tenéis que recrear.

La profesora Treadwell se alejó un paso más de la pantalla y se giró para verla junto a los alumnos.

—La inteligencia artificial básica consiste en el control sensorial. No os enfrentaréis a mentes que sepan filtrar este tipo de cosas por sí mismas. Tendréis que diseñar programas capaces de reconocer las formas básicas y desechar la información prescindible. Tendréis que hacer por el robot lo que vuestro cerebro hace por vosotros: crear un conjunto de información organizado y simplificado que se base en lo importante. Comencemos analizando algunos ejemplos de reconocimiento formal básico.

—Charlie —volvió a musitar la voz.

Ella agitó el lápiz con impaciencia delante de su amigo Arty, que se le asomaba por encima del hombro, con la intención de disuadirlo. Aquel gesto, que duró unos segundos, hizo que perdiera el ritmo de lo que estaba tomando notas. Charlie se apresuró para recuperar el tiempo perdido. No quería perderse ni una sola frase.

El papel que tenía delante estaba lleno de fórmulas, notas al margen, garabatos y diagramas. Quería tomar nota de todo a la vez, no solo de las matemáticas, sino de todo aquello en lo que le hacía pensar. Si conseguía enlazar los conceptos nuevos con cosas que ya sabía, le resultarían mucho más fáciles de recordar. Estaba ansiosa por aprender, alerta, observando los nuevos trocitos de información como un perro bajo la mesa del comedor.

Un chico cerca de la primera fila levantó la mano para hacer una pregunta, y Charlie sintió una breve oleada de impaciencia. Ahora habría que interrumpir la clase para que Treadwell volviera a explicar un concepto sencillo. Se abstrajo un segundo y se dedicó a garabatear en los márgenes del cuaderno.

Miraba el reloj con impaciencia. John llegaría dentro de una hora. «Le dije que quizás algún día volveríamos a vernos. Supongo que hoy es algún día.» La había llamado sin venir a cuento: «Estaré de paso», le dijo, y Charlie no se molestó en preguntar cómo sabía dónde estaba. «Pues claro que lo sabe.» No tenía motivos para no quedar con él, y estaba emocionada y aterrorizada al mismo tiempo. Ahora, mientras dibujaba rectángulos

distraídamente en la parte de abajo de los apuntes, el estómago le dio un vuelco, un ligero espasmo de nervios. Parecía que llevaran años sin verse. A veces le daba la impresión de que se habían visto el día anterior, como si el año pasado no hubiera existido. Pero no era así. Para ella, todo había cambiado desde entonces.

Había empezado a tener esos sueños en mayo, la noche que cumplió dieciocho años. Charlie ya estaba acostumbrada a tener pesadillas: los peores momentos de su pasado se repetían en forma de versiones retorcidas de vivencias ya de por sí demasiado terribles de recordar. Por la mañana, empujaba esos sueños a un lugar recóndito de su mente y los encerraba allí, a sabiendas de que conseguirían escapar cuando llegara la noche.

Estos sueños eran distintos. Se despertaba agotada físicamente: no solo exhausta, sino entumecida, con los músculos debilitados y las manos rígidas y doloridas, como si llevara horas apretando los puños. No tenía estos sueños nuevos todas las noches, pero, cuando le sobrevenían, interrumpían sus pesadillas habituales y tomaban las riendas. Daba igual que estuviera corriendo y gritando para salvar la vida, o merodeando sin rumbo por una mezcla anodina de todos los sitios donde hubiera estado esa semana. De repente, de la nada, sentía su presencia: Sammy, su mellizo perdido, estaba cerca.

Sabía que estaba presente de la misma manera que sabía que ella misma estaba allí, y fuera cual fuera el sueño, se desvanecía: la gente, los lugares, la luz y el sonido. Entonces lo buscaba en la oscuridad, gritando su nombre. Él nunca contestaba. Ella se ponía de rodillas y gateaba a tientas por la oscuridad, con la presencia de su hermano como guía, hasta llegar a una barrera lisa y fría, de metal. No la veía, pero la golpeaba fuerte, con el puño, y hacía eco. «¿Sammy?», exclamaba, golpeando cada vez más fuerte. Se ponía de pie e intentaba escalar la pared resbaladiza, pero era más alta de lo que podía alcanzar. La golpeaba con los puños hasta hacerse daño. Gritaba el nombre de su hermano hasta quedarse afónica, hasta que se caía al suelo, y entonces se inclinaba sobre la dura y fría superficie de metal, apretando la mejilla contra ella con la esperanza de oír un susurro del otro lado. Estaba allí. Estaba tan segura como si él formara parte de ella.

En esos sueños sabía que él estaba presente. Y lo que es peor, cuando se despertaba, sabía que él no estaba allí.

En agosto, Charlie y la tía Jen tuvieron su primera discusión. Hasta

entonces habían estado demasiado distanciadas para discutir. Charlie nunca necesitó rebelarse, porque Jen no tenía la autoridad suficiente. Y Jen nunca se tomaba nada de lo que hiciera Charlie de forma personal. Jamás intentó impedirle que hiciera nada, mientras tuviera cuidado. El día que Charlie se fue a vivir con ella, con siete años, la tía Jen le dijo claramente que no era una sustituta de sus padres. A estas alturas, Charlie ya era lo bastante mayor para comprender que lo había dicho por respeto, para tranquilizar a Charlie y asegurarle que su padre no caería en el olvido, que ella siempre sería hija suya. Pero en ese momento le había parecido una advertencia. «No esperes que sea tu madre. No esperes amor.» Y eso es lo que había hecho Charlie. Jen nunca había dejado de cuidar de ella. Nunca le había faltado la comida ni la ropa, y además le había enseñado a cocinar, a ocuparse de la casa, a gestionar su dinero y a reparar su propio coche. «Tienes que ser independiente, Charlie. Tienes que saber cuidar de ti misma. Tienes que ser más fuerte que», y aquí cortó la frase, pero Charlie sabía cómo terminaba: «que tu padre».

Charlie sacudió la cabeza, para intentar librarse de sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Arty, que estaba a su lado.

—Nada —susurró ella.

Charlie volvió a repasar las mismas líneas una y otra vez con el lápiz, de arriba a abajo. La línea cada vez era más gruesa.

Charlie le había dicho a Jen que iba a volver a Hurricane, y a Jen se le endureció el gesto y palideció.

—¿Por qué quieres hacer eso? —preguntó con un exceso de tranquilidad en la voz.

A Charlie se le desbocó el corazón: «Porque allí lo perdí. Porque lo necesito más de lo que te necesito a ti». La idea de volver llevaba obsesionándola durante meses, y cada semana ocupaba más espacio en su cabeza. Una mañana se despertó y en su mente pesaba ya una decisión definitiva.

—Jessica va a estudiar en Saint George —le dijo a su tía—. Acaba de empezar el semestre, así que puedo quedarme con ella. Quiero volver a ver la casa. Aún hay muchas cosas que no comprendo. Siento que es… importante.

Terminó la frase sin fuerzas. La mirada atenta de Jen, con sus ojos de color azul oscuro, que parecían de mármol, le hacía titubear.

Jen tardó un buen rato en contestar y después se limitó a decir: «No».

«¿Por qué no?», habría preguntado Charlie en otro momento de su vida. «Ya me has dejado ir otras veces.» Pero después de lo ocurrido el año pasado, cuando ella, Jessica y los demás volvieron a Freddy's y descubrieron la escalofriante realidad que se escondía tras los asesinatos en la antigua pizzería de su padre, las cosas habían cambiado entre ellas. Charlie había cambiado. Miró a Jen a los ojos, con decisión.

—Voy a ir —dijo, e intentó que no le temblara la voz.

Entonces todo saltó por los aires.

Charlie no sabía quién de las dos había empezado a gritar, pero ella chilló hasta dejarse la garganta en carne viva. Le echó en cara a su tía todo el daño que le había hecho, todo el dolor que no había sabido evitarle. Jen también gritaba y decía que su única intención era la de cuidar de Charlie, que lo había hecho lo mejor que había podido, y esgrimía palabras reconfortantes que de alguna manera estaban cargadas de veneno.

—¡Me voy! —exclamó Charlie de forma rotunda.

Se dirigió a la puerta, pero Jen la agarró del brazo, tirando de ella con violencia hacia atrás. Charlie tropezó, pero consiguió agarrarse a la mesa de la cocina antes de caer al suelo. Jen la soltó y se quedó mirándola alarmada. Se hizo el silencio y Charlie se fue.

Hizo la maleta y sintió que, de alguna manera, se había separado de la realidad y había entrado en un imposible mundo paralelo. Entonces se metió en el coche y se marchó de allí. No le dijo a nadie que se iba. Los amigos que tenía no eran íntimos. No le debía ninguna explicación a nadie.

Charlie fue a Hurricane con la intención de ir directa a la casa de su padre y quedarse allí unos días, hasta que Jessica llegara al campus. Pero cuando llegó a las afueras de la ciudad, algo la detuvo. «No puedo —pensó—. No puedo volver.» Dio la vuelta y regresó a St. George. Estuvo una semana durmiendo en el coche.

Charlie fue consciente de que no le había contado sus planes a Jessica cuando ella le abrió la puerta, totalmente sorprendida. Y sus planes dependían de ella. Entonces se lo contó todo, y Jessica, no muy convencida, le dijo que podía quedarse con ella. Charlie durmió en el suelo el resto del verano; cuando se acercó el siguiente semestre, Jessica no le pidió que se marchara.

—Me gusta tener cerca a alguien que me conoce —dijo y, aunque no

fuera muy propio de ella, Charlie le dio un abrazo.

A Charlie nunca le había importado el instituto. No prestaba demasiada atención en clase, pero no le costaba sacar buenas notas. Nunca había pensado si le gustaban o le disgustaban sus asignaturas, aunque a veces algún profesor conseguía despertar en ella una chispa de interés.

Charlie no tenía muchos planes más allá del verano, pero mientras miraba sin mucho interés el programa de asignaturas de Jessica, vio unos cursos de robótica avanzada y entonces todo encajó. Saint George era una de las universidades en la que la habían aceptado ese año, aunque en realidad no tenía intención de estudiar ni allí ni en ninguna de las demás. Ahora, sin embargo, se dirigió a la secretaría y expuso su situación hasta que le dejaron matricularse, a pesar de que hacía meses que había pasado la fecha. «Hay muchas cosas que aún no entiendo.» Charlie quería aprender, y sus intereses eran muy específicos.

Estaba claro que tenía que aprender algunas cosas antes si quería entender algo del curso de robótica. Las matemáticas siempre le habían resultado claras, funcionales, casi como un juego; si hacías lo que tenías que hacer, obtenías la respuesta. Pero como juego, nunca le había resultado muy interesante. Le divertía aprender cosas nuevas, pero después había que pasarse semanas, meses haciendo lo mismo, muerta de aburrimiento. En eso consistía el instituto. Pero en su primera clase de cálculo, algo ocurrió. Era como si le hubieran obligado a poner ladrillos durante años, despacio, sin ver nada más que la paleta y la argamasa, y entonces alguien la hubiera separado un par de pasos hacia atrás y le hubiera dicho: «Mira, has estado construyendo este castillo. Ahora puedes entrar a jugar».

—Y eso es todo por hoy —dijo la profesora Treadwell por fin.

Charlie miró sus apuntes y se dio cuenta de que no había dejado de mover el lápiz. Había atravesado la hoja y la línea que había trazado se había marcado también en la mesa. Limpió las marcas sin mucho entusiasmo y abrió el clasificador para guardar sus apuntes. Arty asomó la cabeza por encima de su hombro y Charlie se apresuró a cerrar el archivador, pero a su amigo ya le había dado tiempo a echar un buen vistazo.

—¿Qué es eso? ¿Un código secreto? ¿Arte abstracto?

—Solo son mates —dijo Charly con brusquedad y guardó el archivador en la mochila.

Arty era tierno, de puro bobo. Tenía una cara agradable, los ojos oscuros,

y el pelo castaño y rizado, que parecía tener vida propia. Estaba en tres de sus cuatro asignaturas y la había estado siguiendo desde el principio del semestre como un patito perdido. Para su sorpresa, Charlie se dio cuenta de que no le importaba.

Cuando Charlie salió del aula, Arty caminó a su lado, como de costumbre.

—Bueno, ¿has pensado lo del proyecto? —preguntó Arty.

—¿El proyecto?

Charlie recordaba vagamente algo sobre un proyecto que Arty quería que hicieran juntos. Él le hizo un gesto con la cabeza, esperando su respuesta.

—¿Recuerdas que tenemos que diseñar un experimento para la clase de Química? He pensado que podríamos trabajar juntos. Ya sabes, con tu cabeza y mi físico… —dijo bajito, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, me parece… He quedado con alguien —respondió de repente.

—Tú nunca quedas con nadie —dijo él, sorprendido, y se puso como un tomate cuando oyó lo que acababa de decir—. No quería decir eso. No es que sea asunto mío, pero ¿quién es? —preguntó esbozando una ancha sonrisa.

—John —contestó Charlie sin dar más detalles.

Por un momento, Arty parecía decaído, pero se recuperó enseguida.

—Claro, sí, John. Es un tío genial —dijo burlón.

Arty levantó las cejas, como pidiendo más detalles, pero ella no se los dio.

—No sabía que estuvieras… que tuvieras… Qué bien.

Arty puso un gesto de cuidada neutralidad. Charlie lo miró extrañada. No era su intención darle a entender que John y ella fueran pareja, pero no sabía cómo sacar a Arty de su error. No podía explicarle quién era John sin contarle mucho más de lo que quería que supiera.

Caminaron en silencio durante un rato por el patio principal, una plaza con césped, rodeada de edificios de ladrillo y hormigón.

—Y John y tú, ¿sois de la misma ciudad? —preguntó Arty por fin.

—Mi ciudad está a treinta minutos de aquí, así que este lugar está en realidad a las afueras —dijo Charlie —. Pero sí, es de Hurricane.

Arty titubeó, y entonces se le acercó un poco más, y miró a su alrededor, como si alguien estuviera escuchando.

—Siempre he querido preguntarte una cosa —dijo.

Charlie lo miró con cansancio: «No me lo preguntes».

—Supongo que la gente te lo preguntará todo el rato, pero, bueno, es normal que sientaé curiosidad. Todo ese asunto de los asesinatos es como una leyenda urbana por aquí. Bueno, no solo por aquí. En todas partes. Freddy Fazbear's Pizza.

—Basta.

De repente, a Charlie se le congeló el gesto. Sentía que moverse o mostrar cualquier tipo de expresión requeriría una habilidad que ya no poseía. A Arty también le había cambiado el gesto. Se le había desvanecido la sonrisa. Parecía casi asustado. Charlie se mordió el labio, con la esperanza de que así se le moviera la boca.

—Yo era una niña cuando sucedió —susurró.

Arty asintió nervioso. Charlie consiguió dibujar una sonrisa.

—He quedado con Jessica —mintió.

«Tengo que alejarme de ti.» Arty asintió de nuevo como uno de esos muñecos que mueven mucho la cabeza. Ella dio media vuelta y se fue hacia la residencia, sin mirar atrás.

Charlie entornó los ojos por el sol. Le sacudían ráfagas de lo que había ocurrido el año anterior en Freddy's, los recuerdos se le aferraban a la ropa con sus frías garras de hierro. El gancho de arriba, listo para atacar. No hay escapatoria. Una figura acechando por detrás del escenario; el pelo rojo y despeinado que apenas cubre los huesos metálicos de la criatura asesina. Arrodillada en la oscuridad, en el frío suelo de baldosas del baño, y entonces aquel ojo gigante de plástico duro que brillaba a través de la grieta, las miasmas calientes de su aliento sin vida en la cara. Y aquel otro recuerdo, más antiguo: el pensamiento que le había dolido de una forma que no era capaz de explicar, con una tristeza que la inundaba como si estuviera forjada en sus propios huesos. Ella y Sammy, su otro yo, su hermano mellizo, estaban jugando en silencio, en la calidez tan familiar del armario de los disfraces. La figura apareció en la puerta y los miró. Entonces Sammy desapareció, y el mundo se terminó por primera vez.

Charlie estaba delante de su habitación de la residencia, casi sin saber cómo había llegado hasta allí. Despacio, se sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta. Las luces estaban apagadas; Jessica seguía en clase. Charlie cerró la puerta tras de sí, volvió a comprobar que estuviera cerrada y se apoyó en ella. Tomó aire. «Ya pasó.» Se enderezó con decisión y encendió

la luz, que inundó la habitación. El reloj de al lado de la cama le indicó que aún tenía casi una hora antes de que llegara John, así que tenía tiempo de trabajar en el proyecto.

Charlie y Jessica habían dividido la habitación con cinta adhesiva después de vivir juntas durante una semana. Jessica lo dijo de broma, lo había visto en una película, pero Charlie sonrió y entre las dos midieron la habitación. Sabía que Jessica estaba decidida a mantener el desorden de Charlie en su lado del cuarto. El resultado parecía una imagen de antes y después en el anuncio de una empresa de limpieza o un arma nuclear, según el lado de la habitación que se mirara primero.

Sobre la mesa de Charlie, había una funda de almohada que cubría dos formas no muy definidas. Charlie fue hacia la mesa y quitó la funda, la dobló con cuidado y la puso encima de la silla. Miró su proyecto.

—Hola —dijo bajito.

Ahí, en la mesa, había dos caras mecánicas sujetas por estructuras de metal y unidas a una tabla. No tenían rasgos definidos, como si fueran estatuas antiguas desgastadas por la lluvia, o dos pedazos de arcilla aún sin terminar de modelar. Estaban hechas de un plástico maleable y, donde debería estar la parte de atrás de la cabeza, tenían un amasijo de tubos, cables y microchips.

Charlie se inclinó hacia ellas, supervisando cada milímetro de su diseño, asegurándose de que todo estuviera justo como lo había dejado. Accionó un pequeño interruptor negro y unas lucecitas parpadearon y se oyó el zumbido de los ventiladores.

No se movieron enseguida, pero algo había cambiado. Los rasgos indefinidos empezaron a mostrar una intención. Sus ojos ciegos no se dirigían a Charlie, solo se miraban entre ellos.

—Tú —dijo el primero. Sus labios se movieron para dar forma a esa sílaba, pero no se separaron. No estaban hechos para abrirse.

—Yo —respondió el segundo, con el mismo movimiento sutil y constreñido.

—Eres —dijo el primero.

—¿Soy? —dijo el segundo.

Charlie observaba, tapándose la boca con la mano. Mantuvo la respiración, por miedo a molestarlos. Esperó, pero parecía que ya habían acabado, y ahora solo se miraban el uno al otro. «No ven», se recordó

Charlie. Los apagó y le dio la vuelta a la tabla para mirarlos por detrás. Metió la mano y ajustó un cable.

El ruido de una llave en la cerradura la sobresaltó. Agarró la funda de la almohada y con ella tapó apresuradamente las caras justo cuando Jessica entró en la habitación. Jessica se quedó en la puerta con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿El qué? —respondió Charlie con inocencia.

–Venga. Sé que estabas trabajando en esa cosa que nunca me dejas ver.

Jessica tiró la mochila al suelo y se dejó caer con dramatismo en la cama.

—Da igual. Estoy agotada —anunció.

Charlie se echó a reír y Jessica se incorporó en la cama.

—Ven a hablar conmigo —dijo—. ¿Qué pasa contigo y con John?

Charlie se sentó en su propia cama, enfrente de Jessica. A pesar de que tenían estilos de vida distintos, a Charlie le gustaba vivir con ella. Jessica era cariñosa y alegre; aunque la facilidad con la que se movía por el mundo aún intimidaba un poco a Charlie, ahora se sentía integrada. Puede que ser amiga de Jessica implicara contagiarse en parte de su confianza en sí misma.

—Aún no nos hemos visto. Tengo que irme dentro de… —dijo, y miró el reloj por encima del hombro de Jessica— quince minutos.

—¿Tienes ganas? —le preguntó Jessica.

Charlie se encogió de hombros.

—Eso creo —respondió.

Jessica se echó a reír.

—¿No estás segura?

—Tengo ganas —admitió Charlie—. Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto —señaló Jessica. Y entonces se quedó pensativa—. Supongo que un poco de tiempo sí ha pasado, en realidad. Todo ha cambiado mucho desde la última vez que estuvimos con él.

Charlie carraspeó.

—Entonces ¿de verdad quieres ver mi proyecto? —preguntó, para su sorpresa.

—¡Sí! —afirmó Jessica, y saltó de la cama.

Jessica se acercó a la mesa de Charlie, que activó el interruptor y retiró la funda de la almohada como si fuera una maga. Jessica ahogó un grito y, sin

querer, dio un paso hacia atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó con cautela.

Pero antes de que Charlie pudiera contestar, la primera cara habló.

—Yo —dijo.

—Tú —respondió la otra.

Ambas volvieron a quedarse en silencio.

Charlie miró a Jessica, que tenía una expresión contenida, como si estuviera sujetando algo muy dentro.

—Yo —dijo la segunda cara.

Charlie las apagó apresuradamente.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó.

Jessica tomó aire y sonrió.

—Todavía no he comido —dijo, pero había algo en su mirada.

Jessica miró a Charlie, que volvió a tapar las caras con la funda de la almohada, con cariño, como si estuviera arropando a un niño a la hora de dormir. Miró a su alrededor, incómoda. El lado de Charlie era un desastre: estaba todo lleno de libros y ropa, y también había un amasijo de cables, piezas de ordenador, herramientas, tornillos y trozos de plástico y metal que Jessica no reconocía. No solo era un desbarajuste, sino un lío caótico en el que se podría perder cualquier cosa. O donde se podría esconder cualquier cosa, pensó, y se sintió culpable por ese pensamiento. Jessica volvió a centrar su atención en Charlie.

—¿Para qué los estás programando? ¿Qué quieres que hagan? —preguntó Jessica, y Charlie sonrió orgullosa.

—No los estoy programando para nada en particular. Los estoy ayudando a aprender por su cuenta.

—Claro, claro. Obviamente —dijo Jessica despacio.

Entonces algo llamó su atención: un par de ojos de plástico brillantes y unas orejas largas y caídas la miraban entre la pila de ropa sucia.

—Ay, no me había dado cuenta de que habías traído a Theodore, tu conejito robot —exclamó Jessica, encantada de recordar el nombre del juguete de la infancia de Charlie.

Antes de que Charlie pudiera responder, levantó el peluche por las orejas, y se quedó con la cabeza del conejo en la mano.

Jessica dio un grito y la dejó caer. Se tapó la boca con las manos.

—Perdón —dijo Charlie apresurándose a recoger la cabezita del suelo—.

Lo desmonté para estudiarlo. Estoy usando alguna de sus piezas para mi proyecto —dijo, y señaló lo que había encima de la mesa.

—Ah —respondió Jessica, que trataba de ocultar su consternación.

Jessica echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta de que había partes del conejito por todos lados. Su cola, una bolita de algodón, estaba encima de la almohada de Charlie, y había una pata colgando de la lámpara de encima de su mesa. El tronco del peluche estaba tirado en una esquina, casi escondido, destripado salvajemente. Jessica miró la cara redonda y alegre de su amiga, con su melena encrespada que le llegaba al hombro y cerró un momento los ojos.

«Ay, Charlie. ¿Qué te pasa?»

—¿Jessica? —dijo Charlie.

Su amiga tenía los ojos cerrados y una expresión triste.

—¿Jessica? —repitió Charlie.

Esta vez Jessica abrió los ojos y sonrió a su compañera, como si hubiera abierto el grifo de la felicidad. Era desconcertante, pero Charlie ya se había acostumbrado.

Jessica parpadeó con fuerza, como si estuviera reiniciándosele el cerebro.

—Entonces ¿estás nerviosa por quedar con John? —preguntó.

Charlie se lo pensó unos segundos.

—No, a ver, ¿por qué iba a estarlo? Solo es John, ¿no?

Charlie intentó reír, pero lo dejó por imposible.

—Jessica, no sé de qué hablar —estalló de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé de qué hablar con él —aclaró Charlie—. Si no tenemos un tema de conversación, empezaremos a hablar de… lo que ocurrió el año pasado. Y no puedo.

—Claro. —Jessica estaba pensativa—. Puede que él no saque el tema —dijo al fin.

Charlie suspiró, y miró con nostalgia el experimento que estaba tapado encima de la mesa.

—Claro que lo hará. Es lo único que tenemos en común —dijo Charlie, y se dejó caer en la cama.

—Charlie, no tienes por qué hablar de lo que no quieras —respondió Jessica con delicadeza—. Siempre puedes decirle que has cambiado de planes. No creo que John te ponga entre la espada y la pared. Le importas.

Dudo mucho de que tenga *in mente* hablar de lo que ocurrió en Hurricane.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Solo digo…

Jessica retiró una pila de ropa sucia con cuidado, se sentó junto a Charlie y le apoyó una mano en la rodilla.

—Solo digo que tal vez vaya siendo hora de que los dos superéis esto. Y creo que John lo está intentando.

Charlie desvió la mirada hacia la cabeza de Theodore, que estaba tirada bocabajo en el suelo. «¿Qué lo supere? ¿Por dónde empiezo?»

La voz de Jessica se suavizó.

—Tu vida ya no puede limitarse a esto.

—Ya lo sé —suspiró Charlie, y decidió cambiar de tema—. ¿Cómo fue tu clase?

Charlie se enjugó las lágrimas, con la esperanza de que Jessica pillara la indirecta.

—Genial.

Jessica se puso de pie y se estiró. Se inclinó hacia delante para tocarse los dedos de los pies, y de paso le dio a Charlie el tiempo que necesitaba para recomponerse. Cuando se volvió a incorporar, estaba sonriendo. Había vuelto a su papel.

—¿Sabías que en los yacimientos de turba los cadáveres se conservan como si fueran momias?

Charlie arrugó la nariz.

—Ahora sí que lo sé. ¿Es eso lo que vas a hacer cuando acabes la carrera? ¿Arrastrarte por yacimientos de turba en busca de cadáveres?

Jessica se encogió de hombros.

—Es posible.

—Te compraré un traje de protección NBQ para tu graduación —bromeó Charlie, y miró el reloj—. Me tengo que ir. ¡Deséame suerte!

Charlie se peinó con las manos, mirándose en el espejo de detrás de la puerta.

—Estoy hecha un desastre.

—Estás estupenda —dijo Jessica, y asintió para darle ánimos.

—He estado haciendo abdominales —replicó Charlie con torpeza.

—¿Qué?

—Déjalo —dijo Charlie, y después agarró la mochila y se fue hacia la

puerta.

—¡Déjalo patidifuso! —exclamó Jessica.

—No sé qué quiere decir eso —respondió Charlie.

La puerta se cerró antes de que terminara la frase.

Charlie lo vio de lejos de camino a la entrada principal del campus. John estaba apoyado en el muro, leyendo un libro. Su pelo castaño estaba más despeinado que nunca; llevaba una camiseta azul y unos vaqueros, un atuendo mucho más informal que el de la última vez que se vieron.

—¡John! —exclamó.

Su reticencia desapareció nada más verlo.

John dejó a un lado el libro y, con una sonrisa de oreja a oreja, se fue corriendo hacia ella.

—Hola, Charlie —dijo.

Se quedaron allí de pie, algo incómodos, hasta que Charlie extendió los brazos hacia él. Se dieron un fuerte abrazo y luego, de repente, él la soltó.

—Estás más alto —dijo ella, con tono acusador, y él se rio.

—Es verdad —reconoció, y la miró de arriba abajo—. Tú, sin embargo, estás igual —añadió, con una sonrisa desconcertada.

—¡Me he cortado el pelo! —exclamó Charlie, fingiendo estar enfadada, y se pasó los dedos por la melena, para demostrarle que lo que decía era cierto.

—Es verdad —dijo él—. Me gusta. Quiero decir que eres la misma chica que recuerdo.

—He estado haciendo abdominales —añadió Charlie, cada vez más aterrorizada de sí misma.

—¿Qué? —dijo John, con aspecto de estar algo confundido.

—Déjalo. ¿Tienes hambre? —le preguntó Charlie—. Dispongo de una hora libre hasta mi próxima clase. ¿Te apetece una hamburguesa? Hay una cafetería por aquí cerca.

—Sí, estaría genial —respondió John.

Charlie señaló hacia el otro lado del patio.

—Vamos. Está por ahí.

—Y, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Charlie en cuanto se sentaron

con sus bandejas—. Lo siento —añadió—. ¿He sido borde?

—No, para nada, aunque también habría aceptado un «John, ¿a qué debo el placer de este maravilloso encuentro?».

—Sí, es algo que podría decir yo, tal cual —dijo Charlie, con tono seco —. Pero, en serio, ¿qué haces por aquí?

—He conseguido un trabajo.

—¿En Saint George? —preguntó Charlie—. ¿Y eso?

—En Hurricane, de hecho —dijo él, esforzándose por mantener un tono desenfadado.

—¿No vas a la universidad?

John se sonrojó y bajó la mirada al plato.

—Tenía que haberme matriculado, pero… es mucho dinero para leer libros cuando el carnet de la biblioteca es gratis, ¿sabes? Mi primo me consiguió un trabajo en la construcción, y ahora escribo cuando tengo tiempo. He pensado que si alguna vez consigo ser artista, no tengo por qué morirme de hambre.

Le dio un bocado a su hamburguesa, como para ilustrar sus palabras. Charlie sonrió.

—¿Y por qué aquí? —insistió.

John levantó un dedo mientras acababa de masticar.

—La tormenta —dijo.

Charlie asintió.

La tormenta había asolado Hurricane antes de que Charlie llegara a Saint George, y la gente hablaba de ella en mayúsculas: la Tormenta. No era la peor que habían sufrido en la zona, pero casi. Un tornado se había formado de la nada y había arrasado ciudades enteras, destrozando una casa con siniestra precisión y dejando la siguiente intacta. En Saint George casi no habían sufrido daños, pero los efectos en Hurricane habían sido verdaderamente devastadores.

—¿Tan mal está? —preguntó Charlie, en un tono desenfadado.

—¿No has estado? —preguntó John, incrédulo.

Entonces fue Charlie quien desvió la mirada, incómoda. Sacudió la cabeza.

—Algunos sitios están muy mal —dijo John —. Principalmente a las afueras de la ciudad. Charlie… pensaba que habrías estado.

John se mordió el labio.

—¿Qué?

Había algo en su gesto que la inquietaba.

—La casa de tu padre es una de las afectadas.

—Ah —dijo Charlie, y sintió un peso en el pecho—. No lo sabía.

—¿De verdad que ni siquiera fuiste a mirar?

—No lo pensé —respondió Charlie.

No era verdad. Había pensado en volver a casa de su padre cientos de veces, pero nunca se le había pasado por la cabeza que la casa podría haberse visto afectada por la tormenta. En su cabeza era impenetrable, inalterable. Siempre estaría allí, justo como la había dejado su padre. Cerró los ojos y se la imaginó. La escalera de la entrada estaba hundida y abandonada, pero la casa se mantenía en pie, como una fortaleza, protegiendo lo que había en su interior.

—¿Está completamente derruida? —preguntó Charlie, casi sin fuerza.

—No —se apresuró a decir John—. No, sigue ahí, pero está deteriorada. No sé cuánto, solo pasé por delante con el coche. No me pareció correcto ir sin ti.

Charlie asintió, escuchando solo a medias. Se sentía lejos de allí. Veía a John, le oía, pero había una capa de algo entre ellos, entre ella y todo lo demás, todo menos la propia casa.

—Pensé que… ¿no te dijo tu tía lo que había pasado? —preguntó John.

—Tengo que irme a clase —dijo Charlie—. Es por aquí —dijo sin esforzarse demasiado en indicar el camino exacto.

—Charlie, ¿cómo has estado?

Ella no le miró, y él le puso una mano sobre la suya. Charlie seguía sin ser capaz de levantar la vista. No quería que él le viera la cara.

—Bien —repitió.

Sacó la mano de debajo de la de John y movió los hombros como si quisiera quitarse algo de la espalda.

—Ha sido mi cumpleaños —dijo entonces, y por fin miró hacia arriba, hacia él.

—Lo siento, se me pasó —dijo John.

—No, no era eso…

Charlie inclinó la cabeza de un lado a otro, como si así pudiera equilibrar también sus pensamientos.

—¿Recuerdas que tenía un hermano mellizo?

—¿Qué? —preguntó John, desconcertado—. Pues claro que sí. Lo siento, Charlie, ¿eso es a lo que te referías con lo de tu cumpleaños?

Charlie asintió con movimientos cortos. John volvió a tenderle la mano, y ella le dio la suya. Podía sentir el pulso de John en el pulgar.

—Desde que nos fuimos de Hurricane… ¿Sabes que se supone que los gemelos tienen una conexión, un vínculo especial?

—Sí —dijo John.

—Desde que nos fuimos de Hurricane, desde que supe que existía, he sentido que estaba conmigo. Sé que no lo está. Está muerto, pero durante todo ese año, no me volví a sentir sola.

—Charlie —dijo John, y apretó la mano de Charlie con la suya—. Sabes que no estás sola.

—No, quiero decir que me sentía acompañada de verdad. Como si tuviera otro yo: alguien que es parte de mí y está conmigo siempre. Ya había sentido cosas parecidas antes, pero esas sensaciones eran transitorias y no les prestaba demasiada atención. No sabía que significaran algo. Después, cuando supe la verdad y esos recuerdos volvieron a mí… John, entonces sentí cosas de una manera que ni siquiera soy capaz de describir.

A Charlie se le llenaron los ojos de lágrimas y se soltó de la mano de John para secárselas.

—Eh —dijo él con delicadeza—. Tranquila. Eso está muy bien, Charlie. Me alegro mucho de que tengas eso.

—No, esa es la cuestión. Que no tengo nada. —Charlie lo miró a los ojos, desesperada porque entendiera lo que con tanta dificultad le estaba intentando decir—. Ha desaparecido. Ese sentimiento de plenitud se ha desvanecido.

—¿Qué?

—Sucedió el día de mi cumpleaños. Me desperté y me sentí…

Suspiró. Trató de buscar una palabra para expresar ese sentimiento, pero esa palabra no existía.

—¿Sola? —preguntó John.

—Incompleta.

Charlie tomó aire y trató de recomponerse.

—Pero el asunto es que no solo siento su pérdida. Es como si estuviera atrapado en alguna parte. A veces, en sueños, puedo sentir que está al otro lado de algo, cerca de mí, pero aprisionado en algún lugar. Como si

estuviéramos en una caja. No sé muy bien.

John se la quedó mirando en silencio durante un momento. Antes de que pudiera pensar qué decir, Charlie se puso de pie de repente.

—Tengo que irme.

—¿Estás segura? Ni siquiera has comido —dijo él.

—Lo siento… John, me alegro de verte.

Titubeó unos segundos y después se giró para marcharse, probablemente para siempre. Sabía que lo había decepcionado.

—Charlie, ¿quieres salir conmigo esta noche?

John sonaba seco, pero su mirada transmitía otra cosa.

—Claro, me encantaría —dijo Charlie con una media sonrisa en los labios—, pero ¿no tienes que volver al trabajo mañana?

—Solo está a media hora de aquí —dijo John, y carraspeó—. Pero lo que quiero decir es si quieres salir conmigo.

—Ya te he dicho que sí —repitió Charlie, algo molesta.

John suspiró.

—Digo salir de salir. Una cita.

—Ah. —Charlie se lo quedó mirando unos segundos. —Ya.

La voz de Jessica retumbaba en su cabeza: «No tienes que hacer nada que no quieras hacer». Y aun así… se dio cuenta de que estaba sonriendo.

—Eh, sí, una cita. Vale, sí. ¿Hay cine en el pueblo? —se aventuró a preguntar.

Le parecía recordar que la gente que tenía citas iba al cine.

John asintió con energía. Daba la impresión de que estaba tan perdido como ella ahora que ya había hecho la pregunta.

—¿Te apetece que vayamos a cenar antes? Hay un restaurante tailandés más abajo, en esta misma calle. ¿Nos vemos allí a las ocho?

—Vale, muy bien. ¡Hasta luego!

Charlie cogió la mochila y se fue corriendo de la cafetería. Entonces se dio cuenta de que no le había ayudado a recoger la mesa. «Lo siento», pensó.

A medida que avanzaba por el patio de la facultad, camino de clase, aumentaba su decisión al caminar. Tenía clase de Informática. Escribir códigos no era tan interesante como lo que enseñaba la profesora Treadwell, pero aun así a Charlie le gustaba. Era un trabajo detallado, que la absorbía. Un solo error podría echarlo todo a perder. ¿Todo? Pensó en su inminente

cita. La idea de que un solo error pudiera echarlo todo a perder de repente adquiría un peso terrible.

Charlie subió corriendo las escaleras del edificio y se paró en seco frente a un hombre que le cortaba el paso.

Era Clay Burke.

—Hola, Charlie.

Sonreía, pero tenía una expresión muy seria en la mirada.

Charlie no había vuelto a ver al comisario de Hurricane, el padre de su amigo Carlton, desde la noche que escaparon juntos de Freddy's. Ahora, al verle la cara tan demacrada, sintió una punzada de miedo.

—Señor Burke…, digo, Clay. ¿Qué haces por aquí?

—Charlie, ¿tienes un minuto?

Se le aceleró el pulso.

—¿Le ha pasado algo a Carlton? —preguntó de repente.

—No, está bien —le aseguró Burke—. Ven conmigo. No te preocupes por las clases, te haré un justificante. Creo que al menos eso sí es algo que podemos hacer los agentes de la ley.

Clay le guiñó el ojo, pero Charlie no sonrió. Algo iba mal.

Ella bajó con él las escaleras. Cuando se alejaron unos metros del edificio, Burke se detuvo y la miró a los ojos, como si buscara algo.

—Charlie, hemos encontrado un cuerpo —dijo—. Quiero que le eches un vistazo.

—¿Quieres que yo le eche un vistazo?

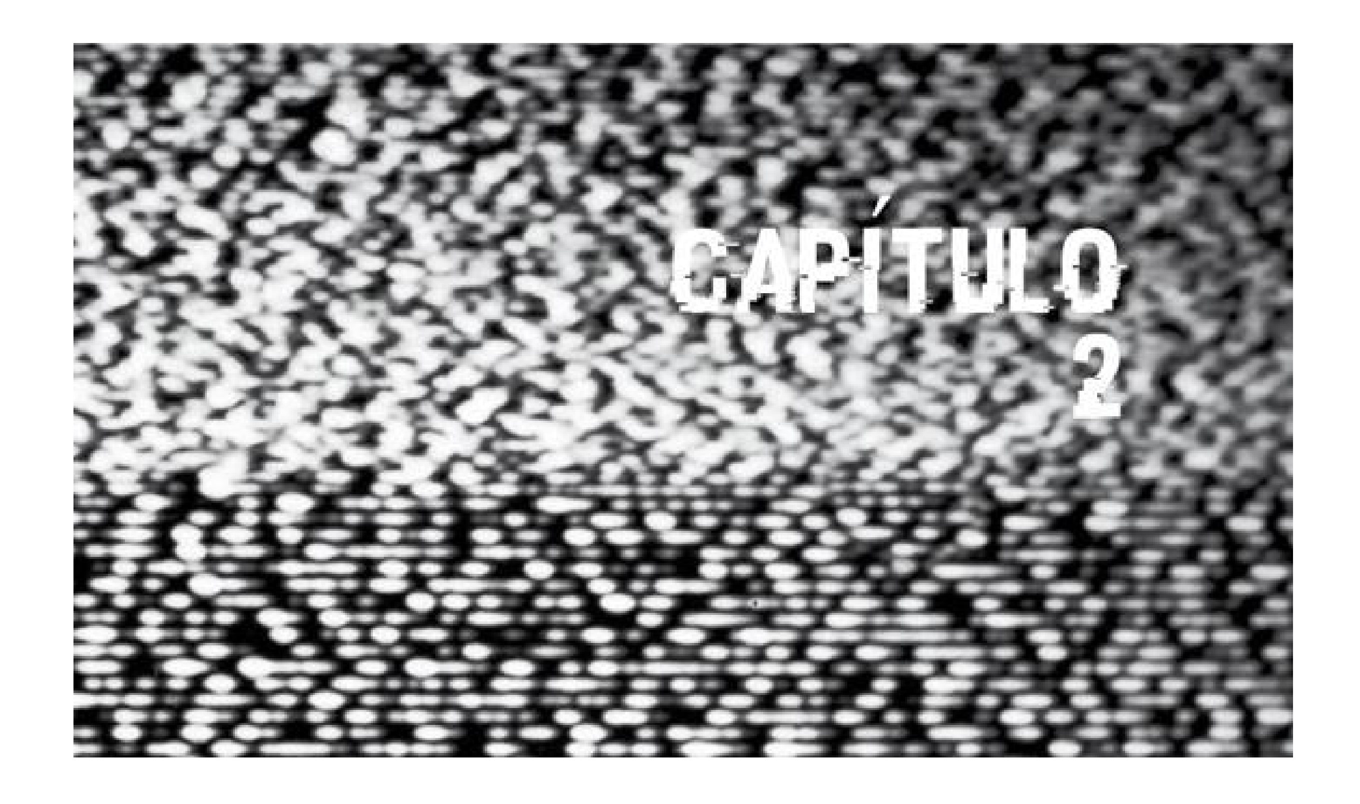
—Necesito que lo veas.

«¿Yo?». Charlie dijo lo único que podía decir.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con Freddy's?

—No quiero decirte nada hasta que lo veas —respondió Burke.

Burke echó a andar y Charlie se apresuró para seguir sus pasos. Lo siguió hasta el aparcamiento que había ante la entrada principal, y entró en el coche sin mediar palabra. Charlie se acomodó en su asiento. Una extraña sensación de pánico se revolvía en su interior. Clay Burke la miró y ella le hizo un gesto firme con la cabeza. Burke arrancó y juntos se dirigieron a Hurricane.



—Bueno, ¿te gustan las clases? —preguntó Clay Burke en tono desenfadado.

Charlie le lanzó una mirada sarcástica.

—Bueno, este es el primer asesinato del trimestre, así que todo va bien.

Burke no respondió. Al parecer era consciente de que cualquier intento de calmar los ánimos estaba destinado a fracasar. Charlie miró por la ventanilla. A menudo pensaba en regresar a la casa de su padre, pero cada vez que le venía a la mente el recuerdo de ese lugar, lo reprimía casi con violencia, lo empujaba a un rincón de su mente y lo dejaba allí, criando polvo. En este momento, algo se revolvía en ese rincón polvoriento, y se temía que no iba a ser capaz de mantenerlo allí durante mucho más tiempo.

—Comisario Burke… Clay —dijo Charlie—. ¿Cómo está Carlton?

Clay Burke sonrió.

—Muy bien. Intenté convencerle de que no se fuera a estudiar muy lejos, pero él y Betty insistieron. Ahora está en la costa este, estudiando artes escénicas.

—¿Artes escénicas? —Charlie se rio, para su propia sorpresa.

—Bueno, siempre ha sido un bromista —dijo Clay—. Me pareció que tenía mucho sentido que estudiara teatro.

Charlie sonrió.

—¿Alguna vez…?

Volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Alguna vez habló de lo ocurrido? —preguntó mirando hacia afuera.

Le veía la cara a Clay, reflejada en la ventanilla, ligeramente distorsionada.

—Carlton habla más con su madre que conmigo —respondió sin rodeos.

Charlie esperó a que continuara, pero se quedó en silencio. Aunque Charlie y Jessica vivían juntas, desde el principio tenían el pacto no escrito de no hablar del Freddy's, al menos no en detalle. No sabía si a Jessica también le consumían los recuerdos, como a ella. Puede que Jessica también tuviera pesadillas.

Pero Charlie y Clay no tenían ese pacto. Charlie tomó pequeñas bocanadas de aire, mientras esperaba a ver qué más le contaría su interlocutor.

—Creo que Carlton soñaba con ello —dijo Clay al fin—. A veces, por las mañanas, bajaba a la cocina con cara de no haber dormido en una semana, pero nunca me dijo qué le pasaba.

—¿Y tú? ¿Piensas en ello? —Charlie se estaba pasando de la raya, pero a Clay no parecía molestarle.

—Intento evitarlo —dijo muy serio—. ¿Sabes, Charlie? Cuando ocurren cosas terribles, se pueden tomar dos caminos: pasar página o dejar que te consuman.

Charlie apretó los dientes.

—No soy mi padre —dijo.

Clay se arrepintió de sus palabras.

—Lo sé, no quería decir eso. Solo quería decir que tienes que mirar hacia el futuro.

El hombre dibujó una sonrisa nerviosa.

—Por supuesto, mi mujer diría que hay otra opción: procesar las cosas

terribles que pasan y aceptarlas. Es probable que tenga razón.

—Es probable —dijo Charlie, distraída.

—¿Y tú qué? ¿Cómo estás, Charlie? —preguntó Clay.

Era la pregunta que prácticamente había estado pidiendo a gritos, pero no sabía cómo contestarla.

—Sueño con ello, creo —susurró.

—¿Crees? —preguntó él con tacto—. ¿Qué tipo de sueños tienes?

Charlie volvió a mirar por la ventanilla. Sentía un peso en el pecho. «¿Qué tipo de sueños?»

Pesadillas, pero no del Freddy's. «Una sombra en la puerta del armario de los disfraces en el que jugábamos. Sammy no lo ve; está jugando con su camión. Pero yo miro hacia arriba. La sombra tiene ojos. Entonces todo se mueve: las perchas se agitan y los disfraces se balancean. Un camión de juguete cae con estrépito al suelo. Me quedo sola. El aire está viciado y se me acaba. Me cuesta respirar y me voy a morir así, sola, en la oscuridad. Golpeo la pared del armario, para pedir ayuda. Sé que él está allí, al otro lado, pero no responde a mis gritos cuando empiezo a boquear, en un intento desesperado de tomar aire. No se ve nada, está demasiado oscuro, pero aun así sé que estoy empezando a verlo todo negro y que se me para el corazón; cada latido me mata de dolor, mientras intento gritar su nombre una vez más.»

—¿Charlie?

Clay había parado el coche a un lado de la carretera sin que ella se diera cuenta. Ahora la observaba con su penetrante mirada de detective. Ella lo miró un segundo y pensó en cómo responder a su pregunta. Se obligó a sonreír.

—Me he centrado principalmente en las clases —dijo.

Clay sonrió con los labios, pero no con la mirada. Estaba preocupado. «Está pensando que ojalá no me hubiera traído», pensó Charlie.

Clay abrió la puerta, pero no salió del coche. A medida que avanzaban se iba haciendo de noche, y ya casi había anochecido del todo. El intermitente seguía funcionando e iluminaba de amarillo el camino de tierra. Charlie lo miró un momento, hipnotizada. Se sentía como si nunca fuera a volver a moverse, como si fuera a quedarse para siempre ahí sentada, mirando el interminable y calculado parpadeo de la luz. Clay apagó el intermitente. Charlie pestañeó, como si se hubiera roto un hechizo. Se enderezó en el

asiento y se soltó el cinturón de seguridad.

—Charlie —dijo Clay sin mirarla directamente—. Siento pedirte esto, pero eres la única persona que puede decirme si esto es lo que creo que es.

—De acuerdo —respondió ella, que de repente estaba alerta.

Clay dio un suspiro y salió del coche. Charlie lo siguió de cerca. Había una valla de alambre de espino paralela a la carretera, y en el prado que cercaba la valla pastaban las vacas. Ahí estaban, rumiando y con la mirada perdida, de esa forma tan característica. Clay levantó el alambre y Charlie pasó con cuidado. «¿Cuándo me puse la vacuna del tétanos por última vez?», se preguntó cuando el alambre se le quedó enganchado por un momento en la camiseta.

No le hizo falta preguntar dónde estaba el cuerpo. Había un foco y una valla improvisada de cinta atada a unos postes clavados en el suelo. Charlie se quedó allí de pie mientras Burke saltaba la valla detrás de ella, y después los dos reconocieron el terreno.

El prado era llano, y la hierba corta y desigual, aplastada día tras día por decenas de pezuñas. Un árbol solitario se erguía a algunos metros de la escena del crimen. A Charlie le pareció un roble. Sus ramas, largas y antiguas, estaban cuajadas de hojas. Había algo extraño en el aire; junto al olor a boñiga de vaca y a barro flotaba el intenso y metálico hedor de la sangre.

Por alguna razón, Charlie volvió a mirar las vacas. No estaban tan tranquilas como a ella le había parecido. Se movían de atrás hacia delante, agrupándose. Ninguna se acercaba al foco. Como si se sintiera observada, una de ellas soltó un mugido quejumbroso. Charlie oyó cómo Clay tomaba aire con fuerza.

—Tal vez deberíamos preguntarles a ellas qué ha sucedido —dijo Charlie.

Su voz se oyó en el silencio. Clay se acercó al foco, y Charlie lo siguió de cerca; no quería quedarse atrás. No eran solo las vacas, algo malo pesaba en el ambiente. No se oía ningún sonido, solo el silencio y la conmoción que siguen a la violencia.

Clay se detuvo junto al lugar acordonado y guio a Charlie hacia delante, sin decir nada.

Ella miró.

Era un hombre, tumbado bocarriba en una postura horripilante, con las extremidades retorcidas de una forma imposible. En esa luz cegadora,

artificial, la escena parecía un posado; el tipo podría haber sido un muñeco. Tenía el cuerpo teñido de rojo, empapado de sangre; la ropa, rasgada, casi hecha jirones. A través de los rotos, a Charlie le pareció ver carne desgarrada, algunos huesos, así como otras cosas que no era capaz de identificar.

—¿Qué te parece? —preguntó Clay en voz baja, como si temiera molestarla.

—Tengo que acercarme más —dijo ella.

Clay pasó por encima de la cinta amarilla y Charlie hizo lo propio. Se agachó junto a la cabeza de la víctima y las rodillas se le empaparon de barro. Era un hombre blanco de mediana edad, con el pelo corto y canoso. Por suerte, tenía los ojos cerrados. El resto de su rostro estaba relajado de una forma que casi podría confundirse con el sueño, pero no del todo. Charlie se inclinó para observarle el cuello y palideció, pero no apartó la vista.

—Charlie, ¿estás bien? —le preguntó Clay.

Ella levantó una mano.

—Sí.

Había visto esas heridas antes, conocía las cicatrices que dejaban. En cada lado del cuello del cadáver había un tajo curvado y profundo. Esa era la causa de la muerte, que se habría producido de forma instantánea. «O tal vez no.» De repente, se imaginó a Dave, el guarda de Freddy’s, el asesino. Lo había visto morir. Ella misma había activado el resorte y había visto el sobresalto en su mirada cuando se le clavó en el cuello. Lo había visto sacudirse y agarrotarse mientras el traje que llevaba disparaba puntas de metal que se le clavaban en los órganos vitales. Charlie se quedó mirando las heridas del desconocido. Se agachó y pasó un dedo por el borde del corte que tenía en el cuello. «¿Qué estabas haciendo?»

—¡Charlie! —exclamó Clay, alarmado, y Charlie retiró la mano.

—Lo siento —dijo Charlie, avergonzada, y se limpió la sangre de los dedos en los vaqueros—. Clay, era uno de ellos. El cuello. Murió como…

Charlie dejó de hablar. Clay había estado allí; su hijo estuvo a punto de morir de la misma manera. Pero si aquello estaba ocurriendo otra vez, le convenía saber a qué se enfrentaba.

—Recuerdas cómo murió Dave, ¿verdad? —preguntó Charlie.

Clay asintió.

—Es difícil de olvidar.

Clay sacudió la cabeza, esperando paciente a que Charlie continuara.

—Estos trajes, como el traje de conejo que llevaba Dave, pueden usarse como disfraces. O pueden moverse por sí mismos, como robots completamente funcionales.

—Claro, solo hay que ponerle el traje a un robot —dijo Clay.

—No exactamente… Los robots siempre están dentro de los trajes; están hechos de partes interconectadas que se fijan al forro con resortes. Si se quiere conseguir un animatrónico, se activan los resortes y las partes robóticas se despliegan y rellenan el traje.

—Pero si hay alguien dentro cuando se activan los resortes… —dijo Clay, atando cabos.

—Eso es. Miles de puntas metálicas te atraviesan el cuerpo. Bueno, justo así —dijo Charlie al fin, y señaló al hombre que yacía en el suelo.

—¿Es difícil activar los resortes por error? —preguntó Clay.

—Depende del disfraz. Si está bien cuidado, resulta bastante difícil. Si está viejo o mal diseñado, podría ocurrir. Y si no es un error…

—¿Es eso lo que ha sucedido en este caso?

Charlie titubeó. Le vino de nuevo a la mente la imagen de Dave, esta vez cuando estaba vivo y se descubrió el torso para mostrar sus cicatrices. Dave había sobrevivido una vez, pero la segunda acabó con él. De alguna manera, había sobrevivido al despliegue de un traje, algo imposible. Pero aquello le había dejado marcas.

—Tengo que verle el pecho —dijo Charlie—. ¿Puedes levantarle la camiseta?

Clay asintió y se sacó un par de guantes de plástico del bolsillo. Se los tiró a Charlie, pero cayeron al suelo sin que ella se diera cuenta.

—Si llego a saber que ibas a tocar el cadáver, te los habría dado antes —dijo con tono seco.

Clay se puso también unos guantes y sacó una navaja que llevaba sujeta en el cinturón. El muerto llevaba una camiseta. Clay se arrodilló, agarró la prenda por la parte de abajo y procedió a cortar la tela. El sonido de la tela húmeda al rasgarse rompió el silencio como un grito de dolor. Cuando por fin terminó, retiró hacia un lado la tela impregnada de sangre seca. El cuerpo del hombre parecía acompañar el gesto de Clay, lo que les dio la breve y falsa impresión de que seguía con vida. Charlie se inclinó y se

imaginó las cicatrices de Dave. Comparó el patrón de las heridas con lo que tenía ante ella. «Esto es lo que le ocurrió a Dave.» Cada uno de los agujeros en la carne del hombre parecía una herida mortal; cualquiera de ellos podría haber perforado un órgano vital, o simplemente tener la profundidad suficiente para que se hubiera desangrando en pocos minutos. Lo que quedaba de él era grotesco.

—Era uno de ellos —dijo Charlie, y miró a Clay por primera vez desde que llegaron a la zona donde estaba el cuerpo —. Seguro que llevaba puesto uno de esos disfraces. Es la única explicación para que haya acabado de esta manera. Pero…

Charlie se detuvo un momento y volvió a examinar el terreno.

—¿Dónde está el traje?

—¿Por qué llevaría alguien una cosa de esas por aquí? —preguntó Clay.

—Puede que no lo llevara por su propia voluntad —respondió Charlie.

Clay se inclinó hacia delante y cerró la camiseta del hombre lo mejor que pudo. Ambos se incorporaron y se dirigieron al coche.

De camino al campus, Charlie miró la oscuridad de la noche por la ventanilla.

—Clay, ¿qué pasó con Freddy's? —preguntó—. Me han dicho que lo derribaron.

Charlie rascó nerviosa el asiento con las uñas.

—¿Es cierto?

—Sí. Bueno, empezaron —dijo Clay, despacio—. Lo revisamos todo de arriba abajo, y lo despejamos. Pasó algo raro: no encontramos el cuerpo de Dave, el guarda.

Se quedó callado y miró a Charlie, como si esperara que ella le diera una respuesta.

La chica sintió que se quedaba lívida. «Está muerto. Lo vi morir.» Cerró un segundo los ojos y se obligó a centrarse.

—También es cierto que ese lugar era como un laberinto —dijo Clay, que había vuelto a mirar la carretera, con aparente desenfado—. Puede que su cuerpo se quedara en un recoveco y que tarden años en encontrarlo.

—Sí, puede que esté enterrado entre los escombros.

Charlie miró hacia abajo e intentó desechar ese pensamiento.

—¿Qué pasa con los disfraces, los robots?

Clay titubeó. «Tenías que saber que te lo iba a preguntar», pensó Charlie,

algo molesta.

—Todo lo que sacamos de Freddy's lo tiramos o lo quemamos. Desde un punto de vista técnico, tendría que haberlo tratado como lo que era: una fisura en el caso de los niños desaparecidos, que ya tenía más de una década de antigüedad. Debería haberlo metido todo en bolsas para analizarlo después. Pero nadie se hubiera creído lo que ocurrió, lo que vimos. Así que me tomé algunas licencias.

Clay miró a Charlie, ahora ya sin aire de sospecha, y ella asintió para pedirle que continuara. Clay tomó aire.

—Me ocupé del caso como si solo se tratara del asesinato de mi agente. ¿Recuerdas al agente Dunn? Encontramos el cuerpo, cerramos el caso y dimos la orden para que demolieran el edificio.

—¿Y qué hay de…? —dijo Charlie, y se interrumpió para no dejar ver su frustración—. ¿Qué hay de Freddy, Bonnie, Chica y Foxy?

«¿Qué hay de los niños que fueron asesinados y escondidos dentro?»

—Allí estaban todos —dijo Clay, muy serio—. Sin vida, Charlie. No sé qué más decirte.

Ella no respondió.

—El equipo que se ocupó del derribo solo encontró trajes viejos, robots rotos y unas cuantas mesas plegables. Y yo no los corregí —dijo con voz dubitativa—. Ya sabes cómo son estas cosas. Construir y derribar son procesos que llevan tiempo. Por lo que he oído, la tormenta llegó, y de repente se requería la presencia de todo el mundo en otro sitio, así que se aplazó la demolición.

—Entonces ¿sigue en pie? —preguntó Charlie.

Clay la miró con preocupación.

—Algunas partes siguen en pie, pero, a todos los efectos, el restaurante ha desaparecido. Y ni se te ocurra volver por allí. No debes correr el peligro de acabar asesinada. Como ya te he dicho, allí no queda nada importante.

—No quiero volver a ese lugar —susurró Charlie.

Cuando llegaron al campus, Clay la dejó en el mismo sitio donde la había recogido. Solo se había alejado unos pasos del coche cuando él la llamó por la ventanilla.

—Creo que debería contarte algo más —dijo—. Encontramos sangre en el lugar del crimen, en el comedor principal donde Dave…

Clay miró a su alrededor con prudencia. Resultaba indecoroso hablar de

asuntos tan macabros en el protegido recinto del campus.

—La sangre no era real, Charlie.

—¿A qué te refieres?

Charlie dio un paso atrás, en dirección al coche.

—Era como sangre artificial, de carnaval o… de una película. Aunque resultaba bastante convincente. No nos dimos cuenta de que era falsa hasta que los forenses la analizaron con el microscopio.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó Charlie, aunque ya sabía la respuesta.

Aquella terrible posibilidad le retumbaba en la cabeza como una migraña.

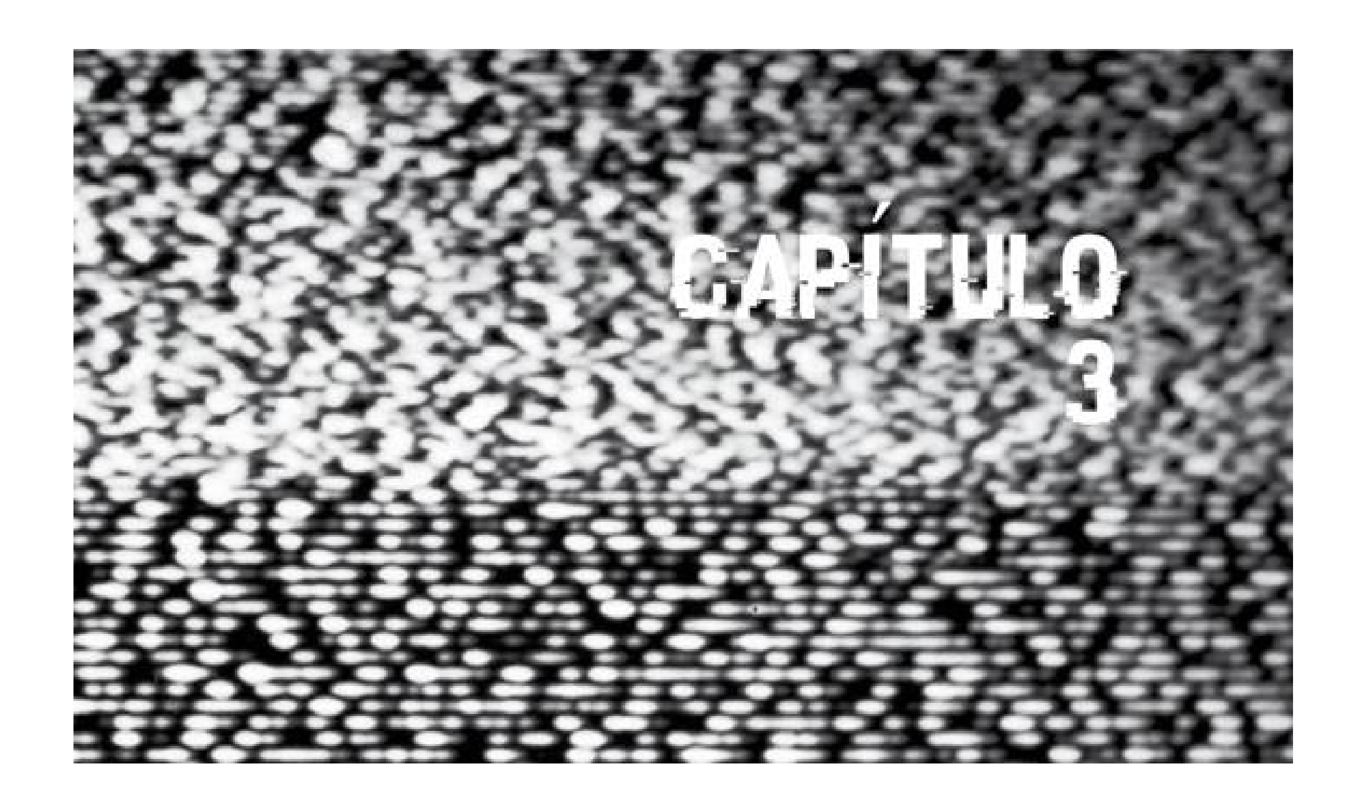
—Sobrevivió una vez —respondió Clay, directo.

—Bueno, la segunda vez no lo consiguió.

Charlie se giró para marcharse.

—Lamento que tengas que involucrarte en esto —dijo Clay.

Charlie no contestó. Miró al suelo y apretó los dientes. Clay subió la ventanilla y sin mediar palabra, se marchó.



Charlie miró el reloj: le daba tiempo a llegar a su cita con John, incluso le sobraba. Pasó bajo una farola y bajó la vista para mirarse la ropa. «Oh, no.» Tenía las rodillas de los vaqueros llenas de barro y una mancha oscura donde se había limpiado los dedos de sangre. «No puedo aparecer cubierta de sangre. Ya me ha visto así demasiadas veces.» Suspiró y se dio media vuelta.

Afortunadamente, cuando llegó a su habitación, Jessica se había marchado. Charlie no quería hablar de lo que acababa de suceder. Clay no le había dicho claramente que lo mantuviera en secreto, pero estaba bastante segura de que no debería proclamar a los cuatro vientos su visita privada a la escena de un crimen. Charlie echó un vistazo a las caras debajo de la funda de la almohada, pero no se acercó a ellas. Quería enseñarle el proyecto a John, pero, al igual que Jessica, era posible que no lo entendiera.

Abrió un cajón del armario y se quedó mirando el contenido con la mente puesta lejos de allí. Se le apareció la imagen del cadáver, con las extremidades extendidas como si lo hubieran tirado al lugar en el que yacía. Charlie se tapó la cara con las manos y respiró hondo. Había visto las cicatrices, pero nunca había visto las heridas de los resortes. En ese momento, le vinieron a la mente los ojos de Dave, el sobresalto en su mirada antes de caer. Charlie sentía los resortes en las manos, notaba cómo oponían resistencia y luego cedían. «Eso es lo que ocurrió. Eso es lo que hice.» Tragó saliva y se deslizó las manos por el cuello.

Sacudió la cabeza como hacen los perros cuando están mojados. Volvió a mirar el cajón abierto, concentrada esta vez. «Tengo que cambiarme. ¿Qué es esto?» El cajón estaba lleno de camisetas de colores brillantes; ninguna de ellas le resultaba familiar. Charlie se sobresaltó. Una ligera sensación de pánico se apoderó de ella. «¿Qué es esto?» Cogió una camiseta y la volvió a soltar, entonces se obligó a tomar aire. «Jessica. Son de Jessica.» Había abierto el cajón equivocado.

«Céntrate, Charlie», se dijo así misma, muy seria, y de alguna manera su voz le sonó como la de la tía Jen. A pesar de todo lo que la separaba de su tía, solo imaginar su voz fría y autoritaria la tranquilizaba un poco. Asintió y cogió lo que estaba buscando: una camiseta y unos vaqueros limpios. Se vistió a toda prisa y salió en busca de John, con un cosquilleo en el estómago, una mezcla de nerviosismo y náuseas. «Una cita», pensó. «¿Y si sale mal? O peor, ¿y si sale bien?»

Cuando se aproximaba al restaurante tailandés, vio a John, que ya estaba allí. La estaba esperando fuera, pero no parecía impaciente. No la vio enseguida. Charlie aminoró la marcha un momento, para mirarlo. Parecía cómodo, mirando hacia delante con una expresión tranquila y relajada. Irradiaba una confianza en sí mismo que no tenía el año anterior. No es que antes estuviera inseguro, pero ahora parecía… un adulto. Puede que fuera porque había empezado a trabajar nada más terminar el instituto. «Puede que fuera por lo ocurrido el año pasado en Freddy's», pensó Charlie, que de repente sintió envidia. Aunque se había ido a vivir fuera de casa y había empezado a estudiar en la universidad, sentía que la experiencia la había vuelto más niña, en lugar de hacerla crecer. Y no era una niña protegida o cuidada, sino vulnerable y desarraigada. Una niña que ha mirado debajo de la cama y ha visto los monstruos.

John la vio y la saludó con la mano. Charlie le devolvió el saludo y sonrió, natural. Fuera o no fuera una cita, se alegraba de verle.

—¿Cómo te ha ido en la última clase? —preguntó John a modo de saludo.

Charlie se encogió de hombros.

—Sin más. Una clase es una clase. ¿Cómo te ha ido en el trabajo?

John sonrió.

—El trabajo es el trabajo. ¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Charlie con decisión.

Entraron en el restaurante y les condujeron a una mesa.

—¿Has venido aquí antes? —preguntó John.

Charlie negó con la cabeza.

—No salgo mucho —contestó—. Ni siquiera salgo a la ciudad muy a menudo. La universidad es como un mundo en sí mismo.

—Ya me imagino —dijo John, animado.

Ahora que ya había desvelado el secreto de que no estaba estudiando, parecía sentirse más cómodo que al principio.

—¿No es un poco…? —John se detuvo a pensar en la palabra adecuada —. ¿No os sentís un poco aislados?

—No mucho —dijo Charlie—. Digamos que hay cárceles peores.

—¡No era mi intención comparar la universidad con una cárcel! —exclamó John—. A ver, dime, ¿qué estás estudiando?

Charlie titubeó. No tenía motivos para no contárselo a John, pero le parecía que era demasiado pronto, y que revelar que estaba siguiendo los pasos de su padre resultaría demasiado arriesgado. No quería decirle que estaba estudiando robótica hasta que no tuviera una ligera idea de cómo iba a responder él. Lo mismo sucedía con su proyecto.

—La mayoría de las universidades te obligan a hacer una variedad de asignaturas en primero: lengua, matemáticas, cosas así —dijo Charlie, con la esperanza de que a John le pareciera una respuesta adecuada.

De pronto, se le quitaron las ganas de hablar de las clases. No se veía capaz de poder mantener una conversación sobre nada, en realidad. Miró a John, y por un momento se imaginó que tenía heridas de resorte en el cuello. Los ojos se le abrieron como platos y se mordió los carrillos por dentro en un intento de centrarse.

—Cuéntame cosas de tu trabajo —dijo, y vio su propia inseguridad

reflejada en su rostro.

—A ver, el trabajo me gusta —respondió él—. Más de lo que pensaba, de hecho. El trabajo físico te libera la mente, de alguna manera. Es como una especie de meditación. Pero es duro, durísimo. Ves a los obreros y parece muy fácil, pero resulta que desarrollar músculo lleva su tiempo.

Estiró los brazos en broma por encima de la cabeza y Charlie se rio, pero no pudo evitar fijarse en que iba por buen camino con eso de los músculos. John se inclinó hacia la izquierda, se olisqueó rápidamente la axila e hizo una mueca de falsa vergüenza. Charlie miró el menú y soltó una risita.

—¿Ya sabes qué vas a pedir? —preguntó.

Entonces, la camarera apareció de la nada, como si hubiera estado escuchando.

John pidió y Charlie se quedó muda. Le había preguntado por decir algo, pero no sabía qué pedir. De repente, se fijó en los precios. Todo era ridículamente caro. Ni siquiera había pensado en el dinero cuando aceptó la invitación de John, y ahora no podía dejar de pensar en su cartera y su cuenta corriente, casi vacía.

John malinterpretó su expresión.

—Si no has probado la comida tailandesa, te recomiendo el Pad Thai —le sugirió—. Tendría que haberte consultado —dijo, algo incómodo—. Si voy a invitar a una señorita a cenar, debería asegurarme de que le guste la comida.

Parecía avergonzado, pero a Charlie la embargó una sensación de alivio: «Invitar a una señorita a cenar.»

—Tranquilo, seguro que me gusta —dijo ella—. Un Pad Thai, por favor —le dijo a la camarera, y le lanzó a John una mirada asesina—. Así que señorita, ¿eh? —bromeó.

John se echó a reír.

—¿Qué pasa?

—Me suena muy raro que me llames señorita —dijo Charlie—. Bueno, ¿y qué haces el resto del día, además de meditar?

—Pues los días son largos y, como ya te dije, sigo escribiendo, así que hago eso. Es raro estar otra vez en Hurricane. No tenía intención de echar raíces.

—¿Echar raíces?

—Apuntarme a un club de bolos, por ejemplo. Crear lazos con la

comunidad y cosas así.

Charlie asintió. Ella más que nadie entendía la necesidad de la distancia.

—Entonces ¿por qué aceptaste el trabajo? —preguntó—. Sé que necesitan a gente por lo de la tormenta, pero tú no tenías por qué venir, ¿no? También hay obras en otros sitios.

—Eso es verdad —reconoció él—. En realidad, lo que necesitaba era escaparme de donde estaba.

—Eso me suena —murmuró Charlie, en voz demasiado baja.

La camarera regresó con la comida. Charlie se apresuró a probar los fideos de arroz y se quemó la lengua. Cogió el vaso de agua y le dio un buen trago.

—¡Ay! ¡Cómo quema! —exclamó—. ¿Y de qué te escapabas? —le preguntó sin darle mucha importancia, como si la respuesta pudiera ser sencilla.

«¿Tú también tienes pesadillas?» Se guardó esas palabras y esperó a que él le respondiera.

John titubeó.

—Pues… de una chica, en realidad —confesó.

Se quedó callado, esperando que ella reaccionara. Charlie paró de masticar. No era la respuesta que esperaba, para nada. Tragó, y asintió con un entusiasmo forzado. Después de un silencio insoportable, John continuó:

—Empezamos a salir el verano después…, después de lo de Freddy's. Le dije que no quería nada serio, y me dijo que ella tampoco. De repente, habían pasado seis meses e íbamos en serio. Yo acababa de empezar a trabajar, me había independizado y tenía una relación adulta. Era mucho de golpe, pero en el buen sentido, supongo.

Hizo una pausa. Él no estaba muy seguro de si debería continuar. Y Charlie no estaba muy segura de querer darle permiso.

—Háblame de ella —dijo tranquila, evitando establecer contacto visual.

—Era…, bueno, es, claro. Ya no estamos juntos, pero tampoco es que se haya muerto. Se llama Rebecca. Es guapa, supongo. Inteligente. Es un año mayor que yo, estudia Literatura en la universidad. Tiene un perro. Pues eso, no estaba mal.

—¿Qué pasó?

—No lo sé —respondió él.

—Ya, claro —dijo Charlie, sin rodeos.

John sonrió.

—No, bueno. Sentía que tenía que estar siempre alerta con ella. Había cosas que no le podía contar, porque nunca las entendería. No era por ella. Ella era genial, pero sabía que me guardaba algo, aunque no sabía el qué.

—Me pregunto qué podría ser —dijo Charlie.

Ambos conocían la respuesta.

—Bueno, el caso es que me dejó y yo estaba destrozado, bla, bla, bla. Bueno, en realidad, no creo que estuviera tan destrozado.

John miró hacia abajo, a la comida, pero no la tocó.

—¿Has intentado alguna vez contarle a alguien lo de Freddy's?

John levantó la vista y señaló a Charlie con el tenedor. Ella sacudió la cabeza.

—No es solo lo que pasó —prosiguió—. No me podía imaginar contarle esa historia y que me creyera, pero no es solo eso. Quería contarle lo que sucedió, pero también cómo me afectó todo eso, cómo me cambió.

—Nos cambió a todos —dijo Charlie.

—Sí, y no solo el año pasado. Desde el principio. Hasta que volvimos no me di cuenta de cuánto me había… perseguido ese sitio.

John miró a Charlie.

—Perdón. Debió de ser aún más raro para ti.

Charlie se encogió de hombros, incómoda.

—Puede. Yo creo que, sencillamente, es distinto.

Tenía la mano apoyada en la mesa, al lado del vaso de agua. John extendió la suya para tocarla. Charlie se puso rígida y él retiró la mano.

—Perdón —dijo—. Lo siento.

—No es por ti —se apresuró a decir Charlie.

Aquel rostro muerto, la piel muerta de su garganta. Apenas se había fijado entonces, sobrepasada por la experiencia, pero ahora la sensación del cuello del cadáver le volvió a la mente, como si lo estuviera tocando en ese preciso momento. Sentía su piel, flácida y fría, y resbaladiza por la sangre. Sentía la sangre en los dedos. Se frotó las manos. Estaban limpias, lo sabía, pero aun así podía sentir la sangre. «Estás exagerando.»

—Vuelvo enseguida —dijo, y se levantó sin darle tiempo de responder.

Caminó hacia el baño, que estaba al fondo del restaurante, entre las mesas. Allí había tres cubículos. Afortunadamente, estaba vacío. Charlie fue directa al lavabo y abrió el grifo de agua caliente a tope. Se echó jabón

en las manos y se las frotó durante un buen rato. Cerró los ojos y se concentró en la sensación que le producían el agua caliente y el jabón; poco a poco, el recuerdo de la sangre se desvaneció. Mientras se secaba las manos, se miró al espejo: su reflejo le resultó raro, incorrecto, como si no se estuviera mirando a sí misma, sino a una copia, a otra persona que llevaba su misma ropa. «Céntrate, Charlie», pensó tratando de oír esas palabras en la voz de su tía Jen, como hacía un rato. Cerró los ojos. «Céntrate.» Cuando los volvió a abrir, había vuelto al espejo. El reflejo era el suyo.

Charlie se arregló el peinado y regresó a la mesa, donde John la esperaba con gesto de preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó John, nervioso—. ¿He hecho algo?

Charlie negó con la cabeza.

—No, claro que no. Ha sido un día muy largo, eso es todo.

Se había quedado corta con esa afirmación. Miró el reloj.

—¿Nos da tiempo a llegar a la película? —preguntó—. Son casi las ocho y media.

—Sí, vamos —dijo John—. ¿Has terminado?

—Sí, estaba buenísimo, gracias. —Charlie sonrió—. A la señorita le ha gustado.

John le devolvió la sonrisa, claramente más relajado. Fue a pagar al mostrador y Charlie salió a esperarle a la calle. Se había hecho de noche y hacía fresco. Se arrepintió unos segundos de no haberse llevado una chaqueta. John no tardó en salir.

—¿Estamos?

—Sí —dijo Charlie—. ¿Dónde está el cine?

John se la quedó mirando unos segundos y sacudió la cabeza.

—Lo del cine fue idea tuya, ¿sabes? —dijo riendo.

—Ya te he dicho que no salgo mucho.

Charlie se miró los pies.

—El cine está a un par de manzanas.

Caminaron un rato en silencio.

—He averiguado lo que pasó en Freddy's —dijo sin pensar.

John la miró, sorprendido.

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Lo estaban demoliendo cuando llegó la tormenta; los trabajadores tuvieron que irse a trabajar a otro sitio. Ahora sigue ahí, a medio derruir.

Pero ya no queda nada dentro —añadió al ver la duda en la mirada de John —. No sé qué hicieron con… con ellos.

Era mentira. No podía decirle lo que había ocurrido sin revelarle cómo lo había averiguado. Todas esas preguntas conducían al mismo lugar: el terreno en el que yacía el hombre muerto. «¿Dónde has estado?»

—¿Y qué ha pasado con la casa de tu padre? —preguntó John—. ¿Te ha contado algo tu tía Jen? ¿Qué piensa hacer con ella?

—No lo sé —dijo Charlie—. Llevo sin hablar con ella desde agosto.

Charlie se quedó en silencio mientras caminaban; evitó mirar a John.

Llegaron a su destino, un cine cutre de una sola sala llamado el Grand Palace. El nombre era, o irónico o excesivamente optimista. En la fachada se anunciaba la película: *Zombis contra zombis.*

—Creo que va de zombis —bromeó John al entrar.

Ya había empezado. En la pantalla, una chica gritaba; al parecer, los zombis la rodeaban por todas partes. Estaba acorralada. Las criaturas se agazapaban como perros salvajes, listos para abalanzarse sobre ella y devorarla. Se dispusieron a atacar, y un hombre la agarró del brazo y la puso a salvo.

—Charlie —susurró John, y le puso la mano en el brazo—. Por ahí.

John señaló a la última fila. El cine estaba medio lleno, pero en la última fila no había nadie, así que ocuparon los asientos centrales. Una vez sentados, Charlie se centró en la película. «Menos mal —pensó—. Puede que por fin podamos relajarnos.»

Se acomodó en su asiento y dejó que las imágenes de la pantalla se sucedieran borrosas antes sus ojos. Gritos, disparos y música ruidosa llenaban el silencio que los separaba. De reojo, vio que John la miraba nervioso. Charlie se concentró en la película. Los protagonistas, un hombre y una mujer con el aspecto genérico de rasgos definidos propio de la gran pantalla, disparaban a las hordas de zombis con armas automáticas. A medida que los de las primeras filas iban muriendo (bueno, más que morir se retorcían en el suelo, partidos en dos por las heridas), los de las filas siguientes trepaban sobre sus secuaces caídos. La cámara volvió a enfocar al hombre y a la mujer, que saltaron la verja y echaron a correr. Los zombis seguían llegando y se abrían paso con dificultad, sin prestar atención a los cuerpos de los muertos vivientes que iban esquivando. La música era frenética. Los graves latían como un corazón artificial. Charlie se relajó en

el asiento, dejándose envolver por todo eso.

«¿Qué estaba haciendo allí?» La imagen del hombre muerto le volvió a la mente. Había algo en sus heridas que la perturbaba, pero no era capaz de identificar el qué. «Reconozco esas heridas. Encajan con lo que recuerdo, pero algo era distinto. ¿El qué?»

Sintió un movimiento a su lado y vi que John estiraba un brazo hacia ella. «¿En serio?» Pensó.

—¿Tienes suficiente espacio? —le preguntó Charlie, y se hizo a un lado sin esperar su respuesta.

John parecía avergonzado, pero ella retiró la mirada, apoyó el codo en el otro reposabrazos y miró fijamente la pantalla.

«Suficiente espacio. Eso es.» Charlie cerró los ojos y se concentró en la imagen que tenía en la cabeza. «Las heridas eran algo más grandes y estaban más separadas. El traje que llevaba puesto era más grande que los de Freddy's. El hombre mediría alrededor de 1,80, así que los trajes serían por lo menos de dos metros.»

En la pantalla, todo estaba de nuevo en calma, pero no por mucho tiempo. Charlie miró, fascinada, cómo la tierra se abría sola, como por arte de magia, cuando el zombi se levantaba de entre los muertos. «No puede ser así», pensó, convencida. «No es tan fácil salir de una tumba.» En ese momento, el zombi ya estaba casi fuera, se arrastraba hacia la superficie y miraba a su alrededor con ojos vidriosos y ausentes. «No puedes salir tan deprisa.» Charlie parpadeó y sacudió la cabeza, para intentar concentrarse.

Zombis. Seres sin vida. El armario estaba lleno de disfraces, inertes, pero siempre alerta con sus ojos de cristal y sus extremidades muertas, colgantes. Por alguna razón, sus miradas cadavéricas nunca les habían molestado ni a ella ni a Sammy. Les gustaba acariciar el material, de peluche. A veces se lo llevaban a la boca y les daba la risa la sensación que les producía. Algunos eran viejos y estaban desgastados. Otros eran nuevos y suaves. El armario era su sitio, solo para ellos dos. A veces balbuceaban palabras que solo ellos mismos entendían. A veces jugaban el uno al lado del otro, perdidos en mundos separados de fantasía. Pero siempre estaban juntos. Cuando llegó la sombra, Sammy estaba jugando con un camión. Lo movía hacia delante y hacia atrás, sin darse cuenta de que el haz de luz se había apagado. Charlie se giró y vio la sombra, que podía ser un espejismo, otro disfraz fuera de sitio. Entonces, hubo un movimiento repentino, un desorden de tela y ojos.

El camión hizo un ruido metálico al caer al suelo, y después: la soledad. Una oscuridad tan completa que Charlie empezó a creer que era ciega de nacimiento. Los recuerdos de lo que había visto solo eran un sueño, un truco de la negrura más densa. Intentó llamarlo, lo sentía cerca, pero estaba encerrada entre cuatro paredes sólidas. «¿Me oyes, Sammy? ¡Sammy! ¡Sácame de aquí!» Pero se había marchado para siempre.

—Charlie, ¿estás bien?

—¿Qué?

Charlie miró a John. Ni siquiera se había dado cuenta de que había subido los pies al asiento y se estaba abrazando las rodillas. Bajó los pies al suelo y se sentó bien. John la miró preocupado.

—Estoy bien —susurró Charlie, y señaló a la pantalla.

John le puso la mano en el antebrazo.

—¿De verdad? —preguntó.

Charlie miró fijamente hacia delante. Había gente corriendo. Los zombis los seguían, tambaleándose.

—No tiene sentido —murmuró Charlie, para sí.

—¿Qué?

John se inclinó hacia ella.

Charlie no se movió, pero repitió lo que había dicho.

—No tiene sentido. Los zombis no tienen sentido. Si estuvieran muertos, su sistema nervioso central no funcionaría y no podrían hacer nada de eso. Si su sistema nervioso central funcionara de alguna manera, aunque estuviera dañado, y permitiera que se movieran y pensaran, pues entonces todavía. Puedo creer también que eso los volviera violentos. Pero ¿por qué iban a comer cerebros? No tiene sentido.

«Ese hombre no puede haber caminado por sí mismo dentro de un traje tan grande. No fue él quien se dirigió a ese terreno, sino el propio traje. El animatrónico lo llevaba dentro, y fue andando a ese terreno por su propia iniciativa.»

—Tal vez sea simbólico —sugirió John, que tenía ganas de seguir la conversación, por muy absurda que fuera—. Como esa idea de que si te comes el corazón de tu enemigo te quedas con su fuerza. Puede que los zombis se coman el cerebro de sus enemigos para quedarse con su sistema nervioso central, ¿no?

John miró a Charlie, que solo lo escuchaba a medias.

—Vale —dijo ella.

La película la estaba poniendo de los nervios, como ahora le ocurría con la conversación que ella misma había iniciado.

—Enseguida vuelvo —le dijo a John.

Charlie se levantó sin darle la opción de responder. Se abrió camino hacia el pasillo y salió de la sala. En la acera, respiró hondo y sintió un alivio intenso con el soplo de aire fresco. «Es muy común soñar que se está atrapada», se recordó a sí misma. Lo había buscado cuando le empezó a ocurrir. Ese tipo de sueños eran solo un poco menos comunes que los de ir desnuda a clase, desplomarse desde una gran altura o que se te caigan los dientes de golpe. «Pero esto no parecía un sueño.»

Charlie empujó sus pensamientos de vuelta al presente, donde incluso la escena de un crimen espantoso parecía un lugar más seguro donde guardarlos.

«Tiene que haber huellas. No llegó andando por su propio pie. Tiene que haber alguna pista de qué lo llevó hasta ese lugar, y de dónde provenía.»

Charlie sintió un escalofrío. Volvió a entrar al edificio. «John va a pensar que estoy chiflada.» Llegó hasta la puerta del cine y se paró en seco. No era capaz. Necesitaba saberlo.

Había un chico joven en el quiosco; le preguntó si tenían un teléfono público. El chico señaló hacia su derecha y Charlie fue hacia allí, rebuscando una moneda y la tarjeta del agente Burke en el bolsillo.

Marcó con cuidado, deteniéndose cada poco para comprobar el número en la tarjeta, como si hubiera cambiado desde la última vez que lo vio. Clay Burke contestó al tercer tono.

—Burke, dígame.

—¿Clay? Soy Charlie.

—¿Charlie? ¿Qué pasa?

Burke pareció alerta. Charlie casi podía verlo ponerse en pie, dispuesto a salir corriendo.

—Nada, estoy bien —le aseguró—. No pasa nada, solo quería saber si has averiguado algo más.

—Por ahora no —le dijo.

—Vaya.

Burke alargó el silencio entre los dos, y Charlie por fin lo rompió.

—¿No me puedes contar nada? Sé que es confidencial, pero me has

implicado hasta aquí. Por favor, si sabes algo más, si has descubierto algo más sobre el hombre, la víctima…

—No —contestó Clay, despacio—. Quiero decir que, si descubrimos algo, te lo diré.

—Vale —dijo Charlie—. Gracias.

—Estaremos en contacto.

—Vale.

Charlie colgó sin darle la oportunidad de despedirse.

—No te creo —le dijo al teléfono.

Ya de vuelta en el cine, le llevó unos segundos volver a acostumbrarse a la oscuridad mientras avanzaba por la última fila hacia su asiento, con cuidado de no hacer ruido. John la miró con una sonrisa, pero no dijo nada. Charlie le devolvió la sonrisa con una seguridad fingida y se volvió a sentar en su sitio. Después se acomodó hasta que los hombros de ambos se tocaron. John hizo un ruido de sorpresa, se movió y le pasó el brazo por los hombros. La agarró fuerte un segundo, en un gesto muy cercano a un abrazo. Charlie se inclinó un poco hacia él, sin saber cómo corresponderle.

«¿Y si alguien le hubiera puesto el disfraz, como parte de una trampa mortal? Tal vez alguien le pusiera el traje y le hiciera caminar hasta que saltaron los resortes. ¿Quién sabría hacer eso? ¿Por qué haría alguien algo así?»

—¿Me he perdido algo? —preguntó Charlie, a pesar de no haber prestado ninguna atención a la primera parte de la película.

En la pantalla era de día, y parecía que hubiera más gente. Estaban refugiados en una especie de búnker. Charlie no recordaba quiénes eran los personajes iniciales. Se revolvió en el asiento. John ya no tenía el brazo en tensión, pero a Charlie se le estaba clavando el reposabrazos en el costado. John hizo ademán de retirarse, pero Charlie volvió a encontrar la postura.

—No, tranquilo —susurró ella. John le volvió a pasar el brazo por los hombros—. Ay, acaba de una vez —dijo Charlie, nerviosa.

John se sobresaltó.

—Lo siento, no quería ser tan agresivo.

—No, no es por ti. —Charlie señaló a la pantalla—. Tendrían que haber puesto un campo de minas alrededor del búnker y esconderse a aguardar a que volaran por los aires. Fin.

—Creo que eso es lo que hacen en la segunda parte, pero tendremos que

comprobarlo por nosotros mismos.

John le guiñó el ojo.

—¿Hay más?

Charlie soltó un suspiro.

Cuando aparecieron los títulos de crédito, recogieron sus cosas y se fueron hacia la salida con el resto de la gente, sin decir nada. Ya en la calle, se detuvieron.

—Ha estado bien —dijo John, y casi parecía que lo decía en serio.

Charlie se rio y después soltó un gruñido y se cubrió la cara con las manos.

—Ha sido espantoso. La peor cita de la historia. Lo siento mucho. Pero gracias por mentir.

John sonrió, inseguro.

—Me ha gustado verte —dijo con prudente desenfado.

—Es que… ¿Podemos ir a hablar a algún sitio?

John asintió y siguió a Charlie, que echó a andar en dirección al campus.

Normalmente no había nadie en el patio por la noche, o al menos no había casi gente. Bueno, aun así, siempre pasaba alguien: un estudiante que acabara su trabajo de laboratorio tarde, alguna pareja acurrucada en un rincón oscuro. Esa noche no era una excepción, y les resultó bastante fácil encontrar su propio rincón oscuro para hablar.

Charlie se sentó bajo un árbol, y John hizo lo propio. Después, esperó a que ella hablara, pero Charlie estaba mirando el hueco entre dos de los edificios, por el que casi se alcanzaba a ver el bosque.

Por fin, él rompió el hielo.

—Bueno, ¿qué pasa?

—A ver —dijo Charlie mirándole a los ojos—, Clay vino a verme esta tarde.

John abrió mucho los ojos, pero no dijo nada.

—Me llevó a ver un cadáver —continuó Charlie—. Un hombre que había muerto dentro de uno de los disfraces.

John frunció el ceño. Charlie casi podía leerle la mente: qué estaba pensando y qué tenía que ver con ella.

—Hay más: Clay me dijo que habían encontrado sangre en el comedor principal de Freddy’s. Sangre artificial.

John levantó la cabeza de golpe.

—¿Crees que Dave está vivo?

Charlie se encogió de hombros.

—Clay no me lo dijo, pero tenía muchas cicatrices. Ya había sobrevivido a los resortes de un disfraz. Tenía que saber cómo huir del edificio.

—A mí no me pareció que se hubiera escapado —apuntó John, dubitativo.

—Puede que estuviera fingiendo. Eso explicaría lo de la sangre.

—¿Y entonces qué? ¿Crees que Dave está vivo y se dedica a meter a la gente en trajes con resorte y matarlos?

—Si pudiera volver al restaurante para asegurarme…

Charlie dejó de hablar. De repente, se percató de que John estaba cada vez más enfadado.

—¿Para asegurarte de qué? —preguntó, muy serio.

—De nada. Clay lo tiene todo bajo control. Lo mejor es dejarlo en manos de la policía.

Charlie apretó los dientes y miró al horizonte.

«Jessica vendrá conmigo.»

—Ya —dijo John, sorprendido—. Sí, tienes razón.

Charlie asintió, con un entusiasmo fingido.

—Clay tiene un equipo para asuntos como este —dijo con el ceño fruncido—. Estoy segura de que están en ello.

John agarró a Charlie por los hombros, con delicadeza.

—Y yo estoy seguro de que no es lo que piensas —dijo en un tono cordial y reconfortante—. Hay muchos crímenes en este mundo que no tienen nada que ver con trajes robóticos de peluche que explotan.

John se rio y Charlie forzó una sonrisa.

—Vamos –dijo él—. Te acompaño a la residencia.

John alargó la mano, y Charlie le dio la suya.

—Te agradezco el detalle —dijo ella—, pero está Jessica, y nos veríamos obligados a celebrar un reencuentro en condiciones.

John se rio.

—Vale, te ahorraré pasar por ese trago entonces.

Charlie sonrió.

—Mi héroe. Oye, ¿dónde te alojas?

—En ese hotelito de carretera en el que te quedaste tú el año pasado —dijo John—. ¿Nos vemos mañana?

Charlie asintió y lo miró alejarse. Después, emprendió su propio camino a casa. Aunque la cita había sido un desastre, en la última media hora se había sentido como en casa. Habían vuelto a ser ella y John: todo había vuelto a ser familiar. «Solo necesitábamos un asesinato de los de toda la vida», dijo en voz alta, y una mujer que estaba paseando al perro la miró preocupada al pasar.

—Es de una película: *Zombis contra zombis* —exclamó Charlie sin muchas ganas cuando la vio retirarse—. Debería verla. Aunque le advierto que no ponen minas alrededor del búnker. Perdón por destriparle esa parte.

Charlie esperaba que Jessica estuviera dormida, pero, cuando llegó a la habitación, las luces estaban encendidas. Jessica abrió la puerta de golpe antes de que Charlie consiguiera sacarse la llave del bolsillo. Charlie se puso roja.

—¿Y bien? —preguntó Jessica.

—¿Y bien, qué? —replicó Charlie, que se esforzó por sonreír—. Oye, antes de que empieces con esto, tengo que pedirte algo.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Jessica, sin prestar atención a lo que le acababa de decir Charlie—. Cuéntame lo de John. ¿Qué tal ha ido?

Sintió que se le contraía la boca en una mueca.

—Bueno, ya sabes —dijo con desenfado—. Oye, necesito que me acompañes a un sitio por la mañana.

—¡*Charlieee*! ¡Cuéntamelo! —Jessica gimoteó exageradamente y se volvió a tumbar en la cama. Después se sentó de golpe—. Ven y cuéntamelo.

Charlie se sentó en la cama y se cruzó de piernas.

—Ha sido raro —reconoció—. No sabía qué decir. Las citas son tan… incómodas. Pero lo que te decía…

—Pero si es John. ¿No es eso más importante que lo de la cita?

—La verdad es que no —dijo Charlie.

Charlie miró al suelo. Era consciente de que estaba colorada y, de repente, se arrepintió de haberle contado algo a Jessica.

Jessica le puso las manos en los hombros y la miró muy seria.

—Eres increíble. Y si John no se vuelve loco por ti, es su problema.

Charlie se rio, nerviosa.

—Creo que está en proceso, y eso es parte del problema. Pero hay algo más que me gustaría contarte.

—Ah, ¿que hay más? —Jessica se rio—. ¡Charlie! Deja algo para la segunda cita, ¿no?

—¿Qué? Ay, no, no, no. Necesito que me acompañes a un sitio mañana por la mañana.

—Charlie, tengo un montón de cosas que hacer ahora mismo. Los exámenes están a la vuelta de la esquina y…

—Te necesito. —Apretó los dientes un segundo—. Necesito que me ayudes a comprar ropa para mi próxima cita —dijo con prudencia, y esperó a ver si colaba.

—¿Lo dices en serio? ¡Iremos a primera hora! —Jessica saltó de la cama y le dio un abrazo enorme—. ¡Un día de chicas! ¡Va a ser genial! —Se volvió a tirar en la cama—. Pero ahora a dormir.

—¿Te molesta que trabaje un rato en mi proyecto?

—Para nada.

Jessica hizo un gesto con la mano, y luego se quedó quieta.

Charlie encendió el flexo de su mesa de trabajo. Un haz de luz brillante, enfocado en un punto para no iluminar el resto de la habitación. Destapó las caras. Estaban en reposo, con los rasgos relajados, como si durmieran, pero no las encendió en ese momento. Los interruptores que las hacían moverse y hablar eran solo una parte del todo. Había otro componente: la parte que les hacía escuchar siempre estaba encendida. Oían todo lo que decían ella y Jessica, cada palabra que se pronunciara en la habitación, afuera de la ventana o incluso en el pasillo. Cada palabra nueva se registraba en sus bases de datos, no solo como palabra, sino en todas sus formas a medida que estas iban apareciendo. Cada información nueva se acoplaba a la información anterior que más afín le resultara. Todo lo nuevo se construía sobre algo antiguo. Siempre estaban aprendiendo.

Charlie pulsó el interruptor que las hacía hablar. Se movieron sutilmente, como si se estuvieran desperezando.

—Lo sé —dijo la primera, más rápido de lo normal.

—¿Y qué? —dijo la segunda.

—¿Qué sabes?

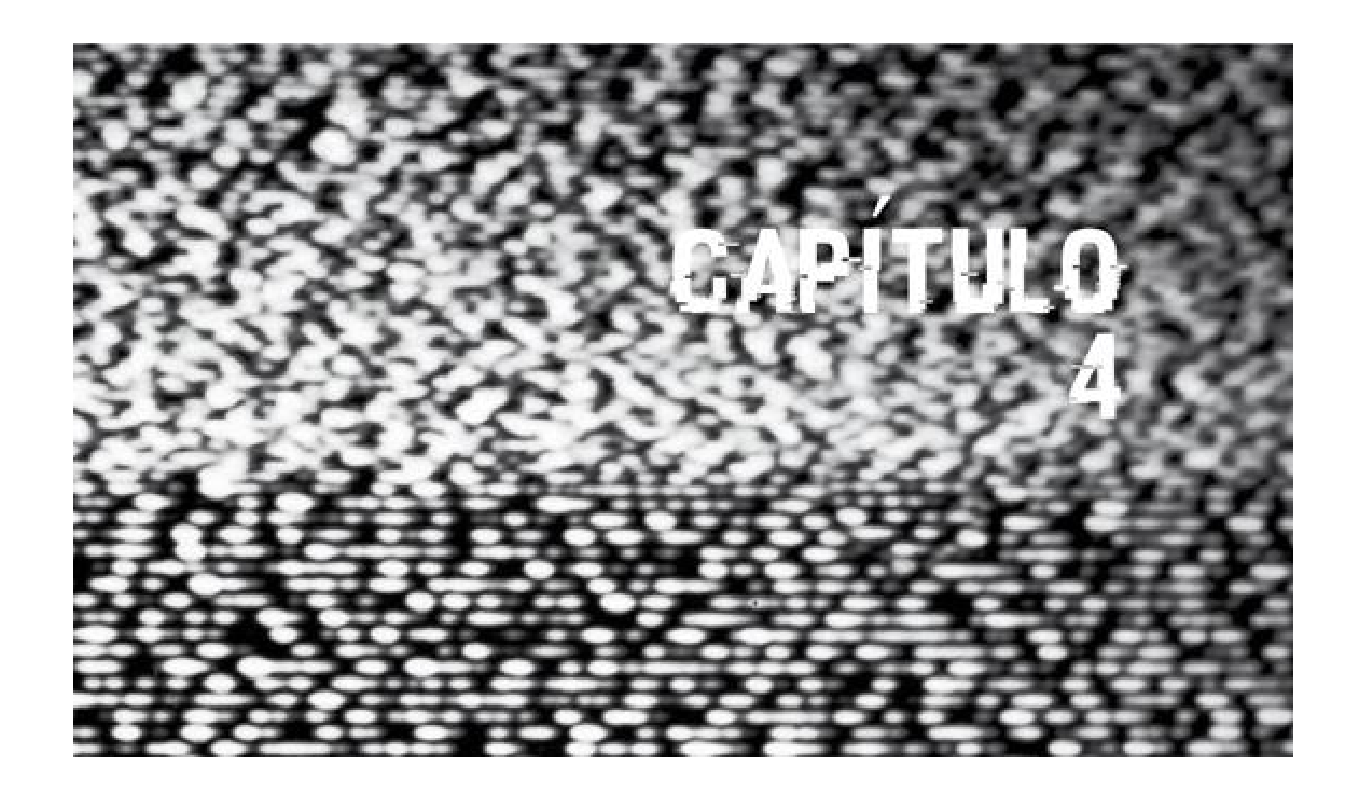
—¿Lo sabes y qué?

—¿Qué sabes?

—¿Ahora qué?

—¿Qué, ahora?

—¿Cómo sabes?
—¿Por qué ahora?
Charlie las apagó y se las quedó mirando mientras los ventiladores poco a poco dejaban de funcionar. No tenía sentido. Miró el reloj. Era tardísimo, unas tres horas más tarde de lo habitual. Se cambió deprisa y se metió en la cama sin tapar las caras. El diálogo le resultaba desconcertante. Era más rápido de lo normal y no tenía sentido, pero había algo que le resultaba familiar, que le impactaba.
—¿Estabais jugando? —preguntó.
No podían contestar. Se quedaron mirándose a los ojos, sin expresión alguna.



Retiró la funda de almohada, con cuidado de que no se enganchara en ninguna parte. Bajo el sudario, las caras, inexpresivas y ciegas, tenían un gesto plácido, como si estuvieran dispuestas a esperar, siempre escuchando, durante toda la eternidad.

Charlie las encendió y se inclinó a mirar cómo practicaban moviendo esas bocas de plástico sin emitir sonido alguno.

—¿Dónde? —dijo la primera.

—Aquí —dijo la segunda.

—¿Dónde? —repitió la primera.

Charlie se echó hacia atrás. Había algo raro en esa voz. Sonaba forzada.

—Aquí —repitió la segunda.

—¿Dónde? —dijo la primera elevando el tono, como si estuviera cada vez más molesta.

«Esto no debería pasar —pensó Charlie, alarmada—. No deberían poder modular la voz.»

—¿Dónde? —preguntó la primera.

Charlie dio un paso atrás. Se inclinó lentamente a mirar bajo la mesa, como si allí fuera a encontrar el lío de cables que explicara ese extraño comportamiento. Allí estaba, mirando atónita, cuando un bebé rompió a llorar. Se incorporó enseguida y se golpeó la cabeza contra el borde de la mesa. De repente, las dos caras tenían un aspecto más humano y más infantil. Una de ellas estaba llorando, mientras que la otra miraba con gesto de sorpresa.

—No pasa nada —dijo la cara más tranquila.

—¡No me abandones! —gimió la otra y se giró hacia Charlie.

—¡No te voy a abandonar! —exclamó Charlie—. Todo va a salir bien.

El sonido de los gritos iba en aumento hasta alcanzar un volumen muy superior a cualquier sonido humano. Charlie se tapó las orejas y miró a su alrededor, desesperada, en busca de ayuda. El cuarto se oscureció. Unas cosas pesadas colgaban del techo. Una maraña de pelo le rozó la cara y el corazón le dio un vuelco: los niños no están a salvo. Se giró, pero una gran cantidad de tela y pieles se extendía entre ella y los bebés que lloraban desesperados.

—¡Os encontraré!

Se abrió camino entre los brazos y piernas tirados por el suelo. Los trajes se sacudían con violencia, como árboles en una tormenta; un poco más allá, algo cayó al suelo con gran estruendo. Cuando por fin alcanzó el escritorio, ya habían desaparecido. Los aullidos no cesaban y sonaban tan alto que Charlie no conseguía oír ni sus propios pensamientos, incluso cuando se dio cuenta de que era ella misma quien gritaba.

Charlie se incorporó con un suspiro bronco, como si realmente hubiera estado gritando.

—¿Charlie?

Reconoció la voz de John. Charlie miró a su alrededor medio dormida y vio una cabeza que se asomaba por la puerta de la habitación.

—Dame un minuto —dijo Charlie, incorporándose—. ¡Fuera! —exclamó.

John retiró la cabeza y cerró la puerta. Charlie estaba temblando; sentía debilidad en los músculos. Había estado en tensión mientras dormía. Se

cambió de ropa apresuradamente e intentó peinarse un poco antes de abrir la puerta.

John volvió a asomar la cabeza y miró a su alrededor con cautela.

—Vale, pasa. No hay trampas, aunque tal vez debería pensar en ponerlas —bromeó Charlie—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Bueno, estaba abierto, y…

John dejó la frase a medias, distraído por el desorden de la habitación que tenía ante él.

—Había pensado que podíamos ir a desayunar. Tengo que ir a trabajar a la otra punta de la ciudad dentro de cuarenta minutos, pero hasta entonces tenemos tiempo.

—¡Qué detalle! Lo malo es que… —dijo ella—. Disculpa el desorden. Es por mi proyecto. Cuando me concentro, se me olvida recoger.

Charlie echó un vistazo a la mesa. La funda de almohada estaba donde debería estar, y las siluetas de las caras solo podían intuirse debajo. «Ha sido un sueño.»

John se encogió de hombros.

—¿Sí? ¿De qué va tu proyecto?

—Es un proyecto lingüístico. O algo así.

Charlie miró a su alrededor con curiosidad. ¿Dónde se habría metido Jessica? Estaba segura de que encontraría su repentino e inesperado interés en ir de compras más que sospechoso, y albergaba la esperanza de no tener que darle explicaciones.

—Programación del lenguaje natural —prosiguió—. Tengo una asignatura… de programación.

En el último momento, algo le impidió pronunciar la palabra «robótica». John asintió. Seguía mirando el desastre, y Charlie no conseguía distinguir qué le había llamado la atención.

—Pues eso, que estoy haciendo un proyecto para enseñar lengua, lenguaje oral, vamos, a los ordenadores.

Charlie fue hacia la puerta con paso decidido y echó un vistazo al pasillo.

—¿Acaso los ordenadores no saben ya todo eso? —le preguntó John.

—Bueno, sí —respondió ella, de nuevo en la habitación.

Miró a John. Le había cambiado la cara. Tenía un aspecto más adulto, pero aún seguía como el año anterior, cautivado por sus viejos juguetes mecánicos. «Puedo contárselo.»

Pero entonces la preocupación inundó el rostro de John, que avanzó hasta la cama de Charlie y se paró a escasos centímetros de ella.

—¿Eso es la cabeza de Theodore? —preguntó con cautela, señalando con el dedo.

—Sí.

Charlie se acercó a la ventana y miró a través de las cortinas, en busca del coche de Jessica.

—¿Así que has estado en la casa?

—No. Bueno, sí. Volví una vez —confesó—. A buscar a Theodore.

Charlie miró a John con gesto de culpa. Él sacudió la cabeza.

—Charlie, no tienes por qué darme explicaciones. Es tu casa.

John cogió la silla del escritorio y se sentó.

—¿Por qué lo has destrozado? —preguntó.

Charlie lo observó con preocupación. Se preguntaba si ya se estaría haciendo la siguiente pregunta: «¿Y si es cosa de familia?».

—Quería ver cómo funcionaba —respondió Charlie.

Elegía las palabras con cuidado. Sentía que tenía que sonar lo más racional posible.

—También me habría llevado a Stanley y a Ella, pero ya sabes.

—¿Están atornillados al suelo?

—Algo así. Así que me llevé a Theodore; de hecho, estoy usando algunas de sus piezas para mi proyecto.

Charlie miró la cabeza degollada del conejo, con su ojos de cristal inexpresivos. «Destrozado. Usando sus piezas. Todo muy racional.»

Se había llevado a Theodore de casa de su padre justo antes de que empezaran las clases. Jessica no se había ido a casa. A última hora de la tarde, cuando aún no había anochecido, Charlie se metió a Theodore en la mochila. Una vez en la habitación de la residencia, lo sacó, lo sentó en la cama y apretó el botón que le hacía hablar. Como siempre, lo único que salió de él fue un sonido ahogado: «-la-lie», los rastros entrecortados y decadentes de la voz de su padre. Charlie sintió una punzada de furia consigo misma por haberlo intentado siquiera.

—Suenas fatal —le dijo con dureza a Theodore, que la miraba inexpresivo, inmune a la reprimenda.

Charlie escarbó en la caja de piezas y herramientas, que aún no había colonizado su parte de la habitación. Encontró su navaja suiza y se acercó

muy seria a la cama, donde esperaba el conejo.

—Te volveré a montar cuando termine.

«Ya, claro.»

Ahora miró a John y vio una sombra de duda en su mirada. O tal vez fuera preocupación, como había ocurrido con Jessica.

—Lo siento. Ya sé que todo es un desastre —dijo muy consciente de su tono de voz—, pero yo también lo soy —añadió en voz baja.

Apoyó la cabeza del conejo en su almohada y puso un trozo de una de las patas al lado.

—Bueno, ¿te sigue apeteciendo ver mi proyecto? —preguntó.

—Sí.

John sonrió con convicción y la acompañó al escritorio. Charlie titubeó y se quedó mirando la funda de la almohada. «Ha sido un sueño.»

—Vale —dijo nerviosa.

Charlie lo encendió todo con cuidado antes de descubrir las caras. Las luces comenzaron a parpadear y se oyó el zumbido de los ventiladores. Volvió a mirar a John y quitó la funda.

Las caras hicieron una serie de gestos sutiles, como si se estuvieran desperezando, aunque no se podían estirar demasiado. Charlie tragó saliva nerviosa.

—Tú, yo —dijo la primera.

A sus espaldas, Charlie oyó que John emitía un sonido de sorpresa.

—Yo —dijo la segunda.

Charlie contuvo la respiración, pero las caras se quedaron en silencio.

—Lo siento. Normalmente hablan más.

Charlie cogió un pequeño objeto de la mesa. Era una pieza de plástico transparente, de forma rara, con cables dentro.

John frunció el ceño un segundo.

—¿Es un audífono? —preguntó.

Charlie asintió con entusiasmo.

—Lo era. Estoy haciendo un experimento: lo escuchan todo, captan todo lo que se dice a su alrededor, pero solo recopilan datos, no interactúan con ellos. Solo pueden interactuar entre ellas.

Charlie hizo una pausa. Quería que John le confirmara con un gesto que entendía lo que le estaba diciendo. John asintió y Charlie retomó su discurso.

—Todavía tengo que solucionar algunos problemillas, pero la persona que lleve esto debería volverse… visible para ellos. No literalmente, claro, son ciegos, pero reconocerán a la persona que lleve el aparato como a un igual.

Charlie miró a John, expectante.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó John, que parecía estar buscando las palabras.

Charlie agarró el audífono con la mano, frustrada.

«No lo entiende.»

—Yo los creé. Quiero interactuar con ellos —dijo Charlie.

La expresión de John se tornó pensativa.

Charlie miró hacia otro lado. De pronto, se arrepentía de haberle enseñado el proyecto.

—Pero, bueno, aún no está terminado.

Charlie se acercó a la puerta y echó un vistazo fuera.

—Es una pasada —dijo John.

Cuando Charlie volvió del pasillo, John la miró con extrañeza.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No. Pero deberías irte. Vas a llegar tarde al trabajo.

Ella se acercó a las caras. Miró pensativa su creación, suspiró y se inclinó a recoger la funda de almohada para taparla. Al hacerlo, la segunda cara se movió.

Se sacudió hacia atrás en la base, se giró y clavó sus ojos ciegos en los de Charlie, que no retiró la mirada. Era como mirar una estatua; los ojos solo eran un par de bultos que sobresalían del plástico. Pero Charlie tragó saliva y se quedó clavada en el suelo. Examinó esa mirada inexpresiva hasta que John le puso la mano en el hombro. Pegó un salto y lo sobresaltó también a él; se quedó mirando el audífono que tenía en la mano.

—Claro —murmuró Charlie.

Lo apagó y lo metió en el revoltijo del cajón de su escritorio. La cara se detuvo un segundo, y después volvió a su posición habitual: se quedó así, con la mirada fija en su doble, como si fueran un reflejo, como si nunca se hubiera movido. Charlie las tapó y lo desconectó todo menos lo que les permitía oír.

Por fin miró a John.

—Lo siento —dijo.

—O sea, que del desayuno nada, ¿no?
—Tengo planes esta mañana —dijo Charlie—. Con Jessica. Ya sabes, cosas de chicas.
—¿En serio? —preguntó John en voz baja—. ¿Cosas de chicas? ¿Tú?
—¡Sí! ¡Cosas de chicas! —exclamó Jessica que acababa de entrar en el cuarto, emocionada—. Nos vamos de compras. Por fin he convencido a Charlie de que merece la pena probarse la ropa antes de comprársela. Puede que incluso nos atrevamos con algo que no sean botas o vaqueros. ¿Estás lista?
—¡Sí!
Charlie sonrió. John la miró con los ojos entornados.
Jessica lo acompañó a la puerta con delicadeza.
—Bueno —dijo él—, entonces ¿nos vemos luego, Charlie?
Charlie no le contestó, pero Jessica le dedicó una enorme sonrisa al cerrar la puerta.
—Bueno —dijo Jessica con las manos entrelazadas—, ¿por dónde empezamos?

Llegaron al aparcamiento del centro comercial abandonado justo después del mediodía.
—Charlie, esto no es lo que tenía pensado —exclamó Jessica al salir del coche.
Charlie se acercó a la entrada, pero su amiga no fue detrás de ella. Cuando Charlie se giró, se la encontró apoyada en el coche, de brazos cruzados.
—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, arqueando las cejas.
—Tenemos que entrar —respondió Charlie—. Está en juego la vida de la gente. Solo quiero ver si queda algo de Freddy's. Después nos vamos.
—¿La vida de qué gente está en juego? ¿Y por qué ahora, de repente? —inquirió Jessica.
Charlie bajó la mirada.
—Solo quiero entrar a ver —dijo.
Se sentía como una niña caprichosa, pero no se veía capaz de contárselo todo a Jessica.
—¿Tiene algo que ver con que esté aquí John? —preguntó Jessica, de

repente.
Charlie la miró, sorprendida.
—¿Qué? No.
Jessica soltó un suspiró y descruzó los brazos.
—No pasa nada, Charlie, lo entiendo. No os habéis visto desde que ocurrió todo, y ahora ha vuelto. Es normal que te recuerde lo que pasó.
Charlie asintió. Se aferró agradecida a este razonamiento. Le resultaba más fácil que ocultarle la verdad.
—No creo que quede mucho en pie, en realidad —respondió—. Solo quiero dar una vuelta y recordarme que…
—¿Que de verdad ya pasó todo? —continuó Jessica con una sonrisa.
A Charlie se le encogió el corazón.
«De verdad, de verdad, no ha pasado todo.» Forzó una sonrisa.
—Algo así.
Charlie caminó deprisa por el centro comercial, pero Jessica la seguía de lejos. Parecía un sitio totalmente distinto. La luz solar se colaba por los enormes huecos de las paredes y el techo inacabado. Pequeños haces de luz se filtraban entre las grietas e iluminaban las pilas de bloques de hormigón. Había polillas (puede que mariposas) revoloteando en las ventanas; cuando cruzaron los pasillos vacíos de camino al Freddy's, oían cantar a los pájaros. El silencio sepulcral que recordaba, la agobiante sensación de terror, había desaparecido. Aun así, cuando Charlie miró los escaparates de las tiendas a medio construir, pensó que aún conservaban un aire fantasmal, incluso más intenso que antes. Era otro tipo de sensación: esta vez no le daba miedo. Pero sentía una especie de presencia, como si estuviera entrando en un lugar embrujado.
—Hola —susurró Charlie.
No tenía muy claro a quién se dirigía.
—¿Oyes algo?
Jessica aminoró el paso.
—No. Parece más pequeño.
Charlie señaló las puertas de las tiendas que nunca habían llegado a abrirse, que se extendían ante ellas al final del pasillo.
—Daba tanto miedo la última vez.
—Da cierta sensación de paz, ¿no? —dijo Jessica, y dio una vuelta sobre sí misma, para disfrutar del aire fresco que se colaba libremente en aquellos

espacios diáfanos.

Jessica siguió a Charlie, entraron y se pararon en seco, cegadas por la luz del sol. El Freddy's estaba completamente derruido. Algunos de sus muros aún seguían en pie (de hecho, la pared del fondo parecía estar prácticamente intacta), pero delante de ellas se esparcían los escombros: un montón de ladrillos viejos y baldosas rotas desparramados por el suelo.

Jessica y Charlie estaban de pie sobre un bloque de cemento que se achicharraba al sol. El camino de entrada, así como la pared lateral del restaurante habían desaparecido. Los muros y el techo no eran más que una línea de escombros que se apilaban contra los árboles. El pasillo de cemento aún seguía allí, oscurecido como resultado de años y años de humedad y goteras.

—Adiós, Freddy's —dijo Jessica en voz baja.

Charlie asintió.

Se abrieron paso entre las ruinas. Charlie se podía imaginar dónde había estado el comedor principal, pero ya no quedaba nada de él, ni tampoco las mesas y las sillas, los manteles de cuadros y los gorritos de fiesta. Habían arrancado el tiovivo. Ahora solo había un agujero en el suelo y algunos cables sueltos. El escenario estaba deteriorado, pero aún seguía allí. Debían de estar desmontándolo cuando pararon las obras. Le faltaban algunas tablas y también la escalera de la izquierda. Lo que quedaba de la pared de detrás del escenario estaba roto por arriba, como la silueta de una cordillera en el cielo.

—¿Estás bien? —dijo Jessica mirando a Charlie.

—Sí, no es lo que me esperaba, pero estoy bien. —Charlie se quedó pensativa durante un rato—. Quiero ver lo que aún queda por aquí.

Charlie señaló al escenario.

Juntas cruzaron los restos de la zona del comedor. Los listones de madera del suelo estaban partidos; el linóleo, levantado. Jessica echó un vistazo bajo un montón de piedras, donde habían estado las máquinas de videojuegos. Esas máquinas que antes se erguían allí como lápidas polvorientas habían desaparecido, pero aún se adivinaban sus siluetas. Unos cuadrados marcaban el sitio del que los habían arrancado. En las esquinas, se arremolinaba un revoltijo de cables sueltos. Charlie volvió a desviar la atención al escenario principal. Trepó hasta el lugar donde los animatrónicos actuaban.

—¡Cuidado! —exclamó Jessica.

Charlie asintió distraída, a modo de confirmación. Se hizo a un lado y recordó la disposición. «Aquí es donde se ponía Freddy.» Había tablas rotas delante de ella y en dos lados más. La tarea de destrucción se había centrado en las placas giratorias que fijaban las mascotas al escenario. «Y tampoco es que estuvieran fijas demasiado tiempo», pensó Charlie con sorna. Si cerraba los ojos, podía visualizarlo: los animales se movían tal y como habían sido programados, cada vez más rápido, hasta que quedó claro que estaban fuera de control. Se movían con violencia, como si tuvieran miedo. Se mecieron en el sitio, y entonces se oyó el horrible sonido de la madera astillándose cuando Bonnie levantó el pie que tenía fijo en el suelo y se soltó del escenario.

Charlie sacudió la cabeza, para intentar deshacerse de esa imagen. Se abrió paso hacia la parte trasera. Las luces ya no estaban, pero la estructura de las vigas se entrecruzaba contra el cielo, donde habían estado los focos antes.

—¡Jessica! — exclamó—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí abajo!

Siguió el sonido de la voz de su amiga. Jessica estaba en cuclillas en lo que antes era la sala de control, mirando por un hueco que había en el escenario.

—¿Nada? —preguntó Charlie.

No estaba muy segura de qué respuesta esperaba oír.

—Está destrozado —dijo Jessica—. No quedan monitores, no queda nada.

Charlie bajó tras ella, y miraron juntas por el agujero.

—Aquí es donde estuvimos atrapados la última vez —dijo Jessica en voz baja—. John y yo. Había algo en la puerta. Creía que estaríamos atrapados en esa habitación y…

Miró a Charlie, y ella se limitó a asentir con la cabeza. Los horrores de esa noche habían sido distintos para todos ellos. Esos momentos, que los acechaban en sueños o que tomaban control de sus pensamientos sin previo aviso a plena luz del día, eran privados.

—Vamos —dijo Charlie de golpe, y se dirigió a la montaña de escombros donde antes había más máquinas de videojuegos.

Charlie se agachó por debajo de un bloque inclinado que hacía de entrada

a lo que quedaba de ese lugar.

—Parece peligroso.

Jessica caminó de puntillas por la piedra suelta.

El suelo aún estaba cubierto de moqueta en la mayor parte de los sitios. Charlie vio las hendiduras donde antes estaban las máquinas de videojuegos. Recordó que se abalanzó sobre la consola y, de alguna manera, fue suficiente. Se había tambaleado sobre la base y después había caído: derribó a Foxy al suelo y lo inmovilizó. Salió corriendo, pero él era demasiado rápido: la agarró de la pierna y le clavó el garfio. Ella gritó y se quedó mirando esa mandíbula metálica que se cerraba, y esos ardientes ojos plateados.

De vuelta al presente, oyó un ruido, casi un quejido: se dio cuenta de que era ella. Se tapó la boca con las manos.

—Pensé que íbamos a morir todos —susurró Jessica.

—Yo también —dijo Charlie.

Se miraron durante un momento. Un silencio sobrecogedor se instaló en las ruinas iluminadas por el sol.

—Oye, es posible que este sitio se nos caiga encima de un momento a otro, así que… —Jessica rompió el silencio, y señaló los bloques de cemento inclinados que las rodeaban.

Charlie volvió a arrastrarse por el camino que habían seguido. Se levantó. Le hormigueaban las rodillas. Se las frotó y pisó con fuerza.

—Quiero ir a mirar la sala de los disfraces, para ver si queda algo —dijo Charlie, inexpresiva.

—¿Quieres decir para ver si queda alguien? —Jessica sacudió la cabeza.

—Necesito saberlo.

Charlie volvió a frotarse los pantalones y fue hacia allí.

La sala sobresalía entre los escombros: sola e intacta. Era el lugar donde se guardaban los disfraces y donde Carlton había estado prisionero. Charlie asomó la cabeza con cuidado y examinó lo que veía a su alrededor: la pintura descascarillada en la pared, la moqueta que alguien había empezado a despegar, pero que había dejado a medias. «No pienses en la última vez. No pienses en lo que ocurrió aquí.» Esperó a que se le acostumbrara la vista, y entonces entró.

La sala estaba vacía. Hicieron una búsqueda rápida, pero se lo habían llevado todo. No quedaba nada más que las paredes, el suelo y el techo.

—Clay dijo que se habían deshecho de todo —dijo Charlie.

Jessica le lanzó una mirada asesina.

—¿Clay? ¿Cuándo?

—Dijo que se desharían de todo, quiero decir —se apresuró a aclarar Charlie, para enmendar su error—. El año pasado.

Echaron un último vistazo. Cuando se iban, Charlie vio que algo brillaba en una esquina. Era el ojo de plástico de algún animatrónico desconocido. Charlie estaba a punto de dirigirse hacia él, pero se detuvo.

—Aquí no hay nada —dijo.

Sin esperar a Jessica, deshizo el camino por encima de los escombros; miró al suelo al caminar por encima de ladrillos, piedras y cristales hechos añicos.

—¡Oye, espera! —Jessica la llamó con premura—. ¡La Cueva del Pirata! ¡Mira, Charlie!

Ella frenó en seco. Miró a Jessica, que estaba encaramada a una viga de metal y trepaba con cuidado por los escombros de una pared en ruinas. Frente a ella, una cortina cubría lo que parecía ser una pila de escombros. Charlie la siguió. Cuando la alcanzó, vio que la cortina ocultaba un hueco entre las ruinas. Las puntas de unas pocas sillas brillantes asomaban por encima de los cascotes. Encima de la cortina, como si quisieran sujetarla en su sitio, había una fila de focos rotos.

—No está nada mal, comparado con el resto del sitio —dijo Jessica.

Charlie no respondió. Había un póster viejo tirado en el suelo, con un dibujo de Foxy entregando pizzas a unos niños felices.

—Jessica, mira.

Charlie señaló al suelo.

—Parecen marcas de garras —dijo Jessica unos segundos más tarde.

El suelo estaba raspado y arañado de un lado a otro; había unas marcas oscuras que parecían restos de sangre.

—Es como si hubieran arrastrado a alguien.

Jessica siguió las marcas. Conducían a la parte de atrás de la cortina, lejos de la zona donde una vez estuvo La Cueva del Pirata.

—El escenario —dijo Jessica.

Cuando levantaron la cortina, vieron que al fondo del escenario había una pequeña trampilla.

—El almacén —murmuró Charlie.

Tiró de ella, pero la trampilla no se abría.

—Tiene que haber un cerrojo en algún sitio —dijo Jessica.

Retiró el polvo y la madera rota del suelo del escenario, y descubrió un pestillo que se metía hacia dentro. Tiró de él. La puerta, ya libre del cerrojo, se abrió de golpe como si algo la empujara.

Una cara brotó de la oscuridad. Sus dos ojos abiertos se balanceaban hacia delante. Jessica gritó y cayó hacia atrás. Charlie retrocedió. La cara enmascarada colgaba inerte de un traje podrido. Dentro había un disfraz entero, embutido en un espacio demasiado pequeño. Charlie se detuvo, entumecida por la sorpresa. Miró fijamente a lo que tenían delante con un terror tan grande como ella misma.

—El conejo amarillo —susurró.

—Es Dave. —Jessica ahogó un grito.

Charlie respiró hondo y se obligó a regresar al presente.

—Ven, ayúdame.

Charlie dio un paso al frente, agarró la tela y tiró de donde llegaba a alcanzar.

—¿Estás de broma? No pienso tocar eso.

—Jessica, ven aquí —le ordenó Charlie, y su amiga se acercó a regañadientes.

—Ay, ¡qué asco!

Jessica tocó el traje y después retrocedió. Miró a Charlie inexpresivamente y volvió a intentarlo, pero retiró las manos en cuanto lo rozó.

—¡Qué asco! —repitió.

Finalmente, cerró muy fuerte los ojos y lo agarró.

Tiraron juntas, pero no ocurrió nada.

—Creo que está atascado —dijo Jessica.

Cambiaron de sitio. Al final consiguieron elevar a la mascota de ese espacio tan estrecho. La tela se enganchó en algunos clavos sueltos; en las tablas, la madera desgarrada. Pero Charlie siguió tirando. Por fin sacaron a la criatura, que se desplomó en el suelo.

—Ahora sí que estoy convencida de que Dave no fingió su muerte —dijo Charlie.

—¿Y si no fuera él? —Jessica lo miró a la cara.

—Es él. —Charlie observó la sangre seca que tenía los dedos de la

mascota—. Puede que los resortes no lo mataran enseguida, pero aquí fue donde murió.

A través de los orificios del traje, veían el cuerpo de Dave; los grandes ojos huecos de la mascota mostraban parte de la cara. Tenía la piel apergaminada, los ojos abiertos y el gesto inexpresivo y descolorido. Charlie volvió a acercarse. La estupefacción inicial había pasado. Ahora sentía curiosidad por ver más. Al principio lo tanteó con cuidado, por si acaso alguno de los resortes no hubiera saltado aún, pero estaba claro que ya habían hecho todo el daño posible. Los resortes se le habían metido tan dentro que los extremos le sobresalían por el cuello; parecían formar parte de él.

Charlie examinó el pecho del disfraz. La tela amarilla estaba desgarrada; el moho había teñido algunas zonas de verde y rosa. Lo agarró de los lados y abrió los rotos todo lo que pudo. Jessica la miraba fascinada, tapándose la boca con la mano. Varios pinchos de metal, mates y recubiertos de sangre, atravesaban el cuerpo. Y había partes más complejas: amasijos sangrantes con varias capas de maquinaria que salían del cadáver. La tela del traje estaba rígida por la sangre, pero no parecía que el cuerpo se hubiera descompuesto, aunque ya hubiera pasado un año.

—Es como si estuviera soldado al traje —dijo Charlie, que tiró de la cabeza del muñeco, para separarla del cuerpo.

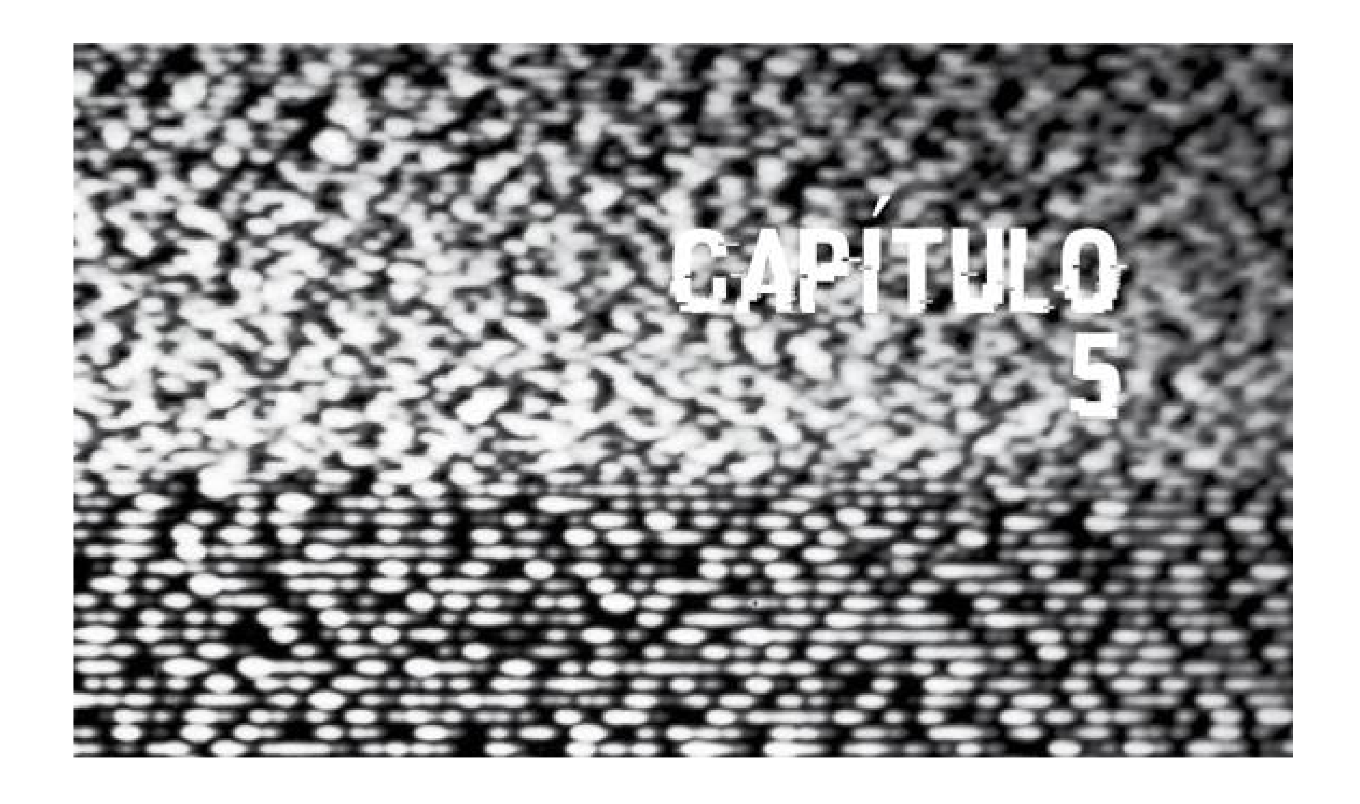
Pero no tardó en rendirse.

Unos ojos abiertos la miraban fijamente; detrás de ellos, se escondía la cara del muerto. Con la luz directa, la piel de Dave tenía un aspecto enfermizo y descolorido. De pronto, Charlie sintió náuseas. Se alejó del cadáver y levantó la vista hacia Jessica.

—¿Y ahora qué? ¿También querías darle un masaje en los pies? —dijo Jessica, que se giró: de repente, su propio chiste le había revuelto las tripas.

—Oye, tengo clase dentro… —Charlie miró el reloj—. Dentro de una hora. ¿Te sigue apeteciendo que vayamos de compras?

—¿Por qué no puedo tener amigos normales? —se quejó Jessica.



—Siempre estamos aprendiendo. Espero que al menos alguno de vosotros esté aprendiendo algo en esta clase.

Los alumnos de la profesora Treadwell soltaron una risita nerviosa, pero ella siguió hablando por encima. Al parecer, lo decía en serio.

—Cuando aprendemos algo, el cerebro tiene que decidir dónde guarda la información. De manera inconsciente establecemos a qué grupo de cosas se parece más esa información, y la conectamos con ese grupo. Esto, evidentemente, es una explicación muy básica. Cuando los ordenadores hacen esto mismo, decimos que crean árboles.

Charlie solo estaba escuchando a medias. Ya se sabía todo eso y tomaba apuntes en modo automático. Desde su excursión a Freddy's el día anterior, no había podido sacarse la imagen del cuerpo de Dave de la cabeza: su torso y el escabroso dibujo de cicatrices que lo cubría. Cuando vivía, se lo

había mostrado, para presumir de que había sobrevivido. Nunca le dijo lo que había pasado; debió de ser un accidente. Llevaba ese tipo de trajes todo el tiempto. Incluso ahora podía imaginárselo, antes de los asesinatos, vestido de conejo amarillo y bailando alegremente con un oso del mismo color. Charlie sacudió la cabeza de repente, en un intento de borrar esa imagen.

—¿Estás bien? —susurró Arty.

Charlie asintió y le hizo un gesto para que se apartara.

«Pero el muerto del campo…, eso no fue un accidente. Alguien le obligó a meterse dentro. Pero ¿por qué?»

Charlie tamborileó con los dedos en la mesa, inquieta.

—Eso es todo por hoy.

La profesora Treadwell dejó la tiza y se bajó de la tarima con paso decidido. Su asistente, un nervioso estudiante de posgrado, corrió a recoger los trabajos que tenían que entregar.

—Oye, ¿tienes tiempo para repasar esto conmigo? —le preguntó Arty a Charlie mientras recogían sus cosas—. Esta asignatura me supera un poco.

Charlie se detuvo. Había prometido compensar la primera cita con John, pero aún faltaba una hora antes de quedar con él. Ahora que había estado en Freddy's, casi sentía que estaba en un territorio conocido, aunque ese territorio estuviera bañado en sangre.

—Tengo un rato ahora mismo —le dijo a Arty.

Al chico se le iluminó la cara.

—¡Genial! Muchísimas gracias. Podemos ir a trabajar a la biblioteca.

Charlie asintió.

—Claro.

Atravesó el campus junto a él, escuchando a medias cómo le contaba sus dificultades con la materia.

Se sentaron a una mesa. Charlie abrió el cuaderno por los apuntes de ese día y se lo acercó a Arty.

—¿Te importa si me siento a tu lado? —preguntó él—. Es más fácil si los dos vemos lo mismo, ¿no?

—Sí, claro.

Charlie se volvió a acercar el cuaderno mientras él dio la vuelta y se sentó a su lado, aproximando su silla plegable de metal a la de ella. Unos centímetros más cerca de lo que a ella le habría gustado.

—Bueno, ¿en qué punto te perdiste? —le preguntó.

—Te lo estaba diciendo por el camino —respondió él, con un tono de reproche en la voz. Después se aclaró la garganta—. Supongo que entendí la primera parte de la clase, cuando repasó el material de la semana pasada.

Charlie se rio.

—Así que, básicamente, quieres revisar todo lo nuevo que hemos visto hoy.

Arty asintió, avergonzado. Charlie empezó por el principio y fue señalando los apuntes a medida que avanzaba. Al pasar las páginas, se fijó en sus propios garabatos al margen. Se acercó un poco más para ver el contorno de varios rectángulos que marcaban el final de la hoja. Todos estaban coloreados, como bloques de granito. Los miró fijamente, con una sensación de *déjà vu*: eran importantes. «No recuerdo haber dibujado esto», pensó con inquietud. Pero se dijo: «Solo son garabatos. Todo el mundo hace garabatos».

Pasó la página hasta la siguiente sección. Un sentimiento de alarma le subió por el cuello, como si alguien la estuviera vigilando. En los márgenes de esta página y en los de la siguiente, también había garabatos. Todos eran rectángulos. Algunos eran grandes; otros, pequeños; algunos, solo esbozados; otros, repasados con tanta fuerza que el bolígrafo había atravesado el papel. Todos eran verticales, más largos que anchos. Charlie los miró fijamente. Inclinó la cabeza para verlos desde distintos ángulos, hasta que algo sonó en su interior.

«Sammy —pensó—, ¿eres tú? ¿Significa esto algo que no alcanzo a comprender?» Charlie observó a Arty, que también estaba mirando la hoja. Mientras ella lo escrutaba, Arty pasó la página. Las siguientes estaban igual: llenas de apuntes claros y ordenados, pero en cada espacio en blanco se agolpaban pequeños rectángulos; en los huecos entre los distintos puntos de una lista, apretujados en los márgenes y apostados al final de las frases que no llegaban a completar una línea. Deprisa, Arty volvió a la página anterior. Miró a Charlie y sonrió, con cierto recelo en la mirada.

—¿Por qué no intentas hacer este problema de aquí? —sugirió Charlie.

El chico se inclinó sobre su cuaderno y ella se quedó mirando el suyo. No podía dejar de pensar en la casa de su padre; las formas que había dibujado no hacían sino aumentar ese impulso.

«Tengo que volver.»

—¿Estás bien? —Arty se acercó con cuidado.

Charlie miraba el cuaderno fijamente. Ahora que se había fijado en los rectángulos, parecían más importantes que los apuntes; no conseguía centrarse en ninguna otra cosa. «Tengo que volver», se dijo.

Charlie cerró el cuaderno y pestañeó con fuerza. Hizo caso omiso de la pregunta de Arty y guardó el cuaderno en la mochila.

—Me tengo que ir —dijo Charlie, que se puso de pie.

—Pero todavía estoy atascado en el primer problema —se quejó Arty.

—Lo siento, de verdad —exclamó Charlie por encima del hombro mientras se alejaba corriendo.

Chocó contra dos personas al pasar por el mostrador, pero estaba demasiado nerviosa para disculparse.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo, con el estómago revuelto. «Pasa algo raro.» Titubeó, con la mano suspendida en el aire, como si algo estuviera cortándole el camino. Por fin agarró el pomo de la puerta: de inmediato, sintió que la mano se le fundía con él, como por obra de una corriente eléctrica. No podía girarlo, pero tampoco era capaz de soltarlo. De repente, el pomo se movió por sí mismo; alguien lo estaba girando del otro lado. Charlie soltó la mano y dio un paso atrás mientras un chico con una mochila enorme pasaba muy cerca de ella. De vuelta al presente, salió antes de que la puerta se cerrara de nuevo.

Charlie iba de camino a Hurricane, a toda velocidad, e intentaba tranquilizarse mientras conducía. Las ventanillas estaban abiertas y el viento entraba con fuerza en el coche. Pensó en la clase de la profesora Treadwell de principios de semana. «En todo momento, nuestros sentidos reciben mucha más información de la que pueden procesar de una sola vez.» Puede que ese fuera el problema que Arty tenía con la asignatura. Charlie miró a las montañas que tenía delante, el campo abierto a ambos lados de la carretera. A medida que avanzaba, se empezó a sentir algo más relajada. Últimamente, había pasado demasiado tiempo en su cuarto o en clase, y no el suficiente en el mundo exterior. Por eso estaba nerviosa, y su torpeza natural se exageraba.

Bajó aún más la ventanilla, para dejar pasar el aire. En el campo que se extendía a su derecha, unos pájaros volaban en círculo. No. Charlie detuvo

el coche. «Está pasando algo raro.» Se apeó. Se sentía ridícula, pero lo ocurrido en los últimos días la hacía saltar al menor estímulo. Los pájaros eran demasiado grandes.

Eran buitres, y algunos ya estaban en el suelo, acercándose con precaución a lo que parecía una figura postrada bocabajo. «Podría ser cualquier cosa.» Se apoyó en el coche. «Es probable que solo sea un animal muerto.» Después de otro rato, volvió al coche, frustrada, pero no entró.

«No es un animal muerto.»

Charlie apretó los dientes y se acercó al lugar que sobrevolaban los buitres. A medida que se acercaba, los que estaban en el suelo, al verla, agitaron las alas y alzaron el vuelo. Charlie cayó de rodillas.

Era una mujer. Charlie se fijó en su ropa. Estaba hecha jirones, como la del muerto que le había enseñado Clay Burke.

Se inclinó a mirar el cuello de la mujer, aunque ya sabía qué iba a encontrar. Allí estaban las heridas profundas y espantosas que producían los resortes del traje de un animatrónico. Pero antes de que pudiera examinarlas en detalle, Charlie se detuvo, horrorizada.

«Es igual que yo.» El rostro de la mujer estaba amoratado y arañado, lo que ocultaba sus rasgos. Charlie sacudió la cabeza. Era fácil imaginarse un parecido mayor al que realmente existía. Pero tenía el pelo de color castaño y con el mismo corte que Charlie; la cara redonda, como la suya, y la misma complexión. Sus rasgos eran distintos, pero no tanto. Charlie se incorporó y dio un paso hacia atrás. De repente, se dio cuenta de lo expuesta que estaba en ese campo abierto. «Clay. Tengo que llamar a Clay.» Levantó la vista al cielo y deseó encontrar la manera de alejar a los buitres, para proteger el cuerpo.

—Lo siento —le susurró a la muerta—. Volveré.

Fue hacia el coche y echó a correr, cada vez más rápido hasta que corrió como si alguien le estuviera pisando los talones. Se subió al vehículo, cerró la puerta de golpe y la bloqueó en cuanto estuvo dentro.

Jadeando, pensó un segundo. Estaba a medio camino entre Hurricane y la universidad, pero había una gasolinera un poco más adelante desde donde podría llamar a Clay. Echó un último vistazo al lugar en el que yacía el cuerpo y salió a la carretera.

La gasolinera parecía vacía. Cuando llegó, Charlie se dio cuenta de que nunca había visto a nadie repostar allí. «¿Seguirá funcionando?» Estaba vieja y destartalada, en eso se había fijado al pasar, pero nunca se había parado a echar un vistazo. Los surtidores parecían operativos, aunque no eran nuevos, y no estaban cubiertos. Estaban ahí, sobre bloques de hormigón en mitad de un camino de grava, a merced de los elementos.

El pequeño edificio adosado a la gasolinera alguna vez debió de estar pintado de blanco, pero la pintura se había desgastado y dejaba al descubierto la madera de color gris que había debajo. Parecía ligeramente torcido, como si se estuviera deslizando de los cimientos. Tenía una ventana, pero estaba sucia, casi del mismo tono gris que la fachada. Charlie titubeó; después se dirigió a la puerta y llamó. Le respondió un chico joven, más o menos de la edad de Charlie, con una camiseta de Saint John's College y unos vaqueros.

—¿Sí? —dijo mirándola con aire inexpresivo.

—¿Está… abierto?

—Sí.

El chico mascaba chicle y se secó las manos con un trapo roñoso. Charlie respiró hondo.

—Necesito hacer una llamada. Es una urgencia.

El chico abrió la puerta y la dejó pasar. Por dentro, el espacio era más amplio de lo que pensaba. Además del mostrador, había una tiendecita, aunque la mayoría de los estantes estaban vacíos; los frigoríficos del fondo estaban apagados. El joven miraba a Charlie, expectante.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó ella de nuevo.

—El teléfono es solo para clientes —respondió él.

—Vale. —Charlie miró al coche—. Repostaré al salir.

—El surtidor no va. ¿Te apetece algo fresquito? —preguntó el chico, señalando un congelador mugriento con una puerta corredera de vidrio y una mancha de un rojo descolorido que antes debió de ser un logo—. Tenemos polos.

—No me… bueno, dame un polo —dijo Charlie.

—Elige el que quieras.

Charlie se inclinó a mirar en el congelador.

Unos ojos vidriosos y pálidos la miraron desde el otro lado de la puerta. Debajo, había un hocico rojo y peludo, con la boca abierta y lista para

atacar.

Charlie soltó un grito, pegó un brinco y se golpeó contra la estantería que tenía detrás. Varias latas cayeron y rodaron por el suelo. El ruido resonó en el espacio vacío.

—¿Qué es eso? —exclamó Charlie, pero el chico se reía con tantas ganas que le costaba respirar.

Ella volvió a mirar: alguien había metido un animal disecado en el congelador. Puede que fuera un coyote.

—Ay, ¡qué risa! —dijo por fin el chico.

Charlie se recompuso, aunque temblaba de furia.

—Me gustaría hacer una llamada —dijo con frialdad.

El chico la invitó a acercarse al mostrador, con una sonrisa de oreja a oreja, y le acercó un teléfono antiguo. Charlie le dio la espalda y marcó el número. Se acercó al congelador mientras esperaba el tono de llamada. Miró hacia abajo y examinó el bicho disecado desde arriba.

—Clay Burke al habla.

—Clay, soy Charlie. Escucha, necesito que vengas. Hay otro…

Charlie echó un vistazo al chico, que la miraba atento por detrás del mostrador, sin intentar disimular que estaba escuchando.

—Es como eso que me enseñaste antes, donde las vacas —continuó Charlie.

—¿Qué? Charlie, ¿dónde estás?

—Estoy en una gasolinera no muy lejos de tu casa. Por fuera parece un baño público.

—¡Oye! —El chico se irguió detrás del mostrador, ofendido.

—Vale, ya sé dónde estás. Llego enseguida.

Charlie oyó un clic al otro lado de la línea.

—Gracias por el teléfono —soltó Charlie a regañadientes, y se marchó sin esperar respuesta.

Volvió a agacharse donde yacía el cuerpo de la mujer. Miró nerviosa hacia la carretera, por si veía el coche de Clay, pero no aparecía por ninguna parte. Por lo menos, los buitres no habían vuelto.

«Podría esperar en el coche hasta que llegara», pensó. Pero Charlie no se movió del sitio. Esa mujer había muerto de una forma horrible y la habían

abandonado en el campo. Ahora, por lo menos, no tenía que estar sola.

Cuanto más la miraba, más difícil le resultaba desdeñar el parecido. Charlie sintió un escalofrío, a pesar de que le estaba dando el sol en la espalda. Una sensación de terror se estaba apoderando de ella.

—¿Charlie?

La chica dio un respingo y vio a Clay Burke. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Lo siento, he venido lo más rápido que me ha sido posible —dijo tranquilo.

Charlie sonrió.

—No pasa nada. Es que hoy estoy de los nervios. Creo que es la tercera vez que doy un salto cuando alguien dice mi nombre.

Clay no estaba escuchando. Tenía los ojos fijos en el cuerpo. Se arrodilló con prudencia a su lado y lo examinó con atención. Charlie casi podía ver cómo archivaba cada detalle. Contuvo la respiración. No quería distraerlo.

—¿Has tocado el cuerpo? —preguntó con brusquedad, sin levantar la vista del cadáver.

—Sí —reconoció Charlie—. Quería ver si tenía las mismas heridas que el hombre.

—¿Y las tenía?

—Sí. Creo… digo, estoy segura de que la mataron de la misma forma.

Clay asintió. Charlie lo miró levantarse y caminar alrededor de la mujer. Después, se agachó para mirarle la cabeza más de cerca y los pies. Por fin, volvió a desviar la atención hacia Charlie.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó.

—Vi unos pájaros, unos buitres, volando en círculo sobre el terreno. Me acerqué a mirar.

—¿Por qué te acercaste a mirar?

La miraba con firmeza. Charlie sintió un escalofrío de terror. Era imposible que Clay sospechara de ella.

«Pero ¿por qué no iba a hacerlo? —pensó—. ¿Quién más iba a saber cómo funcionan los resortes? Estoy convencida de que podrían inventarse un millón de teorías sobre mí. Chica retorcida venga la muerte del padre. Un psicodrama. A las once.»

Tomó aire y miró a Clay a los ojos.

—Me acerqué por el cuerpo que me enseñaste. También estaba en medio del campo. Pensé que tal vez hubiera otro.

Charlie mantuvo la voz todo lo firme que pudo. Clay asintió. La dureza de su rostro se convirtió en preocupación.
—Charlie, esta chica se parece a ti.
—No tanto.
—Podría ser tu gemela —dijo Clay.
—No —negó Charlie, en un tono más brusco de lo que pretendía—. No parecemos gemelas en absoluto.
Clay la miró atónito, pero entonces lo comprendió.
—Lo siento. Tenías un mellizo, ¿verdad? Tu hermano.
—Casi no me acuerdo de él —dijo ella en voz baja, y tragó saliva.
«No hago otra cosa que pensar en él.»
—Ya sé que se parece a mí —añadió entonces sin fuerza.
—Estamos al lado de una ciudad universitaria —dijo Clay—. Es una chica blanca joven con el pelo castaño. No eres tan especial, Charlie, sin ofender.
—¿Crees que es una coincidencia?
Clay no la miró.
—Han encontrado otro cuerpo esta mañana —dijo él.
—¿Otra chica?
Charlie se acercó.
—De hecho sí. Lleva un par de días muerta. Probablemente la mataran hace dos noches.
Charlie lo miró alarmada.
—¿Quieres decir que esto va a seguir sucediendo?
—A menos que creas que podemos evitarlo —respondió él.
Charlie asintió.
—Puedo ayudar —dijo.
Volvió a mirar la cara de la mujer. «No se parece en nada a mí.»
—Déjame ir a su casa —dijo Charlie, de repente, llevada por un repentino impulso de probar algo, de reunir pruebas que demostraran que ella y la víctima no se parecían.
—¿Qué? ¿A su casa? —dijo Clay, y la miró con escepticismo.
—Me has pedido ayuda —replicó Charlie—. Déjame ayudar.
Clay no respondió; en lugar de eso, metió la mano en los bolsillos de la mujer, en busca de su cartera. Para hacerlo, tuvo que mover el cuerpo, que se sacudió un poco, como una marioneta terrorífica. Charlie esperó. Por fin

dio con la cartera. Clay le mostró el carné de conducir de la mujer.

—Tracy Horton —leyó Charlie—. No tiene cara de Tracy.

—¿Tienes la dirección? —Clay miró a la carretera, en busca de coches de policía.

Charlie la leyó rápido y le devolvió el carné.

—Te doy veinte minutos antes de dar parte —le dijo—. Aprovéchalos.

Tracy Horton vivía en una casa pequeña cerca de una carretera secundaria. Desde allí se veían las casas de sus vecinos más cercanos, pero Charlie no creía que la hubieran podido oír gritar. Si es que había llegado a hacerlo. Había un coche pequeño y azul en la entrada, pero si se habían llevado a Tracy de su casa (era de suponer que no habría estado dando vueltas por el campo), bien podría ser de ella.

Charlie aparcó detrás del coche y se dirigió a la entrada. Llamó a la puerta y se preguntó qué haría si alguien respondía. «Tendría que haberlo planeado todo mejor.» No era la persona adecuada para informar a los padres, la pareja o los hermanos de la muerte de la chica. «¿Por qué he dado por hecho que viviría sola?»

Nadie respondió. Charlie probó de nuevo. Al ver que aún no había respuesta, trató de abrir la puerta. Estaba abierta.

Caminó en silencio por la casa. No tenía muy claro qué estaba buscando. Miró el reloj: solo en llegar había gastado diez de los veinte minutos de los que disponía, y tenía que dar por hecho que la policía llegaría allí más rápido que ella. «¿Por qué habré respetado el límite de velocidad durante todo el camino?» El salón y la cocina estaban limpios, pero no le daban ninguna información. Charlie no sabía qué podían decir de una persona unas paredes de color melocotón, o que en la mesa del comedor hubiera tres sillas en vez de cuatro. Había dos dormitorios. Uno tenía el aspecto impersonal de una habitación de invitados convertida poco a poco en trastero. La cama estaba hecha, y encima de la cajonera había toallas limpias y dobladas, pero una cuarta parte de la habitación estaba invadida por cajas de cartón.

El otro dormitorio era diferente. Las paredes eran verdes, la colcha azul pálido y había pilas de ropa en el suelo. Charlie se quedó en el umbral un momento. Se dio cuenta de que no podía entrar. «Ni siquiera sé lo que estoy

buscando.» La vida de esa mujer iba a ser analizada al milímetro por investigadores profesionales. Leerían su diario, si lo tenía; desvelarían sus secretos, si los tenía. No había razón por la que Charlie tuviera que formar parte de eso. Se dio la vuelta y caminó deprisa hacia la entrada de la casa; bajó casi corriendo por las escaleras. De pie junto al coche, volvió a mirar la hora. Faltaban seis minutos para que Clay diera el parte de la muerte. Se acercó al coche azul y miró hacia dentro. Como la casa, estaba impecable. Había ropa de la tintorería colgada de la ventanilla trasera y un refresco a medias en el portavasos. Dio una vuelta alrededor del coche, en busca de algo (barro en las ruedas, un rayón en la pintura), pero no había nada fuera de lo normal.

«Cinco minutos.»

Caminó deprisa por el césped descuidado que flanqueaba la casa. Cuando llegó al jardín trasero, frenó en seco. Ante ella se abrían tres enormes hoyos en el suelo, más largos que anchos. Parecían tumbas, pero un segundo vistazo le reveló que eran demasiado irregulares, sus contornos estaban mal definidos.

Charlie los rodeó. Estaban en fila, uno junto a otro. No eran muy profundos, pero la tierra del fondo estaba suelta. Charlie cogió un palo del suelo y lo metió en el agujero del medio. Se hundió casi treinta centímetros antes de llegar a una superficie más dura. Había tierra esparcida alrededor. Quien había cavado los hoyos no se había molestado en amontonarla; en lugar de eso, la había desperdigado por todos lados.

«Dos minutos.»

Charlie volvió a titubear. Luego se metió en el hoyo del medio. Se le hundieron los pies en la tierra suelta y luchó por mantener el equilibrio. No era muy profundo. Las paredes le llegaban hasta la cintura. Se arrodilló y apoyó las manos contra las paredes de la tumba. «No, el hoyo», se recordó a sí misma. También allí la tierra estaba suelta; la pared era áspera.

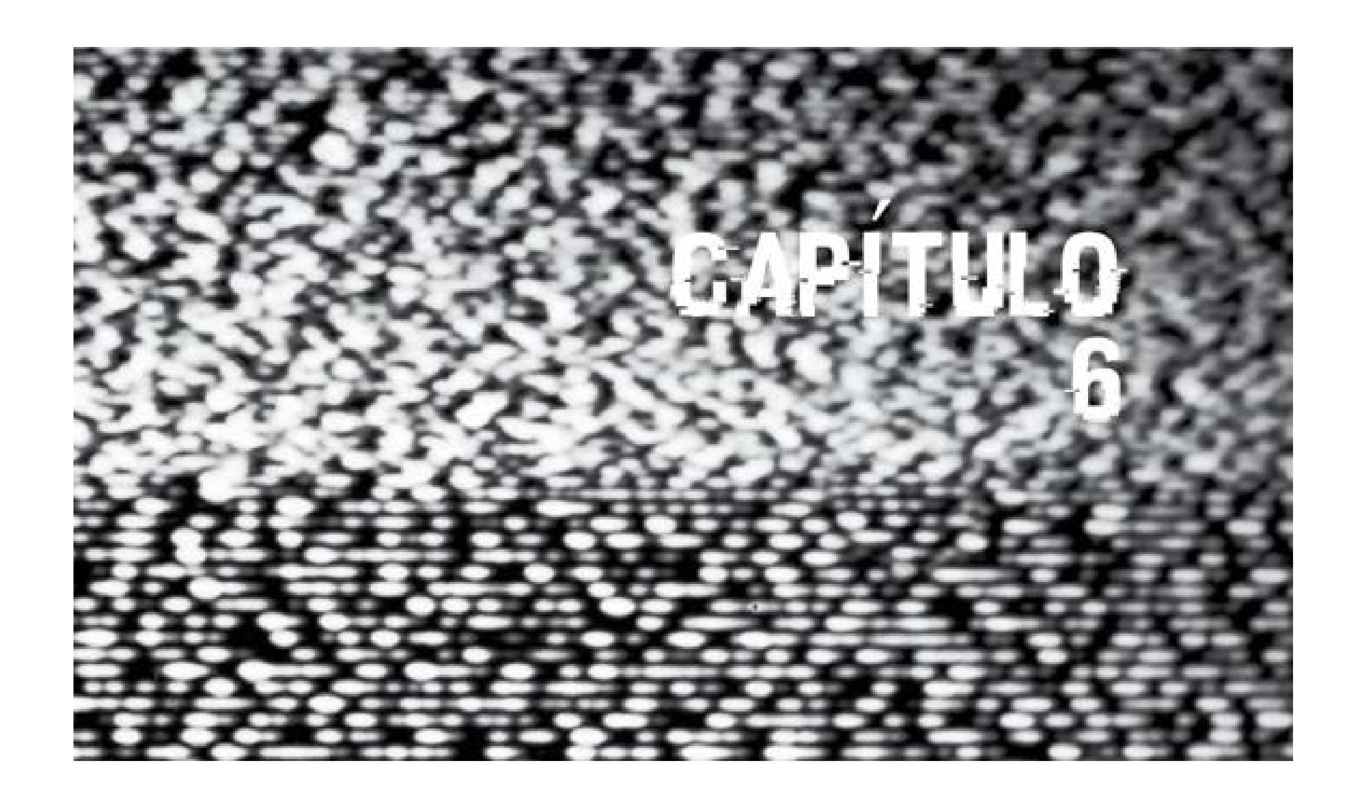
Algo se había escondido ahí, bajo tierra. «El aire está viciado. Me quedo sin oxígeno y me voy a morir así, sola, en la oscuridad.» Se le cerró la garganta; sintió que no podía respirar. Trepó por el hoyo hasta el césped del jardín trasero de Tracy Horton. Respiró hondo e intentó con todas sus fuerzas deshacerse de aquel ataque de pánico. Cuando por fin lo consiguió, miró el reloj.

«Queda un minuto. Ya ha llamado.» Pero algo la mantuvo allí, algo que le

resultaba familiar: la tierra suelta. A Charlie se le desbocaron los pensamientos: «Algo salió de aquí».

En la distancia, oyó el gemido de una sirena; estaban al caer.

Corrió hacia el coche, salió por el camino y giró en la primera curva, sin importarle adónde la conduciría. Los hoyos seguían en su cabeza, como una mancha.



Charlie aminoró la marcha. Ahora que la mitad de los policías de Hurricane estaban en la zona, no convenía que la detuvieran por exceso de velocidad. Estaba llena de tierra del jardín de una mujer muerta y no se podía librar de la sensación de que se había olvidado de algo.

«John», comprendió entonces. Había quedado con él (miró el reloj del coche) hacía casi dos horas. El corazón le dio un vuelco. «Pensará que le he dado plantón. No, pensará que estoy muerta», se corrigió. Dada la peligrosa historia de su relación, probablemente pensaría que esta segunda opción era la más probable.

Cuando llegó al local donde habían quedado, un pequeño restaurante italiano al otro lado de la ciudad, Charlie salió corriendo del aparcamiento, a toda velocidad. Derrapó delante de una recepcionista adolescente, que la saludó nerviosa.

—¿Qué deseas? —le preguntó a Charlie, dando un paso hacia atrás.

Ella se vio de reojo en el espejo de detrás del mostrador. Tenía manchas de tierra en la cara y en la ropa; no se le había ocurrido limpiarse antes. Se limpió apresuradamente las mejillas con la mano antes de contestar a la chica.

—He quedado aquí con alguien. Un chico alto, de pelo castaño. Algo…

Hizo unos gestos por encima de la cabeza, tratando de indicar el desorden habitual del pelo de John, pero la camarera la miró inexpresiva. Charlie se mordió el labio, frustrada. «Se ha marchado. Claro que se ha marchado. Llegas dos horas tarde.»

—¿Charlie? —dijo una voz.

«John.»

—¡¿Sigues aquí?! —exclamó, demasiado alto para el silencio del restaurante, cuando lo vio aparecer por detrás de la recepcionista, profundamente aliviado.

—Pensé que, ya que estaba aquí, podía comer algo —dijo, y tragó lo que tenía en la boca, riendo—. ¿Estás bien? Pensé que tal vez… no vendrías.

—Estoy bien. ¿Dónde estás? ¿Sigues sentado? Bueno, digo, es obvio que no estás sentado. Estás de pie. Quiero decir que dónde estabas sentado, antes de estar de pie.

Charlie se pasó las manos por el pelo y se apretó fuerte los puños contra la cabeza, tratando de ordenar sus pensamientos. Murmuró una disculpa. No estaba muy claro a quién iba dirigida.

John miró a su alrededor, nervioso, y después señaló una mesa cerca de la cocina. Había un plato casi acabado con medio palito de pan encima, una taza de café y un segundo plato, sin empezar.

Se sentaron y él la inspeccionó con la mirada. Después, se inclinó sobre la mesa y le preguntó en voz baja.

—Charlie, ¿qué ha pasado?

—Si te lo cuento, no te lo creerías —dijo ella sin darse demasiada importancia.

Él seguía preocupado.

—Estás sucia. ¿Te has caído en el aparcamiento?

—Sí —dijo Charlie—. Me he caído en el aparcamiento y luego he rodado por una ladera hasta un contenedor, y después me he caído desde allí y he tropezado al entrar. ¿Contento? Deja de mirarme así.

—¿Así, cómo?

—Como si tuvieras derecho a juzgarme.

John se apoyó en el respaldo de la silla, con los ojos como platos. Parpadeó con fuerza y Charlie suspiró.

—John, lo siento. Te lo contaré todo. Solo necesito algo de tiempo, tiempo para ordenar mis pensamientos y lavarme un poco.

Se rio, con un ruido agitado y consumido; después se tapó la cara con las manos.

John se echó hacia atrás y le hizo un gesto a la camarera para que le trajera la cuenta. Charlie miró a su alrededor, respirando fuerte. El restaurante estaba casi vacío. La recepcionista y la única camarera estaban hablando al lado de la puerta, sin mostrar ningún interés por lo que hacían sus clientes. Había una familia en la ventana que daba a la calle. Tenían dos hijos muy pequeños, aunque ya no eran bebés. Uno de ellos no paraba de resbalar de la silla y acababa en el suelo cada vez que su madre desviaba la mirada. Su hermana se entretenía pintando el mantel con unos rotuladores. A ninguno de los cuatro parecía importarle lo que estaba sucediendo. Pero Charlie se sentía expuesta por lo vacío que estaba el restaurante.

—Me voy a limpiar —dijo—. ¿Dónde está el baño?

John lo señaló con el dedo.

Charlie se levantó de la mesa justo cuando la camarera llegó con la cuenta. Había un teléfono público en el pasillo. Charlie se paró delante, indecisa. Giró el cuello para ver si John la miraba, pero desde donde estaba solo alcanzaba a ver una esquinita de la mesa. Rápidamente, llamó a la oficina de Clay Burke.

Para su sorpresa, respondió.

—Has visto su jardín —dijo él.

No era una pregunta.

—¿Puedes darme las demás direcciones? —preguntó Charlie—. Puede que haya un patrón. Algo.

—Está claro —respondió él con tono brusco—. Por eso me fui corriendo a la comisaría, en vez de quedarme a medir los agujeros. ¿Tienes un boli?

—Un segundo.

La recepcionista se había alejado un momento de la mesa. Charlie dejó el teléfono colgando del cable metálico y se fue corriendo a coger un bolígrafo y un menú de comida para llevar. Volvió deprisa.

—¿Clay? Dime.

Él le leyó una lista de nombres y direcciones; ella los escribió obediente en los márgenes del menú.

—Gracias —dijo Charlie cuando acabó, y colgó sin esperar la respuesta de Clay.

Dobló el menú y se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón.

En el baño, se lavó lo mejor que pudo. No fue capaz de quitarse las manchas de la ropa, pero por lo menos tenía la cara limpia y el pelo mejor peinado.

De camino a la puerta del baño, una imagen se le vino a la mente sin previo aviso: la cara de la muerta.

«Podríais ser gemelas», había dicho Clay, con voz grave y autoritaria.

Charlie sacudió la cabeza. «Es una coincidencia. Tiene razón. ¿Cuántas chicas castañas, en edad universitaria habrá por aquí? La primera víctima fue un hombre. No significa nada.» Agarró el pomo, pero se quedó en el sitio. Le estaba pasando lo mismo que en la biblioteca. Charlie soltó el pomo, que giro despacio hasta volver a su posición inicial, emitiendo un horrible crujido.

Recordó que había tocado los disfraces, y el crujido era tan tenue y sutil que apenas lo oyó. Charlie levantó la vista. Había una figura en la puerta.

Miró agitada a su alrededor, luchando por volver al presente. Dominada por el pánico, tiró de la puerta del baño, pero se había cerrado herméticamente. Balbuceó unas palabras, pero no salió ningún sonido de su boca.

«Sé que estás ahí. Estoy intentando atraparte.»

—¡Tengo que entrar! —gritó Charlie.

La puerta se abrió de golpe y Charlie cayó en brazos de John.

—¡Charlie!

Ella cayó de rodillas. Miró hacia arriba y vio cómo el puñado de clientes que quedaba en el restaurante la miraba fijamente. John echó un vistazo al baño y volvió a centrar su atención en Charlie. La ayudó a ponerse de pie.

—Estoy bien, no pasa nada. —Ella se soltó de sus manos—. Estoy bien. Se había atascado la puerta y tenía calor.

Charlie se abanicó con la mano, para hacer más creíble lo que decía.

—Venga, vamos al coche.

John trató de coger a Charlie del brazo, pero ella se soltó de nuevo.

—Estoy bien.

Hundió la mano en el bolsillo para buscar las llaves y se fue directa a la puerta, sin esperar a John. Una mujer mayor la miraba abiertamente, con el tenedor suspendido en el aire. Charlie le devolvió la mirada.

—Intoxicación alimentaria —dijo Charlie sin rodeos.

La mujer se puso pálida y Charlie salió por la puerta.

Cuando llegaron al coche, John se sentó en el asiento del pasajero y miró expectante a Charlie.

—¿Seguro que estás bien?

—He tenido un día duro, nada más. Lo siento.

—¿Qué ha pasado?

«Cuéntaselo», se dijo ella.

—Quiero ir a la casa de mi padre. A mi antigua casa —respondió, para su propia sorpresa.

«Sé sincera —le dijo su voz interior, con firmeza—. Sabes qué tipo de criatura está haciendo esto, y sabes quién la construyó. Céntrate.»

—Ya —dijo John. Se le iba dulcificando la voz—. No la has visto desde la tormenta.

Charlie asintió.

«Cree que quiero ver los daños.» No se había vuelto a acordar de la tormenta hasta ahora, pero la repentina amabilidad en la voz de John la puso nerviosa. «¿Queda algo?» Se imaginó la casa completamente arrasada y, de repente, sintió que algo iba mal, como si le hubieran arrancado una parte de sí misma. Nunca había pensado en esa casa como algo más que una casa, pero ahora, a medida que se acercaban a lo que quedaba de ella, sintió un doloroso nudo en el estómago. Era donde guardaba los recuerdos más claros de su padre: sus manos rudas haciendo juguetes, enseñándole sus nuevas creaciones en el taller, y abrazándola fuerte cuando tenía miedo. Habían vivido allí juntos, ellos dos solos, y allí había muerto él. Charlie sintió que la alegría, la tristeza, el amor y la angustia de sus vidas se hubieran derramado en los huesos mismos de la vieja casa. Solo pensar en que una tormenta la hubiera destrozado era una agresión.

Sacudió la cabeza y agarró con más fuerza el volante. De pronto era consciente de lo enfadada que estaba. Su amor por la casa, incluso por su padre, nunca podría ser sencillo. Ambos la habían traicionado. Pero ahora había un monstruo suelto. Apretó los dientes, tratando de contener las

lágrimas que le empañaban los ojos. «Papá, ¿qué has hecho?»

En cuanto salieron del centro de la ciudad, Charlie aceleró. Clay estaría liado un buen rato ocupándose de la última víctima, pero en algún momento también se le ocurriría ir a casa del padre de Charlie. La única esperanza que le quedaba es que ella hubiera atado cabos antes. «Estáis en el mismo bando.» Charlie se llevó una mano a la cabeza y se frotó las sienes. El impulso de salvaguardar la reputación de su padre ante lo que estaba por llegar era visceral, y además no tenía sentido.

A menos de dos kilómetros de la casa, pasaron por delante de una obra. Estaba demasiado lejos de la carretera para ver de qué se trataba, pero parecía abandonada.

—Trabajé aquí un tiempo cuando llegué —dijo John—. Es un enorme proyecto de demolición. —Se rio—. Hay cosas muy raras por ahí, pero a primera vista no te las imaginas.

John inspeccionó el paisaje unos segundos.

—Así son las cosas —dijo Charlie.

No estaba segura de si debería decir algo más. Aún estaba aprendiendo a calmarse. Por fin llegaron al camino que llevaba a su casa. Entró con los ojos fijos en el suelo de grava. La casa solo era una mancha en su visión periférica. La última vez que Charlie estuvo allí, había entrado y salido corriendo, sin pararse a mirar nada. Lo único que le interesaba era Theodore; y en cuanto lo tuvo en las manos, se fue. Ahora se arrepentía de sus prisas. Le habría gustado tener una última imagen mental. «No estás aquí para despedirte.» Apagó el motor, se armó de valor y levantó la vista.

La casa estaba rodeada de árboles, y al menos tres de ellos habían caído sobre el techo. Uno había aterrizado de lleno en una esquina de la fachada, aplastando los muros con su peso. Charlie veía las vigas rotas y las paredes de yeso hechas añicos en el salón. Dentro solo había escombros.

La entrada principal se mantenía intacta, aunque la escalera estaba partida y astillada. Parecía que se había roto en cuanto tuvo que soportar algo de peso. Charlie salió del coche y se acercó hasta allí.

—¿Qué haces?

John estaba preocupado. Charlie hizo caso omiso de sus palabras. Oyó que daba un portazo. Después la cogió del brazo y tiró de ella hacia atrás.

—¡¿Qué?! —le gritó ella.

—Charlie, mira este lugar. La casa se va a caer en cualquier momento.

—No se va a caer —dijo inexpresiva, pero volvió a levantar la vista.

La casa parecía estar inclinándose hacia un lado, aunque debía de ser un espejismo; estaba claro que los cimientos no podían haberse hundido.

—Saldré antes de morir, lo prometo —dijo más tranquila.

John asintió.

—Ve despacio —dijo él.

Subieron las escaleras de la entrada con cuidado, por un lateral, pero la madera era más fuerte de lo que parecía. Podrían haber dado tres pasos a la derecha y haber entrado por la pared abierta, pero Charlie sacó la llave y abrió la puerta, mientras John esperaba paciente a que ella concluyera ese ritual innecesario.

Dentro, Charlie se detuvo al pie de la escalera que llevaba al segundo piso. Los agujeros del techo dejaban pasar finos haces de luz solar, que serían cada vez más tenues a medida que bajara el sol. Así, la casa casi parecía un santuario. Charlie apartó la vista de los agujeros y subió las escaleras hasta su habitación.

Como ya había hecho en la entrada, ascendió por un lateral, agarrada a la barandilla. Había humedades por todas partes, manchas oscuras y zonas blandas en la madera. Charlie estiró la mano para tocar las bolsas de aire que quedaban bajo la pintura levantada de la pared.

De repente, oyó un crujido detrás de ella. Se dio la vuelta. John se agarró a la barandilla e intentó sujetarse mientras la escalera se rompía bajo sus pies. Charlie le tendió la mano, pero John se agarró de forma inestable. Bufó y apretó los dientes.

—Se me ha atascado el pie —dijo señalando hacia abajo con la cabeza.

Charlie vio que el pie de John había atravesado la madera y los bordes astillados se le clavaban en el tobillo.

—Vale, aguanta—dijo ella.

Se agachó para alcanzarlo en el peldaño anterior al suyo, pero el ángulo hacía que le resultara difícil mantener el equilibrio. La madera solo se estaba pudriendo en algunos sitios, mientras que en otros seguía intacta. Charlie tiró con cuidado de los trozos más pequeños para liberar el pie de John. La superficie áspera y astillada le hacía daño en las manos.

—Creo que ya está —dijo John al fin, y flexionó el tobillo.

Ella miró hacia arriba y sonrió.

—Y tú que pensabas que era yo la que me iba a matar.

John sonrió sin ganas.

—¿Qué te parece si los dos salimos vivos de esta?

—Claro.

Siguieron subiendo mucho más despacio, tanteando el peso que podían soportar los escalones antes de dar un paso.

—Cuidado —le advirtió John cuando Charlie llegó arriba.

—No estaremos aquí mucho tiempo —dijo Charlie.

Ahora era mucho más consciente del peligro. La inestabilidad de la casa se hacía más evidente a cada paso que daban. Los propios cimientos parecían sacudirse de un lado a otro a medida que avanzaban.

Su antigua habitación estaba en la parte intacta de la casa, la parte en la que no había caído ningún árbol, al menos. Charlie se quedó parada en la puerta. John la alcanzó. El suelo estaba lleno de cristales. Una de las ventanas estaba rota y la habitación se había llenado de trozos de vidrio.

Tomó aire y entonces vio a Stanley. El unicornio animatrónico que en su día daba vueltas por unas vías alrededor de su habitación. Ahora estaba en el suelo, de lado. Charlie se acercó a él y se sentó. Se puso la cabeza del animal en el regazo y le acarició la cara oxidada. Parecía que lo hubieran arrancado a la fuerza de la vía. Tenía las patas retorcidas, y las pezuñas, rotas. Cuando echó un vistazo a la habitación, vio que los trozos que le faltaban estaban pegados en las ranuras del suelo.

—Stanley ha tenido días mejores. —John sonrió con tristeza.

—Sí —respondió Charlie, ausente, y volvió a apoyar la cabeza del muñeco en el suelo—. John, ¿puedes girar esa rueda?

Charlie señaló una manivela soldada a los pies de su cama. Él obedeció y se acercó a ella dolorosamente despacio. Charlie luchó contra su impaciencia. El chico giró la manivela y ella esperó que se abriera la puerta más pequeña del armario, pero no sucedió nada.

John miró a Charlie, expectante.

La chica se levantó y se dirigió a la pared en la que estaban los tres armarios, cerrados y aparentemente intactos a pesar de la tormenta. La pintura brillaba, impecable. Charlie titubeó. Sentía que estaba tocando algo que ya no le pertenecía. Entonces, abrió la puerta del armario.

Ahí estaba Ella, la muñeca que tenía la misma estatura que Charlie cuando era pequeña. Como Stanley, había corrido por la vía, y aún parecía estar unida a ella. Estaba completamente intacta. Tenía el vestido limpio y

la bandeja se mantenía firme en sus manos inmóviles. Sus grandes ojos llevaban fijos en la oscuridad desde la última vez que Charlie la vio.

—Hola, Ella —le susurró Charlie—. Me imagino que no podrás decirme lo que necesito saber. —Charlie echó un vistazo rápido a la muñeca y le sacudió el vestido—. ¿Quieres quedarte aquí para siempre? —dijo estudiando el diminuto marco de la puerta—. No te culpo. —Volvió a cerrar la puerta sin despedirse—. Bueno —dijo dirigiéndose a John.

El chico parecía ensimismado, mirando fijamente algo que tenía en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una foto tuya, de cuando eras del mismo tamaño que ella.

John sonrió, señaló la puerta del armario y le dio la fotografía a Charlie.

Parecía una foto escolar: una chica bajita y regordeta sonreía enseñándole todos los dientes, menos uno, a la cámara. Charlie le devolvió la sonrisa.

—No me acuerdo de esto.

—Esa muñeca da un poco de miedo, allí de pie en el armario —dijo John —. Estoy un poco nervioso, no te voy a engañar.

—Está esperando la hora del té —dijo Charlie con acritud—. ¡Qué siniestro!

Se dispuso a salir de la habitación, pero, en cuanto llegó al umbral, se detuvo. «Puertas.» Dio un paso atrás y miró detenidamente las puertas del armario.

—John —susurró.

Retrocedió varios pasos para poder examinar bien el cuarto. Los garabatos de sus apuntes tenían la forma de docenas, de cientos de rectángulos. Los había dibujado sin pensar, como si se le aparecieran de pronto en la cabeza e intentaran escapar de su subconsciente. Ahora lo habían conseguido.

—Son puertas —repitió.

—Sí, sí, ya veo. —John inclinó la cabeza con curiosidad—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Bueno, no estoy segura.

Volvió a mirar los armarios de la pared. «Puertas. Pero no estas.»

—Venga, vamos al taller —dijo John—. Puede que allí encontremos algo más.

—Claro.

Charlie sonrió con tristeza. Volvió a mirar los tres armarios de la

habitación.

John asintió con la cabeza y entonces bajaron con cuidado las escaleras, tanteando cada escalón antes de dar el siguiente paso. Una vez fuera, se detuvieron junto al coche. El taller no se veía desde el camino. Estaba oculto tras los árboles, por un bosquecillo que hacía las veces de valla.

—No te metas en el bosque, Charlie —dijo ella, y sonrió a John—. Eso es lo que me decía siempre, como si estuviéramos en un cuento de hadas.

Avanzaron un poco más. Las ramas crujían bajo sus pies.

—Pero el bosque no tenía más de tres metros de profundidad —dijo Charlie, que seguía mirando entre los árboles, como si algo pudiera salir de un salto de entre ellos.

Cuando era pequeña, esos árboles le parecían impenetrables, un bosque en el que podría perderse para siempre, si alguna vez se atreviera a aventurarse en él. Se dirigió a lo que quedaba de él y se paró en seco al ver dónde habían aterrizado algunos de los árboles caídos.

El taller de su padre estaba destrozado. Un tronco enorme había caído de lleno en el centro del tejado; otros tantos se habían desplomado por los lados. El muro más cercano a la casa aún estaba en pie, pero se había inclinado bajo el tejado hundido.

Cuando se mudaron a la casa, el taller era un garaje, y después se convirtió en el mundo de su padre: un lugar de luces y sombras que olía a metal caliente y a plástico quemado. Charlie miró la madera podrida y los cristales rotos con atención, buscando algo que pudiera escapársele.

—No vamos a entrar ahí —dijo John.

Sin embargo, la chica ya estaba levantando la chapa metálica que antes era parte del tejado. La tiró con violencia hacia un lado y cayó al suelo con estruendo. John se sobresaltó y se mantuvo a una distancia prudencial mientras Charlie seguía tirando cosas.

—¿Qué estás…? ¿Qué estamos buscando?

Charlie forcejeó y sacó un juguete de debajo de los escombros. Lo tiró descuidadamente al suelo. Entonces siguió levantando placas de metal y tirándolas hacia un lado.

—Charlie —susurró John, que recogió el juguete y lo sostuvo contra el pecho—. Seguro que lo hizo para ti.

Charlie hizo caso omiso de sus palabras.

—Tiene que haber algo más aquí.

Se abrió camino hacia lo que quedaba del taller, derribando una viga que le impedía el paso.

Le resbaló la mano en la madera y se dio cuenta de que estaba mojada; le estaba sangrando el brazo. Se limpió la mano en los vaqueros. Con el rabillo del ojo, vio que John ponía el juguete en el suelo con cuidado y la seguía.

Sorprendentemente, las estanterías y las mesas aún continuaban en pie, con las herramientas y los retales en el mismo sitio donde los dejó su padre. Charlie los miró un segundo; después pasó el brazo por la mesa que tenía más cerca, tirándolo todo al suelo. Entonces se dirigió a las estanterías, sin pararse a ver qué se había caído. Empezó a coger cosas del estante más cercano, de una en una; las inspeccionó y las tiró también al suelo. Cuando el estante estuvo vacío, tiró de él con ambas manos e intentó arrancarlo de la pared. Como no se soltaba, empezó a golpearlo con los puños.

—¡Para! —John corrió hacia ella, le cogió las manos y se las sujetó contra el cuerpo.

—¡Tiene que haber algo aquí! —gritó ella—. Tenía que venir aquí, pero no sé qué tengo que buscar.

—¿De qué hablas? Quedan muchas cosas. Mira todos estos trastos.

John volvió a mostrarle el muñeco.

—Esto no tiene nada que ver con la tormenta, John. Ni con los recuerdos felices ni con pasar página, o con lo que sea que piensas que necesito. Se trata de los monstruos. Están ahí. Y están matando gente. Y tú y yo sabemos que solo pueden salir de un sitio: de aquí.

—Eso no lo sabes —replicó John.

Charlie lo miró con rabia y le cortó en seco:

—Estoy rodeada de monstruos, y asesinatos, y muerte, y fantasmas.

Cuando pronunció la última palabra, disminuyó su furia. Se alejó de John para inspeccionar el taller. No estaba segura de qué parte de los daños correspondía a la tormenta y cuál a ella misma.

—No puedo parar de pensar en Sammy. Siento su presencia. Ahora mismo lo siento en este lugar, pero está… aislado. No tiene sentido. Murió antes de que mi padre y yo nos mudáramos a esta casa. Pero sé que estoy aquí por algún motivo. Hay algo que tengo que encontrar. Todo está conectado, pero no sé cómo. Puede que tenga algo que ver con las puertas… No lo sé.

—Vale, vale, está bien. Lo encontraremos juntos.

John le tendió la mano. Charlie dejó que la acercara hasta él y le hundió la cara en la camiseta.

—Sé que es difícil verlo todo así de destrozado —dijo él.

La ira de Charlie empezó a convertirse en agotamiento. Apoyó la cabeza en el hombro de John y deseó poder quedarse así un ratito más.

—Charlie —dijo John, alarmado.

Ella volvió a ponerse en alerta.

El chico estaba mirando por encima de su hombro, en dirección a la casa.

La fachada trasera estaba completamente abierta, como si la hubieran golpeado con un mazo gigante. Dentro, solo había oscuridad.

—Eso está justo debajo de tu habitación, ¿verdad? Se podría haber hundido el suelo cuando estábamos allí —apuntó John.

—Eso debería ser el salón —dijo Charlie, que se limpió la cara con la manga.

—Sí, pero no lo es.

John la miró con expectación.

—Ni siquiera es parte de la casa —dijo ella.

Una chispa de esperanza se encendió en su interior. Había algo fuera de lugar, lo que quería decir que podían encontrar alguna cosa.

Charlie se acercó a la grieta y John no trató de impedirle que trepara por varios bloques de hormigón. Se quedó unos pasos detrás de ella, lo suficientemente cerca para poderla agarrar si se caía. Charlie se giró hacia él antes de entrar.

—Gracias —le dijo.

John asintió con la cabeza.

—Nunca había visto esta habitación —susurró Charlie cuando se deslizó para entrar.

Las paredes eran de hormigón oscuro; la sala era pequeña y no tenía ventanas: era como una caja adosada a la casa y sellada entre las habitaciones. No había decoración de ningún tipo, y nada indicaba qué podía contener ese lugar. Solo un suelo de tierra y tres grandes agujeros, profundos y alargados como tumbas.

—No parece que sea resultado de la tormenta —dijo John.

—No lo es.

Charlie fue hasta el borde de uno de los agujeros y miró hacia abajo.

—¿Estabas… esperando encontrar esto?

Esos hoyos eran más profundos que los que había visto en casa de Tracy Horton. Puede que fuera por las sombras de la habitación, pero parecían tumbas de verdad. Eran unos treinta centímetros más profundos que los que había visto antes y tenían algo de tierra suelta dentro.

John estaba de pie detrás de ella, esperando pacientemente su respuesta.

—Los he visto antes —reconoció Charlie—. Detrás de la casa de la muerta.

—¿De qué estás hablando?

Charlie suspiró.

—Había otro cuerpo. Lo encontré hoy, en el campo. Llamé a Clay y después fui a casa de la muerta mientras él esperaba a que llegaran el resto de los policías. En el jardín trasero, había hoyos como estos.

—¿Eso es lo que no me habías contado? ¿Otro cuerpo?

John parecía dolido, pero su expresión ofendida desapareció al cabo de unos segundos. Volvió a examinar la habitación, especialmente las paredes y el suelo.

«Eso y que era igual que yo», pensó Charlie.

—¿Y qué crees que son esos agujeros? —preguntó John por fin.

Ella apenas le oía. Tenía la mirada fija en la pared de hormigón del otro lado de la habitación. Estaba vacía, encalada, pero gris por el polvo y el moho. Algo en esa pared la llamaba. Dejó a John solo al lado de las tumbas abiertas y se dirigió hacia ella, atraída por una sensación repentina de reconocimiento. Era como si acabara de recordar una palabra que tuviera en la punta de la lengua desde hacía días.

Titubeó, estiró las manos a escasos centímetros de la pared. No tenía muy claro qué le impedía avanzar. Se armó de valor y apoyó las manos contra el muro. Estaba frío. Sintió una leve punzada de sorpresa, como si hubiera esperado sentir calor. John hablaba, pero ella solo oía murmullos en la distancia. Giró la cabeza, apoyó la oreja en la superficie, con cuidado, y cerró los ojos. «¿Movimiento?»

—¡Eh!

La voz de John la desconcentró, la despertó como si estuviera en trance.

—¡Por aquí!

Charlie se dio la vuelta. John estaba inclinado sobre un montón de tierra al lado de la tumba más alejada. Charlie se dirigió hacia él, pero el chico le

hizo una señal para que se detuviera.

—No, ven por el otro lado.

Caminó con cuidado alrededor de la habitación hasta llegar a su altura. Al principio no se dio cuenta de qué le estaba intentando enseñar. Había algo medio visible, cubierto por una fina capa de tierra, de manera que se mimetizaba con el suelo, como si estuviera camuflado a propósito.

Sin embargo, por fin lo vio: metal oxidado y el brillo de un ojo de plástico. Miró a John, y él le devolvió la mirada. Ahora era su territorio. Con cuidado, Charlie tocó la cabeza casi enterrada con la punta de la zapatilla y echó el pie hacia atrás. La criatura no se movió.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó John, y miró a su alrededor—. ¿Y qué hace aquí?

—Nunca lo había visto —respondió Charlie.

Se arrodilló. La curiosidad había vencido al miedo. Quitó parte de la tierra con la mano, desvelando algo más de la cara de la criatura. Tras ella, John exhaló un suspiro. Charlie miró hacia abajo. La criatura no tenía pelo. La cara era suave. Tenía un hocico corto y orejas ovaladas que le salían de los lados de la cabeza; parecía la de un animal, solo que mucho más grande que los animatrónicos de Freddy's. Charlie no llegaba a adivinar qué tipo de animal se suponía que era. Una grieta le recorría la mitad de la cara, dejando al descubierto cables y una estructura metálica. Tenía varios trozos de un grueso material plástico pegados a la cara. Puede que hubiera estado envuelta con él en algún momento.

—¿Lo reconoces? —preguntó John en voz baja.

Charlie negó con la cabeza.

—No —acertó a decir después de un rato—. Hay algo raro en él.

Sacudió la tierra y vio que se desprendía con facilidad. El cacharro solo estaba parcialmente enterrado; o bien eso, o bien casi había conseguido escapar. Empezó a apartar la tierra con las manos, intentando liberarlo de lo que quedaba de su tumba.

—Tiene que ser una broma.

John gruñó y se arrodilló para ayudar, agarrando lo que pudo. En un único esfuerzo, lo levantaron y consiguieron desenterrar casi todo el torso. Lo dejaron caer y se sentaron en el suelo para examinarlo mientras recobraban el aliento.

Al igual que la cabeza, el cuerpo era más suave que el de los

animatrónicos a los que Charlie estaba acostumbrada. No tenía pelo, ni cola, ni otros apéndices animales. Era demasiado grande para que lo llevara un humano; debía de medir casi dos metros y medio. Aun así, Charlie no podía dejar de pensar que lo reconocía: «Foxy».

Había algo perverso en esa criatura, una cosa extraña que apelaba a su nivel más básico y primario. Algo que exclamaba: «Esto está mal». Charlie cerró un momento los ojos. Tenía una sensación extraña en la piel, como si algo se estuviera deslizando por ella. «Solo es un muñeco gigante.» Tomó aire con decisión, abrió los ojos y se acercó a examinar a la criatura.

Cuando la tocó con la mano sintió náuseas, pero solo durante un segundo. Continuó. Giró la cabeza del bicho hacia un lado, con dificultad. La parte izquierda del cráneo estaba destrozada. Charlie podía ver que el interior estaba roto; la mitad de los cables, arrancados. Justo detrás del ojo, en la zona que antes estaba enterrada por completo, faltaba parte de la carcasa. Veía un lío de cables que entraban y salían de ahí. Algo le había fundido los circuitos. Recorrió el cuerpo de arriba abajo y le examinó las articulaciones: uno de los brazos parecía estar bien; sin embargo, en el otro, tanto el hombro como el codo estaban deformados. Levantó la vista hacia John, que la miraba con preocupación.

—¿Encuentras algo familiar?

—No lo reconozco. Mi padre nunca me enseñó esto —respondió ella.

—Tal vez lo deberíamos volver a dejar en el suelo e irnos de aquí. Creo que todo esto es un error.

—Pero por dentro… —Charlie no hizo caso a las palabras del chico—. El *hardware*, las articulaciones, son tecnologías más antiguas. ¿Igual lo hizo antes? No lo sé.

—¿Cómo puedes darte cuenta de eso?

—Reconozco parte del trabajo de mi padre. —Frunció el ceño y señaló la cabeza de la criatura—. Pero luego hay muchas cosas que me resultan desconocidas. Alguien más debe de haber colaborado. No estoy segura de si lo hizo mi padre o no, pero algo me dice que fue él quien lo enterró.

—No creo que lo diseñaran para salir al escenario. Es espantoso.

John estaba visiblemente nervioso; le puso una mano a Charlie en el brazo.

—Vámonos de aquí. Este lugar me da escalofríos.

—«Me da escalofríos» —repitió Charlie con desdén—. ¿Qué tipo de frase

es esa? Voy a intentar sacarlo del todo. Quiero ver…

Charlie se soltó del brazo de John y se inclinó para desenterrar el resto de la criatura.

—¡Charlie! —gritó John, justo cuando sonó el rugido metálico.

El animatrónico levantó los brazos y el pecho se le abrió como una puerta de hierro. Sus piezas metálicas se deslizaron para revelar un agujero enorme y oscuro en el que se intuían resortes y pinchos afilados. Era una trampa que esperaba un detonante. Para mayor desconcierto, algo más se había transformado al mismo tiempo. La piel artificial de la bestia se había vuelto luminiscente, y sus movimientos eran fluidos y seguros. De repente, la carcasa parecía estar cubierta de una piel y un pelo borrosos que parpadeaban como una ilusión óptica causada por la luz.

Charlie dio un salto hacia atrás, pero era demasiado tarde: la criatura la tenía en sus garras y la levantó en el aire. La estaba atrayendo hacia sí. Charlie le golpeó el brazo torcido, pero el otro brazo tiró de ella hacia la cavidad de su pecho. John se echo atrás, tropezó y se inclinó hacia delante tapándose la boca con la mano, como si de repente sintiera náuseas.

Charlie luchó para liberarse, pero sus fuerzas no podían competir con las de la criatura. De reojo pudo ver a John embestir a la bestia. Le agarró la cabeza y se la retorció, intentando girársela hacia un lado. El animatrónico empezó a convulsionarse, a sacudirse descontroladamente. Soltó a Charlie y agitó los brazos con violencia. Intentó ponerse en pie pero resbaló al pisar la tierra. La criatura la volvió a agarrar; la atrajo hacia ella con sus fríos dedos.

Charlie apoyó el pie en el suelo, para intentar impulsarse, pero una fuerza desmesurada la empujaba hacia abajo. De repente se encontró cara a cara con la bestia, con el hombro dentro de la cavidad de su pecho. El bicho tiró de ella aún más cerca; de pronto, se sacudió y la soltó. Charlie salió rodando y oyó un sonido de resortes activándose. La criatura se convulsionaba en el suelo frente a ella, decapitada. Miró a John. Tenía la cabeza del bicho en las manos, y parecía en *shock*. La dejó caer y la lanzó de una patada al otro lado de la habitación.

—¿Estás bien?

John se acercó a ella, con gran esfuerzo.

Charlie asintió, mirando fijamente la cabeza rota del animatrónico. Aún parecía viva. Se le erizó el pelo y se le movía la piel, como si tuviera

músculos y tendones.
—¿Qué demonios ha pasado?
John alzó las dos manos, rendido.
Charlie levantó la enorme cabeza, con cuidado, le dio la vuelta y miró al interior por la base, donde John la había arrancado del cuerpo.
—¡Aj!
John se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas. Estaba pálido. Reprimió una arcada.
Charlie se le acercó, sorprendida.
—¿Qué te pasa? Has visto cosas peores que esto.
—No, no es eso. No sé qué es.
Se incorporó. Entonces tropezó con la pared y se apoyó en ella.
—Es como si hubiera algo horrible en el ambiente, pero sin olor.
Charlie se llevó el dedo al oído y escuchó. Había un sonido en el aire, tan agudo y tenue que resultaba casi imperceptible.
—Creo que algo sigue… encendido —dijo Charlie.
Charlie depositó la enorme cabeza en el suelo. John tenía la mano en la oreja, escuchando, pero cuando Charlie lo miró, él sacudió la cabeza.
—No oigo nada.
La chica se volvió a acercar al cuerpo de la criatura y miró dentro de su pecho abierto.
—¿Estás bien? —preguntó sin muchas ganas, sin apartar la mirada del robot.
—Sí, aquí me encuentro mejor.
John se levantó y Charlie se giró. John tenía mala cara; se agarraba fuerte el estómago con el brazo.
—Creo que se me está pasando —dijo él, que se inclinó hacia delante, dolorido, y apenas logró pronunciar la última sílaba.
—Este cacharro.
Charlie apretó los dientes y tiró y forcejeó con todas sus fuerzas, tratando de sacar algo que estaba atascado dentro del pecho de la criatura.
—Charlie, aléjate de eso. —John dio un paso hacia ella y entonces cayó hacia atrás, como si estuviera atado a la pared—. Hay algo muy turbio ahí dentro.
—Esto de aquí ya lo he visto antes —replicó Charlie, que por fin sacó el objeto.

Era un disco plano, del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. Se lo acercó a la oreja.

—Vaya, es muy agudo. Casi no lo oigo. Este sonido es lo que hace que te encuentres mal.

Charlie metió la uña en una pequeña hendidura que había en un lateral del objeto y activó un interruptor. John tomó aire varias veces y después se enderezó despacio, para probarse a sí mismo. Miró a Charlie.

—Ha parado —dijo ella.

—Charlie —susurró John, señalando con la cabeza al bicho del suelo.

Ella miró y sintió un sobresalto.

La ilusión de la carne y la piel había desaparecido. No era más que un robot roto con rasgos inacabados.

John volvió a coger la cabeza y la volvió hacia ellos.

—Esa cosa ha hecho algo —dijo John señalando con la cabeza el aparato que Charlie tenía en las manos—. Vuelve a encenderlo.

John alzó la cabeza de la criatura un poco más; se quedó mirando sus inertes ojos redondos.

«¿Estás seguro de que es buena idea?», estaba a punto de decir Charlie, pero la curiosidad le ganó el pulso. John podía soportar un poco más de náuseas. Volvió a meter la mano en la ranura y, con la uña, pulsó el diminuto interruptor. Ante ellos, la cara rota y desgastada hizo un movimiento suave y fluido, como si estuviera viva. John soltó la cabeza y dio un salto hacia atrás.

—¡Está viva!

—No —susurró Charlie, volviendo a apretar el interruptor.

Sostuvo el extraño aparato entre las manos, y lo miró fascinada.

—Quiero saber más sobre esto. Tenemos que volver a la residencia. —Se puso de pie—. He visto algo así antes. Cuando volví a buscar a Theodore, cogí un montón de cosas y las metí en una caja para examinarlas en otro momento. Estoy segura de que había algo así.

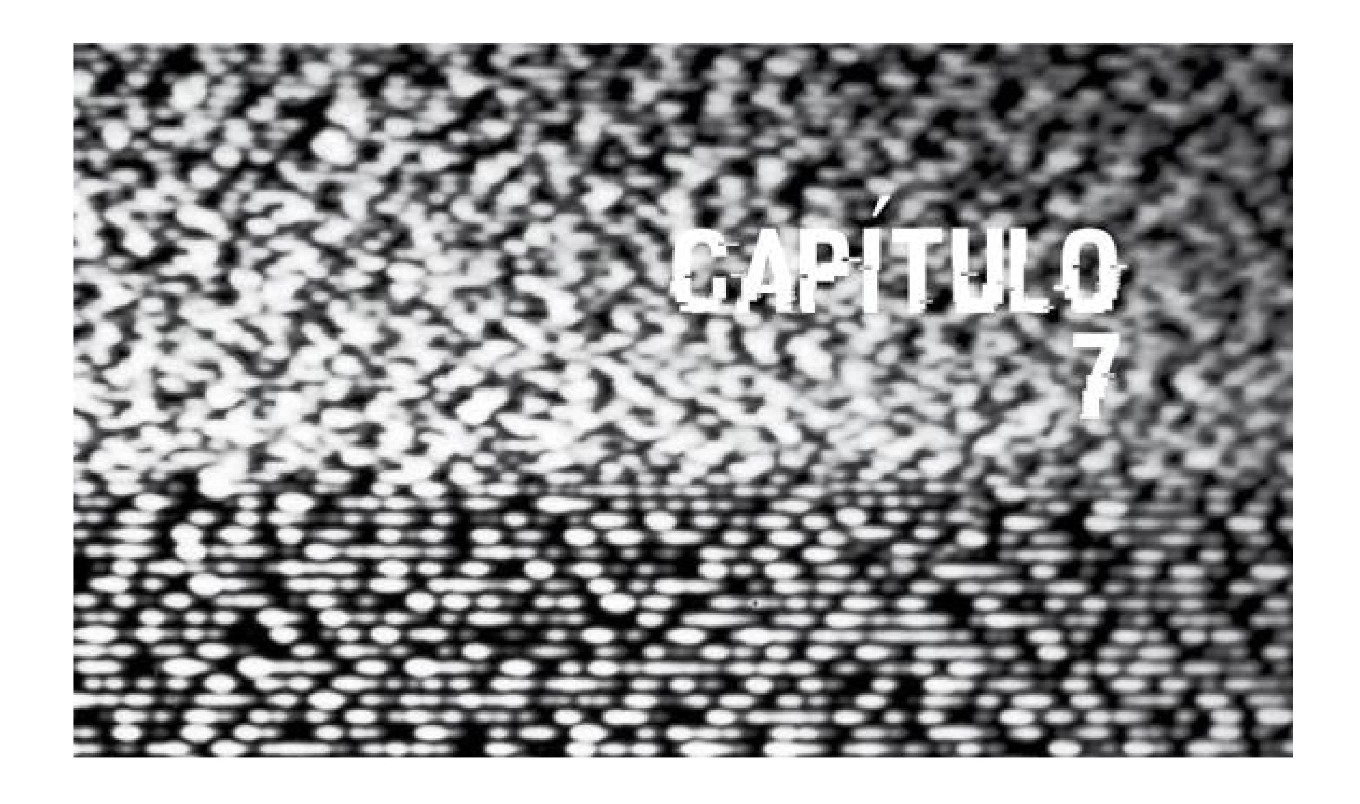
Durante un largo rato, John no dijo nada. Charlie sintió un repentino ataque de vergüenza. Él la miraba como ya lo había hecho Jessica, como ya lo había hecho él mismo cuando vio su experimento por primera vez. De repente, el disco que Charlie tenía en la mano le parecía la cosa más importante del mundo. Cerró el puño.

—Vale —dijo John sin rodeos—. Vámonos.

Hablaba con voz calmada, y a Charlie la pilló desprevenida. John estaba siendo complaciente a propósito. No tenía muy claro por qué, pero de todas formas se sentía aliviada.

—Vale.

Charlie sonrió.



*C*uando regresaron a la universidad, Charlie fue a la residencia.

—!Eh! ¡Más despacio!

A John le costaba seguirle el ritmo.

—¿Tienes el disco?

—Claro —dijo John dándose unos golpecitos en el bolsillo.

—Sé que he visto algo así antes —dijo ella—. Déjame que te lo enseñe.

Miró al chico y le dejó pasar a la habitación que compartía con Jessica, pero él seguía impasible. Ya había visto el desorden, pero no miró hacia el escritorio de Charlie y a las caras tapadas.

—Puedes quitar las cosas de la silla —dijo Charlie, y desplazó una pila de libros que estaba en medio.

La chica se metió debajo de la cama y salió unos segundos después con una caja grande de cartón. John estaba de pie junto a la silla, perplejo.

—Te he dicho que puedes quitar las cosas de ahí —insistió Charlie.

John se rio.

—¿Y dónde las pongo?

—Es verdad.

Además de la pila de libros del asiento, del respaldo colgaban un montón de camisetas. Charlie las cogió y las tiró a un lado. Se sentó en la cama y puso la caja delante con las piernas cruzadas para que John también pudiera mirar lo que había dentro.

—¿Qué es todo esto?

El chico se inclinó despacio sobre la caja mientras Charlie revolvía su contenido, sacando piezas de una en una y poniéndolas en fila en la cama.

—Cosas de casa de mi padre: piezas eléctricas y mecánicas, de los animatrónicos, de su trabajo. —Charlie miró a John, nerviosa—. Ya sé que dije que solo volví a buscar a Theodore. Eso es lo que hice. Pero puede que cogiera unos cuantos cachivaches al salir. Quería aprender, y estas clases… John, ya sabes que mi padre trabajaba con tecnología muy antigua. Ahora resulta prácticamente ridícula. Pero se la inventaba sobre la marcha; se le ocurrieron cosas que siguen siendo únicas, que nadie ha pensado todavía. Lo quería todo. Quería comprenderlo. Así que volví a llevarme todo lo que pude.

—Vaya, que saqueaste la casa, ya lo pillo.

John se rio, cogió la pata cortada de Theodore y la miró unos segundos.

—¿Hasta tu peluche preferido? ¿No crees que es un poco… cruel?

—¿Sí?

Ella sacó una pieza de la caja, una articulación metálica y la sopesó en las manos.

—Desmonté a Theodore porque quería entenderlo, John. ¿No es ese el mayor gesto de cariño que hay?

—Tal vez debiera volver a plantearme lo de que salgamos juntos —replicó John poniendo los ojos como platos.

—Era importante para mí porque me lo hizo mi padre, no porque pareciera un conejito.

Puso la articulación en la cama, a su lado. Volvió a centrarse en la caja y fue sacando las piezas de una en una y poniéndolas en fila. Estaba convencida de que reconocería lo que necesitaba en cuanto lo viera.

Charlie miró los circuitos y los cables, las articulaciones metálicas y las

carcasas de plástico; examinó todas las piezas cuidadosamente. Algo la llamaría a gritos, como había hecho la bestia animatrónica, con esa sensación tan cruda de que algo iba mal. Pero después de un rato, le empezó a doler el cuello de tanto rebuscar en la caja y se le empezó a nublar la vista. Soltó el tubo de metal que tenía en la mano y lo tiró a la pila que había ido amontonando encima de la cama. Al oír el sonido metálico, John miró hacia arriba.

—¿Y dónde dormirás? —preguntó señalando no solo el gran montón de piezas electrónicas y mecánicas, sino el de ropa y libros, y a otras pilas más pequeñas de piezas electrónicas y mecánicas.

Charlie se encogió de hombros.

—Siempre encuentro un hueco. Aunque sea pequeño.

—Sí, pero ¿qué vas a hacer cuando te cases?

John se sonrojó antes de acabar la frase. Charlie lo miró y levantó ligeramente una ceja.

—Algún día —se apresuró a decir John—. Con otra persona. Distinta.

Se le torció el gesto. Ella sintió que levantaba aún más la ceja contra su propia voluntad.

—Entonces ¿qué es lo que estamos buscando?

John frunció el ceño, acercó la silla a la cama y se puso a mirar dentro de la caja.

—Esto.

Charlie vio un destello y sacó un pequeño disco que se puso con cuidado en la palma de la mano. Lo sostuvo para que John también pudiera verlo. Era exactamente igual que el disco metálico que habían encontrado en el cuerpo del animatrónico, pero uno de los lados estaba estropeado y dejaba ver la curiosa estructura metálica que tenía en el interior. Había varios cables extendidos, que se conectaban a un teclado no mucho mayor que el propio disco.

—Curioso. —Charlie rio para sus adentros.

—¿Qué?

—La última vez que tuve esto en las manos, lo que más me interesaba era el teclado —respondió Charlie con una sonrisa—. Forma parte de una herramienta de diagnóstico común. Alguien debe de haberlo estado probando.

—O intentando averiguar de qué se trata —añadió John—. Esa cosa no se

parece a nada de lo que hay en la caja, igual que el monstruo que encontramos no se parece a nada de lo que hacía tu padre. A ver, se parecía un poco a Foxy, pero no al que hizo tu padre. Era una versión retorcida de Foxy.

Charlie sacó una pesada articulación metálica de la caja.

—Esto tampoco va aquí.

—¿Qué le pasa?

—Debería de ser un codo, pero mira.

Giró la articulación hacia un lado y después hacia el otro. Miró a John, expectante.

Él la observó, inexpresivo.

—¿Y?

—Mi padre nunca habría usado esto. Siempre les ponía topes para que las articulaciones no hicieran cosas que los humanos no podemos hacer.

—Tal vez no esté terminado.

—Está terminado. Pero no es solo eso… Es la forma en la que está cortado el metal, cómo está unido. Es como… Tú escribes, ¿verdad? Así que lees lo que escriben otros.

John asintió con la cabeza.

—Si arrancara las hojas de varios libros y te diera un montón de ellas y te pidiera que eligieras las de tu autor preferido, ¿podrías hacerlo, basándote solo en el estilo?

—Sí, claro. Bueno, me podría equivocar con algunas, pero sí.

—Bueno, pues esto es lo mismo. —Charlie agarró de nuevo la pieza para ilustrar lo que decía—. Mi padre no «escribió» esto.

—Vale, pero ¿qué quiere decir? —preguntó John.

Desconectó el disco del teclado de diagnóstico y se sacó el disco del monstruo del bolsillo. Lo manipuló unos segundos y consiguió soltar uno de los lados. Con el ceño fruncido por la concentración, conectó los cables del teclado al nuevo disco. Al terminar, titubeó.

—No quiero apretar ningún interruptor —señaló—. No creo que mi estómago pudiera soportarlo.

—No, no toques nada todavía. Después de lo que ocurrió en la casa, no deberíamos dar por hecho que sabemos lo que hacen estas cosas.

Charlie puso la caja en el suelo y volvió a revolver en busca de patrones. Quería ver algo común a las piezas.

—Tiene que haber algo más aquí que me estoy perdiendo.

—Charlie —dijo John—, disculpa que interrumpa tu conversación contigo misma, pero mira.

El chico le pasó el disco roto que acababa de abrir.

—Mira la parte de atrás.

La parte de atrás alguna vez había sido lisa, pero ahora estaba llena de arañazos. Ella se quedó mirándola fijamente durante un minuto, y por fin lo vio: había una inscripción en uno de los bordes. Tuvo que acercarse la pieza de plástico a la cara para poder ver las letras. Eran minúsculas y estaban escritas con una caligrafía antigua y corrida. Rezaban: AFTON ROBOTICS, LLC.

Charlie dejó caer el disco.

—¿Afton? ¿William Afton? Es el antiguo socio de mi padre. Es…

—Es el verdadero nombre de Dave —dijo John, terminando la frase.

Charlie se quedó en silencio un segundo, como si algo enorme e imposible de manejar se le hubiera metido en la cabeza.

—Pensaba que solo era un socio de Freddy's —dijo despacio.

—Creo que era un poco más que eso.

—Pero está muerto. No podemos hacerle preguntas. Tenemos que averiguar qué está sucediendo ahora.

La chica se acercó la caja de cartón y volvió a meter todas las piezas, las de su padre. Luego volvió a empujarla debajo de la cama. John se apartó mientras ella maniobraba en un espacio tan reducido.

—¿Y cómo crees que debiéramos hacerlo? —preguntó—. ¿Qué está ocurriendo ahora? Tenemos dos cuerpos, ambos asesinados por algo que acabamos de encontrar.

—Tres cuerpos —dijo Charlie, sonrojándose.

John se tapó la cara con las manos y tomó aire.

—Vale, tres. ¿Estás segura de que no son cuatro?

—Yo no vi el tercero. Me lo contó Clay, cuando lo encontraron. Llevaba unos cuantos días fuera. Fue la primera, creo.

—¿Y por qué ellos? ¿Acaso estos robots se dedican a ir por ahí matando a gente? ¿Por qué harían tal cosa? Charlie, ¿hay algo que no me estés contando?

Ella se mordió el labio, pensativa.

—Lo digo en serio. Estoy en esto contigo, pero si no sé lo que sucede, no

te puedo ayudar.
Charlie asintió.
—No sé si significa algo. Clay dijo que era una coincidencia. Pero la mujer que encontré en el campo… John, se parecía a mí.
Al chico se le nubló el gesto.
—¿Qué quieres decir?
—No era igual que yo. Tenía el pelo castaño, era de mi misma altura más o menos. No sé. Si me describieras y le pidieras a alguien que me trajera de entre un grupo de personas, podría volver con ella. Fue un momento horrible cuando la miré y me di cuenta de que era como si me estuviera mirando a mí misma.
—¿Clay dijo que no significaba nada?
—Dijo que es una ciudad universitaria. Hay muchas chicas con el pelo castaño por aquí. Una de las otras dos víctimas era un hombre, así que…
—Probablemente sea una coincidencia, entonces —dijo John.
—Sí —coincidió Charlie—. Supongo que solo fue algo… inquietante.
—Deben tener algo más en común. Otra persona, un trabajo, una ubicación tal vez.
John miró hacia la ventana. Charlie lo pilló sonriendo, y a John le cambió la expresión, avergonzado.
—Te encanta todo esto —dijo Charlie.
—No —negó John encogiéndose de hombros—. No es eso. No quiero que haya más muertes. Pero… es un misterio, y una excusa para pasar más tiempo contigo. —Sonrió, pero pronto se puso serio de nuevo—. ¿Y qué pasó con los cuerpos? ¿Dónde los encontraron?
—Bueno. —Charlie se retiró el pelo de la cara, distraída—. Todos se encontraron en el campo, a varios kilómetros de distancia unos de otros. El primero, el que acaban de encontrar, estaba en la parte más alejada de Hurricane, y la chica que encontré hoy estaba tirada a un lado de la carretera a medio camino entre Hurricane y donde estamos ahora.
—¿En la carretera? ¿Dónde? ¿A cuánta distancia de aquí?
—Como a medio camino… —Charlie abrió mucho los ojos—. Olvida lo del campo. O bueno, no lo olvides, pero no te centres en eso: no es lo importante; al menos no es lo más importante. Los agujeros estaban detrás de la casa de la mujer. Se los llevan de su casa. Allí es donde empiezan. Allí deberíamos empezar nosotros también.

Charlie se dirigió hacia la puerta, y John la siguió.

—Espera. ¿Qué? ¿Adónde vamos?

—Al coche. Quiero consultar un mapa.

Cuando llegaron al coche, la chica sacó un montón de papeles de la guantera y los hojeó. Después extrajo un mapa y se lo entregó a John.

—Dame un boli.

Charlie extendió la mano, y John se sacó dos bolígrafos del bolsillo y le dio uno. Ella extendió el mapa en el capó del coche y ambos se inclinaron a mirarlo.

—La casa de la mujer estaba aquí —dijo Charlie rodeando la ubicación con un círculo—. Clay me dio la dirección de los demás.

Charlie se sacó el ya mugriento menú del bolsillo y se lo pasó a John.

—Busca esta de aquí —le dijo en voz baja.

Aunque ambos conocían la zona, buscar las calles en las que vivían las víctimas les llevó más tiempo del que Charlie esperaba.

—Lo encontré —anunció John.

—El número 1158 de Oak Street está justo… aquí.

Charlie lo marcó con un círculo y dio un paso atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó John, y señaló un garabato en el margen.

Ella agarró la esquina del mapa y el corazón le dio un vuelco. Era otro dibujo de un rectángulo. No recordaba haberlo hecho. «Es una puerta. Pero ¿qué puerta?». Se la quedó mirando. No tenía pomo ni cerradura, ni nada que pudiera indicar cómo se entraba. O dónde estaba. «¿De qué me sirve saber qué estoy buscando si no sé por qué o dónde encontrarlo?»

—Solo es un garabato —dijo muy seria, para desviar su atención—. Venga, concéntrate.

—Sí —respondió John.

Al menos el patrón ya estaba claro. Las casas dibujaban una línea torcida que iba de Hurricane a Saint George, y se truncaba a medio camino.

—Están todos más o menos a la misma distancia —dijo Charlie, y una sensación de terror se apoderó de su pecho. John asentía con la cabeza, como si lo entendiera —. ¿Qué quiere decir? —preguntó Charlie, impaciente.

—Se mueven en una dirección determinada y se desplazan aproximadamente la misma distancia entre —hizo una pausa— asesinatos.

—¿Quién asesina a quién? —dijo una voz a sus espaldas.

Charlie ahogó un grito y se giró, con el corazón desbocado. Jessica estaba detrás de ella, con una pila de libros apretada contra el pecho. Tenía los ojos muy abiertos y una sonrisa emocionada de oreja a oreja.

—Estábamos hablando de la película que vimos ayer —respondió John con una sonrisa desenfadada.

—Ah, ya veo. —Jessica le echó una mirada de fingida seriedad y luego observó a Charlie—. ¿Y para qué es ese mapa, Charlie? —preguntó señalándolo exageradamente—. ¿Tiene algo que ver con Freddy's? —preguntó con entusiasmo.

John miró a Charlie con suspicacia.

—¿Te lo ha dicho?

Jessica miró a John, este observó a Charlie, impaciente por oír el resto de la historia.

—Jessica, no creo que sea el mejor momento —dijo Charlie sin mucha firmeza.

—Ayer fuimos a Freddy's —susurró Jessica, aunque no había nadie cerca.

—¿Ah, sí? Qué raro. Charlie no me había dicho nada. ¿Fue antes o después de las compras?

John se cruzó de brazos.

—Pensaba decírtelo —murmuró Charlie.

—Charlie, a veces pienso que tienes ganas de que te maten.

John se tapó la cara con las manos.

—¿Para qué es el mapa? —insistió Jessica—. ¿Qué estamos buscando?

—Monstruos —dijo Charlie—. Nuevos… animatrónicos. Están matando a gente, aparentemente al azar —prosiguió, no muy convencida de lo que acababa de decir.

Jessica se puso seria, pero en sus ojos aún había un brillo de entusiasmo que no se disipó cuando dejó los libros en el asiento de atrás.

—¿Cómo? ¿De dónde han salido? ¿De Freddy's?

—No, de Freddy's no. Salieron de casa de mi padre, creemos. Pero no eran suyos, Jessica. No los hizo él. Creemos que fue Dave… Afton…, o como se llame.

Las palabras le salieron atropelladas, sin sentido. John se apresuró a hacer de intérprete.

—Lo que quiere decir es…

—No, lo entiendo —le interrumpió Jessica—. No tienes por qué

hablarme como si fuera nueva. También estuve en Freddy's el año pasado, ¿recuerdas? He visto cosas increíbles. ¿Qué vamos a hacer?

Miró a Charlie muy seria. Parecía mucho más tranquila que ella.

—No sabemos con seguridad qué significa nada de esto —apuntó John —. Aún estamos intentando descifrarlo.

—¿Por qué no me lo habías contado? —le preguntó Jessica.

Charlie la miró indecisa.

—No quería que fuera como la última vez —dijo—. No hay necesidad de poner en riesgo a todo el mundo.

—Eso, conmigo es suficiente —soltó John con una sonrisita de satisfacción.

—Ya veo —dijo Jessica—. Pero después de lo que ocurrió la última vez… A ver, que estamos juntos en esto.

El chico se apoyó en el coche y echó un vistazo a su alrededor, por si alguien estaba escuchando.

—Bueno… —Jessica dio la vuelta para mirar el mapa—. ¿Qué hacemos?

Charlie se acercó al mapa, entornó los ojos y miró la escala.

—Hay unos cinco kilómetros entre cada uno de los puntos. —Volvió a examinar el mapa y después dibujó otro círculo—. Esta es mi casa, la casa de mi padre. —Miró a John—. Lo que sea que esté matando a la gente salió de aquí. Tienen que haber… —Se le cortó la voz.

—Cuando la tormenta derribó la pared —murmuró John.

—¿Qué? —preguntó Jessica.

—Una parte de la casa estaba sellada hasta que se desató la tormenta.

Con trazo firme, Charlie dibujó una línea recta que, desde la casa de su padre, atravesaba las tres casas de las víctimas; alargó la línea por el mapa.

—No puede ser —dijo Jessica cuando vio dónde acababa la línea.

John se asomó por encima del hombro de Charlie.

—¿No es vuestra universidad? —preguntó.

—Sí, es nuestra residencia. —El entusiasmo había abandonado la voz de Jessica—. No tiene sentido.

Charlie no podía apartar la mirada del papel. Se sentía como si hubiera dibujado el camino hacia su propia muerte.

—No era un coincidencia —dijo.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo ves? —Charlie dejó escapar una risita, no lo pudo evitar—. Soy

yo. Vienen a por mí. Me están buscando a mí.

—¿Qué? ¿Quiénes vienen? —Jessica miró a John.

—Había tres… tumbas vacías en casa de su padre. Así que debe de haber tres sueltos por ahí.

—Salen por la noche —apuntó Charlie—. Quiero decir que no pueden moverse a plena luz del día. Así que buscan un sitio en el que enterrarse hasta el anochecer.

—Aunque tuvieras razón y fueran a por ti —dijo John, y se inclinó para mirarla a los ojos—, ahora ya lo sabemos. Según esto, al menos podemos adivinar adónde van a ir ahora.

—Entonces ¿qué propones? ¿Qué más da?

Charlie sintió que se le quebraba la voz.

—No da igual, porque esas criaturas están ahí ahora mismo, enterradas en el jardín de alguien. Y cuando caiga el sol, volverán a matar, de la forma más horrible.

Charlie no dijo nada. Inclinó la cabeza.

—Mira. —John estiró el mapa y se lo puso a Charlie en el regazo, para que no tuviera más remedio que verlo—. Por aquí. —Señaló el siguiente círculo en la línea—. Podemos detenerlos si los encontramos antes —añadió con tono apremiante.

—Vale —dijo Charlie, y tomó aire—. Pero no disponemos de mucho tiempo.

John agarró el mapa y los tres se metieron en el coche.

—Dime por dónde voy —pidió Charlie con la voz sombría.

John miró el mapa.

—¿Es aquí donde tenemos que ir? —confirmó señalando el quinto círculo, y Charlie asintió.

John giró el mapa y entornó la vista.

—Gira a la izquierda en el aparcamiento, y en el siguiente cruce dobla a la derecha. Conozco este lugar. He pasado por allí con el coche. Es una urbanización. Estaba bastante en ruinas, si no recuerdo mal.

Jessica se inclinó hacia delante y asomó la cabeza entre los dos asientos delanteros.

—Esos círculos no parecen muy precisos. Podría tratarse de cualquier sitio en esta zona.

—Sí, pero me imagino que será el lugar que tenga tres tumbas recién

cavadas en el jardín trasero.

Charlie les lanzó sendas miradas y después volvió la vista a la carretera. Cuantos más fueran, más seguros estarían. El año anterior, cuando se quedaron atrapados juntos en Freddy's, Jessica fue la que los llevó al restaurante. Fue valiente, aunque no le apeteciera, y eso era más importante que cualquier idea romántica que John estuviera imaginándose.

—Charlie, ¡gira a la derecha! —exclamó John.

Ella dio un volantazo y consiguió girar por los pelos. «Concéntrate. Primero el asesinato inminente, y luego todo lo demás.»

Frente a ellos se extendía el campo, solares delimitados y preparados para la construcción de futuras parcelas que nunca se terminaron. Algunas incluso no llegaron a empezarse. Había bloques de hormigón aquí y allá, tapados casi por completo por la vegetación. Un poco más lejos, se erigían unas vigas de acero para hacer unos cimientos que nunca se empezaron a construir. La decadencia se había instalado antes de que ese lugar existiera del todo.

En el solar más alejado había un conjunto de lo que parecía un complejo de viviendas terminado. La hierba crecía sin control a su alrededor: trepaba por las paredes; parecía que llevara años creciendo. Era difícil saber si vivía alguien dentro.

Años atrás, la ciudad se había preparado para una explosión demográfica que nunca llegó.

—¿Habrá gente?

Jessica miró por la ventanilla.

—Debe de haberla. Hay coches aparcados —dijo John, e inclinó el cuello hacia un lado—. Creo que eso son coches. Pero no sé dónde tenemos que mirar.

—Creo que deberíamos dar una vuelta con el coche.

Charlie disminuyó la velocidad a medida que se acercaban a los edificios.

—Tal vez no —apuntó John—. Seguro que está en algún lugar, cerca del límite de la urbanización. La mayoría de la gente llamaría a la policía si viera a unos monstruos de dos metros y medio haciendo agujeros en el jardín de otra persona. Hay mucha visibilidad aquí.

—Claro —dijo Charlie con miedo en la voz—. Están enterrados, ocultos a la vista, situados estratégicamente para que nadie los encuentre.

Charlie miró a John, expectante, pero él se limitó a devolverle la mirada.

—Son inteligentes —le explicó—. Creo que habría preferido que estuvieran vagando sin rumbo por las calles. Al menos así alguien podría llamar a las autoridades, o hacer algo.

Charlie mantuvo la mirada fija en los campos.

Rodearon los límites de la urbanización despacio, inspeccionando las parcelas de cada casa. Algunos edificios parecían abandonados; las ventanas estaban condenadas o rotas, dejando el apartamento a merced de los elementos. La tormenta había causado daños, pero no se había hecho gran cosa para repararlos. Un árbol había caído en un callejón, bloqueando completamente el paso a uno de los edificios. Pero no parecía que nadie hubiera intentado quitarlo de allí. El árbol se estaba pudriendo justo donde había caído. Había basura tirada en las calles abandonadas, amontonada en las alcantarillas y apilándose contra los bordillos. Puede que uno de cada cinco apartamentos tuviera cortinas.

De vez en cuando pasaban por delante de un coche aparcado o un triciclo tirado en el césped. No salió nadie, aunque a Charlie le pareció ver que alguien corría una cortina cuando pasaban por delante de una casa. En dos jardines había piscinas llenas de agua de lluvia; una de ellas tenía una cama elástica grande, con los muelles oxidados y la lona rasgada.

—Un segundo.

Charlie paró el coche al lado de una valla alta de madera. Era demasiado alta para trepar por ella, pero una de las tablas estaba suelta por abajo. Charlie se agachó y levantó la tabla para mirar dentro.

Dos ojos negros redondos la miraron con violencia.

Charlie se quedó helada. Los ojos eran los de un perro, enorme, que empezó a ladrar; le rechinaban los dientes y la cadena chirriaba. Charlie soltó la tabla y se fue al coche.

—Vale, sigamos.

—¿Nada? —preguntó Jessica, y Charlie negó con la cabeza—. Puede que no hayan llegado tan lejos.

—Yo creo que sí —dijo Charlie—. Creo que han hecho exactamente lo que se supone que tienen que hacer—. Llevó el coche al arcén de la sinuosa carretera y miró los edificios del otro lado—. Este podría haber sido un buen lugar para vivir —susurró.

—¿Por qué paramos? —John parecía confundido.

Charlie se apoyó en el asiento y cerró los ojos. «Encerrado en una caja

oscura y estrecha, no me puedo mover, no puedo pensar, no veo nada. ¡Sácame de aquí!» Se le abrieron los ojos de par en par y agarró la manilla de la puerta del coche, aterrorizada. Tiró de ella con fuerza.

—Está cerrado —dijo John, y se inclinó hacia ella para desbloquear la puerta.

—Ya lo sé —replicó, enfadada.

Salió del coche y cerró la puerta. John intentó seguirla, pero Jessica le puso la mano en el hombro.

—Déjala sola un momento —le dijo.

Charlie se inclinó sobre el maletero y apoyó la mandíbula en las manos. «¿Qué se me escapa, papá?» Se estiró, levantó los brazos por encima de la cabeza y se volvió a examinar los alrededores.

Había un solar vacío al otro lado de la urbanización, no muy lejos de donde estaban. Estaba delimitado por postes telefónicos; solo uno de ellos tenía cables. Una brisa arrastró los cables sueltos por el suelo, esparciendo la grava. Parecía que nunca hubiera estado asfaltado. Había un rollo de alambre de espino tan alto como Charlie, apoyado en una esquina, inútil. Por el suelo, latas vacías y envoltorios de comida rápida, los papeles temblaban y las latas tintineaban con la brisa, como un presagio de algo horrible. El viento se levantó detrás de Charlie y pasó volando a su lado, hacia el campo, agitando los papeles y las latas, dibujando olas en la hierba amarillenta. «Aquí hay plantadas cosas malas.»

Cargada de una energía renovada, Charlie abrió la puerta del coche justo lo necesario para asomarse un poco y hablar con ellas.

—Ese solar. Tenemos que ir a mirar.

—¿Qué ves? Está un poco a desmano —dijo John.

Charlie asintió.

—Tú mismo lo has dicho. Si un monstruo de dos metros y medio se pone a cavar en el jardín del vecino, alguien se dará cuenta. Además, tengo… un presentimiento.

Jessica se bajó del coche y John salió detrás de ella. Charlie ya había abierto el maletero. Sacó una pala, la linterna grande que siempre tenía a mano y una palanca.

—Solo tengo una pala —explicó Charlie, dejando claro que se la pensaba quedar.

Jessica cogió la linterna e hizo un giro de prueba, como si quisiera

golpear con ella a un agresor invisible.

—La pregunta sería por qué tienes una pala —dijo Jessica con suspicacia.

—La tía Jen —dijo John a modo de explicación.

Jessica se rio.

—Bueno, nunca se sabe cuándo va a haber que cavar en busca de un robot.

—Vamos —dijo Charlie, le tiró la palanca a John y echó a andar.

John la cazó al vuelo y fue trotando a su lado. Se inclinó hacia ella y le susurró, para que Jessica no pudiera oírlo.

—¿Por qué no me das a mí la pala?

—He pensado que podrías golpear a alguien con la palanca, más fuerte que yo —respondió Charlie.

John sonrió.

—Tiene sentido —dijo confiado, y agarró la palanca con mayor entusiasmo.

Cuando llegaron al límite del aparcamiento, John y Jessica se detuvieron, miraron al suelo como si les diera miedo lo que pudieran pisar. Charlie se abrió camino por la tierra suelta y agarró la pala con fuerza. El terreno era árido, estaba cubierto de montoncitos de grava y barro que llevaban allí tanto tiempo que les había empezado a crecer hierba por encima.

—Esto debe de haber sido la escombrera de la obra —dijo John.

Dio un par de pasos hacia el solar y esquivó una botella de vidrio rota.

En el otro extremo, había una línea de árboles. Charlie la examinó con cuidado y siguió con la mirada el camino en la dirección desde la que habían venido.

John se arrodilló junto a una pila de grava e introdujo la palanca, con cuidado, como si fuera a salir algo de ella. Jessica se había acercado a un conjunto de arbustos. Se agachó a recoger algo, pero enseguida lo tiró y se limpió las manos en la camiseta.

—¡Charlie! ¡Este lugar es asqueroso! —exclamó.

Su amiga había llegado a la línea de árboles y empezó a caminar a su lado, examinando el suelo.

—¿Ves algo? —exclamó John desde el otro lado del aparcamiento.

Charlie hizo como si no lo hubiera oído. De los árboles salían surcos profundos en la tierra, que serpenteaban alrededor de los arbustos. Las rocas estaban recién marcadas con cortes y raspones.

—No son huellas, exactamente —susurró Charlie mientras seguía los surcos del suelo.

Pisó sobre blando: un contraste repentino con la tierra dura del resto del solar. Dio un paso atrás. A sus pies, la tierra estaba descolorida. Le resultaba familiar.

Charlie clavó la pala en el suelo y empezó a cavar. El metal chirriaba contra la grava mezclada con la tierra. Jessica y John corrieron hacia ella.

—Cuidado —le advirtió John al acercarse.

Tenía la palanca en la mano, como si fuera un bate de béisbol, listo para golpear. Jessica se quedó atrás. Charlie vio que tenía los nudillos blancos de sujetar con fuerza la linterna, pero su gesto era tranquilo y decidido. La tierra estaba suelta y se desprendía con facilidad. Por fin, la pala chocó contra algo metálico e hizo un sonido hueco. Todos se sobresaltaron. Charlie le pasó la pala a John y se arrodilló a retirar la tierra con las manos.

—¡Cuidado! —dijo Jessica, con la voz más aguda que de costumbre.

John la apoyó.

—Esto es una idea horrible —murmuró inspeccionando la zona—. ¿Dónde hay un coche de policía cuando se le necesita? O un coche cualquiera.

—Aún es de día —dijo Charlie, ausente. Estaba concentrada en el suelo, quitando rocas y trozos de tierra con la mano, cavando para ver qué había debajo.

—Sí, es de día. Pero también era de día cuando el Foxy retorcido te atacó hace un rato, ¿recuerdas? —insistió John.

—¡¿Qué?! —exclamó Jessica—. Charlie, vete de ahí. ¡No me lo habías contado!

Jessica miró a John inquisitivamente.

—Mira, han pasado *muuuchas* cosas, ¿vale? —John levantó las manos, con las palmas extendidas hacia afuera.

—Sí, pero, si me vais a involucrar en esto, tenéis que contarme este tipo de cosas. ¿Os atacaron?

—¿Involucrarte en esto? En cuanto mencionamos lo del asesinato, ya tenías un pie en el coche. Prácticamente te invitaste a ti misma.

—¿Que me invité a mí misma? Lo dices como si os hubiera fastidiado la cita, pero no os volvisteis locos que digamos para rechazar mi ayuda.

Jessica se puso las manos en las caderas.

—Charlie —John suspiró—, por favor ¿puedes hablar con…? ¡Ay, Dios!

John pegó un brinco y Jessica hizo lo propio en cuanto miró hacia abajo.

Debajo de ellos, mirando hacia el sol a través de la tierra suelta, había una enorme cabeza metálica. Charlie no dijo nada. Seguía ocupada quitando la tierra de los bordes, para revelar un par de orejas redondas a ambos lados de la cabeza.

—Charlie, eso de ahí… ¿es Freddy? —Jessica ahogó un grito.

—No lo sé. Eso parece.

Sintió la ansiedad en su propia voz y se quedó mirando el enorme oso inmóvil, con su sonrisa perpetua. La estructura de metal estaba cubierta con una capa de plástico gelatinoso que le daba un aspecto orgánico, casi embrionario.

—Es enorme. —John ahogó un suspiro—. Y no tiene pelo…

—Igual que el otro Foxy.

A Charlie se le estaban entumeciendo las manos. Se retiró el pelo de la cara y se levantó.

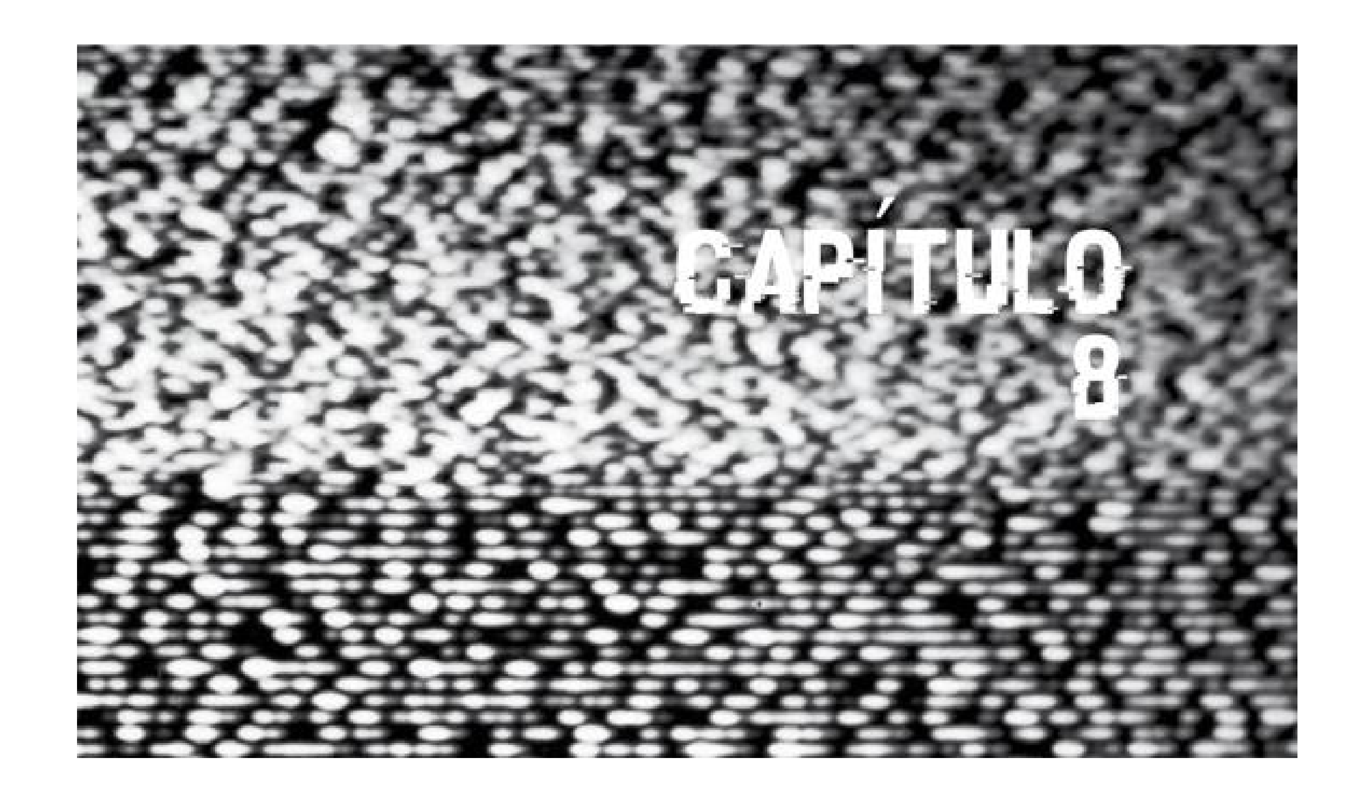
Era Freddy, pero a la vez no lo era. El oso tenía los ojos abiertos, vidriosos, con esa mirada inanimada que Charlie conocía tan bien. Aquel oso estaba dormido, por ahora.

—Charlie, hemos de irnos —le advirtió John.

Pero ni el propio John se movió: siguió mirando hacia abajo. Se arrodilló junto a la cara y empezó a cavar con las manos por encima de la cabeza del animal hasta que lo vio: un sombrero de copa sucio y destrozado. Charlie sintió que se le dibujaba una sonrisa y se mordió el labio.

—Tenemos que llamar a Burke —dijo Jessica—. Ahora.

Dieron la vuelta hacia la urbanización mientras volvía a soplar el viento, que dibujaba olas en la hierba alta. La tierra estaba quieta y el sol se hundía en las colinas, a lo lejos.



Charlie le tiró las llaves a John.

—Vete. Hay una gasolinera a unos kilómetros de aquí, por donde vinimos. Llama desde allí.

John asintió con la cabeza. Las llaves le tintineaban en la mano.

—Me quedo contigo —dijo Jessica enseguida.

—No —contestó Charlie, más bruscamente de lo que pretendía—. Vete con John.

Jessica parecía confundida, pero por fin asintió y se dirigió al coche.

—¿Estás segura? —preguntó John.

Charlie le indicó con la mano que podía marcharse.

—Alguien tiene que quedarse. Mantendré las distancias. Lo prometo. No interactuaré con… eso.

—Vale.

Al igual que Jessica, John titubeó unos segundos. Después dejó a Charlie sola en aquel aparcamiento vacío. Un minuto más tarde, Charlie oyó que arrancaban: el ruido del coche se fue disipando a medida que se alejaban por las calles desiertas. Charlie se sentó en el montón de tierra donde había descubierto al oso deforme y lo miró.

—¿Qué información tienes? —susurró.

Se incorporó y caminó despacio por las otras dos parcelas de tierra removida, preguntándose qué habría debajo. El oso daba miedo, estaba deforme, era una imitación de Freddy hecha por otra persona. Era una variación rara, a la que su padre nunca había dado vida. «Pero William Afton (Dave) sí.» El hombre que diseñó estas cosas era el mismo que secuestró y asesinó a su hermano.

Acudió a su mente un pensamiento, una pregunta que ya la había acechado muchas veces: «¿Por qué se llevaron a Sammy?». Charlie se lo preguntaba a sí misma, al viento, a sus sueños, sin cesar. «¿Por qué se llevaron a Sammy?» Pero lo que quería decir era: «¿Por qué no a mí? ¿Por qué fui yo quien logró sobrevivir?». Miró al suelo bajo sus pies, se imaginó la cara del oso, rara, embrionaria. Los niños asesinados en Freddy's vivían después de muertos. Sus almas estaban alojadas de alguna manera en los disfraces animatrónicos que les habían dado muerte. ¿Estaría el espíritu de Sammy atrapado tras una puerta grande y rectangular?

Sintió un escalofrío y se incorporó. De repente quería alejarse lo más posible del Freddy retorcido enterrado en el suelo. La imagen de su cara le volvió a la mente y esta vez le puso los pelos de punta. ¿Esconderían los otros dos montones criaturas similares? ¿Habría un conejo deforme escondido en la tierra, justo ahí? ¿Un pollo agarrando un pastelito contra su pecho grotesco? «Pero la cosa que intentó matarme (que intentó engullirme) estaba hecha para matar. Podría haber cualquier cosa ahí enterrada, esperando la noche.» Podría mirar, desenterrar los otros dos montones para ver qué dormía debajo. Pero en cuanto lo pensó, casi pudo sentir el agarre de unas manos metálicas en los brazos, empujándola al interior de ese pecho mortal y cavernoso.

Charlie dio unos pasos atrás, decidida, y deseó por un momento haber permitido que Jessica se quedara.

—¿Cómo ha ido tu encuentro con Charlie? —preguntó Jessica en tono conspirador cuando tomaron la última curva para salir de la urbanización a

la carretera principal.

John no levantó la vista de la carretera.

—Me ha gustado volver a verla. Y a ti también —añadió.

Jessica se rio.

—Sí, siempre me has querido mucho. No te preocupes, sé que estás aquí para verla a ella.

—Estoy aquí para trabajar, de hecho.

—Claro —dijo Jessica.

Se giró y miró por la ventanilla.

—¿Crees que Charlie ha cambiado? —preguntó de golpe.

John se quedó un momento en silencio, imaginándose el dormitorio que Charlie había convertido en un depósito de chatarra, así como a Theodore, hecho pedazos. Pensó en la tendencia de Charlie a encerrarse en sí misma, ausentándose durante minutos como si esquivara brevemente el paso del tiempo. «¿Crees que ha cambiado?»

—No —respondió al fin.

—Yo tampoco. —Jessica suspiró.

—¿Qué encontrasteis en Freddy’s? —le preguntó John.

—A Dave —contestó Jessica sin rodeos, y esperó unos segundos antes de mirar a John—. Justo donde lo habíamos dejado.

—¿Y estáis seguras de que estaba muerto? —John bajó la vista.

Jessica tragó saliva. De repente le vino a la mente la imagen del cuerpo. Se imaginó la piel descolorida y el disfraz que se le había pegado a la carne putrefacta, fundiendo al hombre y al muñeco para toda la grotesca eternidad.

—Bien muerto —dijo con la voz ronca.

La gasolinera estaba justo delante. John dejó el coche en el reducido aparcamiento y se apeó sin esperar a Jessica, que salió detrás de él.

—Menudo vertedero. —Jessica dio una vuelta, fascinada por el entorno —. Tiene que haber un sitio mejor para…

Jessica dejó de hablar de golpe, cuando vio al adolescente de detrás del mostrador. Estaba mirando al vacío, hacia algo que estaba justo detrás de ellos a la izquierda.

—Disculpa —dijo John—. ¿Tenéis un teléfono público?

El chico negó con la cabeza.

—No, público no —respondió señalándolo.

—¿Podemos hacer una llamada? ¿Por favor?

—Es solo para clientes.

—Te pago la llamada —dijo John—. Oye, es importante.

El chico los miró, y por fin fijó la vista en ellos, como si justo en ese momento hubiera reparado en su presencia. Asintió lentamente con la cabeza.

—Vale, pero tienes que comprar algo mientras ella llama.

El chico se encogió de hombros, impotente ante las exigencias de los jefes.

—John, dame el número —dijo Jessica.

Él rebuscó en el bolsillo y le dio el papel. Jessica se metió detrás del mostrador y John miró las estanterías, impaciente, en busca del artículo más barato de la tienda.

—Tenemos polos —dijo el chaval.

—No, gracias —le respondió John.

—Son gratis.

El chico señaló al congelador.

—¿Y de qué me sirven entonces, si son gratis?

—Lo cuento como compra.

El chico le guiñó un ojo.

John apretó los dientes, levantó la tapa del congelador y dio un brinco al ver al coyote disecado que había dentro.

—Genial. ¿Lo has disecado tú? —preguntó en voz alta.

El chico se rio y profirió un leve ronquido.

—¡Eh! —exclamó cuando John agarró el cadáver por la cabeza y lo sacó del congelador—. ¡Eh! ¡No hagas eso!

John se dirigió a la puerta, salió al aparcamiento y tiró al bicho muerto a la carretera.

—¡Eh!

El chico volvió a gritar, salió corriendo a la calle y desapareció en una nube de polvo.

—¿John? —Jessica salió apresuradamente de detrás del mostrador—. Clay viene de camino.

—Genial —dijo, y los dos fueron hacia el coche.

Charlie seguía caminando en círculos; de vez en cuando miraba al horizonte. Se sentía como un centinela o un guardia nocturno. No podía dejar de imaginarse a los animatrónicos allí enterrados, fueran lo que fueran. No estaban metidos en cajas, ni siquiera protegidos de la tierra, que se les metería en cada poro, en cada pliegue y los llenaría por dentro. Podían abrir la boca para gritar, pero la tierra, incansable, se les metería dentro, más rápida que cualquier sonido que pudieran proferir.

Charlie tembló y se frotó los brazos. Miró hacia arriba. El cielo se estaba volviendo naranja; las sombras de la hierba se extendían por el suelo. Mirando los montículos de reojo, se dirigió al otro lado de la parcela con paso decidido, donde estaba el único poste de teléfono con cables. Los cables colgaban como las ramas de un sauce llorón y se arrastraban por la tierra. Cuando se fue acercando, vio unas formas pequeñas y oscuras en la base. Se aproximó despacio: eran ratas, tiradas en el suelo, rígidas y muertas. Las miró un momento; después se volvió, sobresaltada por el ruido de coches.

John y Jessica habían vuelto. Clay iba justo detrás de ellos. Debía de estar por la zona.

—Cuidado con el poste —dijo Charlie a modo de saludo—. Creo que los cables están conectados.

John volvió a reír.

—Que nadie toque los cables. Me alegro de que estés bien.

Clay no dijo nada; estaba ocupado estudiando los montones de tierra. Los rodeó como ya había hecho Charlie, los observó desde todos los ángulos y paró cuando hubo completado el círculo.

—¿Has cavado uno de estos? —preguntó, y Charlie pudo oír la tensión que se escondía tras su tono aparentemente calmado.

—No —se apresuró a decir John—. Solo descubrimos una parte, y luego la volvimos a cubrir.

Clay volvió a bajar la vista.

—No estoy seguro de si eso es mejor o peor —apuntó con la mirada fija en los montículos de tierra.

—Se parecía a Freddy —dijo Charlie, agitada—. Era como un Freddy extraño y deforme. Había algo turbio en él.

—¿El qué? —preguntó Clay con delicadeza y la miró muy serio.

—No lo sé —respondió Charlie con impotencia—. Hay algo turbio en

todos ellos.

—Bueno, están matando a gente —intervino Jessica—. Me parece que eso cuenta como algo turbio.

—Charlie —dijo Clay, aún con la mirada centrada en ella—, si puedes decirme algo más de estos bichos, ahora es el momento. Podemos prever, como me dijo Jessica por teléfono, que van a salir a matar de nuevo esta noche.

Charlie se arrodilló en el lugar donde habían desenterrado al falso Freddy y comenzó a cavar de nuevo.

—¿Qué haces? —protestó John.

—Clay tiene que verlo —murmuró.

—Pero ¿qué…?

Clay se acercó a examinar la cara y luego dio un gran paso hacia atrás para observar las parcelas de tierra removida y tomar medidas de las cosas que estaban enterradas a sus pies.

—Tenemos que evacuar los edificios —dijo John—. Si no, ¿qué haremos cuando estas cosas se despierten? ¿Pedirles que se vuelvan a acostar? No hay tantos apartamentos habitados en esta zona. Solo hay un edificio en toda la urbanización que parece ocupado, o tal vez dos —dijo señalando con el dedo.

—Bien, voy a mirar quién está en casa. Seguid vigilando estas cosas.

Clay miró la fila de edificios y se encaminó hacia ellos.

—Te esperamos aquí —dijo John.

Charlie siguió mirando al cielo. Unas nubes oscuras empezaban a tapar el sol: parecía que se hubiera hecho de noche antes de tiempo.

—¿Oyes eso? —susurró Jessica.

Charlie se arrodilló junto a la cara de metal medio enterrada en la tierra y acercó la oreja.

—¡Charlie! —exclamó John, sobresaltado.

Ella levantó la cabeza y volvió a mirar la cara. De repente, había cambiado. Se le había relajado el gesto, que ahora parecía menos agresivo. Miró a John, con los ojos como platos.

—Está cambiando.

—Espera, ¿qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó Jessica, horrorizada.

—Quiere decir que algo va muy mal —respondió John.

Jessica esperó a que se explicara mejor.

—Ya no estamos en Freddy's —dijo él.
Clay volvió del otro lado del terreno.
—Todo el mundo al coche —ordenó.
—¿Al mío? —preguntó Charlie.
Clay negó con la cabeza.
—Al mío.
Charlie estuvo a punto de protestar, pero Clay la miró muy serio.
—Charlie, a menos que tu coche tenga sirena y sepas llevar a cabo una persecución a gran velocidad, déjalo.
Ella asintió.
—¿Qué les has dicho? —preguntó Jessica de repente.
—Les he dicho que había una fuga de gas en la zona —dijo Clay—. Lo suficientemente alarmante para sacarlos de casa, pero no tanto como para que cunda el pánico.
Jessica asintió con la cabeza. Casi parecía impresionada, como si estuviera tomando notas mentales.
Se agolparon en el coche de Clay. Jessica se apresuró a ocupar el asiento delantero, aunque Charlie sospechaba que solo quería dejarla a solas con John. El Cruiser estaba en el borde del solar, lo más lejos de los montículos que se podía estar antes de llegar a la carretera. Mientras el sol se hundía en el horizonte y los últimos rayos de luz se difuminaban en la oscuridad, una única farola comenzó a parpadear. Estaba vieja, y la luz que desprendía era casi naranja y se encendía a intervalos, como si fuera a fallar en cualquier momento. Charlie la miró un momento y sintió empatía por ella.
John estaba concentrado mirando al otro lado del terreno, sin parpadear, pero poco a poco se fue encogiendo en el asiento. Bostezó y rápidamente volvió a ponerse alerta. Sintió un codazo en las costillas. Cuando se giró, vio a Charlie con un lío de cables en el regazo, observando algo con atención.
—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él, y después volvió a mirar por la ventanilla.
—Estoy intentando entender para qué sirve esta cosa exactamente.
Charlie sostenía el disco de metal con firmeza. Era el que le habían arrancado al monstruo aquel día. Estaba intentando conectarlo al teclado y a la pantalla de la herramienta de diagnóstico.
—Vale, John, no me vomites encima.

Charlie sonrió, con el dedo listo para accionar el interruptor.

—Lo intentaré —refunfuñó él, que intentó concentrarse en el campo vagamente iluminado.

—¿Qué es eso? —susurró Jessica.

—Lo encontramos dentro del animatrónico que nos ha atacado hoy mismo —le explicó Charlie con entusiasmo. Jessica se acercó a mirarlo—. Emite una especie de señal; no sabemos qué es.

—Cambia el aspecto de esos cacharros.

John miró hacia dentro del coche. Parecía mareado.

—Cambia cómo percibes su aspecto —le corrigió Charlie.

—¿Cómo?

Jessica parecía cautivada.

—Aún no lo tengo claro, pero puede que podamos averiguarlo. —Charlie escarbó con la uña en la ranura y tiró del interruptor—. Ay, ya lo oigo.

John suspiró.

—Y yo lo siento.

—No consigo… —Jessica inclinó la cabeza para escuchar—. O puede que sí. No lo sé.

—Es muy agudo.

Charlie estaba concentrada girando las ruedecitas de la pantalla que tenía en la mano, intentando leer el dispositivo.

—Se te mete en la cabeza. —John se frotó la frente—. Esta mañana casi me hace vomitar.

—Claro —susurró Charlie—. Se te mete en la cabeza.

—¿El qué? —Jessica se giró hacia ella.

—Lo que sale en la pantalla al principio parece un sinsentido. Pensaba que había un error.

—¿Y? —dijo John, impaciente cuando Charlie se calló de repente.

—En clase aprendimos que cuando el cerebro recibe demasiados estímulos, rellena por sí mismo los huecos que le faltan. Por ejemplo, si pasas por delante de una señal hexagonal en la carretera y alguien te pregunta qué ponía, le dirías que «stop». Y te imaginarías que lo habías visto. Serías capaz de imaginarte esa señal tal y como debería ser. Esto ocurriría en caso de que de verdad estuvieras distraído y no hubieras visto que la señal estaba claramente en blanco. Este cacharro nos distrae. De alguna forma, hace que nuestro cerebro rellene los espacios en blanco con

experiencias anteriores, con las cosas que deberíamos estar viendo.

—¿Y cómo lo hace? ¿Qué dice la señal en realidad?

John volvió a mirar hacia atrás, escuchaba solo a medias.

—Es un patrón. Más o menos. —Charlie se inclinó hacia atrás y relajó los brazos. El dispositivo descansaba en sus manos—. El disco emite cinco ondas de sonido que cambian continuamente de frecuencia. Al principio están en sintonía, y luego ya no; se descoordinan y vuelven a coordinarse, siempre a punto de crear una secuencia predecible, para luego alejarse de ella.

—No lo entiendo. Entonces ¿no es un patrón? —preguntó John.

—No, pero de eso se trata. Casi tiene sentido, pero no. —Charlie hizo una pausa para pensar—. Las fluctuaciones en el tono suceden tan deprisa que solo las detecta el subconsciente. El cerebro se vuelve loco intentando buscar un sentido, e inmediatamente se ve sobrepasado. Es lo contrario del ruido de fondo: no puedes evitar dejarte llevar por él, no puedes dejar de escucharlo.

—Así que los animatrónicos no cambian de forma. Solo nos distraen. Pero ¿cuál es el objetivo? —John había dejado de mirar por la ventana y de fingir que no estaba siguiendo la conversación.

—Ganarse nuestra confianza. Tener un aspecto más amable, más real.

A medida que aumentaban las posibilidades, una imagen horrible se empezó a formar en la mente de Charlie.

John soltó una risita.

—Más reales puede, pero a mí no me parecen amables.

—Para atraer a los niños —prosiguió Charlie.

El coche quedó en silencio.

—Centrémonos en sobrevivir esta noche, ¿de acuerdo? —dijo Clay desde su asiento—. No puedo dar parte de esta situación. Ahora mismo solo hay chatarra enterrada en un solar. Pero si estáis en lo cierto y algo empieza a moverse…

No terminó la frase.

John se apoyó en la puerta del coche, con la cabeza contra la ventana para poder seguir mirando.

Charlie apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un segundo. Al otro lado del solar, la luz naranja seguía parpadeando con un ritmo hipnótico.

Pasaron los minutos, y después, casi una hora. Clay miró a los chavales. Se habían quedado dormidos. Charlie y John estaban torpemente acurrucados el uno sobre la otra. Jessica se había hecho un ovillo y tenía la cabeza apoyada en el saliente de la ventanilla. Parecía un gato, o un ser humano que se iba a despertar con dolor de cuello. Clay subió y bajó los hombros, alerta, como siempre que era el único que estaba despierto. Cuando Carlton era un bebé, se turnaba con Betty para levantarse por la noche. Mientras ella se quedaba agotada, casi incapaz de rendir al día siguiente, a Clay incluso le daba energía. Estar despierto cuando los demás duermen tiene un punto emocionante. Le hacía sentir que podía protegerlos a todos, que podía arreglarlo todo. «Ay, Betty.» Parpadeó. La farola naranja titilaba mientras se le humedecían los ojos. Tomó aire y recuperó el control de la situación. «No podía decir nada, ¿verdad?» De repente, le vino a la mente su última conversación, su última discusión.

—Toda la noche. No es sano. ¡Estás obsesionado!

—Estás tan absorbida por el trabajo como yo. Es algo que tenemos en común, ¿recuerdas? Algo que nos gusta del otro.

—Esto es distinto, Clay. Esto me preocupa.

—Te comportas de manera irracional.

La risa de Betty sonaba a cristales rotos.

—Si eso es lo que piensas, no vivimos en la misma realidad.

—Puede que no.

—Puede que no.

La luz cambió. Clay miró a su alrededor, centrándose por completo en el presente. La luz de la farola naranja se disipaba, cada vez parpadeaba a mayor velocidad. La miró. La luz hizo un último esfuerzo heroico por encenderse y se apagó del todo.

—¡Maldita sea! —dijo en voz alta.

Jessica se revolvió en sueños y profirió un ligero gruñido de protesta. En silencio, pero deprisa, Clay salió del coche y cogió la linterna de detrás del asiento. Cerró la puerta y se dirigió a los montículos, con la luz agitándose por el campo hasta que desapareció.

Charlie se despertó. El corazón le latía a mil por hora, pero no sabría decir si se debía al repentino despertar o a los coletazos de un sueño que ya no podía recordar. Sacudió a John.

—John, Jessica. Está pasando algo.

Charlie ya estaba fuera del coche, corriendo hacia los montículos de tierra, antes de que pudieran responder.

—¡Clay! —exclamó Charlie.

Este se sobresaltó al oír su voz.

—Han desaparecido.

Charlie ahogó un grito y tropezó con la tierra removida. Clay ya estaba corriendo hacia el apartamento más cercano.

—Vuelve al coche —gruñó por encima del hombro.

La chica corrió tras él, mirando hacia atrás, intentando localizar a John y a Jessica. Los ojos de Charlie todavía no se habían adaptado a la falta de luz; la linterna de Clay parecía hundirse en la oscuridad que le precedía. Ella no tenía más remedio que seguir el sonido de sus pasos sobre la hierba.

Por fin llegó a una pared de ladrillo y la rodeó corriendo hasta llegar a la fachada principal del apartamento. Clay ya estaba en la puerta. Llamó con los puños y miró impaciente por la ventana más cercana. Nadie contestó. No había nadie.

Un grito rasgó la noche. Charlie se quedó helada en el sitio. Era agudo y humano; reverberaba en las paredes de las casas. Volvió a sonar de nuevo. Clay dirigió la linterna hacia la zona de donde provenía el sonido.

—¡Nos hemos dejado a alguien! —exclamó Clay, que corrió por el lateral de la casa, a ciegas, hacia el otro lado del terreno.

El grito denotaba movimiento y parecía abrirse camino hacia los árboles negros.

—¡Por aquí! —exclamó Charlie, que salió corriendo detrás de Clay hacia un movimiento poco definido en la oscuridad.

—¡Charlie! —La voz de John atravesó la noche, pero ella no le esperó.

Bajo sus pies, el ruido de la grava resultaba ensordecedor. Frenó en seco: estaba desorientada.

—¡Charlie! —gritó alguien en la distancia.

El resto se perdió en el crujido del viento que pasaba entre los árboles. Ella intentó mantener los ojos abiertos mientras la arena le sacudía la cara. Por fin amainó el viento y las ramas volvieron a agitarse a su alrededor, pero esta vez el sonido era artificial. Charlie se dirigió hacia el lugar desde el que procedía el ruido, con los brazos hacia delante, hasta que consiguió ver de nuevo.

Allí estaba. Justo al borde de la fila de árboles: una figura deforme

encorvada se erguía en la oscuridad. Charlie se paró a unos metros de distancia, inmóvil; de repente, fue consciente de que estaba sola. La cosa se tambaleó hacia un lado y empezó a caminar hacia ella, mostrando su fino hocico. Una melena de lobo le recorría la cabeza y la espalda. Estaba encorvada, con una pata retorcida hacia abajo mientras la otra se movía hacia arriba. Tal vez el control de sus extremidades fuera incierto. Estaba mirando a Charlie, y ella lo miró a los ojos: eran de un azul penetrante e irradiaban luz propia. Sin embargo, aunque los ojos proyectaban esa luz firme, el resto de la criatura fluctuaba, cambiaba de forma de manera desconcertante ante los ojos de Charlie. Por momentos era una figura ágil y cuidada cubierta de pelo plateado, y enseguida se convertía en una vieja estructura metálica parcialmente cubierta de una piel de goma translúcida. Sus ojos eran bombillas blancas. La criatura se encogió y convulsionó, mostrando por fin su apariencia metálica. Charlie tomó aire, y el lobo dejó de mirarla.

El lobo se contrajo en espasmos, totalmente encogido. Se le rasgó el pecho y se abrió hacia fuera como una horripilante boca metálica. Las distintas partes chirriaron, con un sonido abrasivo. Charlie ahogó un grito y se quedó clavada en el sitio. El animal volvió a sacudirse. Algo cayó de su interior y aterrizó con fuerza en el suelo. El lobo cayo hacia delante a su lado, se estremeció y después se quedó inmóvil.

—Oh, no.

Clay llegó por detrás de Charlie y miró el cuerpo que se retorcía en la hierba.

Ella se quedó quieta, cautivada por los puntos de luz en el rostro del lobo, que le devolvían la mirada. La cosa inclinó la cabeza, que de repente volvía a moverse con una melena plateada. Echó hacia atrás sus orejas largas y sedosas, retrocedió y se adentró en el bosque. Los árboles se agitaron brevemente. Después desapareció.

En cuanto llegó Jessica, Clay le puso la linterna en las manos, a la fuerza.

—¡Cógela! —Clay se arrodilló junto al cuerpo, en la hierba y le buscó el pulso—. Está viva —dijo, con firmeza.

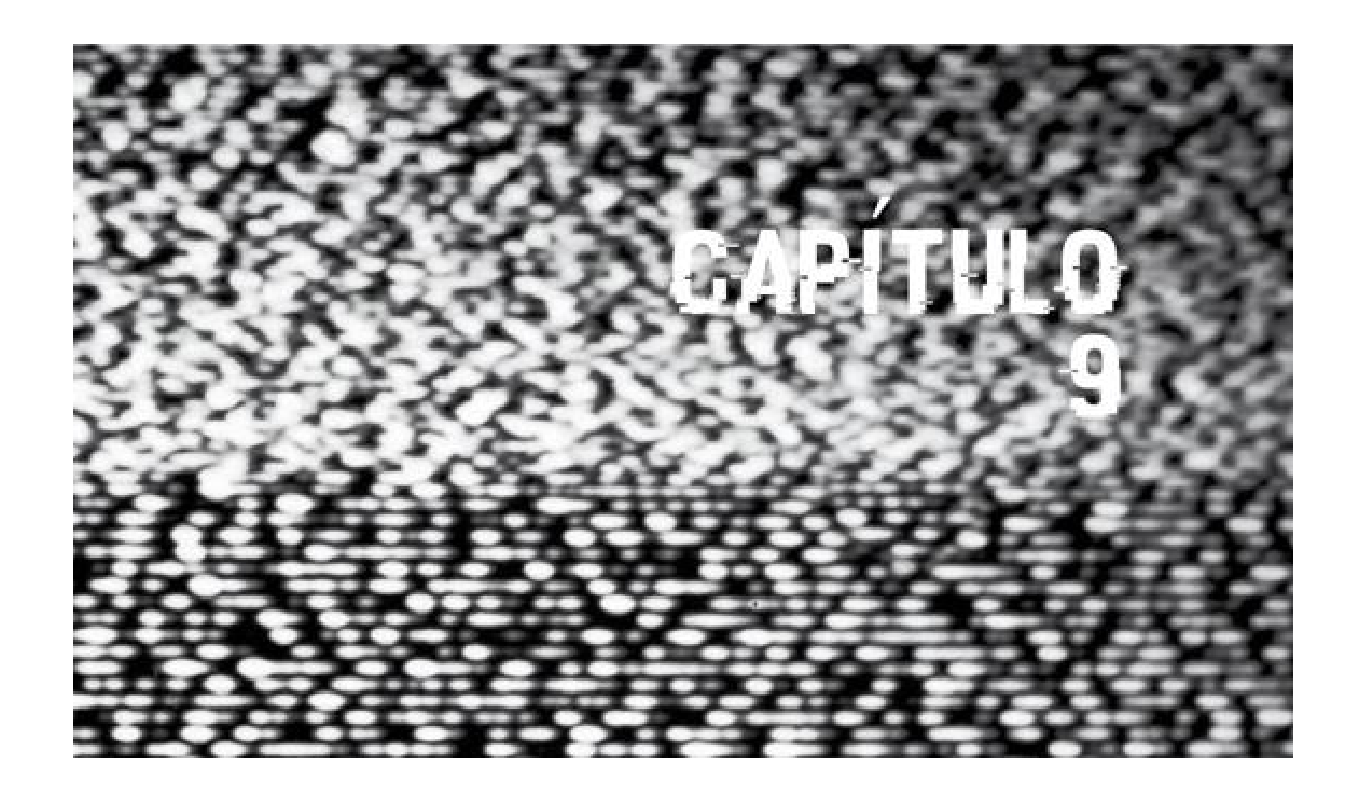
Se inclinó sobre ella, en busca de algo más.

—¡Charlie! —dijo John, que la agarró del hombro—. ¡Charlie, vamos, tenemos que conseguir ayuda!

John echó a correr y Charlie lo siguió más despacio, incapaz de dejar de

mirar a la mujer tendida en el suelo, que parecía estar muriéndose. La voz de Clay se perdía en la oscuridad, detrás de ellos.

—Señorita, ¿está bien? ¿Señorita? ¿Me oye?



La profesora Treadwell parecía inquieta. Tenía el gesto más calmado que nunca, pero mientras sus alumnos trabajaban, ella se paseaba de un lado al otro de la tarima; los tacones de sus zapatos hacían un ruido repetitivo. Arty tocó a Charlie con el dedo, señaló a la profesora con la cabeza e hizo como que gritaba. Charlie sonrió y volvió a centrarse en su trabajo. No le importaba el ruido. Los pasos regulares y marcados de la profesora eran como un metrónomo que marcaba el tiempo.

Charlie volvió a leer la primera pregunta: «Describe la diferencia entre un bucle condicional y un bucle infinito». Charlie suspiró. Sabía la respuesta, pero le parecía inútil escribirla. «Un bucle condicional solo ocurre si se dan unas condiciones determinadas», comenzó, y después lo tachó. Suspiró de nuevo y miró por encima de las cabezas de sus compañeros.

Volvió a ver ante ella la cara del lobo, que cambiaba de aspecto entre la

ilusión de lo que era y la estructura que llevaba dentro. El animal la miraba fijamente a los ojos, como si estuviera leyendo algo muy dentro de ella. «¿Quién eres? ¿Quién se supone que eres?», pensó. Nunca lo había visto y eso la preocupaba. En Freddy Fazbear's Pizza no había ningún lobo.

Charlie tenía una memoria casi fotográfica. Lo había descubierto el año anterior. Por eso tenía recuerdos tan claros incluso de su más tierna infancia. Pero no recordaba al lobo. «Eso es una tontería —se dijo a sí misma—. Hay muchas cosas de las que no tengo memoria.» Y aun así los recuerdos del taller de su padre eran muy claros: el olor, el calor. Su padre inclinado sobre la mesa de trabajo, y aquel lugar de la esquina al que no le gustaba mirar. Todo estaba presente en ella, próximo. Hasta las cosas que no tenía tan presentes, a menos que algo más se las recordara, como el Fredbear's Family Diner, que le había resultado familiar en cuanto lo había visto. Aun así, esas criaturas no estaban en ningún lugar de su memoria. No las conocía, aunque estaba claro que ellas sí la conocían a ella.

«¿Por qué estarían sepultadas en la parte trasera de la casa? ¿Por qué no las destruyeron?» El profundo apego de su padre por sus creaciones, nunca superó su pragmatismo. Si algo no funcionaba, lo desmontaba para utilizar las piezas. Lo hacía incluso con los juguetes de Charlie.

Parpadeó, recordándolo de repente.

Le acercó una ranita verde con gafas de carey que tapaban sus ojos saltones. Charlie la miró con escepticismo.

—No —dijo ella.

—¿No quieres saber lo que hace? —protestó su padre, y ella se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No —murmuró Charlie—. No me gustan esos ojos tan grandes.

A pesar de sus quejas, su padre puso la rana en el suelo, delante de ella, y apretó un botón escondido debajo del plástico del cuello. La rana giró la cabeza de lado a lado; de repente, dio un salto en el aire. Charlie soltó un grito y pegó un salto hacia atrás. Su padre fue corriendo hacia ella.

—Lo siento, cariño. Tranquila —susurró—. No quería asustarte.

—No me gustan los ojos —dijo sollozando contra su cuello.

Su padre la abrazó durante un buen rato. Después la soltó y recogió la rana. La puso en la mesa de trabajo, cogió un cuchillo de la estantería y le rajó la piel de arriba abajo. Charlie se tapó la boca con las manos y exhaló una especie de pitido, mientras miraba, con los ojos abiertos de par en par,

cómo su padre le quitaba con cuidado la piel verde al robot. El plástico se quebró con un crujido seco que rompió el silencio del taller. Las ancas de la rana se agitaron indefensas.

—Ha sido sin querer —dijo con la voz ronca—. Lo siento, ha sido sin querer, papá.

Hablaba en voz alta, pero casi solo se oía el aire. Algo le frenaba la voz, como si estuviera intentando gritar en sueños, sin que consiguiera emitir ningún sonido. Su padre estaba concentrado en el trabajo y no parecía oírla.

El robot desnudo estaba bocabajo en la mesa y se agitaba en horribles espasmos, pataleando inútilmente, repitiendo el movimiento del salto en el aire. Lo volvió a intentar de nuevo, con más furia, como si se retorciera de dolor.

—Espera, papá, no le hagas daño —balbuceó Charlie, intentando, en vano que le saliera la voz.

Su padre seleccionó un destornillador muy pequeño y empezó a manipular la cabeza de la rana, desatornillando con destreza algo en cada lado. Le quitó la parte de atrás de la cabeza para acceder al interior. Todo su cuerpo se sacudió. Charlie corrió hacia su padre, le agarró la pierna y le tiró de la pernera del pantalón.

—Por favor —exclamó. Ya le había vuelto la voz.

El padre desconectó algo y el esqueleto se quedó totalmente inmóvil. Las articulaciones que antes estaban rígidas se desplomaron sobre el resto de las piezas. La luz de los ojos, que Charlie ni siquiera había percibido, se fue mitigando, parpadeó y por fin se apagó del todo. Ella soltó a su padre y volvió a la esquina del taller. Se tapó la boca con las manos para que no la oyera llorar mientras su padre desarmaba metódicamente la rana.

Charlie sacudió la cabeza, y volvió de vuelta al presente. La culpa infantil aún se le aferraba dentro, como un peso en el pecho. Se puso la mano allí con cuidado «Mi padre era pragmático —pensó—. Las piezas eran caras y no quería gastarlas en cosas que no funcionaran.» Obligó a su mente a volver a centrarse en el problema que la ocupaba.

«Entonces ¿por qué los habría enterrado vivos?»

—¿Quién está enterrado vivo? —susurró Arty.

Charlie se giró, sobresaltada.

—¿No deberías estar haciendo algo? —se apresuró a decir, horrorizada por haber hablado en voz alta.

Las criaturas habían estado sepultadas en una cámara, como un mausoleo, escondidas en las paredes de la casa. Su padre no había querido destruirlas, por alguna razón, y quería tenerlas cerca. «¿Por qué? ¿Para poder tenerlas vigiladas? ¿O tal vez no sabía que estaban allí? ¿Puede que Dave las escondiera sin que él lo supiera?» Charlie sacudió la cabeza. Daba igual. Lo que importaba es lo que las criaturas fueran a hacer después.

Volvió a cerrar los ojos y trató de visualizar a la criatura con aspecto de lobo. Solo la había visto un momento, cuando escupió a la mujer de sus entrañas y cambió una y otra vez de aspecto, parpadeando como una bombilla defectuosa. Charlie se aferró a la imagen y la mantuvo inmóvil en la mente. Al principio se había centrado en la víctima, luego en los ojos del lobo, pero, aun así, había visto todo lo demás. Ahora se imaginó la escena, sin prestar atención a la mirada del lobo ni al pánico que se había apoderado de ella, ni a los demás, que gritaban y corrían a su alrededor. Miró cómo sucedía una y otra vez, y se imaginó el pecho desgarrándose costilla dentada a costilla dentada y a la mujer cayendo de él.

Se dio cuenta de que tenía una imagen mejor de la misma realidad: la criatura de la tumba, justo antes de intentar devorarla. Visualizó su pecho abriéndose, buscando en su mente qué había al otro lado de esa espantosa boca, dentro de ese pecho cavernoso. Entonces inclinó la cabeza sobre el cuadernillo de examen y empezó a dibujar.

—Tiempo —exclamó uno de los estudiantes de posgrado.

Los otros tres empezaron a caminar entre las mesas, para recoger los cuadernillos azules de uno en uno.

Charlie solo había escrito media frase como respuesta a la primera pregunta, y la había tachado. El resto del cuadernillo era un caos de mecanismos y monstruos. Justo antes de que el asistente llegara hasta ella, se puso el cuadernillo bajo el brazo en silencio, salió de la fila, mezclándose con los estudiantes que habían terminado. No habló con nadie al salir. Más que caminar, iba a la deriva, centrada en sus propios pensamientos, como si su cuerpo la llevara sin rumbo por los pasillos que tan bien conocía. Se sentó en un banco que encontró por el camino. Miró a su alrededor y vio a los estudiantes que pasaban, charlando entre ellos o pensando en sus cosas. Era como si se hubiera levantado un muro que la rodeara solo a ella, aislándola por completo de todo lo que había a su alrededor.

Volvió a abrir el cuadernillo, por la página en la que se había pasado

garabateando todo el tiempo que duró el examen. Allí, mirándola fijamente, estaban las caras que comprendía: los rostros de monstruos y asesinos. Sus ojos en blanco la atravesaban, incluso desde sus propios dibujos. «¿Qué intentáis decirme?» Se quedó de pie, agarrando el cuadernillo; después echó un último vistazo a su alrededor.

Era como si estuviera despidiéndose de un capítulo de su vida, otro pasaje que no sería más que un recuerdo persistente.

—Charlie —dijo la voz de John desde muy cerca.

Ella miró a su alrededor, intentando localizarlo en la marabunta de estudiantes que salía del edificio.

Por fin lo vio al lado de las escaleras.

—Ay, hola —dijo ella, y se acercó a él—. ¿Qué haces aquí? No es que no me alegre de verte, es que pensaba que tenías que trabajar —se apresuró a decir, e intentó calmar sus pensamientos, que se revolvían en su mente como un torbellino.

—Me ha llamado Clay. Intentó llamar a tu residencia, pero supongo que estarías aquí. La mujer que… La mujer de anoche se pondrá bien. Me dijo que fue a la siguiente zona, al siguiente punto del mapa, y dio una vuelta con el coche. —John miró a los estudiantes que pasaban en grupo a su lado, y bajó la voz—. Ya sabes, al próximo sitio en el que…

—Sí, ya sé —dijo Charlie, adelantándose a la explicación —. ¿Qué encontró?

—Bueno, mucho espacio vacío y mucho campo, principalmente. Un terreno para la construcción, pero que por ahora está libre. Cree que mejor deberíamos centrarnos en mañana. Tiene un plan. —Charlie lo miró inexpresiva.

—Vamos a tener que enfrentarnos a ellos —dijo al fin—. Los dos lo sabemos. Pero no será esta noche.

Charlie asintió.

—Entonces ¿qué vamos a hacer esta noche? —preguntó, desesperada.

—¿Cenar? —sugirió John.

—¿Lo dices en serio? —A Charlie le cambió la voz.

—Sé que están pasando muchas cosas, pero habrá que comer, ¿no?

Ella se quedó mirando al suelo, ordenando sus pensamientos.

—Claro. Vamos a cenar. —Sonrió—. Es todo demasiado horrible. Puede que esté bien dejar de pensar en ello, aunque sea por una noche.

—Vale —dijo John, que se movió con torpeza—. Me voy corriendo a casa a cambiarme entonces. No tardo.

—John, no tienes por qué involucrarte en nada de esto —dijo Charlie con delicadeza.

Se agarró las tiras de la mochila con las dos manos, como si la estuvieran atando al suelo.

—¿De qué estás hablando? —John la miró, había perdido todo rastro de timidez.

—No tiene por qué involucrarse nadie. Me están buscando a mí.

—Eso no lo sabemos —respondió él, y le puso la mano en el hombro—. Tienes que sacarte eso de la cabeza. Te vas a volver loca. —Sonrió, pero aún parecía preocupado—. Intenta hacer algo relajado, acuéstate un rato o algo. Nos vemos para cenar, ¿vale? ¿En el mismo restaurante a las siete?

—Vale —dijo Charlie.

John la miró con impotencia, sonrió y después se dio la vuelta y se marchó.

Jessica se había marchado cuando Charlie volvió a la residencia. Cerró la puerta tras de sí aliviada. Necesitaba estar en silencio. Tenía muchas cosas en que pensar, y necesitaba espacio para moverse. Miró a su alrededor, paralizada por un momento. Su sistema de apilarlo todo a medida que lo iba utilizando era práctico en el día a día, pero cuando buscaba algo que llevaba semanas sin tocar, el sistema se desmoronaba.

—¿Dónde está? —murmuró, echando un vistazo a la habitación.

Su mirada se detuvo en la cabeza de Theodore, tirada contra la pata de la cama. La recogió y le sacudió el polvo, acariciándole las largas orejas hasta que estuvieron limpias, aunque siguieran peladas y sin brillo.

—Antes eras tan suave —le dijo a la cabeza del conejo. La puso en la cama, apoyada en su almohada—. Supongo que yo también —añadió con un suspiro—. ¿Has visto mi bolsa de deporte? —le preguntó al peluche desmembrado—. ¿Puede que esté debajo de la cama?

Charlie se puso de rodillas para mirar. Estaba allí, al fondo del todo, aplastada por una pila de libros y ropa que se había caído por el hueco entre la cama y la pared. Charlie reptó hasta que consiguió agarrar el asa, y tiró de ella. Después puso la bolsa encima de la cama. Estaba vacía. Lo había

sacado todo cuando llegó, como un presagio del desorden que estaba por venir. Cogió el cepillo y la pasta de dientes, y los metió en el bolsillo lateral.

—He mentido a John —dijo Charlie—. Bueno, no es cierto. Le dejé que me mintiera a mí. Tiene que saber que me están buscando a mí. Todos lo sabemos. Y esto no va a parar.

Cogió algo de ropa de lo que pensaba que era el montón de la que estaba limpia. Seleccionó una camiseta, unos vaqueros, calcetines y ropa interior; los metió con energía en la bolsa mientras hablaba.

—Si no, ¿por qué iban a venir en esta dirección? —le preguntó al conejo—. Pero… ¿cómo lo pueden saber?

Charlie metió dos libros de texto y se palpó el bolsillo para asegurarse de que aún tenía el disco y el teclado de diagnóstico. Cerró la cremallera de la bolsa, inclinó la cabeza y su mirada se cruzó con los ojos de plástico de Theodore.

—No es solo eso —dijo ella—. Esta cosa… —Agarró el disco con la mano y volvió a examinarlo—. A John le revolvió el estómago, pero a mí me canta una canción.

Entonces se quedó en silencio. No estaba segura de lo que decía eso de ella.

—No sé si alguna vez he sabido algo con tanta certeza —susurró—. Pero tengo que hacerlo. Afton los creó. Y Afton se llevó a Sammy. Cuando estuve allí con John, sentí… algo en la casa. Tenía que ser él; era como si la parte que me falta estuviera allí, más cerca que nunca. Pero no podía alcanzarla. Y creo que esos monstruos son la única cosa del mundo que tal vez tenga una respuesta.

Theodore la miró fijamente, inmóvil.

—Me están buscando a mí. No va a morir nadie más por mi culpa. —Charlie suspiró—. Al menos te tengo a ti para protegerme, ¿verdad?

Se colgó la bolsa al hombro y se giró para marcharse. Entonces se detuvo un momento. Cogió la cabeza de Theodore por las orejas y la levantó hasta tenerla a la altura de los ojos.

—Creo que hoy necesito todo el apoyo posible —susurró.

Lo metió en la bolsa y salió a toda prisa de la residencia, rumbo al coche.

El mapa estaba en la guantera. Charlie lo sacó de allí y lo desplegó frente a ella. Lo miró un momento y luego lo guardó, muy segura de sí misma.

Salió del aparcamiento despacio. Aunque se cruzó con gente y otros coches por el camino, se sentía como si formara parte del paisaje y pasara desapercibida a ojos del mundo. Cuando ella y su coche se perdieran de vista, ya los habrían olvidado.

El cielo estaba nublado; había un ambiente de espera. Parecía que Charlie tuviera la carretera para ella sola, y la invadió una sensación de paz. Ese día le había preocupado sentirse aislada, pero la velocidad y la amplitud la reconfortaban. No se sentía sola. A través de la ventanilla, los árboles parecían correr por el campo, una ilusión creada por la velocidad del coche. Empezó a sentir que algo en el bosque se movía a la misma velocidad que ella, corriendo a través de las ramas borrosas, un compañero silencioso, alguien que viniera a decirle todo lo que quería oír. «Ya voy», susurró Charlie.

La autovía se estrechaba hasta convertirse en una carretera regional, y después en un camino de grava. Subía por una colina y, a medida que ascendía despacio, Charlie vio grupos de casas y coches en zonas distantes, más pobladas. Las filas de árboles habían dejado paso a filas de tocones y arbustos, sazonadas con alguna que otra valla publicitaria vacía que, se podría suponer, algún día anunciaría lo que estaba por llegar. Bloques de hormigón y caminos a medio asfaltar interrumpían el campo. A lo lejos, se veía una apisonadora. Charlie sacó la cabeza de Theodore de la bolsa y la puso en el asiento del copiloto.

—Mantente alerta —dijo Charlie.

Entonces la vio: una casa estilo rancho apareció allí en medio, rodeada de tierra allanada y las estructuras desnudas de casas a medio construir que se erigían en el terreno. Estaba fuera de lugar: pintada, vallada e incluso rodeada de un jardín florido. Entonces lo entendió. «Una casa de muestra.»

La carretera seguía unos metros después de entrar en la urbanización e iba a morir en caminos de tierra por los que salía y entraba la maquinaria. Charlie redujo la velocidad y paró.

—Ni siquiera tú puedes seguirme esta vez —le dijo a la cabeza de conejo.

Entonces salió, cerró la puerta y sonrió a Theodore a través de la ventanilla.

Caminó despacio por el sendero. Las estructuras grandes e inacabadas de

las casas parecían recriminarle algo. La grava crujía bajo sus pies, rompiendo el silencio. No había ni un soplo de aire; todo era quietud. Paró cuando llegó a una zona más alta y miró a su alrededor un momento. Todo estaba revuelto. Todo estaba desordenado. Miró hacia arriba cuando un pájaro la sobrevoló, apenas visible de lo alto que volaba.

Volvió a mirar al terreno baldío.

—Estás por aquí, ¿verdad?

Al fin llegó a la solitaria casa terminada. Estaba en el centro de un cuadrado de césped perfectamente segado, y se erguía por encima de sus vecinas inclinadas, a medio construir. Charlie se quedó mirando el césped un momento, antes de darse cuenta de que tenía que ser falso, como los muebles que pudiera haber dentro.

No intentó abrir la puerta enseguida. En lugar de eso, rodeó la casa hasta el patio trasero. Había un cuadrado perfecto de césped artificial, igual que en la fachada principal, pero allí la ilusión se había roto. Había tiras de hierba levantadas. Todo le generaba una sensación de angustia que ya le resultaba inquietantemente familiar. Charlie se quedó mirando un momento. La certidumbre latía en su interior. Apretó los dientes y volvió a la puerta principal. Se abrió con facilidad, sin hacer ruido. Entró.

La casa estaba a oscuras. Pulsó un interruptor, por probar, y todo se iluminó al instante. Se encontró con un salón completamente amueblado, con butacas de cuero y un sofá, e incluso velas en la repisa de la chimenea. Empezó a cerrar la puerta tras ella, pero titubeó y la dejó entreabierta. Más adentro, había un sofá en ele y una televisión panorámica. «Me sorprende que no la hayan robado», pensó Charlie. Pero cuando se acercó vio por qué: no era real. No tenía cables. Toda la casa parecía de mentira, casi una broma.

Se dirigió despacio al comedor. Sus pasos resonaban contra el suelo de madera pulida. Dentro había un conjunto de mesa y sillas de caoba. Charlie se inclinó para mirar la mesa por debajo.

—Madera de balsa —dijo sonriendo para sí misma.

Se trataba de una madera ligera, para maquetas de aviones, no para hacer muebles; seguramente podría levantar la mesa por encima de su cabeza, si quisiera. Después de un pequeño pasillo que salía del comedor, se llegaba a la cocina, con electrodomésticos nuevos, o al menos sus imitaciones. También había una puerta en la cocina. La abrió, la dejó entornada y se

inclinó para volver a mirar el extenso y torturado paisaje. Había varios escalones de piedra, que conducían a un pequeño jardín. Volvió a entrar y se aseguró de que la puerta se quedara un poco abierta.

Había un segundo vestíbulo que salía del salón y conducía a los dormitorios y a una pequeña estancia convertida en despacho o estudio, con estanterías altas, una mesa y una bandeja llena de carpetas vacías. Charlie se sentó en el escritorio, maravillada por esa imitación tan superficial de la vida. Giró la silla una vez y volvió a ponerse de pie. No quería distraerse. También había una puerta que daba a la calle, aunque por alguna extraña razón estaba al lado de la mesa. Charlie la abrió, manipuló el pestillo hasta asegurarse de que se mantendría abierta. Siguió su camino, recorriendo la casa con método, abriendo cada ventana que encontraba. Entonces bajó al sótano, donde un refugio para tormentas descansaba sobre una empinada escalera de piedra. Lo abrió también y dejó las puertas abiertas de par en par. Afuera, había caído la noche.

Había varios dormitorios, todos ellos amueblados y equipados con cortinas alegres y sábanas de seda; también vio un baño grande con lavabos de mármol. Charlie abrió el grifo para ver si había agua, pero no ocurrió nada, ni siquiera el chirrido inútil de tuberías resecas. Había un dormitorio principal con una cama enorme, un cuarto de invitados que parecía menos vívido que el resto de la casa, y una habitación para un bebé con animales a tamaño real pintados en las paredes y un móvil encima de una cuna. Charlie se asomó a ambas habitaciones y después regresó al dormitorio principal.

La cama era ancha y estaba cubierta por una mosquitera blanca que colgaba sobre un dosel ligero. La colcha era también blanca y la luz de la luna se colaba por la ventana e iluminaba las almohadas. El efecto resultaba inquietante, como si la persona que durmiera allí estuviera en exposición. Charlie se acercó a la ventana y se asomó, respirando el aire fresco y relajante de la noche. Miró al cielo. Seguía nublado. Solo se veían algunas estrellas.

Podían pasar muchas horas antes de que ocurriera algo. No le quedaba más remedio que esperar. Sentía un aleteo nervioso en el estómago. Quería echar a andar, escapar incluso, pero cerró los ojos y apretó los dientes. «Me están buscando a mí.» Hasta ese momento había avanzado con energía, pero

esta parte iba a ser angustiosa. Por fin, Charlie se alejó de la ventana. Había metido un pijama en la bolsa que tenía en el coche, pero en esta casa aséptica, llena de accesorios e imitaciones le resultaba demasiado raro vestirse para meterse en la cama. En lugar de eso, se quitó las zapatillas y dio por finalizado el ritual de la hora de dormir. Se acostó en la cama e intentó invocar sus pesadillas, recopilando los últimos momentos con Sammy y agarrándose a ellos con fuerza, como un talismán. «Aguanta —pensó—. Llego enseguida.»

John miró el reloj. «Llega tarde. Pero la última vez también.» La camarera lo miró a los ojos, pero él sacudió la cabeza. «Y la última llegó cubierta de tierra, claro.» Ya la había llamado a su habitación de la residencia, pero el teléfono no paraba de sonar. Cuando estuvo allí, le pareció ver un contestador automático, pero mientras esperaba a que alguien respondiera a su llamada se dio cuenta de que tal vez se tratara de uno de los proyectos de Charlie, o de un trozo de chatarra. La camarera le rellenó el vaso de agua, y él sonrió.

La camarera sacudió la cabeza.

—¿Es la misma chica? —le preguntó con dulzura.

John soltó una carcajada involuntaria.

—Sí, la misma. Pero no pasa nada. No me está dejando plantado, es que está… ocupada. La vida universitaria, ya sabes.

—Claro. Avísame si quieres pedir algo.

La camarera lo miró con lástima y se marchó. John sacudió la cabeza.

De repente, vio las manos de Charlie agarrando las correas de la mochila, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. «Vienen por mí», dijo ella. Charlie no era el tipo de persona que se quedaba esperando a que le ocurriera algo.

John se levantó y se dirigió al teléfono que había al fondo del restaurante. Clay respondió al primer tono.

—Clay, soy John. ¿Sabes algo de Charlie?

—No, ¿qué pasa?

—Nada —se apresuró a decir John—. O sea, que no lo sé. Se suponía que habíamos quedado y llega veinticuatro minutos tarde. Sé que no es mucho, pero hace un rato dijo una cosa que ahora me preocupa. Creo que ha podido

hacer una tontería.

—¿Dónde estás?

John le dio la dirección.

—Voy enseguida —dijo Clay, y colgó antes de que John pudiera responder.



*L*os primeros momentos, Charlie mantuvo los ojos cerrados, fingiendo dormir, pero después de un rato empezó a parpadear contra su voluntad. Cerró con fuerza los párpados e intentó que no se le volvieran a abrir, pero la situación se volvió insostenible. Abrió los ojos en la oscuridad y sintió un alivio inmediato.

Al anochecer, había refrescado. La ventana abierta dejaba pasar el aire fresco y limpio. Charlie cogió aire e intentó calmarse con cada respiración. Estaba más impaciente que angustiada. «Date prisa —pensó—. Sé que estás ahí fuera.»

Pero solo había silencio y quietud.

Se sacó el disco del bolsillo y lo miró. Estaba demasiado oscuro para poder ver los detalles, aunque tampoco tenía nada que no hubiera memorizado ya. Había algo de luz de la luna, pero las sombras en las

esquinas eran oscuras, como si hubiera algo escondido, comiéndose la luz. Frotó un lado del disco con el pulgar y sintió el relieve de las letras. Si no supiera que estaban allí, le costaría notarlas.

«Afton Robotics, LLC.» Había visto fotos de William Afton, el hombre que Dave había sido: fotos de él con su padre, sonriendo y riendo. Pero ella solo lo recordaba como el hombre del disfraz de conejo. «Mi padre debía de confiar en él. No debe de haber sospechado nada. Nunca habría construido un segundo restaurante con el hombre que asesinó a uno de sus hijos. Pero esas criaturas…, tenía que saber que estaban sepultadas debajo de nuestra casa.» Charlie apretó los dientes y reprimió un repentino y delirante deseo de sonreír.

—Estaba claro que tenía que haber un cementerio secreto de robots debajo de mi habitación —murmuró—. ¿Dónde iba a estar si no?

Se cubrió la cara con las manos. Todo se le arremolinó en la cabeza.

Se lo imaginó sin querer.

La criatura en el umbral. Al principio, era una sombra, tapaba la luz; después era un hombre con un traje de conejo. A Charlie ni siquiera se le pasó por la cabeza asustarse. Conocía a ese conejo. Sammy ni siquiera lo había visto aún. Seguía jugando con su camión de juguete, arrastrándolo por el suelo hacia delante y hacia atrás, en un movimiento hipnótico. Charlie se quedó mirando la cosa que estaba en la puerta y empezó a sentir frío en la boca del estómago. Este no era el conejo que conocía. Sus ojos se movían sutilmente de un hermano a otro, tomándose su tiempo, tomando una decisión. Cuando centró la mirada en Charlie, el frío se apoderó de ella, pero luego miró a Sammy, que aún no se había dado la vuelta. Entonces, un movimiento repentino y los disfraces saltaron de las perchas al mismo tiempo y cayeron sobre ella, tapándole la vista. Oyó caer el camión de juguete, que dio vueltas en el sitio durante unos instantes; luego todo se quedó en silencio.

Estaba sola. Le habían arrebatado una parte vital de sí misma.

Charlie se incorporó y se sacudió para intentar desechar los recuerdos. Se había acostumbrado a compartir habitación con Jessica. Hacía mucho tiempo que no estaba completamente sola con sus pensamientos en la oscuridad.

—Se me había olvidado lo difícil que es estar en silencio —susurró, y su voz sonó tan suave como su respiración.

Miró con furia el disco que tenía en la mano, como si fuera el causante de las regresiones. Lo tiró al otro lado de la habitación, a una esquina oscura, fuera de su vista.

Entonces lo oyó. Había algo en la casa.

Fuera lo que fuera, estaba siendo cauteloso. Oyó crujidos en la distancia, lentos y amortiguados. Después, el silencio. Lo que se estuviera moviendo esperaba que el ruido pasara desapercibido. Charlie salió reptando de la cama y se acercó a la puerta con cuidado. La abrió más todavía y se asomó angustiosamente despacio, hasta que consiguió ver bien el salón y el comedor más allá. Una parte de ella volvía una y otra vez al pensamiento de que estaba en la casa de otra persona, de que era una intrusa.

—¿Hola? —dijo Charlie.

Casi esperaba una respuesta, aunque fuera una voz enfadada que le preguntara qué estaba haciendo allí. Tal vez le respondiera John, y saliera corriendo de la oscuridad, feliz de haberla encontrado.

Solo respondió el silencio, pero Charlie sabía que ya no estaba sola.

Se le abrieron los ojos de par en par. El corazón le latía con fuerza en la garganta y le impedía respirar. Caminó con cuidado por las baldosas del pasillo que estaba justo afuera del salón, y allí se quedó de pie, para escuchar. Un reloj daba la hora en otra habitación. Charlie se acercó al borde del salón y se detuvo de nuevo. Podía ver casi toda la casa desde allí y echó un vistazo en busca de cualquier cosa que pudiera estar fuera de lugar. Las puertas la rodeaban como fauces abiertas, que respiraban el aire de la noche que entraba por las ventanas que ella misma había abierto.

Un pasillo largo salía de la esquina más alejada del salón y llevaba a otro dormitorio. Ese era uno de los pocos lugares que no podía ver con claridad desde allí. Bordeó el sofá de cuero que tenía delante y cruzó la alfombra circular que cubría el suelo de la habitación. A medida que avanzaba, el pasillo se iba haciendo más visible. Se extendía cada vez más lejos.

Charlie se detuvo de golpe. Ahora alcanzaba a ver el dormitorio. Estaba lleno de ventanas e inundado por la luz azul de la luna; algo le tapaba la vista, algo en lo que no había reparado mientras caminaba. Ahora su silueta era inconfundible. Charlie volvió a mirar con cuidado a su alrededor, y su mirada se adaptó a lo que la rodeaba. A su derecha, otra puerta grande, con un escalón, conducía a un amplio estudio. Las estanterías llegaban hasta el techo y un aire pútrido salía de dentro. Más allá de ellas había otra sombra

que no encajaba. Charlie chocó contra una lámpara y se sobresaltó. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba caminando hacia atrás.

La puerta principal estaba abierta de par en par. Charlie casi sale corriendo por ella para escapar, pero se detuvo. Tomó aire y volvió despacio al dormitorio, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras caminaba. Volvió a la cama, arrastrando los pies por el suelo de madera para no hacer ruido. Se deslizó sobre el colchón, procurando que no sonaran los muelles. Se tumbó, cerró los ojos y esperó.

Le temblaban los párpados y su instinto le gritó: «¡Abre los ojos! ¡Corre!». Charlie respiró acompasada, intentando que se le relajara el cuerpo, parecer dormida. «Algo se mueve.» Contó los pasos. «Uno, dos, uno, dos… No.» Estaban bastante desacompasados: eran más de uno. Dos, puede que tres, y todos estaban dentro de casa.

Oyó pisadas al otro lado de la puerta y abrió un instante los ojos, justo a tiempo para ver una sombra indefinida cruzar por delante de la puerta entreabierta.

Más pisadas que sonaban como si estuvieran en el pasillo, y otras más que…

Cerró con fuerza los ojos. Los pasos se detuvieron antes de cruzar la puerta. Se le entrecortaba la respiración; casi le entra hipo al coger aire, pero se mordió los labios por dentro, para no abrir la boca. La puerta se estaba abriendo. Se le encogieron los pulmones, necesitaban tomar aire, pero Charlie se negó. Contuvo la respiración como si esa bocanada de aire fuera la última. «Te encontraré.» Apretó los puños, decidida a mantenerse inmóvil.

Los pasos ya habían cruzado la puerta y avanzaban pesados por el suelo. Se quedó quieta. El aire se movía y, a través de sus párpados cerrados, la oscuridad fue a más. Charlie abrió los ojos y tomó aire.

Encima de ella no había nada. Nada la miraba desde arriba.

Giró la cabeza despacio y miró al pasillo abierto que tenía a la derecha. Los ruidos se habían apaciguado.

De repente, le tiraron de las mantas, desde los pies de la cama. Charlie se sentó de golpe y por fin vio qué había venido a buscarla. Una enorme cabeza apoyaba la barbilla a sus pies. Parecía algo salido de un carnaval. Los ojos se le movían de un lado a otro, con un chasquido. Un sombrero de copa negro azabache descansaba en su cabeza, ligeramente ladeado; las

mejillas enormes y la nariz de botón lo delataron enseguida.

Era Freddy.

Ya no era esa cabeza lisa e inexpresiva que había desenterrado en el solar abandonado. La cabeza estaba viva y en movimiento, cubierta de pelo marrón, con mejillas vivaces. Sin embargo, parecía que estuviera desencajado, como si cada parte de su cara se moviera de forma independiente.

Charlie luchó por quedarse quieta, pero su cuerpo iba por libre, se retorcía y tiraba para librarse de la boca que se abría hacia ella. La cara de Freddy se deslizó por la cama como una pitón. Su cabeza fue perdiendo la forma a medida que se abría hacia afuera, agarrándole los pies y empezando a tragar, subiendo despacio mientras Charlie luchaba por no gritar o resistirse. Un brazo gigante se estiró hacia arriba y se aferró a un lado de la cama; la habitación se agitó cuando se ancló para elevar el torso gigante. La mandíbula de Freddy empezó a masticar mientras la cara deformada tiraba de las piernas de Charlie hacia dentro. Las mejillas y el mentón de la criatura se dislocaron aún más. Ya no parecía un ser vivo.

El pánico se apoderó de Charlie, que gritó. Apretó los puños, pero ya no había ninguna cara a la que golpear. Solo un torbellino de pelo, dientes y cables, que giraba y la apretaba con fuerza. Antes de que pudiera seguir resistiéndose, los brazos se le pegaron al cuerpo, atrapados dentro de la criatura. Solo tenía libre la cabeza. Cogió aire por última vez. Entonces la criatura la lanzó hacia arriba con violencia… y la devoró.

Clay Burke paró el coche de un frenazo. Los frenos chirriaron al derrapar en el barro. John salió del coche antes de que Clay lo tuviera bajo control y subió corriendo la colina que conducía a la casa.

—Por detrás —dijo Clay con la voz grave y tensa cuando lo alcanzó.

Dieron la vuelta a la casa hacia la puerta trasera, que estaba abierta de par en par.

—Mira por ahí. —Clay señaló hacia la derecha, y se fue corriendo por la izquierda.

John se pegó a la pared y miró por las puertas al pasar.

—¡Charlie! —exclamó.

—¡Charlie! —repitió Clay, entrando en el dormitorio principal.

—¡¡¡Charlie!!!

John corrió de una habitación a otra, cada vez más deprisa.

—¡¡¡Charlie!!!

Llegó a la puerta principal, la abrió del todo y salió a la calle. De alguna manera, esperaba encontrarse a alguien escapando de ahí.

—Clay, ¿la has encontrado? —exclamó mientras corría de nuevo hacia dentro.

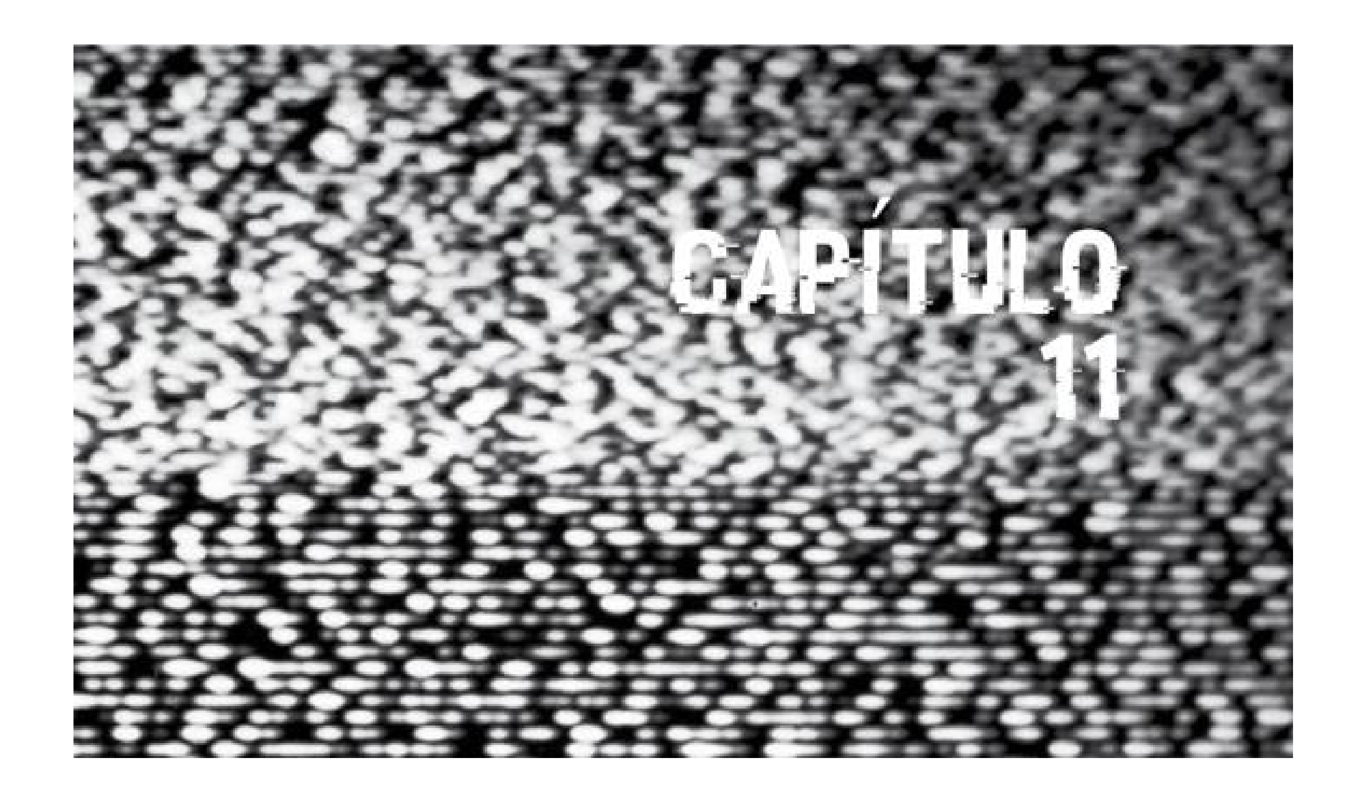
Clay caminó apresuradamente hacia el salón, negando con la cabeza.

—No, pero ha estado aquí. La cama estaba deshecha y el suelo estaba lleno de tierra. Y esto…

Clay le enseñó las zapatillas de Charlie. John asintió con tristeza, y en ese momento se fijó por primera vez en el rastro de tierra que cubría el suelo de la casa. Volvió a mirar a la puerta principal.

—Se ha marchado —dijo John, con voz entrecortada. Miró a Clay—. ¿Y ahora qué? —le preguntó.

El hombre miró al suelo y no dijo nada.



—¡Clay! —repitió John.

Su preocupación aumentó cuando Clay miró la tarima sucia, aparentemente sumido en sus pensamientos. John le puso la mano en el brazo y Clay se sobresaltó. Parecía que acababa de darse cuenta de que no estaba solo.

—Tenemos que encontrarla —dijo con tono apremiante.

Clay asintió, y volvió de nuevo a la vida. Echó a correr y John lo siguió de cerca, llegando por los pelos a sentarse en el asiento del copiloto antes de que arrancara el motor y salieran a toda velocidad por la carretera a medio terminar.

—¿Adónde vamos? —exclamó John.

Aún estaba luchando contra el viento para cerrar la puerta. Se agitaba como un ala gigantesca, tirando de él cuando Clay giró por la colina. Por

fin, consiguió cerrarla.

—No sé —dijo Clay con tristeza—. Pero sabemos más o menos hasta dónde pueden llegar.

Bajó como un loco por la colina, salió a la carretera y encendió las luces de policía. Avanzaron poco menos de un kilómetro y medio, y entonces giraron hacia un camino sin asfaltar.

John se golpeó el hombro contra la puerta. Agarró el cinturón de seguridad, mientras bajaban el camino a toda velocidad. La maleza raspaba ambos lados del coche y golpeaba el parabrisas.

—Tienen que pasar por aquí —dijo Clay—. Este terreno está justo a mitad de camino entre esa casa y la siguiente zona del mapa. Solo tenemos que esperarlos.

Clay frenó de golpe en el borde de un campo abierto y John se fue hacia delante. Salieron juntos del coche. Había árboles desperdigados por aquí y por allá, y la hierba era alta, pero no había cultivos, ni ganado pastando. John se adentró en el terreno y miró la hierba ondeando, como el agua con el viento.

—¿De verdad crees que pasarán por aquí? —preguntó John.

—Si siguen avanzando en la dirección en la que iban, tienen que hacerlo —dijo Clay.

Los minutos se hicieron eternos. John se paseaba de un lado a otro delante del coche. Clay se situó más cerca de la mitad del terreno, listo para echar a correr en cualquier dirección en cuanto fuera necesario.

—Ya deberían estar aquí —dijo John—. Algo va mal.

John miró a Clay, que asintió con la cabeza.

En la distancia, se oía el motor de un coche, cada vez más alto. Se quedaron en el sitio. Quienquiera que fuera se acercaba muy deprisa. John oía el ruido de las ramas al golpear la carrocería del coche con ritmo irregular. Unos segundos después, el coche surgió del camino a toda velocidad y frenó con un chirrido.

—Jessica. —John fue hacia el coche.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó la chica mientras bajaba del vehículo.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Clay.

—La llamé yo —se apresuró a decir John—. Desde el restaurante, justo después de hablar contigo.

—He estado dando vueltas por todos lados. Por suerte, os he encontrado.

¿Por qué habéis parado aquí?

—Su ruta pasa por aquí —le explicó John, pero ella lo miraba con escepticismo.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo lo sabéis?

John echó una mirada a Clay. Ninguno de los dos parecía muy seguro.

—Ya la tienen, ¿verdad? —dijo Jessica—. Entonces ¿porqué iban a seguir dirigiéndose a la residencia?

Clay cerró los ojos y se llevó las manos a las sienes.

—No lo harán —dijo.

Clay miró al cielo y el viento le golpeó la cara con fuerza.

—Entonces ahora podrían ir a cualquier sitio —prosiguió Jessica.

—Ya no podemos predecir qué van a hacer —dijo John—. Ya han conseguido lo que querían.

—¿Y esto es lo que quería ella? ¿Lo planeó? —preguntó Jessica, elevando la voz—. ¿Qué te pasa, Charlie? —Volvió a dirigirse a John—. Puede que ni siquiera la estuvieran buscando a ella. ¡Podría haber sido cualquiera! ¿Por qué vino hasta aquí como si fuera un…?

—Un sacrificio —completó John en voz baja.

—No puede estar muerta —murmuró Jessica. Le temblaba la voz.

—No podemos pensar así —dijo John, muy serio.

—Rodearemos la zona —apuntó Clay—. Jessica, John y tú id en tu coche, en esa dirección. Avanzaremos en círculo. Espero que los atrapemos. No se me ocurre otra manera.

Clay miró a los chavales con impotencia. Nadie se movió, a pesar del nuevo plan de Clay. John lo sentía en el aire: se habían rendido.

—No sé qué más podemos hacer. —La voz de Clay había perdido toda su fuerza.

—Tal vez yo sí sepa qué hay que hacer —dijo John de repente, y la idea le vino a la mente mientras hablaba—. Tal vez podamos preguntárselo a ellos.

—¿Se lo quieres preguntar a ellos? —replicó Jessica, con sorna—. ¿Por qué no les llamamos y les dejamos un mensaje? «Por favor, llamadnos y contadnos vuestros planes asesinos cuando podáis.»

—Eso es —dijo John—. Clay, ¿las mascotas de Freddy’s ya no están? Cuando dijiste que las habían tirado, ¿qué querías decir? ¿Podemos localizarlas? —John se dirigió a Jessica—. Nos han ayudado otras veces, o

al menos lo intentaron una vez cuando dejaron de tratar de matarnos. No sé, si hubiera aunque fuera una cabeza suelta en algún lado… Debe de haber algo en algún sitio. ¿Clay?

El hombre volvió a levantar la vista al cielo. Jessica le echó una mirada inquisitiva.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo—. Sabes dónde están.

Clay suspiró.

—Sí, sé dónde están —titubeó—. No podía dejar que los desmontaran —prosiguió—. Sin saber qué son ni quiénes habían sido. Y no me atreví a dejar que los tiraran sin más, sobre todo teniendo en cuenta lo que son capaces de hacer.

Jessica abrió la boca, a punto de hacer una pregunta, pero se contuvo.

—Yo… los guardé —dijo Clay.

Había un punto de incertidumbre en su voz.

—¿Que qué? —John dio un paso al frente, en guardia de repente.

—Los guardé. Todos. Pero no tengo muy claro eso de hacerles preguntas. Desde esa noche, no se han movido nada. Están rotos, o al menos lo disimulan muy bien. Llevan más de un año en el sótano de mi casa. Me he cuidado de dejarlos solos. Parecía que no había que molestarlos.

—Bueno, pues los tenemos que molestar —dijo Jessica—. Tenemos que intentar encontrar a Charlie.

John apenas la oyó. Estaba mirando fijamente a Clay.

—Vamos —dijo Clay, y se dirigió al coche, apesadumbrado, como si le acabaran de arrebatar algo.

John y Jessica intercambiaron miradas, y después lo siguieron. Antes de que llegaran al coche, Clay ya estaba de camino hacia la carretera principal. Jessica pisó el acelerador, alcanzando a Clay justo cuando él giró hacia la derecha.

No mediaron palabra. Jessica estaba centrada en la carretera, y John estaba encorvado en el asiento, dándole vueltas a todo. Delante de ellos, Clay había encendido las luces, aunque había quitado la sirena.

John se quedó mirando la oscuridad, mientras avanzaban. Tal vez viera a Charlie por casualidad. Dejó la mano en la manilla de la puerta, preparado para saltar del coche y correr para salvarla. Pero solo había una sucesión interminable de árboles, esparcidos entre las ventanas naranjas de las casas distantes, que coronaban las colinas como luces de Navidad.

—Ya hemos llegado —anunció Jessica antes de lo que John esperaba.

John se estiró y miró por la ventanilla.

Jessica giró hacia la izquierda y aminoró la marcha; entonces John la reconoció. Unos cuantos metros más adelante estaba la casa de Carlton, rodeada por una hilera de árboles. Clay entró en el camino, y John y Jessica lo siguieron y frenaron a escasos centímetros de su parachoques.

Clay agitó las llaves nervioso mientras caminaban hacia la casa; parecía alterado, ya no era el jefe de policía seguro de sí mismo, aquel que tenía el control en todo tipo de situaciones. Abrió la puerta, pero John esperó. Quería que Clay pasara primero.

Clay los condujo hasta el salón, y Jessica ahogó un grito de sorpresa. Él la miró con ojos de cordero degollado.

—Perdonad el desorden —dijo.

John echó un vistazo a su alrededor. La habitación estaba más o menos como la recordaba, llena de sofás y sillas alrededor de una chimenea. En los dos sofás se apilaban carpetas y periódicos, así como lo que parecía un montón de ropa sucia. En un rincón de la mesa había seis tazas de café. A John le dio un vuelco el corazón cuando vio dos botellas de whisky tiradas entre una butaca y la chimenea. Tras un vistazo rápido, vio dos botellas más. Una de ellas había rodado hasta debajo de un sofá. La otra aún estaba medio llena, junto a un vaso con un claro tono amarillo. John miró a Jessica, que se mordía el labio inferior.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Betty se ha marchado —se limitó a decir Clay.

—Oh.

—Lo siento —dijo John.

Clay le hizo un gesto con la mano, cortando cualquier intención de consuelo. Se aclaró la garganta.

—Supongo que tenía razón. O al menos hizo lo que era mejor para ella. —Dejó escapar una risa forzada y señaló el desorden que lo rodeaba—. Todos hacemos lo que podemos.

Se sentó en una butaca verde, el único asiento libre de basura y papeles, y sacudió la cabeza.

—¿Puedo quitar esto de aquí? —preguntó John, señalando los papeles que cubrían el sofá que quedaba frente a Clay.

El policía no le respondió, así que John los apiló y los puso a un lado, con

cuidado para que no se cayera nada. Se sentó, y un rato después también lo hizo Jessica, aunque miraba el sofá como si fuera a contagiarle alguna enfermedad.

—Clay… —dijo John, pero el hombre empezó a hablar, como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

—Cuando os marchasteis todos, cuando estuvisteis a salvo, volví por ellos. Betty y yo pensamos que podría ser un buen momento para que Carlton saliera un tiempo de la ciudad, así que ella se lo llevó a que pasara unas semanas en casa de su tía. En realidad, no recuerdo si lo sugirió Betty o si fui yo quien le metió la idea en la cabeza; pero en cuanto los vi salir con el coche, me puse manos a la obra.

»Freddy's estaba cerrado. Se habían llevado el cuerpo del oficial Dunn y habían terminado la investigación, bajo mi atenta supervisión, por supuesto. Cogieron algunas muestras, pero no se llevaron nada más de ese lugar, o al menos no en ese momento. Estaban esperando a que les diera el visto bueno. Ni siquiera había vigilancia; después de todo, no había nada peligroso dentro, ¿verdad? Así que esperé a que se calmaran las cosas, y me fui en coche a Saint George y alquilé un camión de mudanzas.

»Estaba lloviendo cuando cogí el camión; cuando llegué a Freddy's ya arreciaba la tormenta, a pesar de que el parte meteorológico anunciaba que estaría despejado. Esta vez tenía llaves. Las cerraduras eran un asunto policial, así que entré. Sabía dónde encontrarlos, o al menos sabía dónde los había dejado y recé para que siguieran allí. Estaban todos amontonados en esa sala donde había un pequeño escenario.

—La Cueva del Pirata —dijo Jessica, y su voz sonó casi como un susurro.

—Por una parte, esperaba que ya no estuvieran allí; pero allí estaban, pacientes, como si me estuvieran esperando. Son inmensos, ya lo sabéis. Cientos de kilos de metal y vete a saber qué más, así que tuve que arrastrarlos de uno en uno. Por fin pude cargarlos todos. Pensé que los bajaría por el sótano, pero cuando llegué a casa las luces estaban encendidas y el coche de Betty estaba en la entrada. Parecía que había vuelto temprano del viaje.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jessica. Estaba encorvada, con la barbilla apoyada en las manos.

John sacudió la cabeza, ligeramente entretenido. Jessica estaba

disfrutando de la historia.

—Esperé en la otra acera. Miré las luces, vigilando mi propia casa. Cuando se apagó la última luz, entré con el camión, me puse a arrastrar esos cacharros, y los metí de uno en uno en el sótano. Llevé el camión de vuelta a Saint George y volví a casa, sin que nadie me viera. Nunca habría funcionado de no ser por los rayos y los truenos que tapaban el ruido de mis movimientos. Cuando entré, estaba empapado y me dolía todo el cuerpo. Solo quería subir al dormitorio y meterme en la cama con mi mujer. —Carraspeó—. Pero no me atreví. Cogí una manta y me dormí frente a la puerta del sótano, por si acaso algo intentaba escaparse.

—¿Y ocurrió? —preguntó Jessica.

Clay sacudió la cabeza despacio, de adelante hacia atrás, como si tuviera más peso de lo habitual.

—Por la mañana estaban tal y como los había dejado. Cada noche después de eso, bajé mientras Betty dormía. Los miraba, a veces incluso hablaba con ellos, para intentar provocarlos de alguna manera. Quería asegurarme de que no fueran a matarnos mientras dormíamos. Repasé los archivos del caso, para tratar de entender cómo se nos había pasado Afton. ¿Cómo había podido regresar sin levantar sospechas?

»Betty se daba cuenta de que algo iba mal. Unas semanas después, se levantó y vino a buscarme. Y me encontró a mí… y también a ellos. —Burke cerró los ojos. —No recuerdo exactamente cómo se desarrolló la conversación, pero a la mañana siguiente se había ido, y esta vez ya no volvió.

John se revolvió en el sofá, inquieto.

—¿No se han vuelto a mover desde entonces?

—Están ahí tirados, como muñecos rotos. Ya ni siquiera pienso en ellos.

—Clay, Charlie está en peligro —dijo John, poniéndose de pie—. Tenemos que ir a verlos.

Clay asintió con la cabeza.

—Vale, vamos.

Se puso de pie y señaló la cocina.

La última vez que John había estado en la cocina de Burke fue la mañana después de escapar de Freddy’s. Clay estaba haciendo tortitas y no paraba de bromear. Betty, la madre de Carlton, estuvo sentada junto a su hijo, como si tuviera miedo de irse de su lado. Estaban aturdidos y aliviados de que ya

hubiera pasado el suplicio, pero John sentía que todos ellos, cada uno a su manera, también estaban luchando contra otros sentimientos. Por ejemplo, a veces dejaban las frases a medias, y se olvidaban de qué habían querido decir, o se quedaban hipnotizados, mirando al vacío. Apenas se estaban recuperando. Pero la cocina irradiaba luz, que se reflejaba en las encimeras, y el olor a café y a tortitas era reconfortante, una conexión con la realidad.

Ahora, a John le sorprendió el contraste. La cocina apestaba y enseguida se dio cuenta de por qué: las encimeras y la mesa estaban cubiertas de platos sucios, llenos de restos de comida. Muchos estaban casi llenos. En el fregadero, había dos botellas vacías.

Clay abrió la puerta de lo que parecía un armario, pero resultó ser una entrada al sótano. Apretó un interruptor y se encendió una bombilla de luz tenue por encima de las escaleras. Clay los invitó a bajar. Jessica se dispuso a ello, pero John la cogió del brazo y la detuvo. Clay bajó primero, abriendo camino. John bajó detrás, seguido de Jessica.

La escalera era estrecha y demasiado empinada. Cada vez que bajaba un escalón, John se tambaleaba; su cuerpo no estaba preparado para tanta distancia. Dos pasos más abajo, el aire cambió: estaba húmedo y mohoso.

—Cuidado ahora —dijo Clay.

John miró hacia abajo y vio que faltaba una tabla. Pasó por encima con tiento y se giró para darle la mano a Jessica mientras saltaba con torpeza.

—Una de mis muchas tareas pendientes —soltó Clay.

El sótano estaba sin acabar. El suelo y las paredes no eran más que la cara interna y sin pintar de los cimientos. Clay señaló al rincón oscuro en el que estaba la caldera. Jessica ahogó un grito.

Ahí estaban todos, alineados contra la pared. Al final de la fila, Bonnie estaba apoyada contra la caldera. El pelo azul del conejo gigante estaba manchado y lleno de calvas, y sus largas orejas caían hacia delante, casi ocultando su ancha cara cuadrada. Aún sujetaba un bajo con una de sus enormes manos, aunque estaba machacado y roto. Se le había caído la mitad de la pajarita roja y parecía que tuviera la cabeza torcida. A su lado, estaba Freddy Fazbear. Su sombrero de copa y su pajarita negra se mantenían intactos, aunque el material del que estaban hechos estaba un poco ajado. Tenía el pelo desaliñado, pero aún sonreía a un público ausente. Tenía los ojos azules abiertos de par en par y las cejas levantadas, como si estuviera a punto de suceder algo emocionante. Le faltaba el micrófono y

agarraba la nada con las manos rígidas, estiradas hacia delante. Chica estaba inclinada hacia Freddy, con la cabeza caída hacia un lado. El peso de su cuerpo amarillo —inexplicablemente cubierto de pelo y no de plumas— parecía apoyarse por completo en él. Sus largas patas naranjas de pollo estaban abiertas y, por primera vez, John se fijó en sus garras plateadas, largas y afiladas como cuchillos. El babero que siempre llevaba puesto estaba rasgado. Ponía: «¡¡¡A comer!!!», pero con el tiempo, y la humedad y el moho del sótano, se había desgastado.

John la miró con los ojos entornados. Faltaba algo más.

—La magdalena —dijo Jessica, como si le hubiera leído el pensamiento.

Entonces la vio.

—Ahí, en el suelo —apuntó.

Ahí, tirada al lado de Chica, hecha un ovillo, con su sonrisa maligna maníaca y patética.

Un poco más lejos de ellos tres estaba el Freddy amarillo, el que les había salvado la vida. Se parecía a Freddy Fazbear, y al mismo tiempo no. Tenía algo distinto, además del color, pero si le hubieran preguntado, John no habría sabido decir de qué se trataba. Jessica y John lo miraron un buen rato. John observaba al oso amarillo, ensimismado. «Nunca pude darte las gracias», le habría gustado decirle. Pero estaba demasiado asustado para acercarse a él.

—¿Dónde está…? —empezó a decir Jessica, pero se interrumpió de golpe, y señaló el rincón en el que Foxy estaba apoyado en la pared, oculto por las sombras, pero aún visible.

John sabía lo que estaba a punto de ver: un esqueleto robótico cubierto de pelo de color rojo oscuro, pero solo de rodillas para arriba. Estaba hecho jirones incluso cuando el restaurante estaba abierto. Foxy tenía su propio escenario en La Cueva del Pirata. John lo miró ahora y le pareció detectar más sitios pelados, a través de los cuales podía verse la estructura metálica. El parche de Foxy seguía en su sitio, encima de un ojo. Tenía un brazo colgando; el otro, con el gancho largo y afilado, levantado por encima de la cabeza, preparado para rajar de arriba abajo a quien se le pusiera por delante.

—¿Están como los dejaste? —preguntó John.

—Sí, exactamente como los dejé —le respondió Clay, pero parecía sospechar de sus propias palabras.

Jessica se acercó a Bonnie con cuidado y se agachó para mirar a los ojos al enorme conejo.

—¿Estás ahí? —susurró.

No hubo respuesta. Jessica extendió la mano despacio, para tocarle la cara. John la miró, tenso, pero cuando ella acarició al conejo, ni el polvo se movió en el sótano enmohecido. Por fin, Jessica se incorporó y dio un paso atrás. Después miró a John, desesperada.

—No hay nada…

—¡Shhh! —le interrumpió John.

Un ruido le había llamado la atención.

—¿Qué es?

John inclinó la cabeza, acercándose hacia el lugar del que provenía el sonido, aunque no era capaz de identificarlo con precisión. Era como una voz en el viento; las palabras se borraban antes de que pudiera identificarlas, así que no estaba seguro de si realmente se trataba de una voz.

—¿Hay alguien ahí? —murmuró.

Miró a Freddy Fazbear, pero cuando quiso centrar la atención, pudo situar el ruido. Se giró hacia el traje amarillo de Freddy.

—Estás aquí, ¿verdad? —le preguntó al oso.

Se dirigió al animatrónico y se acuclilló ante él, pero no intentó tocarlo. John miró aquellos ojos brillantes, en busca de la chispa de vida que había visto aquella noche, cuando el oso dorado entró en la habitación y todos supieron sin ningún tipo de duda que Michael, su amigo de la infancia, estaba dentro. John no recordaba cómo había llegado a saberlo con certeza: detrás de los ojos de plástico, no había nada diferente físicamente. Solo era pura certeza. Cerró los ojos e intentó invocarlo. Tal vez, si recordaba la esencia de Michael, podría traerlo de vuelta. Pero no fue capaz, no consiguió sentir la presencia de su amigo como había hecho aquella noche.

John abrió los ojos y miró a todos los animatrónicos de uno en uno, y los recordó vivos y en movimiento. Una vez, los niños secuestrados por William Afton le habían devuelto la mirada desde dentro. ¿Estarían aún ahí, aletargados? Era horrible pensar que tal vez se estuvieran pudriendo ahí debajo, con la mirada fija en la oscuridad.

Algo brilló en el ojo del oso amarillo, de manera casi imperceptible. John tomó aire. Echó un vistazo detrás de él, en busca de la luz que pudiera

haberse reflejado en la superficie de plástico, pero no estaba claro de dónde podía haber salido. «Vuelve», rogó en silencio, con la esperanza de ver de nuevo el destello.

—John. —La voz de Jessica lo devolvió a la realidad—. John, no creo que esto haya sido una buena idea.

El chico se volvió hacia ella y se puso de pie. Tenía calambres en las piernas. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, mirando los ojos ciegos de la mascota?

—Creo que aún hay alguien ahí dentro —dijo despacio.

—Puede, pero esto no está bien. —Jessica volvió a mirar los trajes.

Se les había movido la cabeza, ahora estaba inclinada hacia arriba, de manera artificial, hacia John y Jessica.

La chica gritó y él se oyó a sí mismo exclamar algo ininteligible, dando un salto hacia atrás, como si le hubiera picado un bicho. Todos lo miraban fijamente. John dio tres pasos de prueba hacia la izquierda: parecía que lo seguían; tenían la mirada fija en él, y solo en él.

Clay había cogido una pala y la agarraba como si fuera un bate de béisbol, preparado para golpear.

—Es hora de irse. —Dio un paso adelante.

—¡Para! ¡Tranquilo! —exclamó John—. Saben que no somos sus enemigos. Estamos aquí porque necesitamos que nos ayuden.

John señaló a las criaturas con las manos abiertas. Clay bajó la pala, pero no la soltó. John miró a Jessica, que asintió rápidamente con la cabeza. El chico volvió a encararse a las mascotas.

—Estamos aquí porque necesitamos vuestra ayuda —repitió.

Las mascotas lo miraron inexpresivas.

—¿Os acordáis de mí? —preguntó con torpeza.

Las mascotas seguían mirándolo fijamente, tan inmóviles en sus nuevas posturas como lo estaban antes.

—Por favor, escuchadme —continuó—. Charlie, os acordáis de ella, ¿verdad? Claro que sí. Se la han llevado… unas criaturas como vosotros, pero distintas.

John miró a Jessica, pero ella estaba observándolo todo, ansiosa, confiándole a él la situación.

—Han sido unos trajes animatrónicos, que estaban enterrados debajo de la casa de Charlie. No sabemos qué hacían allí. —John tomó aire—. No creemos que los construyera Henry, sino William Afton.

En cuanto John dijo ese nombre, los robots empezaron a temblar, a convulsionarse. Era como si la maquinaria hubiera arrancado con una corriente de una potencia superior a la que podían soportar.

—¡John! —exclamó Jessica.

Clay dio un paso adelante y agarró a John del hombro.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Jessica, ansiosa.

Las mascotas se sacudían con violencia, agitando los brazos y las piernas. Se golpeaban la cabeza contra la pared, con gran estruendo. John se quedó plantado en el sitio, dividido entre el impulso de correr hacia ellos e intentar ayudar, y las ganas de echar a correr.

—¡Vámonos ya! —exclamó Clay, y su voz se elevó por encima del ruido.

Tiró de John hacia atrás.

Juntos volvieron a subir por las escaleras. Clay los seguía con la pala levantada, lista para defenderse. John miró cómo se agitaban las mascotas en el suelo hasta que desaparecieron de su vista.

—¡Necesitamos vuestra ayuda para encontrar a Charlie! —exclamó por última vez, y Clay cerró la puerta de un golpe y apagó los fusibles.

—Vamos —dijo el policía.

Lo siguieron, perseguidos por el terrible clamor de los golpes en el piso de abajo, solo ligeramente amortiguado. Clay los llevó al estudio que conectaba con el salón y cerró la puerta con llave.

—Están subiendo —dijo John, y se paseó de un lado al otro, mirando al suelo.

El sonido del metal contra el metal. Algo sonó como si se hubiera golpeado contra la pared. El eco resonó a través del suelo.

—Bloquea la puerta —ordenó Clay.

El policía agarró la mesa de la esquina por un lado. John la cogió por el otro y Jessica retiró dos sillas y una lámpara para dejarles paso. Pusieron la mesa delante de la puerta, mientras, bajo ellos, algo raspaba el hormigón como si se arrastrara.

Unos pasos fuertes agitaron los cimientos de la casa. El gemido agudo de aparatos electrónicos estropeados vibraba en el aire, a una frecuencia tan alta que resultaba casi imposible oírlo. Jessica se frotó los oídos.

—¿Vienen a por nosotros? —preguntó.

—No. Bueno, no creo —respondió John, y miró a Clay en busca de confirmación, pero este tenía la mirada fija en la puerta.

El gemido se intensificó y Jessica se golpeó las orejas con las manos. Los pasos sonaban cada vez más fuerte. Había un ruido de madera resquebrajándose.

—Sujetad la puerta —susurró Clay.

Se oyó un golpe seco y luego otro. John, Jessica y Clay se agazaparon detrás de la mesa, como si así pudieran esconderse mejor. Les llegó el sonido de otro golpe, y después un ruido de madera astillándose. Los pasos que retumbaban en el suelo, cada vez se acercaban más. John intentó contarlos, para ver si las criaturas estaban juntas, pero se solapaban demasiado. Sonaban unos sobre otros y el ruido le sacudía los dientes y le retumbaba en el pecho. Parecía que ese sonido bastara para llegar a romperlo en mil pedazos.

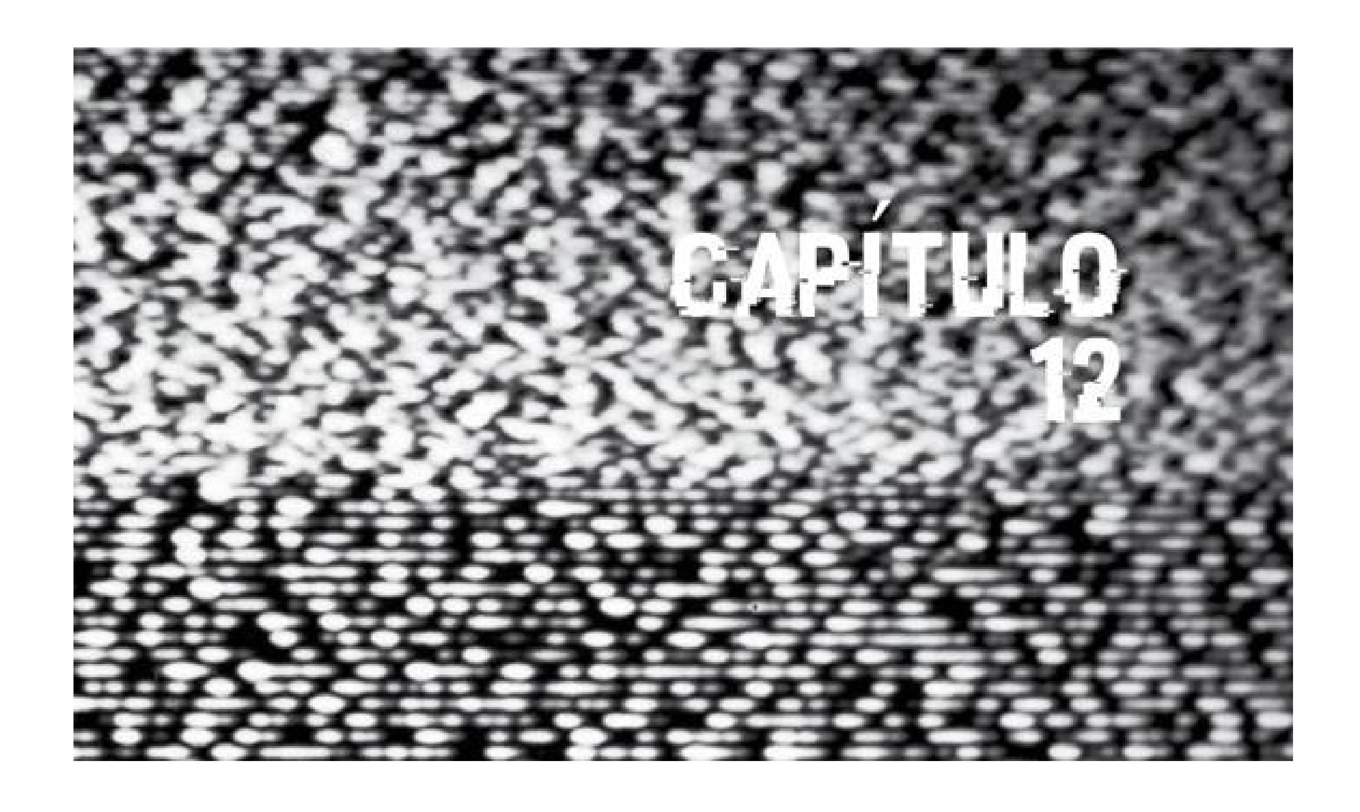
Entonces, deprisa, los pasos se fueron atenuando hasta desaparecer. Durante un buen rato, no se movió nadie. John respiraba con dificultad; se acababa de dar cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Miró a los demás. Jessica tenía los ojos cerrados y se sujetaba las manos con tanta fuerza que las puntas de los dedos se le habían puesto blancas. John se estiró y le tocó el hombro; ella pegó un brinco y abrió los ojos de repente. Clay ya estaba en pie, tirando de la mesa.

—Vamos, John —dijo—. Ayúdame a quitar esto del medio.

—Claro —respondió John, inseguro.

Juntos echaron la mesa a un lado y se dirigieron al vestíbulo a toda prisa. La puerta principal estaba abierta de par en par hacia la noche. John fue corriendo a mirar.

Fuera, el césped estaba levantado por donde habían pasado las mascotas. Las huellas se veían perfectamente y eran fáciles de seguir: conducían directamente al bosque. John echó a correr detrás de ellos, Clay y Jessica le pisaban los talones. Cuando llegaron a los árboles, disminuyeron la marcha. En la distancia, John vio un movimiento borroso durante solo un segundo y, con un gesto, les dijo que esperaran. Los iban a seguir, pero era mejor que el líder del grupo no los viera.



El mundo tronaba alrededor de Charlie, agitándola rítmicamente hacia delante y hacia atrás. Objetos extraños la pinchaban cada vez más fuerte a medida que se sacudía. Charlie abrió los ojos y recordó dónde estaba, o mejor dicho, dentro de dónde estaba. La horrible imagen del Freddy deforme absorbiéndola con la boca como una serpiente le vino a la cabeza, y volvió a cerrar los ojos y a morderse los labios por dentro para no gritar. Entonces comprendió que los ruidos eran pasos: los animatrónicos estaba en marcha.

Con cada golpe en el suelo, sentía la cabeza a punto de estallar, y así le resultaba muy difícil pensar con claridad. «Debo de haberme quedado inconsciente cuando me metieron aquí», pensó. El tronco de la criatura estaba conectado a la cabeza por un cuello ancho que quedaba casi a la altura del suyo, aunque la cabeza de la bestia era casi medio metro más alta.

Era como estar mirando una máscara por dentro: el hueco de un hocico que salía hacia fuera, las esferas en blanco de la parte de atrás de los ojos. Cuando inclinaba la cabeza hacia arriba, con cuidado, incluso podía ver el tornillo que sujetaba el sombrero de copa.

Charlie tenía las piernas doloridas y dobladas en un ángulo extraño, encajadas entre las piezas de la máquina. Debía de llevar un buen rato en esa postura, pero no sabía cuánto. Tenía los brazos constreñidos, alejados del cuerpo y metidos en las mangas del traje. Tenía el cuerpo lleno de pinchazos, moratones y cortes que se hacían más profundos a medida que rozaba contra los trocitos de hierro y metal que sobresalían del traje. Charlie sentía que le salía sangre en media docena de sitios. Se moría de ganas de limpiársela, pero no sabía cuánto podía resistir sin activar los resortes. Le vino a la mente la primera víctima de asesinato, los cortes que cubrían su cuerpo de una forma que casi parecía decorativa. Pensó en los gritos de Dave al morir y en el cadáver hinchado debajo del escenario de La Cueva del Pirata. «Eso no me puede pasar a mí. No puedo morir así.»

Charlie le había dicho a Clay que sabía lo de los trajes con resortes. Las piezas del animatrónico podían estar plegadas, dejando espacio a una persona para usarlo como traje, o desplegadas, de manera que la mascota funcionara como robot. Pero eso es lo que Charlie sabía de Fredbear's Family Diner; esta criatura era distinta. Estaba en el hueco hecho para una persona, pero el traje se movía con total autonomía. El interior estaba lleno de metal y de cables, todo excepto el espacio que ocupaba Charlie.

El animatrónico se sacudió inesperadamente hacia un lado, y ella se golpeó de nuevo contra el lateral dentado, con más fuerza que antes. Esta vez gritó, incapaz de contenerse, pero Freddy no aminoró la marcha. O bien no la había oído, o bien no le importaba. Charlie apretó los dientes, en un intento de mitigar los golpes que sentía en la cabeza.

«¿Adónde vamos?» Charlie inclinó la cabeza hacia un lado y hacia el otro, y miró a través de los agujeros del traje roto del animatrónico. Había solo un par de ajujeros, pequeños, a ambos lados del torso de la bestia. Lo único que reconocía era el bosque: árboles que pasaban a toda prisa en la oscuridad mientras se apresuraban hacia su misterioso destino. Suspiró frustrada, los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas. «¿Dónde estás? ¿Estoy más cerca de ti? Sammy, ¿estás ahí?»

Dejó de buscar pistas en el exterior y miró hacia delante por dentro del

traje. «Tranquilízate —dijo la voz de la tía Jen en su cabeza—. Estate tranquila siempre. Es la única forma de pensar con claridad.» Charlie miró hacia la máscara, a los rasgos invertidos de la versión retorcida de Freddy.

De repente, las esferas en blanco se giraron hacia dentro; unos ojos de plástico la miraron impasibles. Charlie gritó y se echó hacia atrás. Algo detrás de ella saltó, liberando contra su costado una pieza de metal que era como un látigo. Se quedó congelada de terror. «No, por favor.» Nada más saltó. Después de un rato, Charlie volvió con cuidado a su sitio e intentó no mirar los brillantes ojos azules que la acechaban desde arriba. Cada vez que respiraba, sentía un pinchazo de dolor en el costado, donde le había golpeado la pieza de metal. Se preguntó, aterrorizada, si le habría roto una costilla. Antes de que pudiera asegurarse, el animatrónico volvió a sacudirse hacia un lado. Charlie se cayó y se dio un cabezazo tan fuerte que le resonó por todo el cuerpo. Se le nubló la vista y volvió a quedar inconsciente. Lo único que veía eran los ojos de Freddy, que la vigilaban.

A John le empezaron a arder los pulmones y sentía que las piernas se le volvían de goma a medida que corrían y corrían por el bosque. Tenía la sensación de que llevaban horas corriendo, aunque eso era imposible. El cansancio le estaba jugando una mala pasada. Las huellas se habían borrado. Cuando entraron en el bosque, se habían guiado por los árboles. Seguían el rastro de cortezas desgarradas, de ramas rotas e incluso de raíces arrancadas allí donde unos pies gigantes y descuidados habían pisado.

Pero las señales cada vez estaban más alejadas entre sí. Ahora John iba corriendo en la dirección a la que parecía que se habían dirigido las criaturas.

En realidad, era muy probable que estuviera perdido.

Al correr alrededor de los árboles, subir y bajar montículos y tropezar en el terreno accidentado, John empezó a perder por completo el sentido de la orientación. Delante de él, Jessica avanzaba con confianza, deprisa. La siguió, pero tal vez estuvieran corriendo en círculos.

Detrás de él, Clay caminaba cada vez más despacio y respiraba con dificultad. Jessica, un poco más adelante, volvió sobre sus pasos y dejó que la alcanzaran.

—Vamos, chicos. Ya casi estamos —dijo con energía.

—¿Casi estamos dónde? —preguntó John, intentando controlar su tono de voz.

—Solo intento animaros —respondió ella—. Estuve tres años en el equipo de esquí de fondo del instituto.

—Bueno, yo siempre he sido más de levantar peso, ¿sabes? —John resolló, claramente a la defensiva.

—¡Vamos, Clay, tú puedes! —exclamó Jessica.

John miró hacia atrás. Clay había dejado de correr y estaba inclinado hacia delante con las manos en las rodillas, jadeando. John redujo la marcha, aliviado. Se dio la vuelta. Jessica exhaló un suspiro de frustración y lo siguió hasta donde estaba Clay.

—¿Estás bien? —preguntó John.

El policía asintió y le hizo un gesto con la mano.

—Sí, sí —dijo—. Seguid, que ya os alcanzo.

—¿Y hacia dónde seguimos? —preguntó John—. Vamos a ciegas. ¿Cuándo fue la última vez que viste huellas?

—Hace un rato —respondió Clay—, pero se dirigían hacia aquí. Es todo lo que tenemos.

—Pero eso no es suficiente para continuar. —John alzó la voz, frustrado—. No tenemos ningún motivo para pensar que hayan ido en esta dirección.

—Los estamos perdiendo —insistió Jessica. Estaba corriendo sin moverse; su coleta saltaba como un animalillo nervioso.

Clay sacudió la cabeza.

—No, ya los hemos perdido.

Jessica dejó de correr, pero siguió cambiando el peso de un pie al otro.

—¿Y ahora qué?

Algo se agitó entre los árboles, delante de ellos. Jessica cogió del brazo a John y después lo soltó, visiblemente avergonzada. El sonido volvió. John se quedó mirando en la dirección desde la que provenía y levantó la mano para decirles a los demás que se quedaran en su sitio. Se abrió camino con cuidad, miró una vez hacia atrás y se dio cuenta de que Jessica y Clay lo seguían de cerca, a pesar de sus intentos por mantenerlos al margen.

Unos metros más adelante, los árboles dieron paso al campo abierto. Habían llegado a la linde del bosque. Jessica ahogó un gritó y un segundo más tarde John lo vio. En medio del claro, una figura se erguía en la oscuridad. Era casi plana y no tenía rasgos marcados; apenas se distinguía

de las sombras. John entornó los ojos, para verlo mejor, para asegurarse de que lo estaba viendo. Unos cables negros y pesados se extendían sobre sus cabezas como un toldo, pero, por lo demás, el campo estaba despejado. Aunque estaba oscuro, no había forma de acercarse a la figura sin que los vieran.

Así que John irguió los hombros y echo a andar despacio hacia ella.

El campo estaba descuidado; la hierba alta le rozaba las rodillas al caminar. Tras él, Jessica y Clay pisaban ramas y hojas, que crujían bajo sus pies a cada paso. El viento hacía que la hierba les golpeara las piernas como un látigo, y soplaba con más fuerza a cada paso que daban. Casi en medio del campo, John se detuvo, atónito. La figura seguía allí, pero parecía estar más lejos de ellos que al principio. Se volvió para mirar a Jessica.

—¿Se mueve? —susurró ella.

John asintió con la cabeza y volvió a caminar, sin levantar la vista de la figura en la sombra.

—John, ¿se parece a… Freddy?

—No sé qué es —respondió el chico con cautela—. Pero creo que quiere que lo sigamos.

«No puedo respirar.» Charlie tosió y sintió arcadas. Se despertó de repente. Estaba tumbada de espaldas y le caía tierra encima. Se le metía en la boca, le tapaba la nariz y los ojos. Escupió, sacudió la cabeza y parpadeó deprisa. Intentó levantar los brazos, pero no podía moverlos. De repente recordó que estaban atrapados en las mangas del traje y que se mutilaría si intentaba sacarlos.

«Enterrada viva. Me están enterrando viva.» Abrió la boca para gritar y se le metió más tierra hasta la garganta, lo que le provocó aún más arcadas. Charlie sentía el pulso en el gaznate, que la ahogaba desde dentro, como la tierra lo estaba haciendo desde fuera. El corazón le latía demasiado deprisa y se estaba mareando. Empezó a respirar más rápido en un intento vano por llenarse los pulmones de aire. Lo único que consiguió fue remover la tierra e inhalarla. Escupió, expulsando la tierra de la garganta antes de tragarla; giró la cabeza hacia un lado, lejos de la tierra que caía como si fuera lluvia. Tomó aire, temblorosa, y se le agitó el pecho. Volvió a respirar. «Estás hiperventilando —se dijo a sí misma, muy seria—. Tienes que parar. Tienes

que tranquilizarte. Necesitas pensar con claridad.» El último pensamiento le vino con la voz de la tía Jen. Se quedó mirando el costado del traje y tomó aire, sin pensar en la tierra que se le metía en los oídos y le resbalaba por el cuello, hasta que el corazón le empezó a latir a un ritmo más lento y pudo volver a respirar casi con normalidad.

Charlie cerró los ojos. «Tienes que liberar los brazos.» Concentró toda su atención en el brazo izquierdo. La camiseta le dejaba la piel de los brazos al aire, en contacto directo con el traje, así que podía sentir todo lo que tocaba. Con los ojos aún cerrados, Charlie empezó a dibujar un mapa. «Hay algo en los hombros, a ambos lados, y un espacio justo debajo. Hay una línea de pinchos que llegan hasta el codo por fuera, y por dentro… ¿cómo se llama eso?» Movió el brazo con cuidado, hacia delante y hacia atrás, para intentar visualizar esos objetos. «No son resortes.» Se quedó helada y volvió a concentrarse en el lugar en el que el brazo se unía al torso. «Eso son resortes. Vale, vamos allá. Las manos.» Dobló un poco los dedos: las mangas eran anchas y las manos (que le llegaban más o menos a los codos de la criatura) estaban menos oprimidas que el resto del cuerpo. Volvió a escupir tierra e intentó no pensar en que seguía cayendo sin parar y se apilaba a su alrededor. «Respira. Mientras puedas.» Apretó los dientes, se imaginó la manga que le cubría el brazo y se puso a intentar desembarazarse de ella. Bajó el hombro, lo giró hacia delante, contuvo la respiración y sacó el brazo unos diez centímetros. Charlie suspiró nerviosa. Su hombro estaba a salvo de los resortes. «Ya pasó la peor parte. El resto del brazo no tiene por qué tocarlos si tengo cuidado.» Prosiguió, evitando aquellas cosas que creía que podían saltar o clavársele en la piel. Cuando ya tenía medio brazo fuera, con el codo en el hombro del traje, giró el brazo demasiado rápido y oyó un chasquido. Se quedó mirando el hombro del traje, horrorizada, pero no era un resorte. Algo más pequeño había saltado y ahora sentía el escozor de una herida abierta. «Vale. No pasa nada.» Volvió a ponerse manos a la obra.

Unos minutos después, tenía el brazo libre. Lo dobló un par de veces en el pequeño espacio del que disponía, como si nunca hubiera tenido un brazo. «Ahora el otro.» Se limpió la cara con la mano, se quitó la tierra, cerró los ojos y volvió a empezar, ahora con el brazo derecho.

Tardó menos tiempo en quitarse la segunda manga, pero el cansancio y la tierra, que cada vez se amontonaba en mayores cantidades a su alrededor,

hicieron que Charlie tuviera menos cuidado. En dos ocasiones activó dos pequeños mecanismos, que le amorataron la piel, pero no le hicieron ningún corte. Se soltó demasiado rápido y golpeó uno de los resortes, pero consiguió soltar la mano justo antes de que se activara. El brazo se agitó mientras el esqueleto robótico se desplegaba con un ruido como de petardos. Charlie se llevó la mano al pecho y se la agarró a la altura del corazón, que le latía desbocado. «Podría haber sido… Pero no lo fue. No fui yo. Céntrate. Las piernas.»

Tenía las piernas sujetas en su sitio, como antes tenía los brazos. Pero estaban en una postura rara, metidas entre las barras de metal que recorrían el cuerpo de la mascota. Como no tenían que soportar el peso de su cuerpo, le fue posible maniobrar. Con cuidado, Charlie levantó la pierna derecha en el aire y la pasó por encima de la barra hasta el centro del torso. Nada saltó. Hizo lo mismo con la pierna izquierda.

Con las extremidades libres, Charlie miró al animatrónico, a la puerta que conducía a la cavidad en el pecho. El pestillo estaba en la parte de fuera, pero estas criaturas eran viejas y tenían las piezas oxidadas y frágiles. Estiró las manos y las apoyó sobre el metal, para palpar los resortes y otros aparatos. No veía muy bien desde donde estaba, con la cabeza encajada, y no se podía escurrir de forma segura. «A menos que…»

La tierra se había apilado casi un metro a cada lado de la cabeza y le cubría la mitad inferior del cuerpo. Charlie dejó la puerta a un lado por un momento y empezó a removerla despacio. Levantó la cabeza ligeramente y escarbó el montón con las manos, metiendo la tierra que sacaba en el espacio que había dejado libre. Se meció hacia delante y hacia atrás, ayudándose de las manos para empujar la tierra bajo su cuerpo, hasta que consiguió tumbarse sobre una pequeña capa, como si fuera un colchón fino. No la protegería si saltaban los resortes, pero amortiguaría el golpe, y probablemente la ayudaría a no empujar nada y a evitar que el propio traje la empalara viva. Echó un vistazo a la manga que se había activado, llena de pinchos de metal y plástico duro. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Se agachó hasta que pudo ver el tórax, puso las manos en el centro y empezó a empujar hacia arriba con todas sus fuerzas. Unos segundos después, el pecho se abrió y la tierra cayó dentro del traje, como un torrente. Charlie tosió y giró la cabeza, pero siguió empujando mientras la tierra le caía encima. Consiguió abrir la cavidad unos treinta centímetros, se agachó

debajo y se tomó un respiro. «¿A cuánta profundidad estoy?», pensó en un primer momento. Si estuviera enterrada a dos metros, podría estar escapándose para ahogarse en el último momento. «¿Qué más puedo hacer?» Charlie cerró los ojos, cogió aire y contuvo la respiración. Después se impulsó hacia las puertas y se dispuso a escarbar para salir de la tumba.

La tierra no estaba dura, pero aun así le costó lo suyo: rascó y cavó con las manos, y deseó tener una herramienta al ver que se le rompían las uñas y empezaba a sangrar. Mientras cavaba, los pulmones le dolían y le escocían, instándola a que respirara. Frunció el rostro todo lo que pudo y siguió rascando la tierra. «¿Estás ahí fuera? Ahora voy, pero ayúdame, por favor, tengo que salir de aquí. Por favor, puedo morir aquí, enterrada vi…»

Una mano emergió a la superficie y la retiró de golpe, asustada. Aire. Jadeó agradecida hasta que se recuperó de la falta de oxígeno. Entonces cerró los ojos y golpeó con los puños el pequeño agujero que había sobre su cabeza, rompiendo los lados hasta que consiguió abrirlo lo suficiente para pasar por él. Charlie se levantó. Aún tenía los pies apoyados en la cavidad del traje. Había estado enterrada a menos de medio metro de profundidad. Apoyó los pies en las puertas medio abiertas y salió del hoyo, impulsándose hacia arriba. Se dejó caer a un lado, temblando de cansancio. «Aún no estás a salvo —se increpó a sí misma—. Tienes que levantarte.» Pero no era capaz de moverse. Se quedó mirando, horrorizada, al agujero del que había escapado, con la cara empapada en lágrimas.

Pasaron minutos u horas. Había perdido por completo la noción del tiempo. Por fin, haciendo acopio de todas sus fuerzas, consiguió elevarse hasta sentarse y se limpió la cara. No sabía dónde estaba, pero hacía fresco y no soplaba nada de viento. Estaba dentro de algún lugar y en la distancia se oía el correr del agua. Una vez pasado el efecto de la adrenalina, le volvió a doler la cabeza. Le palpitaban las sienes al ritmo de su corazón. Le dolía todo el cuerpo, no solo la cabeza. Estaba cubierta de golpes, tenía la ropa llena de manchas de sangre. Ahora que ya no se ahogaba, volvía a sentir pinchazos en las costillas cada vez que cogía aire. Charlie se palpó el torso, para ver si había algo fuera de sitio. Los moratones eran visibles, sobre todo donde el traje la había golpeado, pero no tenía nada roto.

Charlie se puso en pie. Se le había pasado el dolor lo suficiente para moverse y orientarse. Cuando miró a su alrededor, se le heló la sangre.

Era Freddy Fazbear’s Pizza.

«No puede ser.» Sintió de nuevo una ola de pánico. Miró a su alrededor, nerviosa, y retrocedió, alejándose del agujero del suelo. «Las mesas, el carrusel de la esquina, el escenario…, los manteles azules.»

—Pero los manteles de Freddy's no eran azules —dijo.

No obstante, el alivio inicial pronto se vio ensombrecido por la preocupación. «Entonces ¿qué es este lugar?»

El comedor era más grande que el de Freddy's, aunque había menos mesas. El suelo era de baldosas blancas y negras, pero algunas estaban levantadas y dejaban ver la tierra que había debajo. Desentonaba con todo lo demás, que parecía acabado y nuevo, a pesar del polvo. Cuando se giró hacia la pared de enfrente, vio que la estaban observando. Unos grandes ojos de plástico la miraban en la oscuridad y parecían identificarla como una intrusa. Pelo y picos y ojos se alineaban contra la pared, como un pequeño ejército.

Durante un buen rato se quedó quieta, preparándose. Pero los animatrónicos no se movieron. Charlie dio un pasito hacia un lado, y luego hacia el otro; no la siguieron con la mirada. Las criaturas miraban hacia delante, sin ver. Su mirada estaba clavada en unos puntos fijos. Algunas tenían cara de animales, otras estaban pintadas como si fueran payasos, y otras tenían un aspecto inquietantemente humano.

Charlie se acercó y vio sobre qué se apoyaban. A lo largo de la pared, había una serie de juegos de Arcade y atracciones de feria puestos en fila, cada uno de ellos con su bestia guardiana o una cara gigante encima. Todas tenían la boca abierta de par en par, como si estuvieran riéndose o animando un espectáculo invisible. Mirando en la oscuridad, Charlie descubrió que los animales tenían posturas poco naturales, con sus cuerpos retorcidos de una forma que ningún animal sería capaz de imitar. Examinó las caras de anchas bocas de nuevo y sintió un escalofrío. Con esos cuerpos retorcidos de forma tan tortuosa, parecía que estuvieran gritando de dolor.

Charlie tomó aire. A medida que se calmaba, empezó a oír la música que provenía de los altavoces que había arriba. Era una música tranquila, familiar, pero no era capaz de identificarla.

Se acercó hasta la máquina más cercana. Una criatura retorcida, con aspecto de pájaro con un pico ancho y curvo presidía una vitrina grande con un lago artificial. Filas de patos inmóviles esperaban sobre el lago de papel a que unas bolas de goma los derribaran. Charlie volvió a elevar la vista

hacia la criatura que se asomaba en la parte superior de la máquina. Tenía las alas desplegadas y la cabeza hacia arriba, como si estuviera inmersa en una compleja danza. Proyectaba una sombra delante de la máquina, donde debería estar el jugador. Charlie se giró; no se acercó ni un paso más. Además del lago con los patos, había tres máquinas de Arcade en fila, una junto a otra, con las pantallas llenas de polvo. Sobre ellas, tres grandes chimpancés se agarraban al borde superior de la pantalla con los dedos de los pies. Tenían los brazos levantados, congelados en movimiento, y mostraban los dientes con alegría, rabia o miedo. Charlie los miró un momento a los dientes: eran largos y amarillos.

Había algo que le molestaba en esas máquinas. Las miró de arriba abajo con cuidado, pero no le vino nada a la memoria. Ninguna estaba encendida. Y no había visto antes ninguno de los juegos. Limpió el polvo de la pantalla de la consola y dejó al descubierto una pantalla negra brillante. Vio que su cara, distorsionada por el cristal curvado, solo tenía algunos golpes y un par de cortes visibles. Avergonzada, Charlie se peinó con la mano.

«Espera.» En Freddy's Pizza había imágenes fantasma que se habían quedado grabadas a fuego en las pantallas de las máquinas de Arcade tras años y años de uso. Charlie pulsó un par de botones, para probar. Estaban rígidos y brillantes: sin tocar.

—Por eso parece tan vacío —le dijo al mono que estaba encima de ella —. Aquí nunca ha habido nadie, ¿verdad?

El simio no respondió. Charlie miró a su alrededor. Había una puerta a su izquierda; de la habitación contigua le llegaba el brillo azulado de una luz negra que estaba fuera de su ángulo de visión. Charlie se acercó a la luz, entró por la puerta y llegó a otra sala de juegos y atracciones. Allí también las guardaban mascotas, algunas más reconocibles que otras. Charlie se tambaleó un segundo y se llevó la mano a la frente.

—Qué raro —susurró, recobrando el equilibrio.

Volvió la vista hacia el lugar desde el que había llegado allí. «Debe de ser la luz, que me está mareando», pensó.

—¿Hola?

Alguien la llamó a lo lejos. Charlie se giró como si le hubieran gritado al oído. Contuvo la respiración y esperó a que se repitiera. Era una voz aguda y asustada, de un niño. La repentina sensación de vida en aquel lugar la sacudió, como si la hubiera despertado de un sueño.

—¡Hola! —respondió ella—. Hola, ¿estás bien? No voy a hacerte daño.

Charlie miró a su alrededor. Allí el sonido del agua era más fuerte, y por eso le resultaba más difícil saber a cuánta distancia estaba la voz. Se movió deprisa por la sala, haciendo caso omiso de las criaturas de ojos grandes y los juegos raros y llamativos. Una mesa sencilla con mantel, en una esquina, le llamó la atención; se acercó hacia ella deprisa. Se agachó, procurando mantener el equilibro, y levantó el mantel. Unos ojos le devolvieron la mirada y Charlie se sobresaltó. Después recuperó la calma.

—No pasa nada —susurró levantando del todo el mantel.

El brillo de aquellos ojos se desvaneció con la ráfaga de luz. Al final, no había nadie.

Charlie se apoyó las manos en la frente y apretó fuerte un momento, intentando protegerse del dolor cada vez más agudo que sentía en las sienes.

Cruzó una puerta más, ya no tenía muy claro de dónde venía, y encontró el origen del agua corriente. Del centro de la pared que estaba a su izquierda manaba una cascada que caía hasta una roca que sobresalía varios centímetros y abajo se encontraba con un riachuelo. El agua surgía de una cañería gruesa que la roca solo escondía en parte. El riachuelo de debajo era de un metro escaso de ancho. Cruzaba la sala de lado a lado, dividiendo en dos el suelo, e iba a morir a una gruta.

Charlie se quedó mirando, maravillada por el agua. Después de un rato se fijó en una grieta en la pared de roca que estaba detrás de la cascada; era de la anchura suficiente para que pudiera pasar por ella una persona.

—¿Hola? —dijo Charlie de nuevo, pero sin mucho entusiasmo.

Allí, el agua sonaba más fuerte que en cualquier otro sitio. Tardó un segundo en darse cuenta de que se trataba de una grabación, que tapaba el sonido real del agua.

Examinó el resto de la sala: estaba vacía, de no ser por la catarata y el riachuelo, pero se fijó en que el suelo tenía un borde gris. «No, es un camino.» Era más estrecho que una acera y estaba pavimentado con adoquines cuadrados de color gris. Recorría el perímetro de la pared curvada y dibujaba el camino hacia la cascada, que llevaba a un estrecho pasadizo bajo la propia caída de agua. Charlie se agachó a tocar las piedras: parecían de plástico duro, con un acabado burdo. Era probable que el camino sirviera para cuando la sala estuviera llena de atracciones. Charlie podría simplemente cruzar la sala. Probablemente.

Pisó los adoquines con cuidado. Esperaba que se hundieran bajo su peso, pero aguantaron. La aspereza artificial de la superficie de las rocas le hacía daño al caminar. Siguió el camino con diligencia, siempre cerca de la pared. Tenía la sensación de que apoyar los pies en el suelo podría ser peligroso.

Cuando llegó a la cascada, se acercó a la grieta y tocó la superficie de la roca con cuidado. Estaba hecha del mismo material que los adoquines. Como el camino, la pared era de plástico duro, sólido, pero, como parecía hecha de rocas, le resultó frágil al tacto. Charlie retiró las manos y se las secó en los pantalones. Dio un paso a un lado, con cautela, y se metió por la grieta de detrás de la cascada. No era muy profunda, pero se detuvo unos minutos en el centro. Se sintió atrapada por la oscuridad, aunque veía luz a ambos lados. Sintió una presión en el pecho y cerró fuerte los ojos. «Tranquila. Concéntrate en lo que te rodea», pensó. Tomó aire y escuchó.

De pie bajo la cascada, el sonido de la grabación se oía amortiguado. Creía que podía oír el agua de verdad, corriendo sobre su cabeza y cayendo delante de ella, aunque no pudiera verla. También había algo más, discreto pero claro. Por encima de ella, o tal vez por detrás, oía chirriar un engranaje. Una máquina revolvía el agua, la hacía correr en un ciclo constante y lo mantenía todo en funcionamiento. El ruido de la máquina la tranquilizó; el pánico disminuyó, y abrió los ojos. Dio otro paso a un lado, dirigiéndose hacia la luz, y se golpeó los dedos de los pies contra algo duro. Se sobresaltó por el dolor. El objeto volcó y chapoteó al caer. Charlie apretó los dientes, esperó a que se le pasara el dolor en los dedos y entonces se acuclilló. Era una lata de gasolina. «Para la catarata», pensó al oír el ruido de la maquinaria sobre su cabeza. Había algunas más, situadas cuidadosamente contra la pared, pero esta estaba en medio del camino. Si hubiera ido más deprisa, habría tropezado con ella. La puso junto a las demás y caminó decidida hacia el otro lado de la sala.

—¿Hola?

Esa voz de nuevo, esta vez un poco más alto. Charlie se puso recta, alerta de pronto. Venía de más adelante. En esta ocasión no respondió, pero se acercó con cuidado a ella, sin salirse del camino, pegada a la pared.

El pasillo se abrió dando paso a otra sala. Las luces allí eran más tenues. En la esquina contraria a la de Charlie, había un pequeño carrusel, pero parecía haber algo más. Charlie echó un vistazo a su alrededor y se quedó sin aliento. El niño estaba allí, inmóvil, casi escondido entre las sombras en

la esquina más alejada de la habitación.

Charlie se acercó despacio, con miedo a lo que se podía encontrar. Parpadeó y sacudió la cabeza; volvió a sentirse mareada. La habitación le daba vueltas. «¿Quién eres? ¿Estás bien?», quería preguntar, pero se quedó callada. Se acercó un poco más y lo vio más claramente. Era otro animatrónico, o puede que un muñeco normal, que parecía un niño que vendía globos.

Mediría un metro veinte y tenía el cuerpo y la cabeza redondos, y los brazos casi tan largos como las piernas, fornidas. Llevaba una camiseta de rayas rojas y azules, así como una visera con hélice a juego. Era de plástico, pero su cara brillante tenía un toque anticuado. Sus rasgos recordaban a los de los muñecos de madera de los cuentos. Su nariz era un triángulo; sus mejillas, dos círculos en relieve de un color rosa oscuro. Tenía los ojos enormes, redondos y observadores, y la boca abierta en una sonrisa que mostraba su dentadura blanca y perfecta. Sus manos eran bolas sin dedos, y cada una de ellas sostenía un objeto. En una, atado a un palo, llevaba un globo rojo y amarillo, casi de la mitad de su tamaño. En la otra, una pancarta en la que ponía: ¡GLOBOS!

No se parecía en nada a las criaturas que hacía el padre de Charlie, ni siquiera a los animatrónicos que la habían secuestrado. Eran horribles: copias retorcidas del trabajo de su padre. Este niño era distinto. Dio una vuelta a su alrededor y sintió la tentación de tocarlo con el dedo, pero se contuvo. «No te arriesgues a activar algo.»

—No estás mal —murmuró Charlie, sin quitarle los ojos de encima.

La figura seguía sonriendo, con los ojos abiertos en la oscuridad. Charlie centró su atención en el resto de la sala. Miró pensativa al carrusel, lo único que había además del niño. Estaba demasiado lejos para identificar los animales.

—¿Hola? —dijo la voz, justo detrás de ella.

Se giró justo a tiempo para ver al niño volverse hacia ella en un solo giro. Charlie gritó y se fue corriendo por donde había venido, pero el suelo empezó a agitarse, como si hubiera algo enterrado que quisiera salir. Corrió hacia atrás mientras el suelo volvía a moverse. Algo emergió a la superficie.

Charlie corrió al carrusel, el único escondite de la sala. Se agachó detrás, y se tumbó bocabajo para ocultarse por completo tras la base. Miró al suelo y escuchó los ruidos amortiguados de arañazos y golpes de una criatura que

salía de su tumba. La sensación de mareo volvió a apoderarse de ella. Las baldosas blancas y negras se mecían bajo su cuerpo. Intentó elevarse para mirar por encima del carrusel, pero la cabeza le pesaba como si estuviera hecha de plomo. El peso no le permitía levantarse y amenazaba con dejarla clavada en el suelo. «En esta sala está pasando algo.» Apretó los dientes y levantó la cabeza de un tirón. Se agarró al carrusel para ponerse en pie y se fue corriendo por donde había llegado, sin mirar atrás.

La sala de los juegos y la luz negra también la mareaban; parecían extenderse en todas direcciones. Todo parecía estar más lejos que antes; las paredes, a kilómetros de distancia unas de otras. Tenía la cabeza abotargada. Intentó recordar dónde estaba, pero no fue capaz, no conseguía orientarse. Avanzó, tambaleándose, y otro montón de tierra se elevó delante de ella. Algo brillaba. Se fijó en las siluetas de las máquinas de Arcade. Sus superficies reflectantes hacían las veces de faros en la oscuridad.

Caminó hacia ellas con dificultad. Se le movía la cabeza de lado a lado; pesaba tanto que apenas podía mantenerla recta. Las paredes rebosaban actividad. Había una serie de cosas deslizándose dispersas por el techo, pero no alcanzaba a ver de qué se trataba: se retorcían por debajo de la pintura. La superficie ondeaba de forma caótica. Había un zumbido extraño en el aire, y aunque acababa de fijarse en él, se dio cuenta de que llevaba sonando todo el tiempo. Se paró en seco y buscó desesperadamente de dónde provenía, pero se le nublaba la vista y pensaba con dificultad. Casi no era capaz de nombrar lo que veía. «Rectángulo —pensó confusa—. Círculo. No. Esfera.» Miró a una figura indefinida y luego a otra, e intentó recordar cómo se llamaban. El esfuerzo la distrajo y volvió a caer al suelo con gran estruendo. Charlie estaba sentada, recta, pero le pesaba tanto la cabeza que parecía que se le iba a caer.

—¿Hola? —volvió a decir una voz.

Se puso las manos en la cabeza y la sostuvo hacia atrás. Miró hacia arriba y vio a varios niños de pie a su alrededor, todos ellos con cuerpos regordetes y grandes sonrisas. «¿Sammy?» Se acercó a ellos de forma instintiva. Los veía borrosos, no distinguía sus rasgos. Parpadeó, pero no se le aclaró la vista. «No confíes en tus sentidos. Algo va mal.»

—¡Atrás! —les gritó Charlie.

Se puso en pie a duras penas y se acercó tambaleándose a las sombras de las máquinas de Arcade. Allí al menos podría esconderse de otras cosas

horribles que la pudieran estar acechando en la sala.

Los niños fueron con ella, corriendo a su alrededor y dejando estelas de color. Aparecían y desaparecían de su vista. Más que caminar, parecía que flotaban. Charlie fijó la vista en las máquinas. Los niños la distraían, pero sabía que se aproximaba algo peor. Podía oír el desagradable ruido del metal y el plástico retorciéndose, así como un chirrido que conocía bien. Unos pies raspaban el suelo y hacían surcos en las baldosas.

Se acuclilló y miró fijamente la puerta abierta más cercana. De repente, sintió la certeza de que ese era el camino por el que había llegado. Reptó desesperadamente hacia ella, a la mayor velocidad que le fue posible sin levantarse. Al final, se desplomó bajo su propio peso y se quedó tirada de nuevo sobre las baldosas. «Tienes que levantarte ahora mismo.» Charlie soltó un grito y se volvió a poner en pie. Echó a correr hasta la siguiente sala, apenas capaz de mantener el equilibrio, y frenó deslizándose. La sala estaba llena de mesas y de atracciones de feria; allí es donde había llegado, pero algo parecía distinto.

Todos los ojos la seguían. Las criaturas se movían y su piel se estiraba de forma orgánica. Abrían y cerraban la boca de golpe. Charlie corrió hacia la mesa que estaba en el centro de la sala, la más grande de todas, con un mantel que casi tocaba el suelo. Se tiró y se metió debajo, haciéndose un ovillo, con las piernas pegadas al cuerpo. Por un momento, se hizo el silencio, y después volvieron las voces.

—¿Hola?

Una voz la llamó desde cerca. El mantel se agitó.

Charlie contuvo la respiración. Miró el fino espacio que quedaba entre el mantel y el suelo, pero solo podía ver un fragmento de las baldosas blancas y negras. Algo pasó corriendo a su lado, demasiado rápido para que pudiera verlo. Charlie ahogó un grito y retrocedió. El mantel volvió a agitarse, y se metió ligeramente bajo la mesa. Ella se puso a cuatro patas. Le estorbaban los brazos y las piernas. El mantel volvió a moverse; esta vez, un remolino de color apareció y desapareció en el espacio que había entre el mantel y el suelo. «Los niños.» La habían encontrado. El mantel volvió a agitarse, pero ahora se movía por todas partes, saltando de arriba abajo cuando los niños se rozaban con él. El rastro extraño y el colorido de movimiento aparecía y desaparecía alrededor de su escondite, y la rodeaba como si fuera un muro de muñecos de papel con vida propia.

«¿Hola?» «¿Hola?» «¿Hola?» Había más de una voz, pero no hablaban a coro. Las voces se superponían hasta que la palabra se convirtió en una capa de sonido sin sentido alguno, borrosa, como los propios niños flotantes.

Charlie giró la cara hacia un lado. Uno de los niños le devolvió la mirada; estaba debajo del mantel y la observaba con la sonrisa congelada y los ojos inmóviles. Ella pegó un brinco y se golpeó la cabeza contra la mesa. Miró a su alrededor desesperada. Estaba rodeada: caras borrosas y sonrientes la miraban desde todos los ángulos posibles. «Uno, dos, tres, cuatro, cuatro, cuatro.» Dio una vuelta torpe a cuatro patas. Dos de los niños hicieron un amago de abalanzarse sobre ella. Charlie se volvió a girar y uno de ellos le saltó encima, nadando bajo el mantel sobre un halo de color azul y amarillo. Charlie se quedó congelada. «¿Qué hago?» Se devanó los sesos, en un intento de despertarlos de su letargo. Otro barrido de color púrpura pasó zumbando a su lado. Entonces, su cerebro se despertó: «¡Corre!».

Charlie gateó hasta el mantel y lo agarró con las manos. Tiró de él y se puso de pie. Lo lanzó tras de sí y echó a correr sin mirar atrás, mientras una voz repetía: «¿Hola?».

Se fue corriendo hasta un cartel que había en medio de la sala y lo derribó al pasar. Entonces una sombra cerca del escenario llamó su atención; se giró bruscamente. Tropezó con una silla y consiguió agarrarse a otra mesa por los pelos. Aún le pesaba demasiado la cabeza, que tiraba de ella hacia delante. Empujó la mesa hacia un lado y consiguió mantenerse en pie. Llegó al escenario. Tras las sombras había una puerta.

Charlie intentó girar el pomo, pero era demasiado blando, demasiado liso, y no pudo girarlo. Lo agarró con las dos manos, hizo fuerza con todo su cuerpo; por fin consiguió moverlo y abrir la puerta. Pasó corriendo y cerró la puerta tras de sí. Palpó en busca de un pestillo. Lo encontró y lo cerró, y entonces rozó con la mano un interruptor.

Una bombilla tintineó un momento y después se encendió del todo: una tenue y solitaria luz naranja iluminó la sala. Charlie se la quedó mirando un minuto, esperando a que luciera con más fuerza. Pero no sucedió nada.

Se apoyó contra una vitrina que había al lado de la puerta y se escurrió para sentarse. Se puso las manos en las sienes e intentó reducirse la cabeza a su tamaño normal. La oscuridad relativa le devolvió el equilibrio. Se quedó mirando al suelo, con la esperanza de que lo que le estaba pasando

estuviera a punto de acabarse. Miró hacia arriba; la sala le dio vueltas. Sentía náuseas. «No ha terminado.» Cerró los ojos, se llenó los pulmones del aire rancio de la sala y abrió los ojos de nuevo.

«Pelo. Garras. Ojos.» Se tapó la boca con la mano para no gritar. Un chute de adrenalina nubló la sensación de mareo. La sala estaba llena de criaturas, pero Charlie no era capaz de distinguirlas. La piel oscura de un brazo simiesco estaba tendida en el suelo, a escasos centímetros de sus pies, pero de él salían bobinas y cables pelados. El resto del simio estaba en paradero desconocido.

Había algo grande y gris justo delante de ella. Un torso con brazos y manos anfibias, con membranas, pero sin cabeza. En su lugar, donde debería estar el cuello, alguien había puesto una caja grande de cartón. Más allá del torso, había unas figuras de pie, un ejército de sombras. Mientras las miraba, se convirtieron en algo identificable. Eran mascotas inacabadas, tan deformadas como las que estaban fuera.

Al fondo había un conejo. Tenía la cabeza marrón como una liebre, las orejas hacia atrás y los ojos huecos. El cuerpo del conejo estaba encorvado hacia un lado. Tenía los brazos demasiado cortos, levantados, como si se estuviera rindiendo. Delante de él había dos estructuras metálicas. Una de ellas estaba decapitada; a la otra la coronaba la cabeza de perro con los ojos rojos, espumarajos de baba y los colmillos asomando por fuera de la boca. Charlie clavó la vista en ella un momento, pero no se movió. A su lado…

Sintió un escalofrío. Agachó la cabeza y se cubrió la cara con los brazos. No ocurrió nada. Con cuidado, bajó las manos y miró de nuevo.

Era Freddy, el Freddy deformado que había estado enterrado. Charlie echó un vistazo a la puerta y volvió a mirar a Freddy. Él miraba hacia delante, con los ojos en blanco y el sombrero ladeado. «No puede ser él —se dijo a sí misma—. Tiene que ser otro disfraz.» Pero Charlie se encogió, intentó volverse más pequeña.

Algo le acarició suavemente la cabeza. Charlie soltó un grito y se apartó. Se giró y vio un brazo humano amputado en la estantería que estaba justo encima de donde había estado sentada. Estiró el brazo lo suficiente para sacudirse la cabeza. Había más brazos al lado y amontonados encima, algunos de ellos cubiertos de pelo y otros no. Algunos tenían dedos, mientras que otros simplemente terminaban, cortados por donde debería estar la muñeca. En el resto de los estantes se agolpaban cosas parecidas: en

una había pieles, y en otra, una pila de pies amputados. En una de ellas había un montón de alargadores enredados, que formaban un nido espantoso.

Desde fuera de la puerta, Charlie volvió a oír la voz. «¿Hola?» El pomo se agitó. Ella se escurrió entre las máquinas de Arcade mutiladas y los miembros cortados, apretando los dientes mientras reptaba por encima de cosas blandas que se aplastaban bajo su peso. Al retroceder, chocó con el hombro contra una de las estructuras de metal, una sin cabeza. Se balanceó sobre sus pies, que no estaban fijos al suelo, y amenazó con volcarse. Intentó retirarse, pero la estructura la siguió, meciéndose un momento mientras Charlie intentaba soltarse las manos. Tiró de ellas hacia atrás y se agachó cuando más estructuras metálicas se derrumbaron en el suelo.

Se acuclilló junto a una de las máquinas de Arcade. La cubierta de plástico estaba tan rota que las palabras y los dibujos estaban completamente tapados. Justo a su lado, a escasos centímetros, estaban las piernas robustas de Freddy. Charlie se acurrucó y se pegó a la máquina como si pudiera fundirse con ella. «No te des la vuelta», pensó, mirando al oso inmóvil. La luz tenue parecía moverse como un foco. Destelló en los ojos rojos del perro, después en sus colmillos brillantes, y por último en algo anguloso que había en el fondo del hueco del ojo del conejo.

Justo un poco más allá de su campo de visión, algo se movió. Charlie giró la cabeza de golpe, pero no había nada. De reojo, vio que el conejo se enderezaba. Se volvió desesperada hacia él, pero lo encontró encorvado en la misma postura forzada que antes. Despacio, miró a su alrededor en semicírculo, con la espalda pegada a la consola.

—¿Hola?

El pomo de la puerta se agitó de nuevo.

Charlie cerró los ojos y se apretó los puños contra las sienes. «Aquí no hay nadie. Aquí no hay nadie.» Algo se agitó delante de ella. Charlie abrió los ojos de golpe. Apenas sin respirar, vio cómo Freddy cobraba vida. Un sonido escalofriante de engranajes inundó la sala y el torso de Freddy comenzó a girar. «¿Hola?» Charlie desvió la mirada a la puerta un segundo; cuando volvió a mirar a Freddy, estaba quieto. «Tengo que salir de aquí.»

Se tomó unos segundos para estudiar el camino. Primero miró hacia la puerta y luego a Freddy, que estaba delante de ella. Planeó una ruta no muy definida. Por fin se puso en marcha, miró hacia abajo y mantuvo la vista fija

en sus propias manos, mientras gateaba decidida entre las piernas inmóviles de los animatrónicos y adelantaba las máquinas con cabeza de animales.

«No levantes la vista.» Algo le rozó la pierna al pasar. Charlie avanzó más rápido, con la cabeza gacha. Entonces algo la agarró del tobillo.

Charlie gritó y se sacudió, intentando librarse de la bestia a patadas, pero la garra de hierro se cerró con más fuerza. Miró desesperada por encima del hombro: Freddy estaba agachado detrás de ella. La luz se reflejaba en su cara y parecía que estuviera sonriendo. Charlie echó el pie hacia atrás con todas sus fuerzas y Freddy tiró aún más fuerte, atrayéndola hacia él. Ella se agarró a las patas de una máquina de *pinball* y se levantó hasta ponerse de rodillas. Freddy volvió a intentar tirar de la chica, y la máquina se agitó y tembló como si estuviera a punto de caer. Charlie se agarró a ella con todas sus fuerzas y se impulsó hacia arriba y hacia delante. Las garras de Freddy le rasgaron la piel cuando consiguió liberarse; la máquina de *pinball* cayó al suelo, derribada por su peso.

Freddy avanzaba a trompicones. Su horrible boca se desencajó de nuevo como la de una serpiente enorme. Se agachó y se acercó a ella con movimiento sinuoso. Charlie trepó por encima de la máquina rota hacia la puerta. Tras ella, algo se agitaba y gruñía, pero no miró atrás. Tenía la mano en el pomo de la puerta, pero se detuvo cuando la habitación empezó a darle vueltas. Cada vez había más ruido y cada vez se oía más cerca. Charlie se volvió y vio a Freddy reptar hacia ella, agazapado como un depredador. La boca se le abría cada vez más; de ella salía un torrente continuo de tierra.

—¿Hola? ¿Charlie?

La voz venía de fuera. Pero esta vez era distinta. No era el niño animatrónico. Charlie buscó a tientas el pomo. La sensación de mareo se acrecentaba por momentos a medida que Freddy se le acercaba, despacio pero seguro. La sala volvió a darle vueltas. Charlie agarró el pomo y lo giró, abrió la puerta de un empujón y cayó hacia la luz.

—¡Charlie! —exclamó alguien, pero ella no levantó la vista.

La repentina claridad resultaba cegadora. Levantó una mano para cubrirse los ojos mientras volvía a intentar cerrar la puerta. El pitido no había cesado mientras estaba en el armario, pero ahora sonaba más alto. Se le clavó en los oídos como un pincho, perforándole el cerebro, hinchado. Cayó de rodillas y se cubrió la cabeza con los brazos, para protegerse.

—Charlie, ¿estás bien?

Algo la tocó, y ella se retiró, con los ojos bien cerrados, a contraluz.

—Charlie, soy John —dijo la voz, abriéndose paso entre el ruido atronador, y algo en ella se detuvo.

—¿John? —susurró, con la voz ronca.

El polvo de la tumba se le había quedado pegado a la garganta.

—Sí.

Charlie giró la cabeza y miró hacia arriba por un hueco entre los brazos, que la protegían a modo de escudo. Poco a poco, la luz cegadora se disipó y vio un rostro humano.

John.

—¿Eres real? —preguntó, sin saber muy bien qué tipo de respuesta podría convencerla.

John le volvió a tocar el brazo con la mano, y ella no se retiró. Parpadeó y se le aclaró la vista un poco. Miró hacia arriba y sintió que se estaba preparando para atacar. Posó la mirada en dos personas más y, despacio, acertó a pronunciar sus nombres.

—¿Jessica? ¿Clay?

—Sí —dijo John.

Charlie puso la mano sobre la de él e intentó enfocar la vista. Veía a Jessica, que estaba doblada hacia delante, tapándose los oídos con las manos.

—El ruido —dijo Charlie—. Ella también lo oye, ¿verdad?

Cada vez sonaba más fuerte, y ahogó la respuesta de John. Charlie le dio la mano. «Es real. Esto es real.»

—¡Los niños! —exclamó de repente.

Una cinta ondulante de colores surgió de debajo de las mesas. Los niños salieron volando. Sus pies no tocaban el suelo y sus cuerpos dejaban tras de sí una estela de color, como un cometa.

—¿Lo ves? —le susurró Charlie a John.

—¡Jessica! —gritó John—. ¡Cuidado!

Jessica se enderezó, dejó caer las manos y gritó algo ininteligible. Los niños se le acercaron como un enjambre y bailaron a su alrededor, corriendo hacia ella y después alejándose, como si fuera un juego o una trampa. Dos de ellos se abalanzaron sobre Clay, que los miraba desde arriba, hasta que se encogieron y volvieron a unirse al círculo alrededor de Jessica.

—¡Las luces! —exclamó Jessica, y su voz se elevó por encima del ruido

ensordecedor—. ¡Clay! ¡Viene de las luces de las paredes!

Jessica señaló hacia arriba, y Charlie solo veía una larga fila de luces decorativas de colores, distribuidas a intervalos iguales.

Los disparos se oyeron por encima del estruendo. Charlie le agarró más fuerte la mano a John. Jessica volvió a taparse los oídos con las manos. Los niños seguían moviéndose, pero era un movimiento nervioso y brillante. Se quedaron en el sitio. Clay estaba de pie, dándoles la espalda a todos y apuntando con el revólver a la pared. Charlie lo miraba, con los ojos como platos. Clay volvió a apuntar y disparó a la bombilla del segundo foco. La luz de la sala se atenuó ligeramente. Clay fue a por la tercera, y después la siguiente, y la siguiente. A medida que se sucedían los disparos, a Charlie se le empezó a equilibrar la cabeza, como si lo que hasta ahora la había llenado y había estado a punto de hacerla explotar se estuviera drenando poco a poco. La sala se oscureció, bombilla a bombilla. *¡Pum!* Charlie miró a John y le vio la cara, nítida.

—Eres tú de verdad —dijo Charlie con la voz aún temblorosa por el polvo.

¡Pum!

—Soy yo de verdad —le confirmó él.

¡Pum!

El brillo de los niños se atenuó, pero aún dejaba intuir brazos y piernas y caras. Jessica se quitó las manos de los oídos.

¡Pum!

Clay disparó a la última luz y los niños dejaron de brillar. Oscilaron brevemente, una oleada mareante de luces dispersas y en armonía, y al fin se detuvieron. La sala se quedó en silencio. Aún estaba iluminada por las luces del techo, pero todas las demás estaban extintas. Jessica miró a su alrededor, la sorpresa y el horror se reflejaban a intervalos en su rostro. Los niños ya no eran niños. Eran juguetes de cuerda, chavales de plástico con camisetas de rayas, sonrisas de plástico y viseras con hélice que les ofrecían globos.

—Jessica, ven aquí —dijo Clay, con voz grave, y le tendió la mano.

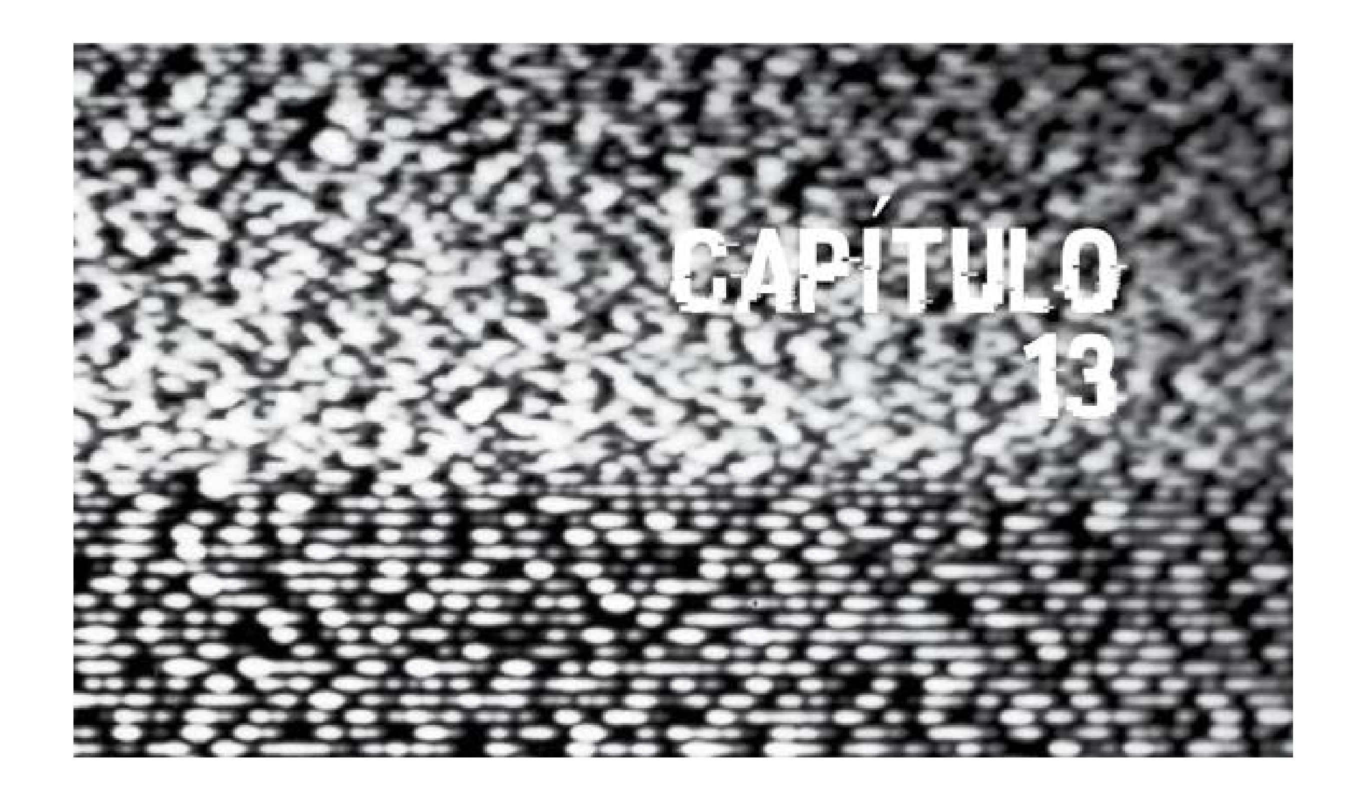
La chica se le acercó y miró con recelo a los niños de los globos. Clay le dio la mano para ayudarla, como si la estuviera salvando de un abismo. Charlie le soltó la mano a John, despacio, y se llevó la suya a las sienes, para asegurarse de que todo seguía en su sitio. Ya no le dolía la cabeza y

veía con claridad. Lo que se había apoderado de ella ya se había ido.

—Charlie —dijo Jessica—, ¿estás bien? ¿Qué está pasando aquí? Me siento… drogada.

—Estas cosas no son reales. —Charlie se tranquilizó y se puso en pie, despacio—. A ver, reales son, pero no son como las vemos. Todo es una ilusión retorcida. Estas cosas… —Señaló la pared en la que Clay había roto las luces—. Estas cosas son como el disco que encontramos. Emiten una especie de señal que distorsiona lo que vemos. —Agitó la cabeza—. Tenemos que salir de aquí —dijo—. Aquí hay algo peor que ellos.

Charlie empujó a uno de los niños de los globos, que se volcó sin oponer resistencia. Su cabeza rodó al caer al suelo. «¿Hola?», murmuró, mucho más bajo que antes.



John golpeó la cabeza del niño del globo con los dedos de los pies. Rodó un poco más lejos, pero no volvió a decir nada.

—¿Charlie? —dijo Jessica, titubeante—. ¿Dónde están? ¿Los grandes?

—No lo sé. La cabeza me da vueltas.

Charlie echó un vistazo rápido a su alrededor, y después se acercó a los demás, que también estaban examinando la sala. Todo cambió cuando Clay rompió los focos. Los monstruos realistas y las criaturas malignas desaparecieron, y las reemplazaron versiones raras y peladas de sí mismas. Ya no tenían ojos, solo bultos lisos y vacíos de plástico.

—Parecen cadáveres —dijo John en voz baja.

—O una especie de molde —apuntó Clay, pensativo—. No parecen terminados.

—Son las luces —dijo Charlie—. Creaban una ilusión, como el chip.

—¿De qué hablas? —preguntó Jessica—. ¿Qué chip?

—Es… una especie de transmisor, integrado en un disco —respondió Charlie—. Te aturde el cerebro con información inútil para que veas lo que esperas ver.

—Entonces ¿por qué no son así? —Clay señaló a los pósteres de las paredes, que mostraban a un Freddy Fazbear alegre, con mejillas sonrosadas y sonrisa cálida.

—¿O así? —John había encontrado otro, en el que salía Bonnie, tocando una guitarra roja, tan brillante que parecía de caramelo.

Charlie estaba pensativa.

—Porque no hemos venido aquí antes. —Se acercó a los pósteres—. Si fuéramos niños pequeños y viéramos esos anuncios tan adorables, y luego los pósteres y los muñecos y todo eso, entonces nos parecería que son exactamente así.

—Porque ya tendríamos esas imágenes en la cabeza —apuntó John.

John arrancó el póster de Freddy de la pared y se lo quedó mirando un momento antes de tirarlo al suelo.

—Pero nosotros sabemos la verdad. Sabemos que son monstruos.

—Y les tenemos miedo —dijo Charlie.

—Y los vemos tal y como son —concluyó John.

Clay volvió a acercarse a las mascotas de las máquinas de Arcade, apuntando aún con el revólver. Caminó hacia delante y hacia atrás frente a los monitores, mirándolos desde distintos ángulos.

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó Charlie, de repente—. Aparecisteis como un ejército, justo a tiempo. ¿Cómo supisteis que estaba aquí? ¿Cómo supisteis que todo esto estaba aquí?

Nadie le respondió de inmediato. John y Jessica miraron a Clay, que miraba decidido a uno y otro lado de la sala. Parecía que estuviera buscando algo en particular.

—Seguimos a…

Clay dejó la frase a medias.

Charlie los miró de uno en uno.

—¿A quién? —preguntó.

Pero en cuanto pronunció esas palabras, la puerta del armario se abrió de repente y golpeó la pared con gran estruendo. El Freddy retorcido que había atrapado a Charlie irrumpió en la sala, con la mandíbula aún desencajada y

moviéndose de una forma muy poco natural. Era una versión de pesadilla del Freddy que habían conocido de niños, con punzantes ojos rojos y la musculatura de un monstruo. Giró su cabeza alargada de lado a lado con violencia. La mandíbula le rebotaba.

—¡Corred! —gritó Clay, agitando los brazos e intentando dirigirlos a todos hacia la puerta.

Charlie estaba clavada en el suelo, incapaz de quitarle ojo a las fauces de la bestia.

—¡Esperad! —gritó Jessica de pronto—. Clay, estos no están poseídos como los otros. No son los niños desaparecidos.

—¿Qué? —preguntó él, deteniendo un momento su frenética actividad. Parecía completamente confundido.

—¡Dispara! —gritó Jessica.

Clay apretó los dientes, levantó el revólver y apuntó a la boca abierta de Freddy. Disparó una vez. El disparo sonó a escasos centímetros de los oídos de Charlie. Era ensordecedor. Freddy se sacudió hacia atrás, contrajo su mandíbula de pitón y por unos segundos su imagen se volvió borrosa y distorsionada. La boca, estirada de manera artificial, empezó a cerrarse, pero antes de que lograra cerrarla del todo, Clay volvió a disparar, tres veces más, en una secuencia rápida. Con cada disparo, la criatura parecía desconfigurarse: se veía borrosa, chisporroteaba por los bordes. La boca se replegó en sí misma, sin llegar a cerrarse del todo, pero encogiéndose hacia dentro, mientras el oso se encorvaba hacia delante, sobre sus heridas. Clay disparó una última vez, apuntando a la cabeza de Freddy. Finalmente, el animatrónico volcó hacia delante y cayó al suelo como un fardo informe.

La imagen de Freddy parpadeó como las imágenes en una pantalla de televisión antigua. El color de su piel se desteñía. Después, todo lo que lo convertía en Freddy desapareció, dejando una figura de plástico liso en su lugar. Se parecía al resto de los animales de la habitación, un maniquí liso, despojado de todos sus rasgos. Charlie se acercó con cuidado a esa cosa que antes había sido Freddy. El pitido de los oídos estaba empezando a disiparse. Se agachó junto a la criatura e inclinó la cabeza hacia un lado.

—No son como las otras mascotas de Freddy's —dijo ella—. Estas no están hechas de pelo y de tela, nosotros somos la materia prima. Retuercen nuestras mentes.

Las palabras le salieron con una repugnancia que no esperaba.

—Charlie —dijo John en voz baja. Dio un paso hacia delante, pero ella hizo como que no lo veía.

Charlie tocó la piel suave de la criatura. Tenía un tacto entre el plástico y la piel humana: una sustancia rara y maleable que resultaba demasiado blanda, demasiado resbaladiza. Sintió náuseas. Charlie se inclinó sobre el cuerpo, sin prestar atención a esa sensación de desagrado, y hundió los dedos en uno de los agujeros de bala. Escarbó en la materia resbaladiza e inorgánica de la cavidad pectoral, fingiendo no escuchar las quejas de Jessica y Clay, y entonces lo encontró. Tocó el disco con los dedos. Estaba doblado por la mitad, casi roto. Charlie sacó una segunda pieza de metal que estaba alojada a su lado.

Se puso de pie y se lo enseñó a los demás. Tenía una bala en la mano.

—Has disparado al chip. Has roto el espejismo.

Nadie dijo nada. En aquel silencio pasajero, Charlie fue consciente de pronto del jaleo que habían armado, en un lugar tan acostumbrado a la calma. Un chasquido rompió el silencio: el sonido de unas garras sobre el suelo de baldosa.

Todos se giraron a mirar. De lo que parecía un rincón oscuro y vacío, surgió una figura con aspecto de lobo, de entre las sombras, y comenzó a caminar hacia ellos, de pie, pero encorvada hacia delante, como si estuviera dudando entre caminar como una bestia o como un ser humano.

Retrocedieron en bloque. Charlie vio que Clay estaba a punto de tropezar con el cuerpo derrumbado de Freddy.

—¡Cuidado! —gritó.

Clay se detuvo y se volvió a mirar. Se le abrieron los ojos como platos al ver algo que estaba detrás de Charlie.

—¡Ahí! —exclamó, y pegó un tiro en la oscuridad.

Todos se giraron: un Bonnie deforme de dos metros y medio, el conejo compañero de la criatura que estaba en el suelo, les cerraba el paso. Tenía la cabeza demasiado grande para su cuerpo. Los ojos relucían en la oscuridad. Tenía la boca abierta, mostrando varias filas de dientes brillantes. Clay volvió a disparar, pero la bala no tuvo ningún efecto.

—¿Cuántas balas te quedan? —preguntó John, evaluando las dos amenazas que quedaban en la sala.

Clay disparó a Bonnie tres veces más y bajó el revólver.
—Tres —dijo inexpresivo—. Me quedaban tres.
Por el rabillo del ojo, Charlie vio a John y a Jessica juntarse, y ponerse detrás de Clay. Ella se quedó donde estaba mientras los demás se retiraban, con la mirada fija en las dos figuras que avanzaban: el lobo y el conejo. Empezó a caminar hacia ellos.
—Charlie —dijo John con tono de advertencia—, ¿qué estás haciendo? ¡Vuelve!
—¿Por qué me habéis traído hasta aquí? —preguntó Charlie, mirando a una criatura y después a la otra. Sentía una gran presión en el pecho y le dolían los ojos, como si llevara horas conteniendo aquellas lágrimas—. ¿Qué queréis de mí? —exclamó.
Las criaturas le devolvieron la mirada con sus implacables ojos de plástico.
—¿Qué es este lugar? ¿Qué sabéis de mi hermano? —gritó, con la garganta dolorida.
Se abalanzó sobre el lobo, a toda velocidad, como si pudiera romperlo en dos con sus propias manos. Alguien la agarró por la cintura. Unas manos humanas la levantaron y tiraron de ella hacia atrás. Clay le susurró al oído.
—Charlie, nos tenemos que marchar. Ahora.
Ella se soltó, pero se quedó en su sitio. Respiraba de forma irregular. Quería gritar hasta que le reventaran los pulmones. Quería cerrar los ojos, sentarse muy quieta y nunca emerger de la oscuridad.
En lugar de eso, volvió a mirar a Bonnie y al lobo sin nombre.
—¿Qué queréis de mí? —preguntó, con una voz tan tranquila que le relajó oírla.
—Ellos no quieren nada de ti. Soy yo quien te ha traído hasta aquí.
Una voz habló desde la esquina oscura de la que había salido el lobo. El conejo y el lobo se enderezaron, como si estuvieran escuchando las órdenes de quien hablaba.
—Conozco esa voz —susurró Jessica.
Una figura empezó a abrirse paso, renqueando, oculta por la oscuridad. Nadie más se movió. Charlie se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, pero tampoco escuchaba a nadie más respirar en el silencio, solo los pasos desacompasados de lo que se acercaba. Fuera lo que fuera, tenía el tamaño de un hombre. Tenía el cuerpo retorcido. Se aproximó al

grupo dando bandazos, con el torso inclinado hacia un lado.

—Tienes algo que me pertenece —dijo la voz, y entonces la figura dio un paso hacia la luz.

Charlie ahogó un grito y oyó cómo a John se le cortaba la respiración.

—Imposible —susurró Charlie.

Sintió que John se le acercaba, pero no se atrevió a dejar de mirar al hombre que estaba frente a ellos.

Tenía la cara oscura, con manchas, tumefacta; las mejillas, que antes estaban hundidas, ahora estaban hinchadas y en descomposición. Tenía los ojos inyectados en sangre, enramados; los globos oculares parecían translúcidos. Algo se le estaba pudriendo y tenía un aspecto gelatinoso. En la nuca, le brillaban dos piezas metálicas. Eran unos bultos rectangulares que le salían del cuello y le sobresalían por la piel manchada. Llevaba lo que una vez había sido un traje de mascota de pelo amarillo, pero ahora estaba verde por el moho.

—¿Dave? —susurró Jessica.

—No me llames así —gruñó él—. Hace mucho tiempo que ya no soy Dave.

Extendió sus nuevas manos: empapadas en sangre y selladas para siempre dentro de un traje putrefacto.

—¿William Afton, entonces? ¿O Afton Robotics?

—Tampoco —siseó—. He aceptado la nueva vida que me has dado. Me has hecho uno con mi creación. ¡Me llamo Springtrap!

El hombre que había sido Dave exclamó el nombre con una alegría bronca, y después volvió a fruncir el gesto y a mirarlos con rabia.

—Soy más de lo que nunca llegó a ser Afton, y mucho más de lo que fue Henry.

—Bueno, hueles fatal —le soltó Jessica.

—Desde que Charlie me rehízo, desde que me liberó de mi destino, soy el amo de todas estas criaturas. —Encogió los dedos e hizo un gesto rápido hacia adelante. Bonnie y el lobo avanzaron dos pasos al mismo tiempo—. ¿Lo veis? Todos los animatrónicos están unidos; era un sistema diseñado para controlar las coreografías. Ahora el sistema lo controlo yo. Yo controlo la coreografía. Todo esto me pertenece.

Springtrap avanzó arrastrando los pies y Charlie se echó hacia atrás.

—Tengo una deuda con vosotras dos —dijo Springtrap—. Estuve

atrapado en aquella tumba de debajo del escenario, casi sin poder moverme, y solo veía a través de los ojos de mis criaturas.

Señaló a las dos que tenía detrás.

—Pero, por lo que veía, estaba atrapado. En algún momento me habrían liberado, pero que lo hicieras tú fue una agradable sorpresa. —Springtrap miró a Charlie a los ojos y ella hizo una mueca involuntaria.

«Aléjate de mí. No te acerques más.» Como si le leyera el pensamiento, avanzó despacio hacia ella. Habría podido sentir su aliento en la cara, si aún respirara.

Springtrap levantó una mano torcida. El traje estaba rasgado y se le veía la piel por los agujeros. Charlie podía ver dónde se le habían clavado los pinchos y las barras de metal, entre los huesos y los tendones, formando un esqueleto fantasma y oxidado. Le tocó la cara a Charlie con el dorso de la mano, acariciándole la mejilla como a una hija querida. De reojo, Charlie vio que John se acercaba.

—No, tranquilo —se obligó a decir ella.

—No les haré daño a tus amigos, pero necesito algo de ti.

—Es una broma, ¿no? —preguntó Charlie, y se le quebró la voz.

La boca de él se retorció en una mueca grotesca que recordaba a una sonrisa.

John oyó un chasquido quedo y se giró a tiempo para ver a Clay recargar el revólver. El policía se encogió de hombros.

—Nunca se sabe cuándo se te puede aparecer un cadáver vestido de conejo de entre las sombras.

Clay levantó el brazo, se preparó y disparó.

Springtrap retrocedió.

—¡Chicos! —exclamó Clay—. ¡La puerta!

Charlie retiró la vista de Springtrap, y le resultó casi traumático, como si la hubiera hipnotizado. Bonnie había abandonado la salida, dejándola libre. Clay, John y Jessica echaron a correr. Charlie miró hacia atrás, reacia a marcharse, y luego los siguió.

Se fueron corriendo por donde habían llegado, encabezados por Clay, rodeando las atracciones y las mascotas acechantes sin rasgos. Clay avanzaba decidido, como si conociera el camino. Charlie recordó la pregunta que nadie le había respondido. «¿Cómo me habéis encontrado?»

Los perseguían los sonidos: el chirrido del metal y el repiqueteo de las

garras del lobo. En el espacio vacío, los ruidos hacían un eco extraño, como si llegaran de todas partes. Como si les persiguiera un ejército. Charlie aceleró el paso. Miró a John, buscando aprobación, pero él estaba mirando a Clay, que iba delante de ellos.

Llegaron a la sala de la cascada, y de nuevo Clay conocía el camino. Se dirigió directo al pasadizo que había debajo del acantilado, de donde salía el agua. Se colaron por ahí de uno en uno. Clay y John tuvieron que agacharse para pasar, y Charlie se sintió aliviada de inmediato. «Los monstruos no cabrán por aquí.» A medio camino, Clay se detuvo y se quedó en una postura rara. Inclinó el cuello e inspeccionó algo que estaba fuera de su campo de visión.

—¡Clay! —susurró Charlie.

—Tengo una idea —dijo él.

Dos sombras salieron del fondo de la sala. Jessica miró hacia el túnel de luz negra que estaba a su lado. Se sentía preparada para salir corriendo hacia allí. Pero Clay sacudió la cabeza. Y en lugar de dirigirse al túnel llevó al grupo hacia atrás, sin quitar la vista de encima a los monstruos. Ahora lo único que los protegía de ellos era el río que dividía la sala en dos. Los animatrónicos se estaban acercando al agua, titubeantes. El lobo la olisqueó y se sacudió el pelaje. Bonnie se limitó a inclinarse y a mirar.

—No corráis —dijo Clay, muy serio.

—No pueden pasar por ahí, ¿verdad? —apuntó Charlie.

Como si les hubiera dado pie con sus palabras, las mascotas entraron tambaleándose en el río. Jessica ahogó un grito. Charlie dio un paso hacia atrás, sin pensar. Despacio, pero seguros, los animatrónicos siguieron andando hacia ellos con el agua por la cintura. El lobo resbaló al pisar el fondo liso del río y se cayó. Se sumergió por completo en el agua un instante antes de revolverse y salir chapoteando con violencia. Bonnie también tropezó, pero consiguió agarrarse a la orilla y recuperar el equilibrio. Después siguió avanzando.

—No es posible —dijo Charlie.

Detrás de ella oyó una carcajada y se giró.

Era Springtrap. Casi no se le veían los ojos, que miraban por el túnel de luz negra que había al lado.

—¿Cuál era vuestro plan? —preguntó incrédulo—. Pensabas que mis robots estarían tan mal diseñados como los de tu padre?

—Bueno, entonces supongo que también serán ignífugos —exclamó Clay.

Su voz reverberó en la sala vacía y cavernosa. Springtrap frunció el ceño, atónito, y después miró al arroyo. Refulgía en la luz tenue, el color bailaba en la superficie en remolinos brillantes, como…

«Gasolina.» Charlie se giró hacia Springtrap. En la pared había latas de gasolina, algunas de ellas de lado. Todas vacías.

Clay encendió una cerilla y la tiró al río. La superficie se incendió y las llamas se alzaron como olas, ocultando a los animatrónicos que estaban en medio. Las criaturas se esforzaron por llegar al otro lado, emitiendo unos alaridos agudos y guturales. Consiguieron trepar hasta la orilla, pero era demasiado tarde. El espejismo se había disuelto. Su piel de plástico estaba expuesta, se derretía y se les caía del cuerpo hasta crear charquitos humeantes en el suelo. Charlie y los demás miraron caer a las criaturas que se iban disolviendo y se retorcían en gritos agónicos.

Se quedaron quietos, hipnotizados por el espectáculo grotesco. Entonces, detrás de ella, Charlie notó unos arañazos. Se volvióó y vio desaparecer a Springtrap por la boca de la cueva estrecha iluminada de negro. Fue tras él, corriendo hacia esa luz inquietante.

—¡Charlie! —gritó Clay.

Empezó a perseguirla, pero las criaturas en llamas estaban reptando por el suelo, tal vez tratando de alcanzar a su amo, o tal vez por pura desesperación. Y estaban bloqueando la entrada a la cueva con sus restos ardientes. Charlie centró la vista en el camino que tenía por delante. No podía permitirse mirar atrás.

El pasadizo era estrecho y olía a viejo y a humedad. El suelo parecía estar hecho de roca, pero aunque era irregular no resultaba doloroso caminar por él. La superficie estaba gastada y lisa. En cuanto la oscuridad de la cueva le cayó encima, percibió un chispazo de lo que sentía en sueños: la llamada de algo tan parecido a ella… que era ella misma, la llamada de la sangre.

—¿Sammy? —susurró.

Su nombre rebotó en las paredes de la cueva y la envolvió. La ausencia que sentía dentro de sí la hizo avanzar, la empujó hacia la promesa de llevar a cabo la tarea. «Tienes que ser tú.» Charlie corrió más rápido, siguiendo una llamada que le nacía dentro.

Oía el eco distante de la risa de Springtrap a intervalos, pero no podía

verlo frente a ella. De vez en cuando pensaba que lo había visto, pero siempre desaparecía delante de sus ojos antes de que pudiera centrarse en el brillo desorientador de la luz negra. La cueva giraba y se retorcía, y pronto dejó de saber en qué dirección avanzaba, pero siguió corriendo.

Charlie parpadeó. Algo se movía justo al borde de su campo de visión. Sacudió la cabeza y siguió corriendo, pero entonces volvió a suceder. Una forma artificial, fluorescente, salió reptando de la pared y pasó retorciéndose delante de ella.

Charlie paró un momento, se tapó la boca con las manos para no gritar. Esa cosa trepó por la pared, como si fuera una anguila que pudiera escalar por las rocas. Cuando llegó al techo, desapareció, pero Charlie vio una grieta en la roca por la que podría haberse colado. «Sigue avanzando.» La chica volvió a salir corriendo, pero entonces muchas más surgieron a borbotones por la parte de abajo de la pared. Un montón de formas serpenteantes nadaban y bailaban, reptando por el suelo de la cueva como si estuvieran en el mar. Tres de ellas se fueron directas hacia Charlie. Le treparon por los pies. Gritó. Entonces, mientras la rodeaban, mordisqueándole los dedos de los pies con curiosidad, se dio cuenta de que no sentía nada.

—No sois reales —dijo.

Las pateó y sus pies solo se encontraron con aire vacío: las criaturas habían desaparecido. Charlie apretó los dientes y siguió corriendo.

Frente a ella, unas criaturas grandes y refulgentes, como bailarines de niebla, aparecieron y desaparecieron una tras otra. Pasaban a toda velocidad por el pasadizo, como su estuvieran corriendo por un camino que justo se cruzaba con este otro. Cuando Charlie se acercó casi lo suficiente para tocarlas, la que estaba más cerca chisporroteó y se desvaneció. Ella siguió corriendo. No había dejado de oír la risa maniaca de Springtrap y esperaba que eso bastara para guiarla.

Dobló una esquina, y entonces el pasadizo giró abruptamente hacia el otro lado. Charlie chocó con la pared y se agarró con las manos en el último momento. Dio una vuelta en busca del camino. El golpe había bastado para distraerla. Ya no sabía por dónde había llegado. Tomó aire y cerró los ojos. Oía una voz en el aire. A la izquierda. Volvió a echar a correr.

Un estallido de luz azul casi la ciega, mientras una silueta enorme surgió en la oscuridad. Charlie gritó y se abalanzó hacia la pared de la cueva,

protegiéndose la cara con los brazos. La criatura que tenía delante era una boca abierta llena de dientes, de un azul que brillaba. Las enormes fauces se le echaron encima.

—Es un espejismo —susurró Charlie.

Se agachó y trató de abrirse paso rodando en el espacio estrecho. Se golpeó el hombro contra una roca y se le entumeció el brazo. Charlie se lo agarró por instinto y miró hacia arriba: no había nada.

Apoyó la espalda contra la pared de la cueva, tomando aire mientras poco a poco recobraba la sensibilidad en el brazo.

—Es otro transmisor —dijo tranquila—. Nada de lo que veo aquí es real.

Su voz sonaba como un hilo en el pasadizo rocoso, pero pronunciar esas palabras en voz alta le bastaba para mantenerse en pie. Cerró los ojos. La conexión que había sentido, la sensación de que se dirigía a una pieza que faltaba dentro de ella, crecía a medida que seguía corriendo. Era insoportable. Mayor que el hambre, más profunda que la sed; le tocaba en lo más hondo de su ser. Darse la vuelta sería tan difícil como dejar de respirar. Se puso en marcha de nuevo y siguió avanzando hacia el interior de la cueva.

En la distancia, la risa de Springtrap aún retumbaba.

—¡Charlie! —volvió a exclamar John, pero no sirvió de nada.

La habían perdido de vista hacía tiempo, en las profundidades de la cueva, y lo que quedaba de Bonnie y del lobo aún ardía frente a la entrada.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Clay—. Encontraremos otro camino.

Jessica agarró a John del brazo y él cedió. Siguieron a Clay hasta la entrada de la sala de las máquinas.

Cuando llegaron a la puerta, el Freddy retorcido salió de un salto de entre las sombras, y casi cae al suelo. Jessica gritó y John se quedó de una pieza, inmóvil nada más verlo. El espejismo se activaba y se desactivaba, a trozos. Un brazo desintonizó la imagen mostrando el plástico liso que había debajo. Después la piel regresó y fue el torso lo que se quedó en blanco, dejando al descubierto los agujeros de bala y el feo y retorcido metal que había bajo la carcasa de plástico.

Lo peor era la cara: no solo había desaparecido el espejismo, sino el material que había debajo. Desde la barbilla a la frente, la mitad izquierda

de la cara de Freddy estaba arrancada, y se podían ver las piezas de metal y los cables retorcidos. El ojo izquierdo brillaba de color rojo en la maquinaria expuesta, mientras que el ojo derecho estaba completamente oscuro.

Un ruido detrás de ellos despertó a John de aquella horrible ensoñación. Miró hacia atrás y vio que Bonnie y el lobo se habían puesto en pie, aún ardiendo. Las carcasas de metal se habían derretido casi por completo, y aún se desprendían, goteando, de sus cuerpos, pero las piezas robóticas que había debajo parecían intactas. Se acercaban a paso firme. John, Clay y Jessica estaban rodeados.

—¿Te quedan balas? —le preguntó John a Clay en voz baja.

El hombre negó despacio con la cabeza. Estaba dando vueltas en círculo, desviando la mirada de un animatrónico a otro, como si intentara evaluar cuál de ellos daría el primer paso.

Charlie siguió corriendo, con la mirada fija en el camino. Volvió a doblar la esquina y parpadeó. Algo azul brillaba frente a ella. «No es real», se dijo a sí misma. Se paró un momento, pero las siluetas brillantes no se movieron. Siguió avanzando, consciente a medida que se acercaba de que el pasadizo se iba ensanchando, abriéndose por fin hacia un pequeño rincón en el que el brillo azul se veía con mayor claridad.

En el suelo había corrillos de setas. Los sombreros brillaban con un intenso azul fluorescente bajo la luz negra. Charlie aminoró la marcha, se acercó al corrillo más cercano y se agachó a tocar las setas. Retiró la mano de golpe, sorprendida, al tocar la sustancia esponjosa.

—Son reales, más o menos —dijo.

—Sí —respondió una voz a su lado, y entonces sintió que se ahogaba.

Springtrap la estaba agarrando del cuello, cerrándole el paso del aire. La chica entró en pánico solo por un segundo, y entonces recuperó la rabia, que le aclaró el pensamiento. Estiró el brazo hacia delante todo lo que pudo y después lo echó hacia atrás y le clavó el codo en el plexo solar con toda la fuerza que fue capaz de reunir. Springtrap soltó las manos de la garganta y Charlie escapó. Se volvió hacia él, que se agarraba el pecho.

—Las cosas han cambiado desde que te moriste —dijo, sorprendida por el desdén de sus palabras—. Para empezar, he estado haciendo

abdominales.

—Creo que se acabó —dijo Jessica en voz baja, dando vueltas en el sitio mientras se le acercaban tres monstruos, sin dejarles ni un solo camino por el que escapar.

John sintió una presión en el pecho. Su cuerpo se resistía a la idea, pero Jessica tenía razón. John le puso una mano en el hombro.

—Tal vez podríamos hacernos los muertos —dijo él.

—No creo que tengamos que fingir —replicó Jessica, resignada.

—Juntad las espaldas —dijo Clay.

Se juntaron en una especie de triángulo, mirando cada uno a una criatura.

El lobo estaba agazapado, listo para saltar. John lo miró a los ojos. La imagen aparecía y desaparecía: por momentos eran oscuros y maléficos, y después se quedaban completamente en blanco. Entonces se echó hacia atrás. John se mantuvo firme. Jessica le dio la mano y él se la cogió fuerte. El lobo saltó y cayó al suelo gritando. Algo le había golpeado la cara con violencia. La figura, invisible en las sombras, agarró al lobo por las patas traseras y tiró de él hacia atrás, alejándolo a rastras de su presa humana mientras aullaba y arañaba el suelo con las garras. Pataleó y consiguió soltarse. Entonces se dispuso de nuevo a atacar. Jessica gritó y John gritó con ella. Entonces miraron, sin aliento, cómo volvían a agarrar al lobo de las patas. La figura que lo sujetaba lo tumbó de espaldas y saltó sobre él. El nuevo depredador se detuvo un instante y lo miró a los ojos con un brillo plateado. Jessica ahogó un grito.

—Foxy —dijo John.

Como si le hubiera estimulado al oír su nombre, Foxy clavó su garfio en el pecho del lobo y empezó a tirar de la maquinaria, ahora visible. Los chirridos del metal al arrancarse les resonaron en los oídos. Foxy siguió escarbando con furia, adentrándose en el interior del lobo mientras los cables y las piezas caían al suelo. Chasqueó la mandíbula en el aire y rasgó el estómago del lobo, arrancándole las entrañas y tirándolas hacia un lado con una eficiencia brutal. El lobo estaba vencido. Sus extremidades se agitaron inútiles antes de caer pesadamente al suelo.

De detrás de ellos llegó otro grito inhumano. John se volvió justo a tiempo para ver a Bonnie consumido por las llamas, bocabajo en el suelo,

arrastrado hacia las sombras. Se le encendían y se le apagaban los ojos sin ningún patrón aparente. Gritó de nuevo, mientras que, con un ruido terrible, algo que habitaba en las sombras lo rompía a pedazos. Tirados por el suelo había trocitos de metal y de plástico, delante del conejo tumbado de aquella manera. Él mismo podía ver los restos de su propio cuerpo. Volvió a gritar y clavó las garras en la baldosa en un último e inútil intento de resistirse, pero fue arrastrado hacia la oscuridad, chillando como si lo estuvieran pasando por una picadora. En las sombras, cuatro luces brillaban. John parpadeó y se dio cuenta de que eran ojos. Le dio un codazo a Jessica.

—Puedo verlos —susurró—. ¡Chica y Bonnie! ¡Nuestros Chica y Bonnie!

Al lado del río, Foxy le había arrancado las extremidades al lobo. Saltó desde el torso devastado del animal y acechó en posición de ataque a la versión enorme y retorcida de Freddy. Su imagen se crispó y parpadeó unos segundos, inclinó su enorme cabeza y embistió. Foxy saltó y golpeó con fuerza la cara del Freddy retorcido, derribándolo al suelo. Cayó de espaldas. Después le rasgó con entusiasmo lo que le quedaba de la cara.

Algo atrapó a John, y lo sacó de su trance. El Bonnie retorcido lo agarró con un brazo de metal expuesto, pero, de repente, aparecieron tras él los ojos en la oscuridad. El Bonnie original agarró el torso del Bonnie retorcido y lo tiró hacia un lado, donde esperaba Chica, que cogió la cabeza del conejo deforme y la arrancó haciendo saltar chispas.

John se tapó los ojos. Cuando se disipó el humo, lo único que quedaba era el cuerpo hueco y quemado de un monstruo sin identificar. Bonnie y Chica habían desaparecido entre las sombras.

Charlie corrió hacia la entrada del pasadizo, pero Springtrap saltó sobre ella a una velocidad sobrenatural. La tiró al suelo y volvió a intentar cogerla del cuello con sus manos hinchadas. Charlie rodó hacia un lado y algo se le clavó en la espalda. Lo arrancó y se quedó con el sombrero de una seta en la mano. Se puso de rodillas mientras Springtrap se levantaba y la rodeaba, buscando una grieta. Charlie miró hacia abajo. Un pincho de metal robusto había servido para sujetar el sombrero de la seta. Lo agarró por la base y lo ocultó de la vista de Springtrap con el cuerpo.

La mirada de la chica se cruzó con los ojos gelatinosos de Springtrap,

animándolo en silencio a atacar. Como si esperara una señal, él saltó hacia Charlie, con los brazos abiertos e intentando agarrarle del cuello de nuevo. En el último momento, ella inclinó la cabeza y tiró del pincho con todas sus fuerzas. El pincho se frenó con un golpe cuando le dio en el pecho, pero ella lo empujó hacia dentro sin hacer caso de sus gritos mientras intentaba, sin éxito, apartarla de un manotazo. Charlie se mantuvo firme y siguió empujando la estaca todo lo que pudo. El resorte se derrumbó hacia atrás, y Charlie se arrodilló junto a él, volviendo a empujar el pincho de metal.

—Dime por qué —siseó Charlie.

Era la pregunta que la consumía. Era una pesadilla recurrente. Él no dijo nada. Charlie movió la estaca hacia atrás y hacia delante en su pecho. Aquella criatura profirió un grito de dolor.

—Dime por qué te lo llevaste. ¿Por qué a él? ¿Por qué te llevaste a Sammy?

—¡A la cueva! —exclamó John—. ¡Tenemos que encontrar a Charlie!

Fueron corriendo a la entrada de la cueva, pero desde dentro llegaba un traqueteo extraño y abrumador. Dieron un paso atrás mientras una horda de niños con globos emergía de la gruta, sacudiéndose de un lado a otro con sus pies inestables, entrechocando sus dientes afilados a medida que avanzaban con los ojos bien abiertos.

—¡Otra vez no! ¡Odio esos chismes! —exclamó Jessica.

Clay se puso en guardia, pero John podía ver que los superarían con creces. Ahora había algo diferente en los niños, estaban coordinados. Aunque se agitaban y se tambaleaban, ya no lo veía como un símbolo de debilidad. Por el contrario, a John le recordaban a un grupo de soldados agitando sus escudos: la amenaza que precede a la batalla.

—Tenemos que irnos —dijo—. ¡Clay!

Algo sacudió la tierra, un golpeteo, pasos tal vez, y una sombra se cernió sobre ellos. John levantó la vista y vio que se les acercaba un sonriente Freddy Fazbear, con el sombrero ladeado con gracia y los brazos enormes balanceándose hacia delante y hacia atrás.

—¡Oh, no! ¡Ha vuelto! —exclamó Jessica.

—¡No, espera! ¡Ese es nuestro Freddy!

John agarró a Jessica y la protegió con los brazos. Freddy pasó

pesadamente por su lado y se dirigió al grupo de niños con globos. Embistió contra las criaturas haciendo un ruido ensordecedor de metal y plástico. El aire se llenó de brazos, piernas y trozos de metal roto. Freddy se puso en pie y agarró a uno de los niños, levantándolo como si no pesara nada. Le aplastó la cabeza con una mano. Tiró su cuerpo al suelo y lo pisó, y se dispuso a perseguir a los demás, que habían echado a correr. Se desperdigaron, pero Freddy se movía ágil y la sala resonó con el ruido del plástico al romperse.

—¡Vamos! ¡A la cueva! —exclamó Clay por encima del estrépito, y corrieron por el pasadizo.

Pasaron a toda prisa por el camino estrecho, con Clay a la cabeza y John cerrando la comitiva, mirando hacia atrás para asegurarse de que no los perseguía nadie. De repente, Clay se detuvo. Jessica y John casi chocan con él. Se agolparon a su alrededor y vieron por qué se había parado: el camino se dividía en dos y no había ni rastro de Charlie.

—¡Allí! —dijo Jessica de repente—. ¡Hay una luz!

John parpadeó. Era tenue, pero la veía. De algún lugar del pasadizo llegaba un brillo azul, aunque era imposible evaluar la distancia a la que estaba.

—Vamos —dijo John con tono sombrío, y adelantó a Clay para ir abriendo camino.

—¡¿Por qué te llevaste a Sammy?! —volvió a gritar Charlie.

Springtrap resolló y sonrió, pero no dijo nada. Charlie le agarró la cabeza con ambas manos, desesperada y llena de rabia. Le levantó la cabeza y la golpeó contra la roca en la que estaba apoyado. Springtrap emitió otro gruñido de dolor, y Charlie volvió a golpearlo. Esta vez algo viscoso empezó a brotar de la parte de atrás de su cabeza, y se derramó por la piedra.

—¿Qué hiciste con él? —le preguntó Charlie—. ¿Por qué te lo llevaste?

Springtrap la miró. Una de sus pupilas estaba tan dilatada que no se le veía el iris. Tenía una sonrisa vaga.

—No lo elegí a él.

Unas manos agarraron a Charlie por los hombros y la separaron de Springtrap, que estaba casi inconsciente. Charlie gritó y se resistió, pero se

detuvo cuando se volvió y vio que se trataba de Clay. Los demás estaban detrás de él. Charlie se volvió a dar la vuelta, temblando de rabia.

—¡Te voy a matar! —exclamó.

Charlie levantó a Springtrap por los hombros y lo volvió a golpear contra la roca. La cabeza rebotó y cayó hacia un lado.

—¿Qué quieres decir con que no lo elegiste a él? —dijo Charlie, y se inclinó hacia él, como si pudiera leer las respuestas en su cara apaleada—. Te lo llevaste de mi lado. ¿Por qué te lo llevaste?

Los ojos desiguales de Springtrap parecieron centrarse un momento, e incluso parecía que le costara pronunciar sus siguientes palabras.

—No me lo llevé a él, sino a ti.

Charlie se quedó mirando. Se le aflojaron los dedos y se le soltaron del resorte del traje mohoso. «¿Qué?» La rabia que la había inundado se disipó de golpe. Sentía que había perdido demasiada sangre y que iba a entrar en *shock*. Springtrap no intentó escapar; se quedó allí tirado, tosiendo y escupiendo, con los ojos desenfocados mirando a un vacío que Charlie no podía ver.

De repente, el suelo tembló. Las paredes se inclinaron hacia dentro mientras se agitaba la cueva y un ruido mecánico sonaba al otro lado de la pared. Los sonidos de metal rozándose llenaron el aire.

—¡Es una batalla campal! —dijo Clay—. ¡Se está derrumbando todo!

Charlie lo miró y en cuanto volvió la cabeza sintió que Springtrap se le escurría de entre los dedos. Se volvió a girar justo a tiempo para verlo rodar por una trampilla a los pies de una enorme roca a escasos metros de distancia. Charlie se levantó de un salto para seguirle, pero el suelo tembló con violencia. Tropezó y casi se cae al suelo cuando la mitad de la pared de la cueva se derrumbó de golpe. Charlie se detuvo y miró a su alrededor, confundida: piedras y tierra de verdad caían a raudales a su alrededor.

—Lo que se está derrumbando no es la falsa cueva —les gritó a los demás—. Es todo el edificio.

—¿Estáis todos bien? —gritó Clay.

Charlie asintió y vio que John y Jessica seguían en pie.

—Tenemos que irnos.

Una luz brillaba a través de una grieta en la pared de enfrente. Clay se acercó hasta ella, indicándoles a los demás con un gesto que lo siguieran. Charlie titubeó. No podía dejar de mirar el último sitio en el que había visto

a Springtrap. John le agarró del brazo con la mano.

Las paredes de la falsa cueva se habían derrumbado por completo y ahora podían ver el interior del edificio.

—¡Por ahí! —exclamó Clay, señalando el pasillo que parecía extenderse eternamente en la distancia—. Ninguno de esos bichos podría pasar por aquí.

Clay y Jessica fueron corriendo hacia la entrada del pasillo, pero Charlie dudó.

—Charlie, ya nos encargaremos de él otro día —grito John por encima del ruido atronador—. Pero antes tenemos que salir de esta.

El suelo tembló de nuevo y John miró a Charlie. Ella asintió y salieron corriendo.

Clay los guio corriendo por el túnel y el sonido del desplome los perseguía. El aire estaba cargado de polvo, que dificultaba la vista del camino que tenían delante. Charlie miró hacia atrás una vez, pero las ruinas estaban ocultas tras la neblina. Por fin, el ruido de las rocas al caer se redujo a un trueno lejano. El pasillo limpio y estrecho empezó a hacerse visible entre el desorden que tenían detrás.

—Clay, tenemos que parar —exclamó Jessica, agarrándose el costado como si le doliera.

—Veo algo más adelante. Creo que ya estamos llegando al final. ¡Allí!

El pasillo terminaba con una puerta pesada de metal, medio rota, y Clay le hizo señas a John para que le ayudara a abrirla. La puerta chirrió y protestó, pero cedió al fin, abriéndoles paso a una sala de piedra oscura. Una de las paredes estaba derribada y la sala se abría hacia el exterior. El frío aire de la noche se colaba dentro.

John miró a Charlie.

—¡Estamos fuera! ¡Estamos bien! —dijo riendo.

—¿No te das cuenta de dónde estamos? —susurró. Despacio, caminó por la habitación, señaló a cuatro enormes hoyos en el suelo, uno de los cuales contenía un robot sin cabeza a medio enterrar—. John, es la casa de mi padre. Es la habitación que encontramos.

—Vamos, Jessica.

Clay estaba ayudando a Jessica a pasar por un hueco en el muro derruido. Hizo una pausa y volvió a mirar a John.

—No pasa nada —dijo John—. Enseguida volvemos.

Clay asintió. Ayudó a Jessica a salir y lo perdieron de vista.

—¿Qué es esto? —Charlie se llevó una mano al estómago. De repente, se sentía inquieta.

—¿Qué pasa? —preguntó John.

Algo brillaba a su alrededor, un destello confuso, demasiado rápido para que pudieran ver de dónde venía. Un estruendo resonó en la sala de la que acababan de salir.

—Charlie, creo que deberíamos ir con Clay.

—Sí, ya voy.

La chica siguió a John hasta el hueco de la pared y lo vio pasar por él.

—Vale, vamos —exclamó John, tendiéndole la mano desde lo que una vez había sido el jardín de su casa.

Charlie empezó a avanzar, pero se detuvo cuando las luces volvieron a parpadear. «¿Qué es eso?»

Eran las paredes. El hormigón encalado aparecía y desaparecía, parpadeando como una bombilla a punto de fundirse. Era la pared que le había llamado la atención la primera vez que llegó a aquel lugar. Ahora se sentía atraída por ella como ya le había pasado en la cueva. La atracción era más fuerte que nunca, más incluso que en los sueños que la dejaban agotada y dolorida. «Estoy aquí.» Dio un paso hacia la pared más lejana y sintió otro pinchazo en el estómago. «Aquí, sí, aquí.»

—¡Charlie! —volvió a gritar John—. ¡Vamos!

—Tengo que hacerlo —dijo Charlie en voz baja.

Se acercó a la pared y apoyó las manos en ella, como ya había hecho antes. Pero esta vez el hormigón estaba caliente, incluso suave, a pesar del burdo acabado. «Tengo que entrar.» Por un momento sintió que estaba en dos sitios al mismo tiempo: aquí, en la pequeña sala, y al otro lado de la pared, desesperada por atravesarla. Se retiró de repente y quitó las manos de la pared, como si quemara. El espejismo parpadeó y después desapareció por completo.

La pared de hormigón estaba hecha de metal y en el centro había una puerta.

Charlie se quedó mirándola, atónita. «Esta es la puerta.» La había estado dibujando sin saber qué era. Acercándose más y más a algo que no había visto nunca. Dio un paso adelante y apoyó las manos en la superficie. Aún estaba caliente. Apoyó la mejilla.

—¿Estás ahí? —susurró—. Tengo que sacarte de aquí.

El corazón le latía desbocado, la sangre le corría hasta los oídos, tan fuerte que apenas oía nada más.

—¡Charlie! ¡Charlie!

John y Jessica la llamaban desde fuera, pero sus voces sonaban tan lejanas como un recuerdo. Se puso en pie, sin soltar las manos del metal, recorriéndolo con los dedos. Le daba la sensación de que, si lo soltaba, aunque fuera por un segundo, sentiría dolor. Llevó las manos a la grieta de la pared: no tenía tirador, ni pomo, ni bisagras. Solo era una silueta, y pasó el pulgar de arriba abajo por un lateral, tratando de encontrar un truco que abriera la puerta y la dejara entrar.

Oyó a John entrar de nuevo y acercarse a ella despacio, manteniendo las distancias, como si tuviera miedo de asustarla.

—Charlie, si no sales de aquí, te morirás. Lo que haya al otro lado de la puerta, sea lo que sea, no podrá devolverte a tu familia. Aún nos tienes a nosotros.

Charlie miró a John. Tenía los ojos abiertos de par en par y estaba asustado. Dio un paso hacia él.

—Ya hemos perdido bastante. Por favor, no quiero perderte a ti también —le rogó John.

Charlie se quedó mirando al techo, que temblaba. Nubes de humo salían por el pasillo por el que habían llegado. John tosió con fuerza; se estaba ahogando. Ella lo miró. El chico estaba aterrorizado y no quería acercarse más.

Charlie volvió a girarse y el mundo que la rodeaba se desdibujó; no podía oír a John detrás de ella, ni oler el humo que llenaba el aire. Apoyó la mano contra la pared. «Un latido. Siento un latido.» Aunque no hizo ningún movimiento consciente, se le giró el cuerpo. Se puso tensa, decidida a quedarse donde estaba, sin tomar ningún tipo de decisión. Algo empezó a sisear: el sonido suave y regular del aire saliendo poco a poco. De la parte de abajo de la puerta salía un chasquido rítmico. Charlie cerró los ojos.

—¡Charlie! —John la sujetó y la volvió hacia él a la fuerza, sacándola de su estupor—. Mírame. No pienso dejarte aquí.

—Tengo que quedarme aquí.

—No, has de venir con nosotros —exclamó él—. Tienes que venir conmigo.

—No, yo… —Charlie sintió que se le iba la voz. Estaba perdiendo fuerza.

—Te quiero —dijo John. Charlie dejó de fijarse en la pared y miró a John a los ojos—. Te voy a llevar conmigo. Ahora mismo.

John le cogió la mano con firmeza. Tenía la fuerza suficiente para llevársela a rastras, y ella lo sabía, pero él estaba esperando a que Charlie le respondiera.

Charlie lo miró a los ojos e intentó permitirle que se la llevara de allí. Era como si hubiera despertado de un sueño. La mirada de John era un ancla, y se agarró a ella: dejó que la mantuviera firme, que la arrastrara hacia él.

—Vale —dijo en voz queda.

—Vale —repitió John, expulsando la palabra como si fuera un suspiro.

Había estado conteniendo la respiración. Caminó hacia atrás, guiándola mientras avanzaban.

Charlie trepó a la cima del muro roto y se detuvo un momento, resistiéndose a la insistente llamada de la puerta y de lo que había tras ella. Cogió aire. Una fuerza colosal tiró de ella hacia atrás y la soltó de las rocas, con los brazos pegados al cuerpo. Soltó un grito y se resistió. Oyó que John también gritaba cerca de ella.

Al sacudirse con todo el cuerpo para intentar soltarse, vislumbró a la criatura que la había agarrado. El Freddy retorcido, o al menos lo que quedaba de él, miraba hacia delante, inexpresivo. La sujetaba con un brazo; del otro ya no quedaba ni rastro y los cables colgaban de su hombro como si fueran restos de tendones. La carcasa de plástico se había fundido y solo quedaban planchas de metal y soportes: un esqueleto con bultos artificiales y huecos en su estructura como resultado del desplome. Su cara era un hoyo abierto del que salían dientes y cables que colgaban en montones informes. Charlie no le veía las piernas; un segundo después se dio cuenta de que no las tenía. Se había arrastrado por entre las ruinas con un solo brazo. Los cables le salían del cuerpo como si fueran tripas; cuando le vio el estómago, Charlie palideció.

Se le había abierto el pecho por la mitad. Unos dientes irregulares se alineaban a ambos lados. Ella le dio una patada, pero no fue una buena idea: cayó inmediatamente al abismo. La criatura la envolvió y la empujó a lo más profundo de su pecho a medida que se derrumbaban juntas. La caja torácica de metal se cerró de golpe. Estaba atrapada.

—¡Charlie! —John estaba de rodillas a su lado, y ella le tendió el brazo a través de la estructura de metal.

John le cogió la mano.

—¡Clay! —gritó—. ¡Jessica!

Jessica llegó en cuestión de segundos. Charlie veía a Clay abrirse paso por la angosta abertura.

—¡Un momento! —exclamó cuando Jessica intentó abrir la cavidad del pecho—. Los resortes. Me matarán si tocáis lo que no debéis.

—Pero si no te sacamos, también morirás —replicó Jessica.

Charlie vio por primera vez que la boca no había acabado de cerrarse. Tenía varias capas y las placas de metal se cerraban poco a poco, como los pétalos de una flor espantosa. John se puso en pie, pero Charlie le apretó la mano.

—No me sueltes —dijo, aterrorizada.

John volvió a ponerse de rodillas y se llevó la mano de Charlie al pecho. Ella se lo quedó mirando, mientras las planchas de metal se cerraban, amenazando con aislarla por completo. Jessica intentó trabarlas con cuidado, sin activar los resortes.

—John. —Charlie ahogó un grito.

—No —dijo él con rudeza—. Te tengo.

Las planchas siguieron deslizándose y cerrándose en el centro. El brazo de Charlie estaba atrapado en la esquina de esa extraña boca, y sobresalía del único hueco en el que las planchas de metal no se encontraban. Miró a su alrededor desesperada: se estaba cerrando una capa más. Estaba metida en el traje de cualquier manera, con todo el cuerpo encajado en el torso de Freddy y solo veía las siluetas cada vez más oscuras a medida que más capas de plástico y metal se cerraban por encima de ella.

Jessica estaba intentando impedir que la última capa emergiera, y sintió que el cuerpo mutilado de Freddy se sacudía con fuerza.

—¡Jessica! ¡Cuidado! —gritó con todas sus fuerzas.

Jessica dio un salto hacia atrás justo a tiempo para esquivar el brazo de Freddy que se mecía con violencia. El animatrónico estaba tumbado de espaldas, pero de vez en cuando atacaba, disuadiendo a Jessica y a Clay. Su cuerpo se balanceaba hacia atrás y hacia delante. Charlie miraba los resortes y las piezas robóticas que la rodeaban: elevó las rodillas hacia el pecho, tratando de hacerse más pequeña.

John le soltó la mano y ella se agarró a su ausencia. Ya no veía nada de lo que había fuera.

—¡John!

El cuerpo de Freddy se agitó, sacudido por un golpe descomunal.

—¡Suéltala! —gritó John.

Clay levantó una viga de metal del suelo y le golpeó la cabeza a Freddy. El oso retorcido intentó golpearlo con el brazo que aún le quedaba. El hombre lo esquivó y volvió a golpearlo por el otro lado, protegido. Jessica seguía inclinada sobre el pecho de la criatura, tratando de encontrar una grieta para poder abrirlo, pero cada capa parecía estar cerrada herméticamente. No había ni un resquicio al que agarrarse. John se puso a su lado e intentó ayudar. Clay apaleó la cabeza una y otra vez, haciendo que el cuerpo de Freddy se sacudiera a cada golpe.

—¡No puedo alcanzarla! —gritó Jessica—. ¡Se va a ahogar!

Jessica intentó estabilizar la mano de Charlie, que no paraba de temblar. Clay volvió a golpear a Freddy en la cabeza, con gran estruendo, y oyeron el metal romperse cuando la cabeza se separó del cuerpo de la criatura.

—¿Podemos sacarla por el cuello? —preguntó John, impaciente.

El brazo de Freddy siguió agitándose, pero había perdido fuerza y ahora solo se levantaba y caía, y parecía balancearse sin propósito alguno.

—¡Clay! ¡Ayuda! —exclamó Jessica.

Clay fue corriendo a relevarla y metió los dedos entre las placas para abrirlos a la fuerza. Jessica siguió agarrándole la mano, ahora inerte, a Charlie.

—¡Charlie! —gritó Jessica.

La chica le volvió a dar la mano y Jessica suspiró aliviada.

—¡John, Clay! ¡Está bien! ¡Daos prisa! Charlie, ¿me oyes? Soy Jessica.

Del pecho cerrado de Freddy no salía ningún sonido, pero Charlie agarró con fuerza la mano de Jessica mientras los otros dos se esforzaban por liberarla.

De repente, un chasquido agudo y aislado retumbó en el aire. John y Clay se quedaron helados, con las manos aún por encima del pecho de Freddy. Por unos segundos, el aire se estancó; después, el cuerpo de metal empezó a convulsionar con violencia. Dio un salto desde el suelo y un espantoso

crujido de metal rompió el silencio. Los tres se apartaron por instinto. Clay y John se alejaron de Freddy. Jessica se tambaleó hacia atrás, dejando ir la mano de Charlie.

El traje cayó de nuevo y se quedó quieto. Tenía el brazo extendido en el suelo en un ángulo raro. La sala estaba en silencio.

—¿Charlie? —dijo John en voz baja, y palideció.

John se fue corriendo al sitio en el que el brazo de Charlie estaba expuesto, cayó de rodillas y agarró la mano de ella entre las suyas. Estaba inerte. John la volteó y le dio unos golpecitos con los dedos.

—¿Charlie? ¡Charlie!

—John —dijo Jessica en voz baja—. La sangre.

John la miró, confundido, aún sujetando a Charlie. Entonces, algo húmedo se le escurrió por la mano. La sangre se derramaba por el brazo de Charlie y caía por fuera del traje. Charlie tenía la piel roja y resbaladiza, a excepción de la mano que John tenía en la suya. La miró, incapaz de retirar la vista mientras la sangre caía goteando del traje. Poco a poco se estaba formando un charco en el suelo y se le empezaban a mojar los vaqueros. La sangre les cubría las manos; la piel de John empezó a resbalar tanto que se le hacía difícil agarrar a Charlie. Se le escurría entre los dedos.

De repente, las sirenas sonaban cerca. John se dio cuenta de que llevaba un tiempo oyéndolas en la distancia. Miró a Clay, aturdido.

—Los he llamado por radio —dijo el hombre—. No estamos a salvo aquí.

Clay retiró la vista del traje y miró hacia arriba, hacia el techo. Estaba abombado y agrietado, a punto de desplomarse. John se quedó en el sitio. Afuera, la gente gritaba y las luces de las linternas subían y bajaban mientras la policía corría hacia el edificio en ruinas. Jessica le tocó el hombro. El ruido de las paredes al agrietarse retumbaba en el edificio.

—John, tenemos que irnos.

Como si quisiera darle la razón, el suelo volvió a temblar y algo cayó con un estruendo no muy lejos de ellos. La mano de Charlie no se movió.

Un oficial uniformado se metió por la grieta de la pared.

—¿Sargento Burke?

—Thomson. Tenemos que sacar a los chavales, ahora mismo.

Thomson asintió con la cabeza y se dirigió a Jessica.

—Vamos, señorita.

—John, vamos —acertó a decir Jessica.

Un barullo infernal se desató detrás de ellos. Clay volvió a mirar al agente.

—Sáquelos de aquí.

Thomson agarró a Jessica por el brazo y ella intentó zafarse.

—¡No me toques! —exclamó, pero el agente la agarró con fuerza, la levantó por encima de los escombros y la sacó del edificio, casi a rastras.

John solo oyó el barullo a medias, pero en ese momento sintió también unas manos en los hombros. Se las sacudió de encima sin mirar a su alrededor.

—Nos vamos —dijo Clay en voz baja.

—No sin Charlie —le respondió John.

Clay cogió aire.

John vio de reojo que le hacía gestos a alguien, y entonces dos hombres lo agarraron a la fuerza y lo arrastraron hasta la salida.

—¡No! —exclamó—. ¡Soltadme!

Lo empujaron bruscamente por encima del muro derruido, y Clay cruzó a duras penas detrás de ellos.

—¿Está fuera todo el mundo? —preguntó una agente.

—Sí —dijo Clay, titubeante, pero con tono autoritario.

—¡¡¡No!!! —gritó John.

Se soltó de los policías que lo retenían y corrió de nuevo a la abertura. Tenía un pie dentro, pero se detuvo en seco cuando una linterna iluminó la sala que tenía delante.

Una mujer de pelo oscuro estaba arrodillada en el charco de sangre, agarrando la mano sin vida de Charlie. Miró hacia arriba y sus miradas se cruzaron. Antes de que John pudiera moverse o hablar, unas manos lo sujetaron de los hombros y se lo llevaron. La casa se desplomó ante ellos.



—No lo sabemos con seguridad —dijo Jessica, que, con decisión, apoyó en la mesa el tenedor con el que había estado jugando, que hizo un ruido insignificante.

—No empieces —le advirtió John, que no levantó la vista de la carta, aunque no había leído ni una palabra desde que la cogió.

—Es que lo único que vimos fue, bueno, sangre. Se puede sobrevivir a muchas cosas. Dave, o Springtrap, o como se quiera llamar, sobrevivió a uno de esos trajes. Dos veces. Que sepamos, podría estar atrapada bajo los escombros. Deberíamos volver. Podríamos…

—Jessica, basta. —John cerró la carta y la apoyó en la mesa. —Por favor. No puedo escuchar esto. Los dos lo vimos. Ambos sabemos que es imposible que… —Jessica volvió a abrir la boca y estuvo a punto de interrumpirle—. He dicho que basta. ¿No te parece que yo también quiero

creer que está bien? A mí también me importaba. Me importaba mucho. Lo que más deseo del mundo es que Charlie haya podido huir de algún modo. Que ahora llegara en ese coche viejo y saliera furiosa y dijera: «¡Eh! ¿Por qué me dejasteis tirada?». Pero vimos la sangre: había demasiada. Le agarré la mano… y no sentí nada. Y en cuanto la toqué, lo supe, Jessica. Y tú también lo sabes.

Jessica volvió a coger el tenedor y a juguetear con él entre los dedos, sin mirarle a los ojos.

—Siento como si estuviéramos esperando a que sucediera algo —dijo en voz baja.

John volvió a coger la carta.

—Ya lo sé, pero creo que eso es lo que suele pasar en estos casos.

Detrás de él, oyó que la camarera se acercaba por tercera vez.

—Todavía no nos hemos decidido —dijo sin levantar la vista—. ¿Por qué estoy mirando esto?

John volvió a poner la carta en la mesa y se tapó la cara con las manos.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

John levantó la vista. Un joven de pelo castaño y aspecto poco familiar se sentó al lado de Jessica, frente a John.

—Hola, Arty —dijo Jessica con media sonrisa.

—Hola —dijo él y miró a Jessica, y luego a John, y luego a Jessica de nuevo.

John no dijo nada.

—¿Todo bien? —preguntó Arty al fin—. He oído que ha habido una especie de accidente. ¿Dónde está Charlie?

Jessica bajó la vista y tamborileó con el tenedor en la mesa. John miró al recién llegado a los ojos y sacudió la cabeza. Arty palideció y John miró por la ventana. Con la mirada fija en el cristal sucio y rayado, el aparcamiento se volvió borroso.

—Lo último que me dijo fue… —John apoyó los puños en la mesa—. No me sueltes. —Volvió a girarse hacia la ventana.

—John —susurró Jessica.

—Y no le hice caso. La solté. Y murió sola.

Durante unos segundos se hizo el silencio.

—No me lo puedo creer —dijo Arty, que frunció el ceño—. Justo acabábamos de empezar a salir, ¿sabes?

Jessica no cambió el gesto y John lo miró inexpresivo. Arty titubeó.

—Bueno, quiero decir que estábamos a punto. Creo. Yo le gustaba mucho.

Arty miró a Jessica, que asintió.

—Le gustabas, Arty —dijo.

John volvió a mirar la ventana.

—Estoy seguro —dijo John, ecuánime.

En su cabeza se mezclaba un torbellino de pensamientos. El desorden de su habitación. El pinchazo de preocupación que sintió cuando vio su muñeco de la infancia, Theodore, el conejo de peluche, hecho pedazos. «Charlie, ¿qué pasaba?» Había tantas preguntas que hubiera querido hacerle. Esas caras ciegas, lisas y sin rasgos con sus juegos de palabras. Algo o todo de ellas le resultaba inquietante, y ahora que volvía a imaginárselas se sentía molesto por otro motivo. «Parecían diseños de William Afton. Esas caras inexpresivas, sin ojos. Charlie, ¿qué te llevó a pensar eso?»

Jessica soltó un gritito y John volvió de golpe al presente. La vio correr hacia la puerta por donde había aparecido Marla. Se levantó despacio y la siguió, con la sensación de que estaba teniendo un *déjà vu*. Esperó su turno mientras Marla abrazaba a Jessica, le acariciaba el pelo y le susurraba algo que John no pudo oír.

Marla soltó a Jessica y se volvió hacia él.

—John —dijo, y le tomó las manos entre las suyas.

La tristeza en su mirada fue lo que le hizo venirse abajo. Se inclinó hacia ella y la abrazó muy fuerte, hundiéndole la cara en el pelo, hasta que consiguió recomponerse. Cuando pudo respirar con normalidad, Marla lo separó de ella con cuidado y le cogió del brazo. Regresaron juntos a la mesa en la que Arty esperaba, mirando inseguro por encima del asiento. Volvieron a sentarse. Marla se puso al lado de John y lo miró a él y después a Jessica.

—Tienes que contarme lo que pasó —dijo en voz baja.

Jessica asintió con la cabeza y se dejó caer el pelo por la cara un segundo, como si fuera una brillante cortina marrón.

—Sí, yo también quiero saberlo —intervino Arty, y Marla lo miró como si acabara de reparar en su presencia.

—Hola —dijo, ligeramente sorprendida—. Soy Marla.

—Arty. Charlie y yo éramos… —Miró a John—. Éramos buenos amigos.

Marla asintió con la cabeza.

—Bueno, me habría gustado conocerte en otras circunstancias. ¿Jessica? ¿John? Decidme algo, por favor.

Se observaron el uno al otro. John volvió a mirar por la ventana. Le parecía bien que Jessica se ocupara de contarlo todo, pero sentía la obligación de hablar, no con Marla, sino de Charlie.

—Charlie estaba persiguiendo algo de su pasado —dijo con calma—. Lo encontró, y ese algo no la dejó marcharse.

—Se derrumbó un edificio —añadió Jessica—. La casa de su padre.

—Charlie no salió de allí con vida —dijo John con brusquedad. Se aclaró la garganta y estiró la mano para coger el vaso de agua que tenía delante.

Escuchaba de fondo a Marla y a Jessica, que intercambiaban palabras de aliento, pero tenía la cabeza en otra parte. «La mujer arrodillada en el charco de sangre, dándole la mano a Charlie.» Solo la vio un segundo. Casi parecía tan sorprendida de verlo como él de verla a ella. Pero algo en ella le resultaba familiar.

Volvió a alejar la vista de los demás y cerró los ojos, intentando imaginárselo. «Pelo oscuro, ojos oscuros. Parecía seria y no estaba asustada, ni siquiera cuando el suelo empezó a temblar y el edificio comenzó a derrumbarse sobre su cabeza. La conozco.» La mujer que recordaba tenía un aspecto distinto, más joven, pero tenía la misma cara. De repente, lo tenía. «El último día que te vi, Charlie, cuando éramos niños. Te vino a buscar al colegio y al día siguiente ya no estabas, y al día siguiente tampoco, y tampoco al siguiente. En ese momento, incluso nosotros, los niños, empezamos a oír los rumores de que tu padre había hecho lo que había hecho. Y entonces fue cuando me di cuenta de que no te volvería a ver.» John sintió un escalofrío.

—John, ¿qué pasa? —dijo Marla, incisiva, y se sonrojó—. Quiero decir, ¿en qué estás pensando?

—Su tía estaba allí —dijo despacio—. Su tía Jen.

—¿Qué? —preguntó Marla—. ¿Dónde?

—Llevaban meses sin hablarse —dijo Jessica titubeante.

—Lo sé —respondió John—. Pero estaba allí. Cuando volví corriendo, justo antes de que se me llevaran, la vi. Con Charlie.

El pensamiento lo sacudió como un golpe en el pecho, y volvió a perder

la mirada por la ventana para no tener que mirar a nadie a los ojos.

—La tía de Charlie, Jen, estaba allí —repitió mirando el cristal sucio de la ventana.

—Puede que la llamara Clay —propuso Jessica.

John no dijo nada. Nadie habló durante un buen rato.

—Creo que es mejor no buscar más misterios —dijo Marla, despacio—. Charlie estaba…

—¿Ya sabéis qué vais a pedir? —preguntó la camarera con tono alegre.

John la miró impaciente, pero Marla se le adelantó.

—Cuatro cafés —dijo decidida—. Cuatro de huevos revueltos con tostadas.

—Gracias, Marla —susurró John—. Aunque no sé si podré comer algo.

Marla miró a los demás. Por un momento le pareció que Arty fuera a decir algo, pero después bajó la mirada. La mujer se fue y Marla miró a su alrededor.

—Todos tenemos que comer. Y no se puede estar sentado todo el día en una cafetería sin pedir nada.

—Me alegro de que estés aquí, Marla —dijo John.

Ella asintió.

—Todos queremos a Charlie. —Los miró a todos de uno en uno—. No hay palabras adecuadas en estos momentos, porque nada puede solucionar las cosas.

—Todos esos experimentos —dijo Jessica de repente—. No los entendía, pero ella estaba tan emocionada con ellos, y ahora nunca podrá acabarlos.

—No es justo —apuntó Marla en voz baja.

—¿Y qué hacemos? —dijo Jessica con tono quejumbroso.

Miró a Marla como si ella tuviera que tener la respuesta.

—Jessica, cielo —dijo Marla—. Lo único que podemos hacer es recordar a la Charlie a la que todos queríamos tanto.

—Se acabó —dijo John con la voz ronca, y se giró de golpe desde la ventana—. Ese psicópata la asesinó, como ya lo hizo con Michael y con todos esos niños. Era la persona más fascinante, la más increíble que he conocido, y murió en vano.

—¡No murió en vano! —saltó Marla, inclinándose hacia él. Sus ojos brillaban de rabia—. Nadie muere en vano, John. La vida de todo el mundo tiene un sentido. Todo el mundo muere, y odio que ella muriera así, ¿me

oyes? Lo odio. Pero no lo podemos cambiar. Lo único que podemos hacer es recordar a Charlie y honrar su vida, de principio a fin.

John la miró a los ojos, furiosos, durante un buen rato, y después dirigió la mirada hacia sus propias manos, entrelazadas sobre la mesa. Marla puso una mano sobre las de él.

Jessica ahogó un grito y John se volvió a girar hacia la mesa con desgana.

—¿Qué pasa, Jessica? —preguntó John.

La energía nerviosa de su compañera empezaba a agotarle. Jessica no contestó, pero lo miró incrédula y volvió a mirar por la ventana. Marla se inclinó por delante de John, girando el cuello para ver. John también miró, a regañadientes, y se fijó por primera vez en el aparcamiento, y no en el cristal de la ventana.

Era un coche. La conductora apagó el motor y salió. Era alta y delgada; el pelo largo, liso y castaño le brillaba al sol. Llevaba un vestido rojo brillante hasta las rodillas, y botas militares negras. Caminaba decidida hacia el comedor. Todos la miraron inmóviles, como si el menor ruido pudiera romper el encanto y alejarla de allí.

La mujer estaba casi en la puerta. Arty la llamó primero.

—¿Charlie?

Marla sacudió la cabeza. Se levantó de un salto, se giró y la llamó desde el sitio.

—¡Charlie!

Fue corriendo a la puerta y Jessica le fue pisando los talones, llamándola a gritos. Alcanzaron la entrada y se encontraron con ella justo cuando entraba.

John se quedó donde estaba, estirando el cuello para ver la puerta. Arty parecía confundido. Tenía la boca ligeramente abierta y el ceño fruncido. John se quedó observando unos momentos. Después se volvió decidido, mirando al otro lado de la mesa, con expresión seria. Esperó a que Arty se fijara en él para hablar.

—Esa no es Charlie.

Título original: *Five Nights at Freddy's. The Twisted Ones*

Todos los derechos reservados. Publicado en acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY10012, EE.UU.
© de la foto de estática de televisión: Klikk / Dreamstime

SCHOLASTIC

Primera edición en este formato: septiembre de 2018

© de la traducción: 2018, Ana Flecha
© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-99189-42-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.